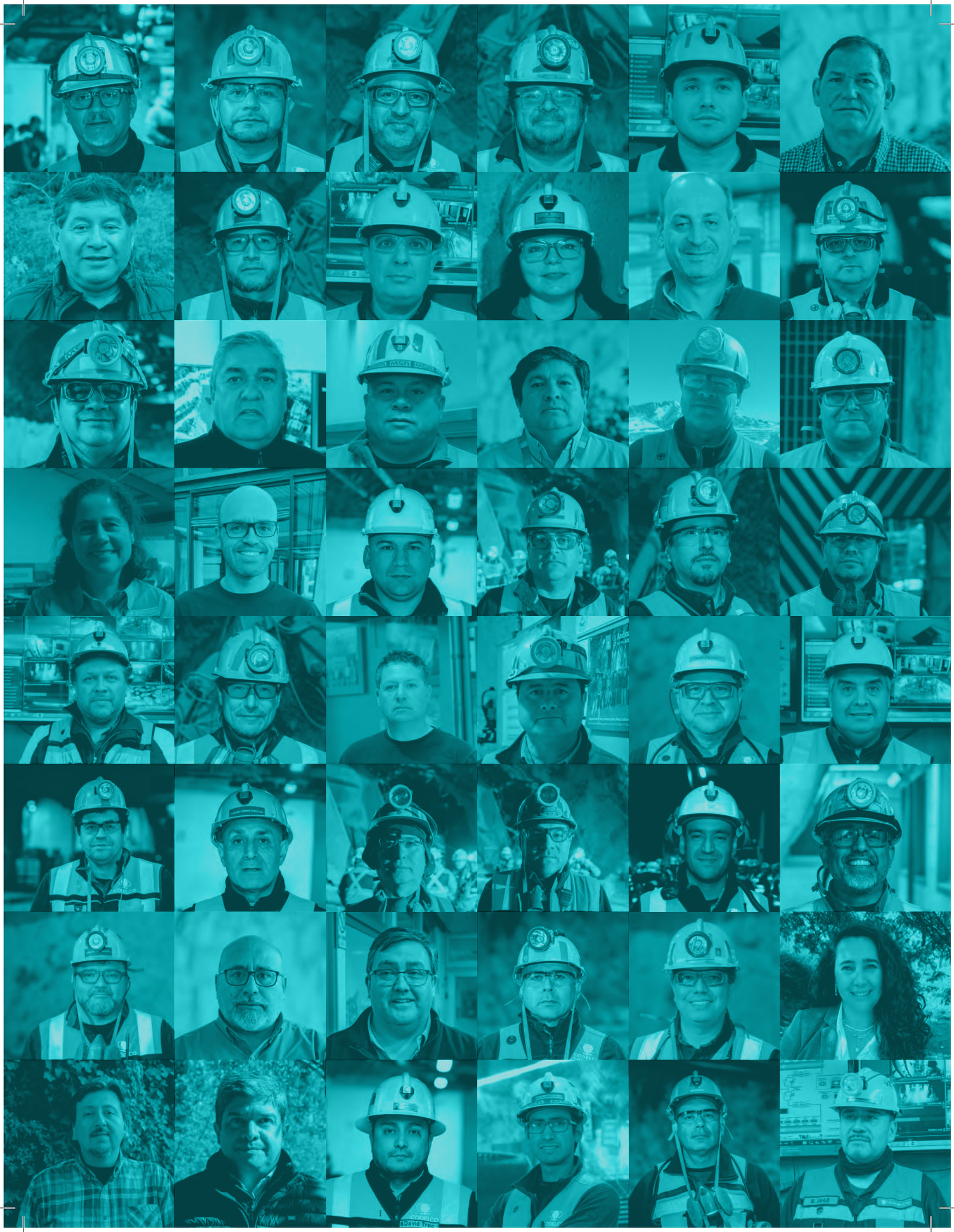
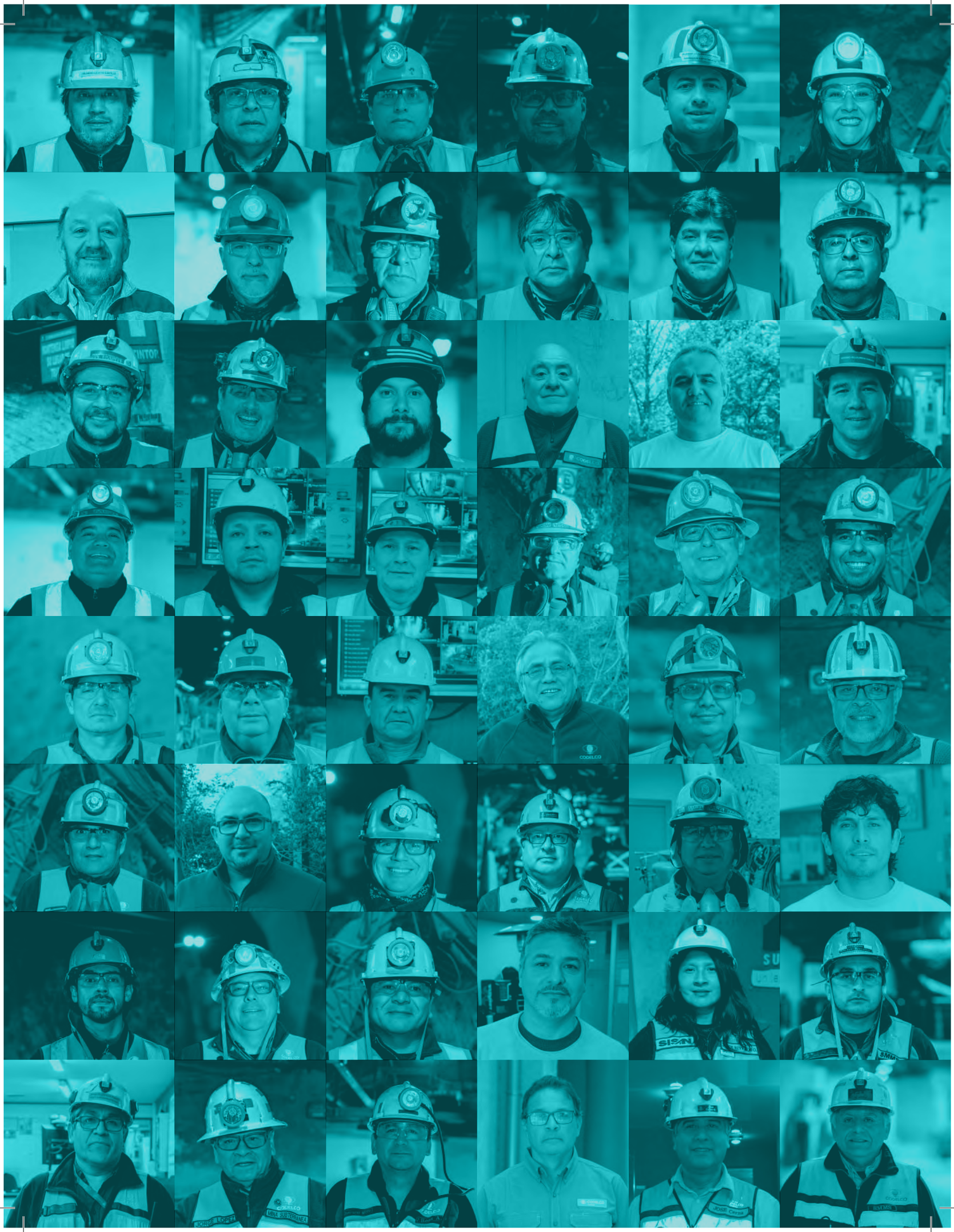
CODELCO
Andina

HISTORIAS DE AMOR Y CORAJE MINERO

Un homenaje a todas las personas que construyeron el Legado de Excelencia de la Mina Subterránea de Codelco Andina.






CODELCO
MINA SUBTERRANEA

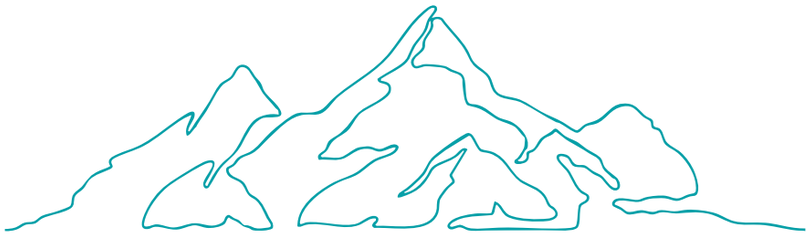




Representante legal: Lindor Quiroga Bugueño **Directora de Comunicaciones:** Paulina Matamoros Ponce
Editora: Pamela Ríos Contreras **Periodistas:** Daniela Di Prima Carreño y Andrea Muñoz Sazo - Oligrafic Ltda.
Historiador: Abel Cortez Ahumada **Diseño/ diagramación:** Oligrafic Ltda.
Fotografías: Boris Mauna Ojeda - Oligrafic Ltda. **Colaboradores:** Hugo Ortega Casanova, Gabriel Opazo Lagos, Valentín Morales Zúñiga, Jorge Olivares De La Fuente, Rodrigo Iturra Montenegro e Ignacio Barraza Pérez.
Impresión: Oligrafic Ltda. **Año:** 2025

Dirección de Comunicaciones, Gerencia de Sustentabilidad y Asuntos Externos Codelco Andina.
Todos los derechos reservados.

Índice



PRÓLOGO 6

CAPÍTULO I 9
Una mina bajo la montaña
Historia de la Mina Subterránea de División Andina (1970-2025)

- Introducción 10
- La construcción de la Mina Subterránea 12
- Donde comenzó la historia: Primer Panel 14
- La era de la mecanización: Segundo Panel 18
- La gran expansión: Tercer Panel 23
- La vida laboral y cultura de la seguridad 30
- Codelco, sus trabajadores/as y las empresas colaboradoras 36
- Sentido de comunidad 38
- La familia propia y empresa estatal 46
- Mujeres en la mina 56
- El cese operacional de la Mina Subterránea 60
- Significado histórico de la Mina Subterránea para División Andina 66
- La memoria de la Mina Subterránea en los relatos personales de este libro 70

FOTOGRAFÍAS GRUPALES 72

CAPÍTULO II 89
Testimonios de los protagonistas

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA 298

Prólogo





En las entrañas del yacimiento Río Blanco, a más de tres mil metros de altura en plena cordillera, nació en 1970 la Mina Subterránea de Codelco División Andina. Desde entonces, durante más de medio siglo, este lugar no solo fue una faena minera: se convirtió en un emblema de la minería estatal, en un espacio de innovación pionera y, sobre todo, en un hogar donde se forjó una identidad marcada por el esfuerzo, la camaradería y el orgullo de ser parte de Andina.

Este libro es un homenaje a todos quienes hicieron posible esa historia. Reúne más de cien relatos que transmiten lo que significó ser parte de la Subterránea: amor profundo por la mina, coraje para enfrentar condiciones adversas y un compañerismo que se transformó en hermandad. Cada testimonio refleja la vida bajo la montaña y el legado humano que quedará grabado en nuestra memoria colectiva.

La obra comienza con la mirada del historiador del Valle de Aconcagua, Abel Cortez, quien contextualiza el origen y desarrollo de la Subterránea en la historia minera de nuestro país. Luego, son los propios trabajadores quienes, de manera voluntaria, dan voz a su experiencia, construyendo un relato que da cuenta de más de cinco décadas de transformaciones, aprendizajes y desafíos.

El cese operacional del III Panel de la Mina Subterránea representa un hito mayor en la historia de Andina. Nadie nos enseñó cómo cerrar una mina de estas características, pero siempre nos guió un principio irrenunciable: las personas en el centro. El compromiso con la empleabilidad, la importancia de la palabra empeñada y el respeto por cada trabajador fueron la base de este proceso. Para avanzar en este propósito se conformó una mesa técnica con profesionales de distintas áreas de la División, junto a la participación activa de la dirigencia sindical y trabajadores. En ese espacio, el diálogo permanente permitió construir acuerdos que hacen de este cierre un proceso ejemplar en nuestra industria, marcado por la colaboración y la convicción de avanzar juntos. Este camino sin duda no estuvo exento de desafíos, pero nos deja una enseñanza profunda: cuando se construye desde la confianza y el respeto mutuo, es posible avanzar unidos, honrando nuestro legado y proyectando el futuro.

Hoy despedimos el III Panel con gratitud y orgullo. Sin embargo, este espacio no desaparece; la Mina Subterránea continuará cumpliendo un rol estratégico como Mina de Servicios, contribuyendo a habilitar la continuidad y el futuro de nuestros procesos de chancado, tratamiento y concentración de minerales.

La Mina Subterránea y su legado de excelencia seguirá vivo en cada trabajador y en cada familia que fue parte de esta historia. Más que un cierre, este libro es la confirmación de que lo construido bajo la montaña permanecerá para siempre en la identidad de Andina y en el corazón de la gran familia minera de Chile.

Con especial afecto,

Lindor Quiroga Bugueño
Gerente General División Andina


BIENVENIDOS
A LA MINA SUBTERRANEA
CODELCO
ANDINA
TRAMO A

CAPÍTULO I

Una mina bajo la montaña

Historia de la Mina Subterránea de División Andina (1970-2025)



Introducción

Antes de que existiera una mina, antes incluso de que el primer túnel se excavara en Río Blanco, ya se escuchaban historias en los caseríos de la zona alta de Aconcagua que decían que en esos cerros dormía un enorme tesoro de cobre, que se escondía en las entrañas de la montaña. Un tesoro que esperaba largamente ser extraído.

Sin embargo, aún a mediados del siglo XX lo que había no era más que intenciones, un puñado de pertenencias mineras olvidadas y unas instalaciones viejas que intentaron extraer el cobre. El sueño seguía en pie, levantar una operación minera en plena cordillera, a más de 3.000 metros de altura.

Luego de una serie de exploraciones desde 1860, hasta compraventas y un plan piloto de habilitación de la mina hacia los primeros años del siglo XX, el yacimiento cuprífero de Río Blanco no era más que un paraje desolado. Fue hacia 1956 que Cerro Pasco Cor-



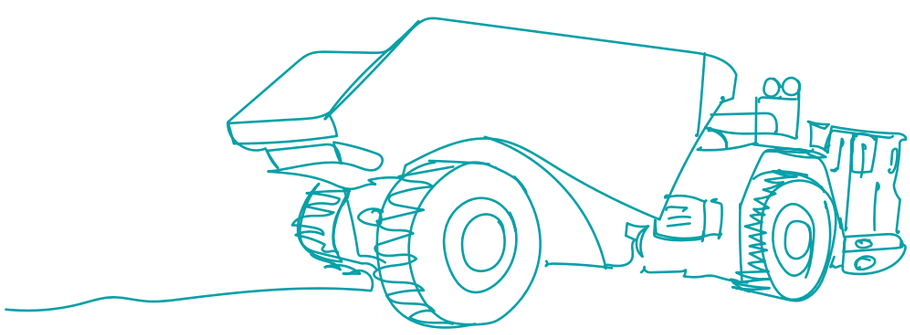
La trayectoria histórica de División Andina está marcada por su origen subterráneo.
Trabajos en LHD, 1990.

poration, una empresa minera norteamericana, se interesó en sus potencialidades, comenzando su construcción en 1967. Poco después la mina se chilenizó. En julio de 1970 entró en operaciones y fue nacionalizada en julio de 1971, pasando a ser una División de Codelco en 1976.

El inicio de la explotación y sus primeros 13 años fueron, de forma exclusiva, como Mina Subterránea definiendo el perfil de su producción y su comunidad de trabajadores. Aunque Sur Sur ingresa con una gran producción en superficie en 1983, ésta seguía sosteniéndose con la extracción bajo tierra. Luego de mucho tiempo y del agotamiento natural de las reservas del Tercer Panel, es que se decide su cese operacional el 31 de agosto de 2025.

En estos 55 años de explotación del cerro por vía subterránea, la operación fue tanto una explotación minera, como una familia, una comunidad de trabajadores que estrecharon lazos y forjaron recuerdos. Como lo señala claramente Ariel Rodríguez Cortés, mantenedor mecánico: “Más que una amistad, en la mina construimos una familia. En el día a día, siempre estamos atentos a cualquier contingencia y a lo que le pueda pasar a cada compañero. Aquí, entre operadores, eléctricos, mecánicos como yo, se forma un verdadero lazo. Esa conexión va más allá del trabajo: muchas veces salimos juntos y nos reunimos también fuera de la faena”.

La historia de la Mina Subterránea es la que abordaremos en este capítulo. Comenzamos con el relato de sus orígenes y las principales características de los tres paneles construidos bajo el cerro. Luego, revisamos las experiencias de la vida laboral y la cultura de la seguridad, el sentido de comunidad, la familia minera y el trabajo en una empresa estratégica del Estado. Más adelante, profundizamos en la incorporación de las mujeres a la faena y en las razones que llevaron al cese operacional de la mina, y su abordaje coordinado entre empresa y trabajadores. Finalmente, cerramos con una reflexión sobre el significado histórico de la Mina Subterránea para División Andina.



La construcción de la Mina Subterránea

Cerro Pasco, como fue conocida popularmente, mostró desde un inicio un fuerte interés en el yacimiento de Río Blanco. A mediados de la década de 1950 compró todo lo que pudo: más de 40 pertenencias mineras y 7 demasías, que en conjunto conformaron el grupo RIOLIM. También solicitó derechos de agua del río Aconcagua y sus afluentes. Pero aún quedaba lo más difícil, poner en marcha el proyecto en terreno.

La empresa iba en serio. Pronto comenzaron a moverse las primeras máquinas y trabajadores. Se trazó un camino de más de 30 kilómetros desde la estación de trenes de Río Blanco hasta el sitio donde se levantaría la futura mina. Para alojarse, se utilizaba el Hotel Río Blanco, ubicado en las cercanías. En la misma faena se construyó una primera estructura de madera, que luego se transformó en la casa de huéspedes en Saladillo, junto a unas barracas, del mismo material, instaladas en el área industrial, y una construcción inicial en Lagunitas.

Para dar mayor agilidad jurídica al proceso, en 1960 Cerro Pasco constituyó una empresa subsidiaria denominada Compañía Minera Andina S.A., que se convirtió en la principal ejecutora de las labores e inversiones vinculadas al proyecto Río Blanco. Fue esta entidad la que heredó el nombre que la identifica hasta hoy.

Pese al entusiasmo de esos años, el contexto no era sencillo. Aunque se proyectaba una construcción en cinco años y un presupuesto estimado de 80 millones de dólares, las obras mayores recién comenzaron formalmente en enero de 1967. Más de 4.000 trabajadores, la mayor parte contratistas, se movilizaban diariamente en plena cordillera.

Por esos mismos años, el Estado chileno, cada vez más consciente del valor estratégico del metal rojo, iniciaba el proceso de "Chilenización del cobre", adquiriendo una participación relevante en el proyecto de la Compañía Minera Andina.

Entre el mal tiempo, los aludes y los terremotos, las faenas avanzaban con dificultad. El campamento construido propiamente tal se llamó *Rock Point*, y si bien el nombre sonaba "gringo", lo que se vivía ahí era bien chileno. Largas jornadas, frío que calaba los huesos, comida caliente al final del día y la esperanza de construir la fuente laboral del futuro.

Los viejos (se usa con cariño en jerga minera para nombrar a los trabajadores) del lugar aún recuerdan cómo en esos años comenzaron a llegar trabajadores de todos lados: primero los del cercano Camino Internacional, luego los del norte y del sur mineros (varios de Lota y Coronel). Algunos eran mineros de oficio, otros aprendieron con el tiempo.

Los trabajos eran duros, pero también había una mística. Estaban construyendo desde cero una Mina Subterránea moderna, con túneles, niveles de producción, sistemas de ventilación y una Planta Concentradora instalada bajo tierra, una rareza en esos años. Se decía que iba a ser la más grande de su tipo en Sudamérica, y para muchos eso no era solo una promesa técnica, era la posibilidad concreta de tener un empleo estable, una carrera, una casa, una vida.



La construcción de la Mina Subterránea fue un trabajo duro e intenso. Grupo de trabajadores en la construcción de Tunel Haulage 1, 1968. Fotos del fotógrafo andino W. G. Watkins. Archivo Técnico División Andina. Gentileza de René León.

Donde comenzó la historia: Primer Panel



El cerro comenzaba a entregar su tesoro cuprífero en 1970. En la fotografía se puede observar al centro, a la izq. el antiguo ingreso al nivel 8, Exterior Mina Subterránea, 1971. Foto Héctor de los Reyes. Archivo Técnico División Andina. Gentileza René León.

El gran día llegó el 24 de julio de 1970. Con presencia de autoridades, entre ellas el presidente de la República, Eduardo Frei Montalva, se inauguraron oficialmente las faenas industriales. La mina ya estaba viva y comenzaba a operar.

La histórica subterránea comenzaba a producir en el Nivel 8, nada menos que a 3.638 metros sobre el mar. Lo que ahora es conocido como el Primer Panel de la Mina Subterránea, marcó el inicio concreto de la explotación en profundidad. Su diseño fue pensado con el sistema *Block Caving*, es decir, hundimiento por bloques. Cada bloque tenía dimensiones de 60 por 60 metros y la estructura general se basaba en galerías de 3 por 3 metros, conectadas por un sistema de embudos de 9 metros de diámetro. Las galerías de producción estaban separadas por 18 metros, lo que permitía trabajar de forma eficiente sin comprometer la estabilidad del terreno. El hundimiento se realizaba de forma convencional, con tres bloques organizados en forma de "L", y como se trataba de un sector geológico sometido a bajos esfuerzos, el panel fue colgado a 30 metros de altura, facilitando la operación y reduciendo los riesgos. Luego, la roca

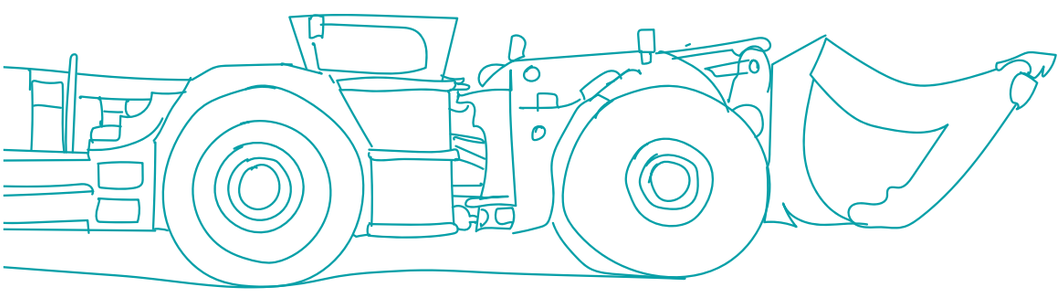
se fracturaba y caía por gravedad hacia los buzones de forma manual, por medio de “buitras” para seguir sacando el material. Posteriormente se recogía el material en un sistema de transporte para llevarlo a las correas que lo dirigían a la planta. Era una operación que conjugaba la experiencia del minero tradicional (extracción manual con herramientas) con el sistema industrial moderno de transporte y procesamiento.

Los trabajadores, todos hombres, eran alrededor de 500 en la Mina Subterránea. La labor era intensiva en brazos, debido a que muchas operaciones eran manuales. De ellos, nadie olvida la primera vez que vieron la Planta Concentradora al interior de la caverna, una de las más grandes conocidas al interior de una mina. Ahí se trataba, en un primer proceso, el material que luego viajaba por ductos hasta la Planta de Filtros en Saladillo. De ahí a los carros del ferrocarril rumbo a Ventanas. En el primer momento, algunos camiones de transporte fueron usados para dicho traslado.

Pero como toda obra viva, la mina enfrentó dificultades. El mineral no caía como se esperaba. Al poco andar, los bloques 1 y 2 presentaron resistencia al hundimiento. Aunque las 2.000 toneladas diarias eran un buen comienzo, no eran suficientes para alimentar una planta diseñada para procesar 10.000. Aun así, el proceso se ajustaba a la realidad y los trabajadores aprendían sobre la marcha. Un par de años después, con la operación ya estabilizada, la mina alcanzaba y superaba las 10.000 toneladas diarias, manteniendo al máximo el ritmo operativo de la subterránea.

Mientras todo eso ocurría bajo tierra, en la superficie se vivía otro proceso transformador. El 11 de julio de 1971, durante el gobierno del presidente de la República Salvador Allende, el Congreso Nacional aprobó por unanimidad la reforma constitucional que nacionalizó el cobre, declarando todos los yacimientos mineros como propiedad del Estado.

Aunque Compañía Minera Andina era una operación de tamaño mediano, ya a fines de la década de 1960 había sido considerada parte de la Gran Minería, producto de las negociaciones entre Cerro Pasco y el Gobierno. Por lo tanto, con la nacionalización, pasó a formar parte de una sociedad estatal administrada por la Corporación del Cobre y ENAMI.
Pasaron pocos años y se produjo un nuevo cambio. Tras el Golpe de Estado de septiembre de 1973, el régimen encabezado por Augusto Pinochet impulsó una reorganización de la minería estatal, que incluyó la creación de Codelco Chile. Andina pasó a convertirse en una de sus Divisiones.



El acto inaugural de esta nueva Corporación, que agrupaba a la gran minería cuprífera estatal, se realizó el 1 de abril de 1976 en el gimnasio del campamento de Saladillo. Desde entonces, la historia de Andina quedó marcada por la lógica de una empresa estatal que debía ser rentable y eficiente, operando en medio de condiciones geográficas extremas.

Entre 1976 y 1979 ya se vislumbraba que la explotación del Primer Panel comenzaba a alcanzar su horizonte de vida útil. Fue así como se emprendió la primera gran expansión de este panel fundacional, extendiéndolo hacia el sur del yacimiento. Como parte de esta ampliación, se aumentó la capacidad de procesamiento a 14.000 toneladas por día, lo que implicó la construcción de un nuevo circuito para alimentar el chancador primario, modificaciones al chancado grueso, y ajustes en la velocidad de los molinos y en la flotación, que incluyeron la incorporación de nuevas celdas. También se instaló una Planta de Molibdenita, se construyeron nuevos piques de traspaso de mineral y se implementó un buzón para almacenar mineral grueso, optimizando así todo el sistema de producción.

Cuando la Mina Subterránea comenzó su expansión hacia el sector sur, los trabajadores sabían que el terreno no sería el mismo. Mientras en el centro y el norte se abría camino sobre roca secundaria -más quebradiza y adaptable al método tradicional de *Block Caving*, con buitras y parrillas; el sector sur representaba un desafío completamente distinto. Allí dominaba la brecha de turmalina, una roca más dura, con fragmentación limitada, que no cedía con facilidad.

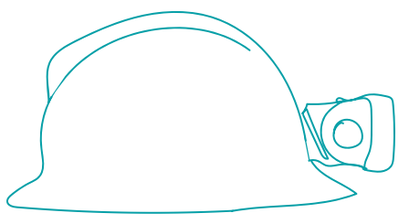
Ya no bastaban las buitras ni las correas. Era necesario cambiar de estrategia. Fue entonces cuando se decidió incorporar un sistema de extracción mecanizada, algo que para la época era considerado casi revolucionario. Se introdujeron cargadores frontales LHD (*Load, Haul, Dump*; carga, transporte, descarga); máquinas de bajo perfil, con baldes de entre tres y cinco yardas cúbicas, que transportaban el mineral desde los puntos de extracción hasta los piques de traspaso.

Estos equipos -ruidosos, robustos y precisos- impusieron un nuevo ritmo en la faena. Para los operadores, fue como ingresar a otra dimensión del oficio. Tuvieron que aprender a maniobrar en galerías angostas, coordinar sus movimientos con el resto del equipo y mantener la productividad sin perder de vista la seguridad. Fue una transición clave que mostró cómo la mina, al igual que sus trabajadores, sabía adaptarse a lo que la montaña exigía.

Juan Gallardo Salazar, eléctrico de la mina, lo recuerda con claridad: “Yo tenía que ir a distintas áreas de la mina. Cuando llegué, existían el Nivel 8 y el 9, que era el primer panel. En el Nivel 8 estaban las palas, que tiraban el mineral a los piques y bajaban al Nivel 9, y en este último estaban las correas, porque en esa época todo era transportado por correas”.

El Primer Panel sostuvo en solitario toda la producción de Codelco Andina hasta 1982, año en que entró en operaciones el Segundo Panel. En 1983 comenzó la operación del sector Sur Sur, mediante el sistema de rajo abierto, lo que marcó el inicio de una explotación mixta en la División.

Aunque se pensaba que el Primer Panel llegaría a su fin hacia fines de la década de 1970, logró mantenerse operativo hasta 1988, gracias a una combinación de ajustes técnicos, expansiones y, sobre todo, al esfuerzo sostenido de sus trabajadores. En total, se estima que este panel aportó más de 54 millones de toneladas de mineral, con una ley de cobre promedio de 1,49%.





La era de la mecanización: el Segundo Panel



El Segundo Panel extendió la vida de la División Andina por varios años. Construcción Segundo Panel, c. 1980.

Para seguir adelante con la producción, y asegurar la continuidad de la explotación del yacimiento Río Blanco, se necesitaba un nuevo nivel de producción. Así surgió el Segundo Panel, que entró en operaciones en mayo de 1982, y se mantuvo en funciones hasta 1997.

Su diseño incluyó nuevos niveles de hundimiento, ventilación y servicios ahora en los niveles 11 y 12. Se habilitaron oficinas subterráneas que conformaron el Barrio Cívico del Nivel 11, el único del Segundo Panel. También se habilitaron pañoles más cercanos a la faena y salas de cambio bien acondicionadas.

El Segundo Panel no solo fue una profundización de la explotación en términos geográficos, también lo fue en complejidad operativa, ya que debió abrirse paso en roca secundaria del tipo andesita, que era más dura y compacta que la roca secundaria del Primer Panel (aunque no era primaria). Para su funcionamiento se construyó una infraestructura *ad hoc* que abarcó nuevos niveles de hundimiento -en el Nivel 11, a 3.490 metros sobre el nivel del mar, es decir, 150 metros más abajo del Primer Panel-, además de sistemas de recolección, ventilación y servicios de apoyo que permitieran sostener una operación continua y segura.

En el Segundo Panel se siguió la lógica de diseño del primero de *Block Caving*, por bloques de 60 por 60 metros, galerías de 3 por 3 metros y un sistema de embudos de 9 metros de diámetro para facilitar el flujo de mineral. Las galerías de producción se mantuvieron separadas por 18 metros, lo que ofrecía un equilibrio entre eficiencia operativa y estabilidad geomecánica.

Respecto del traslado, el Segundo Panel permitió que por primera vez ingresaran buses directamente desde Saladillo hasta el interior de la mina en los meses de verano, acortando los desplazamientos y optimizando la jornada laboral. En invierno se habilitó un tren de movilización que permitía ingresar desde el Hilton hacia la mina (con vagones más estrechos que algunos aprovechaban para dormir o jugar brisca, reclamándole al palanquero que abriera rápido los vagones en la salida). Estas mejoras en los traslados fue una ganancia concreta para los turnos largos, y una muestra de que la mina también podía pensar en el bienestar de su gente.

Aunque se presentaban estos avances, se mantenían las galerías y caminos de producción sin pavimentación, solo con suelo estabilizado.

En aquellos años, la Mina Subterránea reunía a cerca de 450 trabajadores, un número ya menor al de épocas anteriores. Esta disminución -en torno al 10%- fue consecuencia directa de la mecanización progresiva de algunas funciones, cambiando la forma en que se concebía y se ejercía el trabajo al interior del cerro. Muchos de quienes trabajaban allí no venían con formación técnica formal en minería. Eran obreros que habían aprendido el oficio en la práctica diaria, a punta de experiencia, observación y ensayo. Así, el conocimiento se transmitía de generación en generación, no en aulas, sino en galerías, en el trabajo compartido, en las conversaciones de turno y en las indicaciones muchas veces duras de los maestros mineros.

Los recuerdos que perduran están marcados por el respeto al oficio y a quienes lo ejercieron con maestría, como lo relata José Cerna Garrido, ingeniero especialista en mantención de la Mina Subterránea. Él recuerda que en aquellos años “se hacía la producción de manera más artesanal”, con ‘buitras’, que se trabajaban con maza, pinocho (barretín de acero con una punta



Los antiguos trabajadores fueron conformando un mundo laboral que unía lo minero artesanal con lo industrial. Grupo de trabajadores en interior del Segundo Panel, Mina Subterránea, c. 1985.

doblada) y las famosas palas 'Famae'. Con esas herramientas, los mineros movían el material sobre tablas vaciadoras, alimentando a los piques que llevaban el mineral hasta la planta.

Eran otros tiempos. Otra manera de hacer minería, más lenta, más dura, pero también más cercana, donde el esfuerzo delineaba la faena, bajo la luz tenue de una lámpara y el eco del trabajo colectivo. La labor era dura. Requería de mucho esfuerzo físico y experiencia. Valentín Morales Zúñiga, superintendente de la Mina Subterránea, cuenta: "El trabajo operativo en el Primer y Segundo Panel era rudo, exigía mucha fuerza física. Se utilizaba una maza, que es un combo grande, que el trabajador alzaba con impulso para golpear la roca y reducir su tamaño, de modo que fuera apta para llegar a la planta. Si el trozo era muy grande, había que quebrarlo. Los trabajadores más antiguos tenían sus propias técnicas, buscaban la veta de la roca y sabían exactamente dónde golpearla".

Pero no faltaban tensiones. Algunos maestros mineros se resistían a enseñar todo a los nuevos, sobre todo si estos venían formados como técnicos en institutos, pues los veían como una posible amenaza a sus propios puestos. En ese escenario, el traspaso de saberes era una mezcla de generosidad y celo, de orgullo por lo aprendido y temor por lo que podía perderse. También había una tensión respecto de que, en algunos casos, los ayudantes eran lentos o les costaba aprender, lo que impactaba en el nivel de producción de las "buitras" mermando la cantidad de remuneración de los maestros, quienes -luego del sueldo base- trabajaban en una modalidad a trato por toneladas extraídas.



Antiguo sistema de extracción manual, conocido como "buitras", usado tanto en el Primer Panel, como en el Segundo Panel. Mina Subterránea, c. 1985.



En el Segundo Panel la mecanización se tornaba en el sistema principal. Con su desarrollo, las dinámicas más artesanales iban perdiendo peso en el trabajo minero. Jumbo en operaciones en el Segundo Panel, c. 1985.

El Segundo Panel extendió su vida útil por 15 años, hasta 1997. Durante siete años (sep. 1988-dic. 1995) fue el único que sostuvo la operación subterránea. En total, este panel se estima que entregó entre 36 y 38 mil toneladas diarias de material, que se convirtieron en 66 millones de toneladas de cobre, con una ley promedio de 2,10%, una cifra significativa que sustentó por años el corazón productivo de Andina.

De ese panel no solo se extrajo cobre. También representó una época en que la fuerza humana y la máquina caminaban juntas, anticipando los cambios que vendrían con fuerza en los años siguientes. Aun cuando el trabajo en el Segundo Panel seguía siendo profundamente físico y demandante, manteniendo muchas de las prácticas manuales tradicionales -como las "buitras"-, también fue un tiempo de transición hacia una minería más tecnificada. El oficio seguía siendo duro, con pala, con sudor, con oscuridad y frío, pero comenzaban a asomar los primeros signos del cambio. Uno de esos hitos fue la incorporación de camiones de 30 toneladas en el Nivel 11 ½, una innovación significativa para la época. Como lo comenta Hugo Ortega Casanova, instructor de operaciones de la Mina Subterránea: "Estos equipos permitían descargar directamente en los OP (*ORE PASS*) o vaciaderos (conocidos entre los mineros como buzones), lo que facilitaba el acarreo del mineral y aliviaba parte de las labores más pesadas. En ese tiempo, a los buzoneros les tocaba abrir el buzón de forma manual, exponiéndose al polvo que bajaba con fuerza junto al material. Esa situación impulsó una serie de mejoras con el tiempo: primero se incorporaron botoneras, y más adelante, en el Tercer Panel, la apertura se automatizó por completo, evitando así que el personal siguiera expuesto".

Con el avance del Segundo Panel y el inicio de operaciones en la mina Sur Sur, División Andina vivió un momento de expansión clave en su historia subterránea. Durante 1984 se tomó la decisión de construir una importante ampliación que diera respuesta a las nuevas exigencias productivas. El objetivo era habilitar dos nuevas plantas de chancado con secciones de molienda terciaria modernizadas, capaces de responder a un mayor volumen de mineral y a las nuevas condiciones del yacimiento operando a nivel subterráneo y superficie. Para hacerlo posible, se excavó una gran caverna y se construyeron túneles adicionales, que permitirían no solo alojar esta nueva infraestructura, sino también mejorar la eficiencia energética del proceso y asegurar una alimentación de mineral más continua y estable para la concentradora. En 1986, las nuevas plantas comenzaron a operar, marcando un salto cualitativo en la capacidad técnica de Andina. Fue una etapa en la que la ingeniería, la geología y el esfuerzo colectivo se combinaron para consolidar un proyecto que, más allá de su magnitud técnica, también reflejaba la confianza de la División en su propia proyección.



La gran expansión: Tercer Panel



La construcción del Tercer Panel fue un desafío técnico minero mayor, que la División y Codelco sortearon exitosamente. Grupo de trabajadores en interior del Tercer Panel, Mina Subterránea, c. 1997.

En los primeros años de la década de 1990, en el contexto de restricciones económicas, la baja coyuntural de la ley del mineral y la necesidad de contener los gastos, se exploraron varias alternativas. Desde la posibilidad de un cierre de la División a una expansión decidida. Fue finalmente esta última opción la que se impuso, ya que en relación con el costo del cierre y de las potencialidades del yacimiento de Río Blanco, uno de los más grandes del mundo, lo mejor era usar las capacidades instaladas para incrementar la explotación de la Mina Subterránea. Decisión importante, puesto que la vida útil del Segundo Panel estaba programada para 1997.

Así, entre 1992 y 1999 se invirtieron más de 1.100 millones de dólares en Andina, una de las más grandes expansiones de Codelco en la época. El centro del proyecto fue precisamente ampliar la producción subterránea, tanto en extracción de mineral, como de su Planta Concentradora. Se trataba de llevar la operación a una nueva escala, de convertir a la División en una planta subterránea capaz de procesar 47.000 toneladas de mineral al día.

Con este objetivo, se creó una subgerencia dedicada exclusivamente al proyecto de expansión, con equipos técnicos, operadores y especialistas que trabajaron codo a codo desde los túneles hasta las salas de ingeniería. Los cambios fueron visibles y profundos. Se excavó el Haulage II, un túnel de casi siete kilómetros que facilitó el acceso de equipos pesados; se levantó la Planta de Chancado Don Luis, se construyeron piques de traspaso y se amplió el sistema de ventilación para soportar la mayor carga operativa. Una hazaña fue el Molino SAG instalado al costado de la Planta Concentradora, en una caverna de 118 metros de largo, 28 de ancho y 35 de alto, equivalente a un edificio de 12 pisos. También se instalaron tolvas de almacenamiento más grandes, correas transportadoras de mayor capacidad, nuevas líneas de alta tensión y unidades de alta eficiencia en la Planta de Filtros. Cada paso estaba diseñado de forma integrada, generando un sistema de explotación y procesamiento para resistir el paso del tiempo, que aseguró la vida útil de la Mina Subterránea hasta este año 2025.

Quienes vivieron ese periodo lo recuerdan como una etapa de trabajo intenso, de largas jornadas y alto compromiso, pero también como un momento de gran orgullo colectivo. Cuando se completó el proyecto, Andina no solo aseguraba su vida, sino que se había convertido en una mina moderna, con lo que se decía era la Planta Concentradora en caverna más grande del mundo. Una hazaña técnica, pero también humana, construida a pulso por generaciones de trabajadores que habían aprendido a conocer la montaña desde adentro.

El Tercer Panel marcó una nueva profundidad en la historia de la Mina Subterránea de Andina. Aunque algunos desarrollos continuaron, la puesta en marcha se realizó en diciembre de 1995, mejorando la productividad en un 36%. Su explotación estaba 250 metros más abajo del Panel II, lo que implicó enfrentar desafíos geotécnicos completamente distintos. La roca del Tercer Panel tenía sus propias reglas. A diferencia de los niveles anteriores, este nuevo sector generaba menos material fino al ser extraído. El panel modificó la estrategia de hundimiento, pasando del *Block Caving a Panel Caving*, es decir, de bloques a paneles de hundimiento, asegurando la continuidad del proceso y el tratamiento de una roca más dura.

El Tercer Panel operó con dos niveles diferenciados. El Nivel 16 ½, ubicado a una cota de 3.220 metros sobre el nivel del mar, que atravesaba roca secundaria caracterizada por discontinuidades abiertas. En cambio, el Nivel 16, a 3.240 metros, se desarrollaba en roca primaria, con discontinuidades selladas. Esta diferencia geológica implicaba que en algunos sectores no era posible extraer mineral, ya que la presencia de fracturas abiertas podía significar roca estéril, mientras que en otros puntos se encontraba efectivamente mineral explotable. Esa condición exigía una lectura minuciosa del macizo rocoso y una adaptación permanente en las decisiones de ingeniería y operación. La primera zona en ser hundida correspondió precisamente al Nivel 16 ½, en un área de 110 por 110 metros de roca secundaria.



Andina se fue progresivamente modernizando en la explotación subterránea. Trabajos interior Mina Subterránea, c. 2012.

Como una explotación a mayor profundidad implicaba que se hundiría el Segundo Panel en el proceso, fue necesario contemplar el desarme de varias áreas de ese panel que aún se mantenían en pie, pero inactivas. Se trataba de estructuras metálicas, zonas pavimentadas o sujetas con hormigón, algunos sectores con alambradas y desperdicios. El objetivo era retirarlos directamente o "quemarlos" -es decir, dinamitarlos- de modo que no produjeran "colgaduras" (bloqueos de roca en los piques) y para que cuando estos restos aparecieran mezclados con el material del hundimiento, sus dimensiones fueran lo suficientemente reducidas como para ser rápidamente descartados. Este proceso, además, está directamente relacionado con el avance de la Mina Rajo desde la superficie, la cual también se va encontrando con estructuras de la subterránea, lo que implica una ingeniería de detalle para identificar el momento y lugar en que las antiguas galerías vayan a ser tocadas por la explotación a cielo abierto.

Por otra parte, la existencia de una granulometría más grande, es decir, una roca que se quebraba con más dificultad y mayor tamaño, se tuvo que modificar la etapa de molienda. Fue así como se decidió construir un molino unitario especialmente diseñado para procesar ese tipo de mineral más grueso. Su incorporación a la Planta Concentradora marcó un antes y un después, ya que permitió aumentar la recuperación metalúrgica de concentrado de cobre y molibdeno hasta un 90%, optimizando el

proceso y reduciendo el tamaño de partícula que llegaba a la flotación.

No fue el único cambio. Al mismo tiempo, se abandonó definitivamente el uso de correas transportadoras en esta zona y se implementó un sistema mecanizado de transporte más flexible y resistente. Camiones de gran tonelaje y martillos picadores reemplazaron la lógica anterior. Los operadores tuvieron que adaptarse, aprender a maniobrar en condiciones más complejas, y enfrentar una nueva forma de moverse bajo la montaña. Armando Rodríguez Rodríguez, supervisor de primera línea, recuerda con claridad el cambio: "Cuando se hizo la transición desde el Nivel 12 -es decir, desde el Segundo Panel de producción con correas, donde todo se hacía de forma manual- al Tercer Panel, comenzamos a trabajar con equipos móviles: CAEX, LHD, RIKOTUS. La manera manual de operar empezaba a quedar atrás... Con el tiempo fuimos aprendiendo nuevas formas de trabajo, como el destranque de buzones, que además tenían un diseño diferente al de los del Nivel 11".

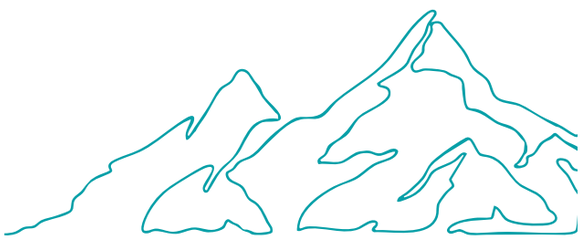
Fue un paso más hacia la modernización, pero también una señal clara de cómo la faena seguía evolucionando, exigiendo nuevas habilidades y transformando profundamente la manera de hacer minería.

El Tercer Panel debió considerar un sistema de traspaso desde la Mina Rajo hacia la Mina Subterránea. En esta última, la misión era canalizar todo el material proveniente de superficie hacia las plantas de concentración subterráneas.

Para ello se utilizaba el sistema Don Luis, compuesto por cinco piques directos -algunos con profundidades superiores a los 300 metros - y una planta de chancado. Este sistema procesaba principalmente mineral de la Mina Rajo, aunque también recibía parte del material extraído desde la Mina Subterránea y, posteriormente, del proyecto CAL (Cuerpos de Alta Ley). Todo ese mineral era reducido en la Planta de Chancado y, mediante correas transportadoras, enviado directamente a la Planta Concentradora. La operación y mantención de este sistema recaía en los mismos trabajadores de la Mina Subterránea.

Con el tiempo, los piques -que no contaban con fortificación en sus paredes interiores - comenzaron a socavarse y ampliarse de manera natural, generando cavidades de gran tamaño. En estas condiciones, las "colgaduras" representaban un desafío mayor, ya que era difícil detectar el punto exacto del atascamiento. Para resolverlo, se implementaron sistemas de inspección con ventanas de revisión, a las que se accedía mediante una jaula que subía y bajaba paralelamente al pique, permitiendo la observación directa primero a simple vista y, posteriormente, con cámaras. En otros casos, cuando el material se congelaba o se producían obstrucciones por ingreso de agua, se ideó un sistema de calefacción que permitía restablecer el flujo del mineral.

A esa altura, División Andina -operando en superficie y a nivel subterráneo- se había convertido en una operación ampliada y consolidada, un esfuerzo complejo de minería de montaña, un tipo de labor que cruzaba generaciones,



donde los mineros de la subterránea le proveían de un carácter y una identidad particular.
A partir de la década del 2000, la Mina Subterránea de División Andina entró en plena madurez. El Tercer Panel sostenía una extracción constante de 20.000 toneladas de mineral diarias, cifra que casi se duplicaría hacia fines de la década.

En los niveles 16 y 17, inicialmente se trabajaba bajo el régimen de turnos rotativos cuatro días de tarderos, cuatro mañaneros y cuatro nocheros por dos días de descanso; luego se pasó a jornadas de nueve días rotativos (tres, tres y tres respectivamente) y 3 de descanso. Las labores se realizaban en medio del sonido incesante de los camiones LHD de bajo perfil, de los martillos picadores enfrentando la roca dura, y del movimiento preciso de tolvas y buzones que recibían el mineral. Las condiciones no eran sencillas: polvo, humedad, ruido, temperaturas variables y un riesgo siempre latente formaban parte del día a día. Sin embargo, también se disponía de sistemas de ventilación más sofisticados, de estándares de seguridad en constante mejora, y de una cultura de compañerismo que se construía en base a la experiencia compartida, el respeto mutuo y la presencia creciente de mujeres en la faena.

A fines de 2005 se marcó un hito relevante. El 21 de diciembre, Codelco y la empresa japonesa de telecomunicaciones Nippon Telegraph and Telephone Corporation (NTT) firmaron un acuerdo para establecer una alianza estratégica de largo plazo. El objetivo era incorporar tecnologías informáticas y de comunicación en los procesos mineros, con miras a elevar los estándares de eficiencia y seguridad.

Como demostración de este avance, un operador de División Andina, Samuel Zamora Araya, logró telecomandar desde Tokio, en tiempo real, un martillo picador instalado en la Mina Subterránea. Una verdadera proeza tecnológica.

Estos acuerdos sentaron las bases de un hito tecnológico. En 2006 se inauguró en Saladillo el Centro de Operaciones Mina, una instalación que integraba en una plataforma digital toda la información generada por sensores, máquinas y equipos de la faena. Desde allí era posible operar a distancia algunas máquinas y martillos, además de controlar indicadores dentro de la mina y, posteriormente, de las plantas.

Este avance no solo representaba una modernización operativa, sino también un cambio cultural profundo: los operadores debieron capacitarse en sistemas, especializado y redes de información en línea, incorporando nuevas competencias a su labor diaria. Eliezer Lazcano Lazcano, operador especialista, lo resume claramente: “El manejo a distancia de los martillos estacionarios -que en su fase de prueba llegaron a operarse desde Japón- es clave para evitar la exposición de las personas. Antes, en las cámaras de picado debíamos ir personalmente a revisar y manejar los martillos. Hoy eso ya no ocurre”.

En 2010, Andina dio otro paso tecnológico con la creación del Centro Integrado de Operaciones (*CIO*), punto desde donde se monitorea y gestiona toda la operación minera de forma unificada y

en tiempo real, siendo muchos de los procesos mineros de la subterránea telecomandados desde ahí.

Ese mismo año, el Tercer Panel alcanzaba su punto máximo de eficiencia, con alrededor de 400 trabajadores y trabajadoras operando a nivel subterráneo. La producción anual se mantenía entre las 43.000 toneladas de cobre fino, una cifra significativa considerando que toda la operación se desarrollaba bajo tierra.

En un período marcado por los altos precios del cobre y la consolidación de la Mina Subterránea, los trabajadores asumieron un nuevo desafío. Los sondajes y exploraciones -tanto inferidas como probadas- permitieron identificar un sector con Cuerpos de Alta Ley (CAL) muy próximos al Tercer Panel. Estos presentaban leyes de gran calidad, cercanas a 0,9 %, 1 % e incluso 1,2 %, frente a las del Tercer Panel que alcanzaban 0,7 u 0,8 %.

División Andina decidió aprovechar esa oportunidad de negocio y dio inicio al Proyecto CAL, desarrollado entre 2013 y 2016. Se trató de un caso único en Codelco, ya que incorporó el sistema sublevel stoping. Este es un método de explotación minera subterránea diseñada especialmente para cuerpos minerales masivos, forma regular, que contienen leyes medias o altas. El proyecto, ubicado hacia el Sureste del yacimiento, procuraba controlar la subsidencia y no afectar las operaciones a rajo abierto.

El proyecto CAL contempló toda la infraestructura necesaria para su operación: sistemas de ventilación, suministro eléctrico, drenaje, rutas para el tránsito de camiones y áreas específicas para el movimiento de los equipos LHD. Se construyó una infraestructura totalmente nueva, basada en cinco caserones, entre el Nivel 16 y 17, con excavaciones subterráneas que van desde los 48 a los 90 metros de altura. Estas áreas permanecen actualmente vacías dentro de la mina, por lo que el avance del rajo se encontrará con ellas, para lo cual se tiene programado cuidadosamente su secuencia de explotación en esa dirección.

Volviendo al Tercer Panel, los últimos hundimientos de la Mina Subterránea se realizaron en enero de 2021. Fue entonces cuando los últimos sectores aún activos permitieron seguir alimentando



Aunque su aporte iba decreciendo en comparación a la Mina Rajo, la subterránea mantenía rendimientos eficientes, logrando sus metas productivas gracias al compromiso y esfuerzo de sus equipos de trabajo. Interior mina, 2025.

el proceso, fragmentando la roca para obtener el mineral que sería traspasado a las etapas siguientes. Este esfuerzo permitió extender la vida útil de la mina hasta agosto de 2025, más allá de lo que se había previsto (2022). Lo que hizo posible ese logro fue el compromiso colectivo, la experiencia acumulada y un trabajo en equipo bien sostenido. Cada tonelada extraída en esta última etapa no solo marca una meta de producción, sino también una memoria viva del conocimiento y dedicación de toda una comunidad minera.

La Mina Subterránea es un sistema complejo, con túneles de acceso, piques de excavación y traspaso, plantas de chancado y molienda, entre otras infraestructuras y maquinaria operativa. Son 253 kilómetros de calles y avenidas entre una red densa de galerías en niveles, subniveles y secciones intermedias, muchas de las cuales ya entraron en el silencio de su cese por inactividad debido al agotamiento de reservas. A 7 Kms del ingreso del Haulage II, posee un Barrio Cívico interior con un policlínico, modernas oficinas acondicionadas, un buen casino, un espacio para la brigada de rescate (con material para emergencia y comida de reserva) y se encuentra un museo que muestra el desarrollo de la explotación en su época manual.



La vida laboral y cultura de la seguridad

La minería subterránea representa una de las labores más complejas dentro del trabajo minero. A diferencia de la minería a rajo abierto, donde la dimensión geográfica permite mayor escala y visibilidad de las operaciones, la explotación en caverna implica una relación con el espacio mucho más estrecha y encerrada. Inicialmente era un entorno oscuro, ruidoso, húmedo, con riesgos, donde la percepción del tiempo y el espacio se hace más difuso, más local. Como señala Jorge Roas Avaria, instructor de mantención eléctrica-electrónica: "Venirme a Andina fue un cambio radical respecto del estilo de vida y el entorno laboral, porque anteriormente siempre trabajé en superficie, y me vine a trabajar como "topo", como le llaman algunos, estando bajo tierra todo el tiempo".

Las condiciones laborales iniciales eran desafiantes, especialmente hasta mediados de la década de 1990. El recuerdo del trabajo sigue marcado por el sacrificio y esfuerzo de los primeros "viejos". Como lo relata Carlos Vera García, operador especialista: "Cuando ingresé a la División todo era muy bruto y manual. Se trabajaba con perforadoras manuales, no había tanta tecnología. Yo estuve en el Nivel 11, que le llamaban La Metalera, en las buitras, el área más ruda que había". La idea de la rudeza y la exposición física se repite en muchos relatos, dando cuenta de aquella alta exigencia física y humana. "Nosotros lo dimos todo", recuerda Ariel Rodríguez Cortés, mantenedor mecánico, quien reafirma que "nuestra entrega fue entera. Cuando hay harto trabajo, sale la camiseta mojada literalmente. Eso está en el ADN".

El esfuerzo que implicaba la Mina Subterránea hizo que para muchos trabajadores este no fuera solo un lugar de trabajo. La mina se convertía en una pertenencia propia, la mina era de ellos. No en el sentido de propiedad legal, sino en ese arraigo profundo, íntimo, que se forma cuando alguien entrega años de su vida a un mismo espacio, compartiendo jornadas, fatigas, historias y camaradería. Muchos mineros asumen esa pertenencia porque han dejado parte de su sudor y su historia en cada galería, en cada buzón, en cada rincón oscuro que conocen de memoria. Es un sentimiento social y personal, forjado con el paso de



Los trabajadores y trabajadoras dan vida a un espacio minero que ha marcado su experiencia colectiva e identidad laboral. Antiguo grupo de trabajadores en interior Mina Subterránea, c. 1970.

los años, que trasciende lo laboral para convertirse en identidad colectiva.

La mina, entonces, no es solo un ámbito de producción donde sacar mineral. Es una extensión de la vida misma del trabajador, de la trabajadora, un espacio que guarda nombres, que conserva gestos, que devuelve el eco de voces queridas, que también se ha llorado cuando la muerte ha tocado cerca.

En esa misma línea, porque la mina se quiere, se respeta y se cuida, sus trabajadores comenzaron a impulsar innovaciones que mejoraron los procesos y la producción. De hecho, varios de los primeros avances tecnológicos en minería nacieron en este lugar. Un ejemplo es la idea de aplicar hundimientos con debilitamiento dinámico mediante explosivos, lo que permitió reducir el tamaño de las rocas y optimizar su desplazamiento por gravedad. También aquí se implementaron los martillos móviles, vehículos versátiles y rápidos, conocidos como "Mamos", fruto de una invención y experimentación del querido "Viejo loco", como llamaban cariñosamente a Pedro Barahona Barahona, mantenedor mecánico especialista, los cuales continuaron con diversas versiones de Mamos 1 y 2 y los Supermamos 1, 2 y 3 (de siete yardas cúbicas).

Asimismo, la Mina Subterránea de Andina fue pionera en otras iniciativas, como la instalación de puertas automáticas en galerías y niveles, la incorporación de radios de telecomunicación y varias innovaciones que marcaron un precedente en la División.

El trabajo minero en Andina era y es una labor compleja en condiciones de altura y clima de montaña. Antiguamente, en el verano, las temperaturas bajas que se registraban varios días, los vientos, crecidas del río Blanco y sus afluentes, eran las menores complejidades. Los grandes problemas venían, como en la actualidad, con el invierno, con el viento blanco, con nevazones que tapaban todo en cinco, diez o más metros, con temporales y avalanchas que arrastraban puentes, cañerías y contenciones, tapaban caminos y comunicaciones. Eran condiciones laborales difíciles.

En los inviernos más duros, cuando los temporales de nieve y el viento blanco impedían la movilización hacia los hogares por el riesgo de rodados y avalanchas, se decretaban -y aún se decretan- medidas de aislamiento (los famosos encierros), de modo que parte del personal permaneciera en la faena para asegurar la continuidad del proceso minero. Al mismo tiempo, quienes estaban en sus casas eran convocados para completar la dotación necesaria y así evitar la detención de la producción. En esas circunstancias, los trabajadores quedaban lejos de sus familias durante varios días. Juan Gallardo Salazar, del área eléctrica de Mantenimiento, recuerda: "al principio fue muy sacrificado, sobre todo por estas medidas. Muchos colegas se fueron porque no aguantaban estar tantos días sin salir".

Cuando se decretaba aislamiento, no quedaba más que trabajar y esperar. La vida en la faena subterránea cordillerana transformaba a la mina en una comunidad social intensa y estrechamente unida. Así lo recuerda Carlos Arévalo Miranda, operador calificado de la Mina Subterránea, quien señala que en aquellos encierros por nieve "no traíamos teléfono, ni siquiera existían los teléfonos inteligentes... la única manera de saber lo que pasaba era cuando salíamos del turno". Esa desconexión forzada del mundo exterior fortalecía los lazos internos y daba origen a estrategias de apoyo comunitario, como cuando un jefe, durante un prolongado aislamiento, imprimió las noticias y las leyó en voz alta a todos quienes permanecían en la faena.

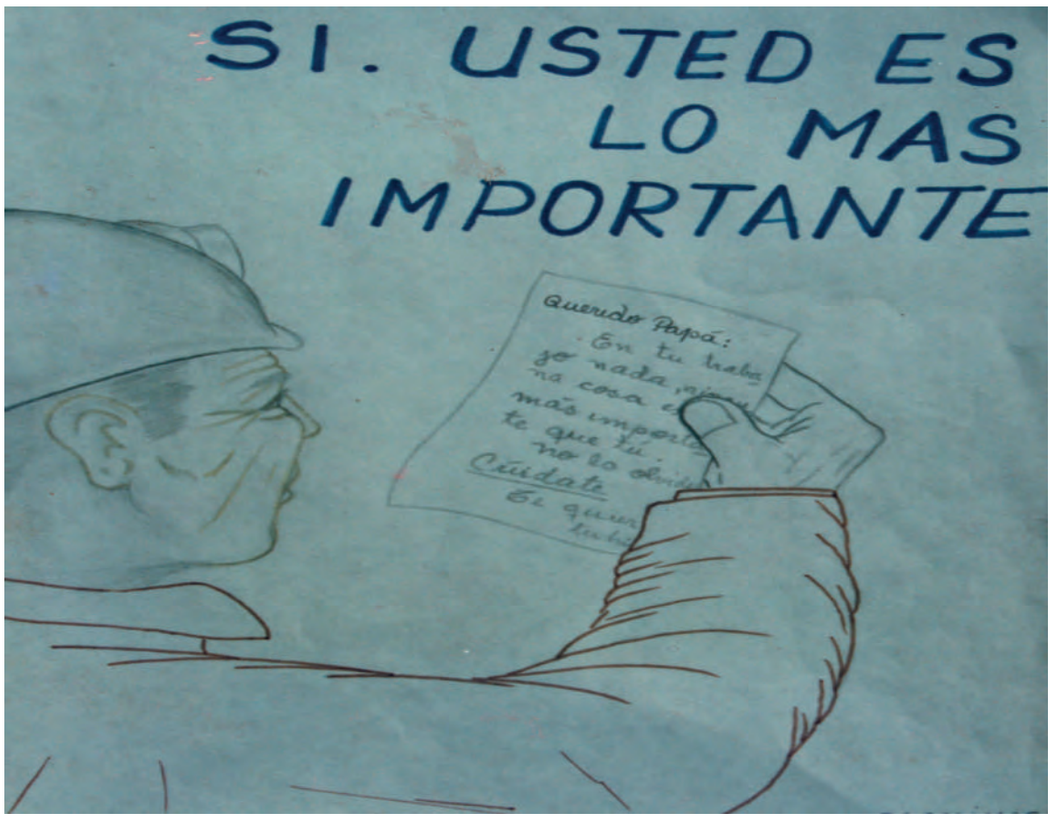
La minería en Chile, como en Andina, ha seguido una evolución acorde a la necesidad de anticiparse y minimizar los riesgos de accidentes y enfermedades profesionales, aumentando los índices de seguridad de los trabajadores y trabajadoras en toda la cadena de producción. Los relatos son correlativos a los avances y mejoras en las condiciones laborales que se fueron implementando. Al principio se trabajaba con lo que había. La seguridad era más bien una responsabilidad personal, más que colectiva. Se asumía que la exposición al frío, al polvo, a los ruidos extremos, gases o maquinaria pesada venía con el contrato. En palabras de David Trejo Cortez, especialista de la Gerencia de Recursos Mineros y Desarrollo: "Cuando comencé en la minería subterránea, el conocimiento sobre seguridad y autocuidado era bastante limitado. En aquellos años, la cultura de la seguridad era precaria y los implementos de protección eran básicos... luego vivimos un cambio notable en este aspecto. La seguridad comenzó a tomar un rol central, y los equipos de protección evolucionaron considerablemente, lo que marcó una mejora crucial en las condiciones laborales".



En la Mina Subterránea la cultura de la seguridad y la prevención se vive a diario. Caminata de seguridad, 2015.

Un hito importante en el proceso de incrementar la conciencia sobre la seguridad en la Mina Subterránea fue la experiencia del terremoto del año 2010. Este evento se vivió de manera muy significativa en Andina, ya que las rocas se movían con inusitada fuerza, las galerías vibraban, los vehículos también. Se generó gran cantidad de polvo en suspensión, que afectó a todo el yacimiento, como a Saladillo y el Camino Internacional. La instrucción inmediata fue reunir a todo el personal en el Barrio Cívico, un espacio que cuenta con ventilación asegurada por su cercanía al túnel de acceso. Desde allí, y de forma ordenada, se inició la evacuación, la cual se extendió desde las 3:00 hasta las 7:00 horas de la mañana. Dado que no había comunicación efectiva en ese momento, los trabajadores del turno de la mañana llegaron de igual modo hasta Saladillo, pero luego de un tiempo fueron devueltos (a excepción del equipo eléctrico). Los grupos de mantención eléctrica trabajaron intensamente para reponer los sistemas críticos, especialmente los de ventilación, hasta altas horas de la noche, cuando finalmente se emitió el aviso formal de que se trataba de un accidente mayor y que se debía hacer una evaluación estructural más detallada, por lo que había que retirarse hasta que todo se normalizara.

Uno de los estímulos más profundos –y también más doloroso– del cambio en la cultura de la seguridad en División Andina han sido, sin duda, los accidentes fatales. Cada una de esas tragedias deja una huella imborrable entre los compañeros de faena. Son rostros ausentes en los cambios de turno,



La familia se compromete con la labor cumplida y la protección que deben tener trabajadores y trabajadoras en Andina. Dibujo de Claudia, hija de trabajador, c. 1997.

familias que quedaron esperando. No es lo mismo hablar de seguridad como un concepto abstracto, que vivir el impacto real de perder a un colega, a un amigo, a un "paisa".

A partir de esas pérdidas, los propios mineros comenzaron a transformar su manera de entender la seguridad. Lo que antes se veía como una molestia –el "segurito", el prevencionista que llegaba con advertencias y llamados de atención– hoy se comprende como una medida indispensable. Ya no se trata solo de cumplir con una norma, sino de proteger la vida propia y la del compañero y compañera que trabaja al lado.

En ese proceso, muchos trabajadores y trabajadoras se han convertido en verdaderos replicadores del autocuidado y de las actitudes preventivas: corrigiendo, recomendando, alertando cuando algo no está bien. No lo hacen por protocolo, sino por protección colectiva. Por respeto a quienes ya no están y por compromiso con quienes siguen ingresando cada día al interior del cerro. Porque en ese cambio de mentalidad también se juega el valor de la vida y la dignidad del trabajo minero. Como recuerda Claudio Torres Ceballos, analista especialista de mantenimiento: "Cumplir las metas de producción está bien, pero lo que uno se lleva al final del camino es el recuerdo de las personas".

Uno de los signos más claros de esta transformación cultural ha sido el orgullo con que se recuerdan ciertos hitos, como alcanzar el "millón de horas sin accidentes". La seguridad se volvió transversal en todas las áreas, tal como relata Yasna Cortés Aguilar, geóloga de la Gerencia de Recursos Mineros y Desarrollo: "uno de los grandes logros de la Mina Subterránea ha sido la seguridad. En geología trabajamos con un estándar de control de fatalidad, que es el de alto riesgo de bombeo. Ha habido mejoras en seguridad y todo ha sido para poder protegernos y cuidarnos".



Codelco, sus trabajadores/as y las empresas colaboradoras

Nada de lo logrado en la Mina Subterránea ni en la División sería posible sin sus trabajadores y trabajadoras, junto a sus colaboradores.

El crecimiento de la explotación y el desarrollo de su infraestructura de mediados de la década de 1990 y las actuales, fue posible gracias a la subcontratación, una de las características estructurales del mundo del trabajo en Chile. La minería es el segundo sector económico con mayor porcentaje de trabajadores subcontratados, alcanzando cifras superiores al 60% hacia el año 2004. Dentro de ese escenario, Codelco jugó un rol central, consolidándose como una de las principales promotoras de este modelo laboral.

En el caso de Andina, en los momentos de mayor subcontratación había cerca de 4.000 trabajadores/as contratistas en diversas áreas. El mundo de los trabajadores de contrato, conocidos como "contratistas", se había vuelto el mayor contingente de labor en las operaciones de la División y de Codelco en general. Para el 2006, la proporción era elocuente en Codelco: 30.000 trabajadores subcontratados versus 17.000 trabajadores de planta, lo que equivalía a un 63% del total. Las faenas de desarrollo subterráneo, los mantenimientos, los servicios logísticos y muchas otras funciones pasaron a ser ejecutadas por empresas contratistas. Y con ello, nacieron nuevas formas de organización sindical, nuevas demandas y también nuevos modos de reivindicación. Los trabajadores subcontratados comenzaron a articularse y demandar una retribución por su aporte productivo, en un contexto de crecimiento de la producción y de un alto precio del cobre.

Fue así como, a fines de 2005, los trabajadores solicitaron el pago de un bono de producción de 500.000 pesos. Ante la negativa, iniciaron una serie de movilizaciones y medidas de presión: la toma del Hilton, paralización de operaciones por varios días, huelgas, cortes de ruta y la suspensión de la entrega de alimentación.

Tras diversas reuniones entre la Confederación Nacional de Trabajadores Contratistas y Codelco, se firmó un preacuerdo que puso fin a esa primera oleada de manifestaciones. Los contratistas marcharon por la ciudad de Los Andes en señal de victoria.

Estas movilizaciones impulsaron la promulgación de la Ley de Subcontratación en Chile en octubre de 2006 y, posteriormente, el Acuerdo Marco entre Codelco y sus empresas colaboradoras. Cabe destacar que la Mina Subterránea fue la única área de División Andina en la que se internalizaron todos los procesos vinculados a producción y mantención, incorporando a planta a antiguos trabajadores contratistas para dichas labores.

Aunque el 2007 y 2008, también se presentaron medidas de presión por parte de los contratistas, Codelco se había propuesto incorporar formalmente estas demandas en los contratos. Fue así como se estableció el Acuerdo Marco de 2013 entre empresas contratistas y Codelco, donde se instalaron

una serie de beneficios para los trabajadores/as de terceros en los ámbitos de remuneraciones, salud, educación, vivienda, capacitación, indemnización, etc. Este acuerdo fue recientemente actualizado el año 2022, ratificando y ampliando dichos beneficios.



Trabajadores/as propios y de terceros son el núcleo esencial de la labor de División Andina. Trabajadores en interior mina, c. 1995.

Sentido de comunidad



Las particulares condiciones del trabajo minero subterráneo, una faena dura con variados riesgos, el sentido de pertenencia y propiedad simbólica sobre la mina, impusieron una particular sociabilidad entre trabajadores y trabajadoras. Las condiciones extremas de la labor bajo tierra, los riesgos que conlleva, la soledad de sus parajes al interior del cerro, provocan un hondo impacto personal que fue afrontado desarrollando una cultura del compañerismo y del trabajo colectivo comprometido. Una ausencia de la superficie, del hogar propio en el valle, que hace surgir una fuerte familia minera subterránea. El sumergirse en un mundo distinto, pero que entrega un gran apoyo social en los colegas, con quienes se trabaja juntos, con quienes se afronta la distancia, los riesgos, la oscuridad, el frío, el encierro. Jorge Roas Avaria, instructor de mantención eléctrica-electrónica, lo señala claramente "no sé por qué en otras áreas no se da, pero en la subterránea, el hecho de que tú tengas encierros con los viejos, ya no solamente compartes tiempo de trabajo, sino también fuera de éste. Estás ahí las 24 horas con los mismos viejos, incluso en habitaciones compartidas. Uno está con personas de buen trato, amistosas y afectuosas".

La familia de la Mina Subterránea fue surgiendo en el día a día. Se forja en el trabajo compartido, en la comida, en las subidas y encierros, en esa vida social que se intensifica al estar siempre acompañado, sabiendo que el compañero puede ser quien te salve en una emergencia. Así se consolida la confianza, la lealtad y el compromiso tanto con la empresa como entre colegas, hasta forjar un verdadero sentido de comunidad. Armando Neftalí Rodríguez, supervisor de primera línea, lo expresa con claridad: "Nuestra mina, en especial con cada grupo minero, uno siente que es nuestra segunda familia". Sus palabras resumen una forma de vida donde labor y vínculo humano se entrelazan estrechamente.

Bajo el cerro se cultivan la entrega, la solidaridad y la complicidad. Jaime Reyes Carvajal, operador especialista, lo sintetiza con fuerza: "Los mineros somos como una familia muy unida porque pasamos más tiempo en la Mina Subterránea que en nuestra pro-

pia casa, y todo trabajo se realiza en equipo entre producción, mantenimiento y electricidad".

Estas prácticas de sociabilidad, de sentido comunitario, van instalando costumbres compartidas para promover el compañerismo. Así, se entrelazaban los trabajadores y trabajadoras que vivían o se habían instalado ya hace años en la ciudad de Los Andes, con los que venían recién llegando desde la región de Valparaíso, como de otras regiones del país. Los Andes sigue siendo una ciudad relativamente pequeña, cuestión que facilitaba la creación de redes cercanas entre colegas y sus familias. Al menos durante el primer día de la bajada, era habitual reunirse entre colegas, manteniendo así viva la tradición de compartir. De esta forma, las amistades laborales se extendían más allá del turno. Las esposas y parejas de los trabajadores establecían lazos entre sí, generando un círculo social que reforzaba el vínculo colectivo. Eran frecuentes las fiestas de fin de año organizadas por los equipos de faena. Incluso en aquellos grupos que no contaban con un equipo deportivo propio, se celebraban actividades que fomentaban la integración. En algunos grupos se desarrollaron incluso actividades complementarias, como salidas a pescar, torneos de tenis o vóleibol, en los que también participaban las familias. Las esposas y los hijos se incorporaban activamente, y en las bajadas -gracias al apoyo sindical y de la empresa- se organizaban celebraciones y encuentros. Esto generaba una comunidad social extendida y robusta, en el que los miembros de la comunidad minera se conocían entre sí, y fortalecían lazos más allá del trabajo técnico.



El trabajar en un entorno subterráneo, de riesgo, soledad y oscuridad fue fortaleciendo los lazos humanos entre los colegas. Grupo de trabajadores en interior del Segundo Panel, Mina Subterránea, c. 1980.

La camaradería se convirtió en un rasgo distintivo del ambiente laboral, manteniéndose de forma sostenida con el paso de los años. El vínculo entre trabajadores de áreas como mantenimiento y producción se fortalecía mediante prácticas compartidas en el fútbol, como el recordado "Campeonato de la Amistad", evento deportivo que reunía a operarios y jefaturas, y que en algunos años convocaba incluso a trabajadores de otras áreas y niveles. Aunque las pasiones en algunas ocasiones se desbordaron, el espacio graficaba ese sentido de pertenencia y comunidad, muy característico de la Mina Subterránea.

La comunidad minera subterránea, como se observa, no solo desarrolló una cultura del trabajo marcada por la eficiencia y la técnica, sino también un espacio social caracterizado por la fraternidad, el compañerismo y el sentido de pertenencia. Una forma de vida colectiva que dejó una huella profunda en quienes la compartieron, y que difícilmente se ha replicado con la misma intensidad en otros contextos.

Esa familia minera de la subterránea surge como respuesta al desafiante trabajo en la cordillera bajo el cerro. Esta cultura con sentido de comunidad familiar de trabajadores y trabajadoras se hacía presente con fuerza en los encierros. En un contexto sin internet y con pocas distracciones individuales, los trabajadores encerrados en sus tiempos libres confluían hacia los espacios comunitarios en los salones, comedores y otros espacios compartidos del Hotel Hilton. Por muchos años se jugaban naipes, *pool*, brisca, dominó, taca taca (y se hacían sendos campeonatos de cada actividad). También se escuchaba música y se daban algunas películas en un antiguo proyector. También se contaban historias, se tiraban tallas (bromas), se hacía camaradería para abrigar el espíritu y mantener el ánimo.

1982 marca un hito en esta vida comunitaria de la Mina Subterránea. Ese año se dio un encierro de cerca de tres semanas. El 15 de julio se destinó a un grupo de trabajadores para a buscar placas de apoyo, clavos, y otros implementos para los pernos de las mallas de contención. Estaban inmediatamente afuera de la boca sur del Haulage I. Poco después, a las 11.35, se produjo un rodado. Casi todos se salvaron. Lamentablemente falleció Sergio Montenegro Montenegro, el querido "Chambeco", el único del grupo que no pudo arrancar. Como no estaban las condiciones para bajar, el cuerpo del fallecido quedó bajo la nieve en un carro plano del tren de transporte. El ánimo bajó en todo el personal tanto, por el extenso encierro, como por el cuerpo del fallecido presente en el lugar. Para subir el ánimo, se fraguó la idea de organizar un momento lúdico y festivo que reuniera a todo el turno en encierro para pasar un momento de humor y entretención.

Le plantearon la idea al jefe máximo que estaba en la mina, Hugo Contador Barrios. Fue así como surgió el recordado "El show del Paisita", un encuentro de los "paisas", los mineros que estaban encerrados en la faena. La idea era simple pero poderosa: entre toda la gente que estaba encerrada, buscar quién cantara, quién tocara guitarra o quién tuviera algún talento para compartir. La llegada del helicóptero que bajo el cuerpo de Chambeco, fue aprovechado para traer implementos y una cámara grabadora. Ese primer *show*



Los crudos inviernos cordilleranos son parte de la experiencia de la División Andina. Trabajadores fuera del Hilton, invierno 1972.

quedó grabado en la memoria, por lo emotivo del momento y la gran cantidad de números artísticos y humorísticos que se presentaron. Unos contaban chistes, algunos actuaron, otros cantaban y recitaban, algunos bailaban, y cada cual aportaba lo suyo para levantar el ánimo. Entre los *sketch* más recordados están la participación de Fernando Condell Meza, con su acto como "el patas negras"; el cuadro humorístico de "las enfermeras", en que un grupo de trabajadores disfrazados de personal de salud con delantales blancos atendían a un compañero; y la inolvidable imitación de Raffaella Carrá, realizada por Héctor Villanueva Gutiérrez, a quien vistieron con diversos implementos para simular el traje y la cabellera rubia de la afamada cantante italiana.

La animación del primer *show* estuvo a cargo Enrique Silva Vergara. Al año siguiente fue el turno de Héctor Zelaya Molina. Estos animadores consiguieron de alguna parte chaquetas, camisas y corbatas para asumir el rol de maestros de ceremonia.

Desde esos años quedó instaurada aquella tradición. Cuando un encierro se prolonga más de nueve días, siempre se piensa en organizar nuevamente un Show del Paisita, como una forma de subir los ánimos y hacer más llevadera la espera.

En ese mundo subterráneo, en esa comunidad familiar, el humor ocupa un lugar esencial. Las tallas, los apodos, las bromas son parte de la cultura social. "Sólo en la subterránea se encuentra esta convivencia, las "tallas", las bromas, los dichos. Lo distintivo de nuestra Mina Subterránea son los apodos, el compañerismo, el cuidarse unos a otros y salir todos del turno", señala claramente Juan Antonio Valenzuela Rubio, operador de producción.

En el caso particular de los apodos, éstos, lejos de ser un mero juego ofensivo, son signos de compañerismo y de pertenencia a la comunidad. Marcan a quien ya es parte del grupo. Como lo expresa Valentín Álvarez Arancibia, operador especialista, "los sobrenombres y la chispeza de algunos compañeros para encontrar el apodo preciso es muy anecdótico".

Víctor Valenzuela Carvajal, ex superintendente de Mina, da un largo listado de los que él recuerda, sobrenombres que condensan ciertas características físicas, anécdotas, personalidades o experiencias de a quienes describen o nombran. Apodos de características físicas eran: el "Cintura de huevo" (por su baja estatura y sobrepeso); el "Guata e' queque" (más alto que el an-

terior, pero también con su "rollito"); el "Huesillo" (porque cuando hablaba, su lengua le quedaba en un lado de la cara dando la impresión que comía un huesillo); el "Cuco", el "Diablo" y el "Pato feo" (por su no muy agraciado aspecto y rostro); el "Canario africano" (por ser muy moreno y delgado); el "Pata e' chicle", el "Pata cumbia", el "Zapatilla con clavos", el "Tranco de loro" y el "Pate Loro" (todos ellos por su extraña y particular forma de caminar); el "Parrón viejo" (por su aspecto desgarbado y envejecido); el "Cristo de palo" (por ser moreno y ser parecido a las imágenes de Jesús); el "Juan y medio" y el "Planchón" (por su alargada estatura); además estaba el "Hocico de buzón" y otros.

Aquellos sobrenombres puestos por su estilo o estampa fueron: el "Gato de yeso" (porque tocaba el contrabajo y no se movía al hacerlo); el "Cabeza de paco" (porque siempre andaba con el cabello muy corto); el "Combo loco" (por su desarreglada forma de vestirse, parecida al Chapulín colorado, y le decían en coro "combo loco" al entrar al casino); el "Lindo pelo" (porque siempre andaba peinándose); el "Calzoncillo" (porque siempre se le veía su calzoncillo largo bajo el pantalón). El mismo Valenzuela nos cuenta que aquellos trabajadores que veían todos los detalles, pero siempre de mala forma, también se les daba un mote particular: el "Aguilucho" (ya que desde lejos veía todas las imperfecciones y errores) y el "Ayatola" (porque "halla toda la" cosa mala). También estaba aquél que era muy inteligente y sagaz, el "Zorro". Estaban aquellos que eran malos para la pega: el "Cenicero de moto" y el "Pintura al agua" (porque no servían para nada). Los de mal carácter: el "Ángel malo" (por ser bonito, pero malo en el trato), el "Abrigo mojado" (porque era un prevencionista muy estricto y parco en el trato, muy "pesado"), el "Aceite grueso" (por su carácter intragable).

Aquellos señalados por alguna anécdota, experiencias o comentarios: el "Cherveza" (porque en el club de Saladillo pedía de esa forma aquél bebestible); el "Siete ternos" (porque siempre bajaba y subía con ternos distintos, porque decía que tenía "siete ternos"); el "Ochenta vacas" (porque tenía un terreno en San Felipe donde decía que tenía 80 vacas); "Doña chilindrina" (porque se enojaba y gritaba igual que aquel personaje del Chavo); la "Bocona" (por describir todas las falencias de los colegas en las reuniones de seguridad); el "Piuquén" (de San Esteban, quien siempre hablaba de aves y en especial de aquél pájaro); el "Cartero" (por sus constantes recorridos a pie por varias calles del centro). También se recuerda al "Pitigue", el "Zorzal", el "Perro rabioso", el "Mandolino", el "Cajón con clavos", el "Chico malo", el "Colo-Colo", el "No estoy ni ahí", el "Camión del agua", "Doña Flor", el "Voy y vuelvo", el "Champú de peumo", el "Pijama de león", "Manuelita", así como los varios "chicos", "negros", "flacos", "guatones", acompañados del nombre de pila o el apellido.

Esta dimensión lúdica y humorística, era un aspecto importante de la vida social de la comunidad de trabajadores y trabajadoras de la Mina Subterránea. Una dimen-

sión también muy significativa es la espiritual y religiosa: “Los mineros somos muy religiosos”, cuentan muchos de ellos. La cultura en la que se han formado, como parte de la sociedad chilena y latinoamericana, ha llevado a muchos mineros a profesar la fe y espiritualidad cristiano-católica.

Una de las principales expresiones de esta religiosidad es la presencia, en cada nivel de la mina, de una imagen de la Virgen de Andacollo. Esta devoción, vinculada a las raíces mineras del Norte Chico, es parte de la religiosidad popular, tejida desde la época colonial y que con el tiempo ha consagrado a la Virgen como patrona de los mineros. “Ella es la que nos cuida a nosotros”, relata Hugo Ortega Casanova, instructor de operaciones de la Mina Subterránea, caminando en las galerías de la mina. La Virgen de Andacollo representa y simboliza la protección divina. Es la figura de una mujer santa que abriga y resguarda a los mineros en la oscuridad de la Mina Subterránea. Para muchos, su imagen materializa un espacio devocional donde cada trabajador o trabajadora puede detenerse a rezar, a orar, a buscar consuelo o protección espiritual en medio del cansancio, el encierro y el riesgo constante.

También los trabajadores y trabajadoras destacan la presencia de San Lorenzo en diversos espacios e imágenes, otro patrono de los mineros. Ello ha llevado a tener la celebración del Día del Minero en la Mina Subterránea donde se realiza una liturgia con la participación de los grupos mineros y una procesión del patrono San Lorenzo.

Esta religiosidad popular también cumple un papel fundamental en los momentos más duros de la faena, especialmente ante la pérdida de un compañero/a. Cuando ocurre la muerte de un colega, la oración y el rezo colectivo se transforman



Los mineros mantienen su religiosidad en el interior de la explotación.
Imagen de la Virgen de Andacollo en Nivel 16, Mina Subterránea, 2025.

en un acto comunitario profundo, que permite transformar esa energía de dolor en un espacio de tranquilidad, acompañamiento y contención emocional y social. El rezo común funciona como un mantra colectivo, un mensaje directo a Dios para que reciba en su reino al compañero caído. Es un momento que reconforta, que abraza, que vuelve a unir los lazos y que busca cerrar las heridas abiertas por la pérdida.

Junto a esta dimensión religiosa de consuelo, aparece también otra arista de la religiosidad popular: el mundo de lo sobrenatural y lo fantasmagórico. Así, las apariciones, los sonidos y los ruidos que habitan la oscuridad y la soledad de algunas galerías se cargan de significado, dando origen a leyendas y relatos que circulan entre los mineros. Muchos comentan que, en algunos piques de traspaso, en buzones o en galerías donde se han producido accidentes, se escuchan pasos, silbidos, gritos o se ven siluetas humanas. Algunos mineros adultos, personas racionales y experimentadas, afirman haber sido testigos directos de estas manifestaciones como ruidos inexplicables, presencias que no corresponden a causas naturales, figuras que aparecen y desaparecen sin razón aparente. Mientras algunos son escépticos porque no les ha sucedido, otros aseguran con convicción haber vivido estas experiencias y piden no ser enviados solos a ciertos lugares donde han ocurrido estos hechos.

Junto a la Virgen, considerada protectora en el mundo subterráneo, también habita en el imaginario de los mineros otra figura mítica: el Minero Chico. Esta presencia encarna lo oscuro, lo maligno, el demonio. Se dice que aparece en las galerías más apartadas y frías, muchas veces sin iluminación o ya fuera de operación, donde el silencio y la soledad potencian el temor. El Minero Chico suele describirse como una silueta pequeña y sombría: un hombre de baja estatura, vestido completamente de negro. Entre los relatos más frecuentes se cuentan apariciones fugaces, como la de un hombre que fuma un cigarrillo cuya brasa brilla en la oscuridad, pero que desaparece sin dejar rastro al intentar acercarse.

Algunas de estas manifestaciones encuentran explicaciones lógicas -reflejos de luces, movimientos por efecto del viento o el resplandor de ampolletas sobre charcos de agua. Sin embargo, otras experiencias permanecen sin justificación racional. No son pocos quienes aseguran, con total certeza, haber visto o sentido la inquietante presencia del Minero Chico.

La religiosidad popular configura un universo espiritual que acompaña a los mineros en su vida cotidiana bajo el cerro, en ese mundo donde el riesgo y la esperanza coexisten cada día, dando fuerza simbólica a esta comunidad laboral.



La familia propia y empresa estatal

Quienes trabajan en la Mina Subterránea y en División Andina, son en su mayoría hombres y mujeres con años de experiencia a cuestas y una vida construida en torno al esfuerzo diario. Muchos de ellos tienen familia, hijos, esposa/o, pareja, padres o seres queridos que los esperan al final de cada jornada. Es por esa familia que cada día se levantan temprano, van a la faena y penetran el cerro con compromiso y responsabilidad. Porque el trabajo no es solo una actividad productiva, es la forma en que aseguran el sustento, el estudio de los hijos, el alimento del hogar, la tranquilidad del futuro. Por eso, hay orgullo en lo que hacen, porque cada mineral que se extrae, cada turno que se cumple, lleva también el peso y el sentido de una vida familiar que se sostiene con dignidad. En medio de lo desafiante que puede ser la faena, la familia es el motor silencioso que impulsa el esfuerzo y que da sentido a cada jornada en el interior de la mina.

La familia propia, la que se ha conformado y desarrollado gracias a un empleo en Codelco División Andina, está en el centro del trabajo y el sacrificio personal. Es el motivo fundamental para levantarse a las cuatro de la mañana para tomar el bus y entrar al turno, lloviendo o nevando. Carlos Ramírez Rojas, mecánico mantenedor especialista: “mi familia conoce mi trabajo y al igual que yo, están agradecidos de la empresa, porque nos ha posibilitado un gran crecimiento familiar y la realización de muchos proyectos”. Nicolás Molina Aguilera, mantenedor mecánico especialista, lo destaca desde su experiencia: “Trabajar en Andina me ha dado estabilidad familiar al poder estar en la mayoría de las ocasiones importantes y construir una vida junto a mi esposa Paulina y mi hija Agustina”.

El trabajo en la Mina Subterránea exige fuerza y resistencia física. Pero también requiere una disposición personal y emocional para enfrentar los turnos y los encierros, que implican ausencias y tiempos distintos con la familia. Alex Fica Pacheco, mantenedor infraestructura mina, lo explica así: “muchas veces nos ausentamos de casa por los turnos y largas jornadas. Creo que todo eso nos hace ser un poco más duros, pero también más conscientes del valor de compartir en familia cuando estamos presentes”.

Patricio Mariñán Toledo, operador especialista, recuerda cómo esta dinámica de turnos y de empleo en Andina ha marcado su vida familiar: “hemos tenido un buen pasar económico y mis hijas accedieron a una buena educa-



La familia es el centro de los esfuerzos de los trabajadores y trabajadoras en Andina. En las visitas a la Mina Subterránea las familias conocen las condiciones y la dura faena de sus seres queridos. Visita familiar, 2025.

ción. Lo difícil fue no estar siempre en momentos importantes de su crecimiento. Con el tiempo entendí que era parte de la vida que había elegido".

Algo parecido vivió Juan Acosta Bugueño, supervisor de primera línea: "este trabajo demanda también comprensión de la familia, porque muchas veces hay que trabajar en Navidad, Año Nuevo o cumpleaños. Ellos lo han entendido, aunque reconozco que en algún momento esas ausencias pesan".

Los trabajadores y trabajadoras de Andina, como sus familias, saben de la estabilidad socioeconómica que genera ser parte de la empresa, y están agradecidos de ello. Lo tiene claro Héctor Guerrero Tapia, supervisor de primera línea, quien expresa "gracias a mi trabajo, he logrado formar una linda familia que también está orgullosa de que yo sea parte de esta gran empresa. La recordaré como la gran posibilidad que me dio la vida de poder ser parte de ella".

Los trabajadores de la Mina Subterránea saben que su labor no solo significa estabilidad para sus familias, sino también desarrollo para Chile. Desde los tiempos de la Chilenización y, posteriormente, con la Nacionalización del Cobre, trabajar en Andina ha sido hacerlo en una empresa pública estratégica que entrega el "sueldo de Chile", ingresos que son parte esencial del presupuesto fiscal destinado a escuelas, hospitales y programas sociales.

Así lo expresa Arturo Reyes Púa, operador especialista "Andina me ha dado la posibilidad de desarrollar a mi familia, los estudios de mis hijos, la calidad de vida que tengo. Y en términos sociales, la satisfacción de haber aportado al país. Todo lo que se gana en Codelco es para el Estado, es para todos los chilenos".

Esta conciencia social y sentido de identidad colectiva se reflejan en muchos testimonios. Juan Valenzuela Rubio, operador de producción, lo resume así: "es un orgullo, además, aportar al Estado a través del cumplimiento de las metas productivas. Cuando uno ve a fin de año que se logró la meta, uno piensa: ahí estuve yo, aportando a la gente que realmente lo necesita, para un hospital o un colegio".



Visitas de familias de trabajadores a Mina Subterránea 2025


SALA
DE
NOMBRADA
CODELCO



Visitas de familias de trabajadores a Mina Subterránea 2025


EXTINTOR



Visitas de familias de trabajadores a Mina Subterránea 2025


ATENCION
BOTON PARADA
DE EMERGENCIA
DE GRUA PUENTE



Visitas de familias de trabajadores a Mina Subterránea 2025


SALA
DE
NOMBRA
ATENCION
BOTON PARADA
EMERGENCIA
DE GRUA PUENTE

Mujeres en la mina



Las mujeres de Andina van forjando un espacio de desarrollo profesional. Silvana Herrera Vergara, Geóloga de producción en Proyecto CAL, División Andina, año 2015.

El ingreso de mujeres a la Mina Subterránea no fue un proceso sencillo. No se trataba de falta de capacidades, sino de una cultura minera profundamente tradicional. Durante años circularon mitos y prejuicios que dificultaron su incorporación.

Uno de los más extendidos era casi mítico. La creencia de que "la mina se ponía celosa" si una mujer ingresaba a sus túneles, incluso si lo hacía un sacerdote -por las sotanas que se asemejaban a vestidos caló hondo en los mineros. Según esa superstición, al "molestarse", la Mina Subterránea podía provocar accidentes como forma de castigo. Era una idea profundamente arraigada en los relatos orales de faena, que reflejaba temores culturales y una visión excluyente.

Cecilia Pérez Reyes, ex secretaria de Gerencia General, lo recuerda así: "antes, las mujeres no podíamos entrar a la mina, era mala suerte, porque las minas se ponían 'celosas' y podía haber desprendimientos u otras cosas. Así, toda la función mina era manejada por hombres. Las mujeres no entraban, no teníamos mujeres que estuvieran ahí, menos jefas de turno. Pero ya

llegó un momento en que se empezó a capacitar, empezaron a subir mujeres, jefas de turno, y empezamos a nombrar supervisoras y superintendentes en cuestiones que eran tradicionalmente masculinas".

Como se aprecia en los testimonios, esta situación comenzó a cambiar. No fue de golpe ni sin resistencia, pero cambió. En los puestos administrativos y técnicos ya se contaba con mujeres en las oficinas de Saladillo, aunque la faena propiamente tal seguía siendo un espacio masculino. Una primera ventana se abrió hacia fines de la década de 1970, cuando se autorizaron visitas familiares: esposas, hijas e hijos ingresaban a conocer las tareas y espacios laborales de sus padres y esposos en la Mina Subterránea. Eran instancias cargadas de emoción, que muchas veces terminaban con lágrimas y con una mayor conciencia de lo que significaba el trabajo minero para la vida familiar.

Pero una cosa era la visita ocasional y otra muy distinta la presencia permanente. El acceso a capacitaciones, la preparación técnica y -sobre todo- las ganas, la disciplina y el compromiso de las mujeres que buscaban aportar al mundo minero fueron abriendo espacios de manera paulatina. Primero en labores periféricas como la alimentación realizada por contratistas; luego en prevención de riesgos en proyectos externos; más adelante en áreas técnicas y de gestión de personas, y finalmente, en labores directamente operativas dentro de la faena. Lo importante es que, una vez que ingresaron, no retrocedieron. Paso a paso, se fueron integrando a diversas funciones de la Mina Subterránea y de la División.
Patricia Herrera Valenzuela, directora del Sindicato Unificado de Trabajadores (SUT), fue una de las primeras mujeres en ingresar a la Mina Subterránea desde el área de Recursos Humanos. Recuerda que hacia fines de la década de 1980 ya había algunas pioneras, como Erika Hering, quien era química de la Planta Concentradora, en plena faena industrial. "Ella vivió toda la rudeza de un ambiente minero. Después, en los años noventa, seguíamos siendo muy pocas mujeres y prácticamente no había presencia femenina en el área industrial".

Ella misma fue protagonista en apoyar a los trabajadores en general, pero también en facilitar las condiciones necesarias para las primeras mujeres de Andina: vestimenta y baños especiales, áreas de cambio, entre otros. Desde esa labor fue impulsada y apoyada para convertirse en la primera mujer en el Comité Paritario y luego en la primera presidenta del histórico SUT. Con emoción, Patricia recuerda: "cuando se inicia el mundo de las mujeres para operar equipos, ese fue un cambio radical aquí en la División, y un orgullo tremendo por las oportunidades que se abrían. Para mí fue el orgullo más grande ver a las primeras operadoras mujeres en la Mina Subterránea, operar CAEX o LHD".

La geóloga Yasna Cortés Aguilar, quien llegó en 2008 al área de geología de la Gerencia de Recursos Mineros y Desarrollo, coincide en que en esos años eran muy pocas mujeres en la Mina Subterránea, y lo difícil que fue para ella en el comienzo: "me puse a levantar la mano y mostrar lo que sabía, lo que no fue fácil. Mis colegas tenían contratos a plazo fijo y sentí que me miraban como una amenaza. Además, por ser mujer costó mucho que me entregaran trabajos o me incluyeran en el

grupo. Más de una vez me escondí en el baño con ganas de devolverme a Salvador. Con el tiempo, sin embargo, Andina se transformó en un aprendizaje enorme, tanto en lo profesional como en lo humano. He sido dos veces reconocida como mejor trabajadora".

La misma Yasna Cortés Aguilar cuenta que, aunque en un primer momento fue difícil su ingreso en el área técnica en Saladillo, una vez incorporada la Mina Subterránea fue recibida con mucho cariño, aprecio y apoyo de sus colegas hombres. Ellos valoraban el ingreso a ese espacio recóndito, profundo y subterráneo de una mujer que venía a trabajar con ellos en las labores técnicas. Así como ella, otras mujeres recuerdan que, luego de una inicial desconfianza en relación a la cultura machista y los mitos, una vez ya entradas en faena y siendo parte de los grupos de trabajo fueron tratadas con cariño, respeto y compañerismo, características de la calidez humana de la Mina Subterránea.

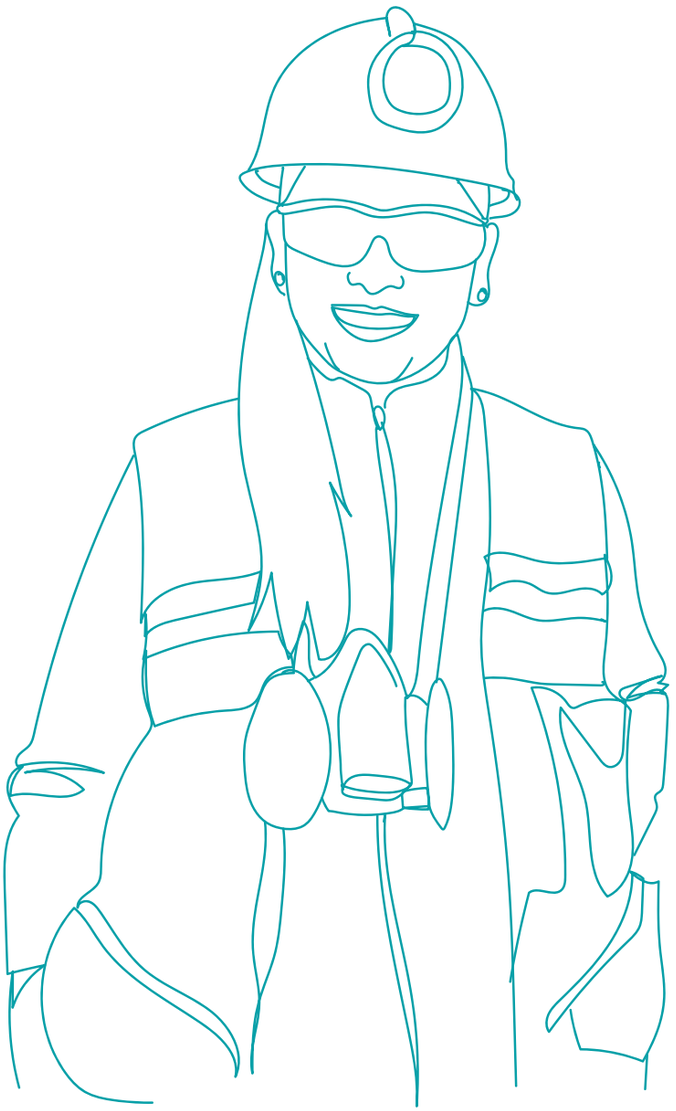
Para los hombres, la llegada de las mujeres tampoco pasó desapercibida. Recuerda Víctor Valenzuela Carvajal, ex superintendente Mina, que la llegada de compañeras a la mina permitió que los mismos hombres pudieran ser más cordiales en el trato; no solamente con ellas, sino también entre ellos mismos, ya que el duro trabajo de la mina los hacía rudos y fácilmente irascibles cuando los colegas no entendían o discrepaban. Los improperios, las subidas de voz, los enfrentamientos, se disiparon y disminuyeron drásticamente con la llegada de las mujeres.

La faena industrial fue por mucho tiempo espacio exclusivamente masculino. Hasta el 2014, cuando ingresó el primer grupo de operadoras. Las tres primeras mujeres fueron, en orden de ingreso, Tamara Chanquey Olivares, Natalia Figueroa Gutiérrez y Macarena Lazcano González, quienes entraron en febrero, marzo y abril de ese año respectivamente. Como operadora base en la Mina Subterránea, Tamara Chanquey recuerda: "era mi meta entrar a Codelco donde fuera y como sea. Hasta que lo logré". Sin embargo, el contexto inicial no fue el esperado: "al momento de contratarme, yo no sabía que había puros hombres, que no había operadoras. Entonces en un principio me dio miedo". Con el tiempo, esa experiencia se transformó en esfuerzo y compromiso por la empresa: "yo estoy orgullosa de haber sido la primera mujer operando en la Mina Subterránea. Hay que seguir luchando para que la minería se acostumbre a la mujer, y nosotras también acostumbrarnos al mundo de la minería porque no es fácil. El desafío queda en nosotras como una gran responsabilidad, dejar bien puesto el nombre de la mujer para que otras también tengan la oportunidad de ingresar. Ojalá que lleguen más mujeres, para tener compañeras y compartir mis conocimientos, así como los viejitos de acá lo compartieron conmigo".

Otro hito que marcó esta etapa fue la designación de Daniela Orellana Quiroz, la primera mujer en asumir el rol de superintendenta de la Mina Subterránea, en enero de 2018. Venía con la experiencia de catorce años en El Teniente, teniendo a cargo Reservas Norte y Dacitas, de las minas más grandes de aquella División. Su llegada ocurrió en un momento complejo. Se había anunciado el cese operacional definitivo de la mina y el ambiente estaba atravesado por la incertidumbre, la tristeza y el

peso de varios accidentes fatales ocurridos en los últimos años. “El ánimo ambiente no era el mejor”, cuenta. En ese contexto, su presencia no solo rompió una barrera histórica en un mundo tradicionalmente masculino, sino que también representó un gesto de confianza, renovación y liderazgo en medio de una transición compleja. Para muchos trabajadores y trabajadoras, su nombramiento fue una inflexión para hacer renacer el espíritu de equipo, para seguir adelante con firmeza y visión, con el objetivo de sistematizar la planificación y programación, la rehabilitación de equipos y contratos, de implantar nuevos estándares para la mejora continua de la Mina Subterránea, retomando las metas de producción.

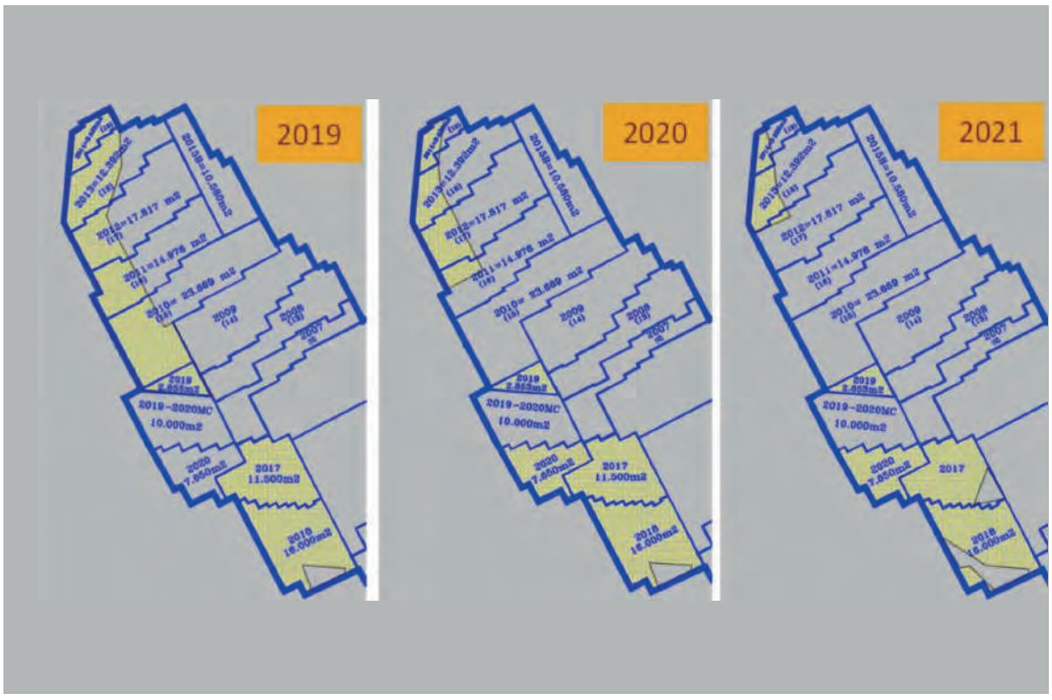
Hoy, aunque la Mina Subterránea ya no cuenta con dotación femenina propia, el paso de aquellas primeras mujeres marcó un precedente importante. Su presencia ayudó a derribar mitos y a transformar una cultura que por mucho tiempo fue exclusivamente masculina. Con el cierre de la mina, su legado permanece como parte de la historia de Andina y como inspiración para las trabajadoras que hoy se desempeñan en otras gerencias y en las distintas labores de superficie, donde continúan aportando con liderazgo, conocimiento y compromiso.



El cese operacional de la Mina Subterránea

Cuando Codelco comenzó a proyectar sus distintos desarrollos estructurales, el escenario era favorable: estabilidad social y laboral, junto con buenos precios del cobre. En ese contexto, los proyectos se evaluaban considerando diversos escenarios futuros. El yacimiento de Río Blanco ofrecía enormes reservas, y el desafío estaba en definir el modelo de explotación y los costos asociados para su desarrollo.

Desde las áreas estratégicas de la Corporación se fue instalando la certeza respecto al agotamiento de reservas en el Tercer Panel de la Mina Subterránea. Tras diversos estudios y cálculos, en 2017 se comunicó que la Mina Subterránea cesaría sus operaciones. En un inicio se proyectaba el cierre para 2022, pero la fecha fue reprogramada para agosto de 2025. La decisión se enmarcó en un proceso



Vista en planta del III Panel de la Mina Subterránea, donde se identifican áreas activas, por hundir y por cerrar en los próximos años, de acuerdo con el informe PND 2017. Se observan la continua disminución de las áreas a explotar. Fuente: Ricardo Olivares Quero “Plan estratégico y táctico para la operación minera subterránea de Codelco División Andina en el periodo 2018 – 2021. Memoria para optar al grado de magister en Gestión y dirección de empresas. U. de Chile, 2018.

planificado que marca la transición de Andina hacia una operación full rajo.

Entre 2017 y 2025, para cumplir con los compromisos de producción y mantener la continuidad operativa, se incorporaron nuevas áreas de explotación, las últimas que iban quedando en el Tercer Panel. Estas zonas reemplazaban a otras ya en proceso de cierre, debido al agotamiento de sus reservas. En esas zonas nuevas, se procesaba material primario, secundario y quebrado. El material quebrado, residuo de las explotaciones del Primer y Segundo Panel, proyectaba su incremento, lo que indicaba el acercamiento a la "sombra" del cráter, otro signo más del techo operativo de la Mina Subterránea.

Las zonas que se sumaban no solo eran nuevas en ubicación, sino que exigían un manejo de materiales distinto al que se venía aplicando en los sectores tradicionales. Eso implicó revisar en detalle las estrategias operativas, adaptar diseños, modificar prácticas y aprender de los resultados obtenidos en años anteriores. Para los equipos técnicos, significaba reaprender, volver a mirar los planos con atención y participar activamente en los ajustes que la faena requería.

En estos últimos años de operación, la Mina Subterránea de la División funcionó con una coordinación milimétrica entre la extracción y la entrega del mineral. Por diseño, todo el sistema estaba estructurado de tal forma que la producción dependía directamente del espacio disponible en las tolvas que alimentaban a las plantas de chancado primario. Estas tolvas en conjunto podían traspasar hasta 38.500 toneladas de material, lo que equivalía a tres turnos completos de trabajo en la mina. Eso significaba que cualquier detención en las plantas de chancado primario o en las tolvas tenía un impacto inmediato en la operación subterránea y su producción. Si las plantas se detenían, la mina debía reducir ritmo y ajustar su producción. Esto obligaba a una coordinación muy eficiente entre todas las áreas: jefes de turno, operadores, supervisores, despachadores y Planta Concentradora. Este era otro de los cuello de botella que enfrentaba la estructura operativa del Tercer Panel.

En términos de producción, hacia 2017 la Mina Subterránea ya no era el corazón productivo de la División. Más de dos tercios del total provenían desde la Mina Rajo, mientras que la operación bajo tierra aportaba apenas un tercio y, en algunos meses, incluso menos. Esta situación marcó un punto de inflexión simbólico y material en la historia productiva de Andina. Si antes el peso del cobre extraído venía del interior de la montaña, ahora la faja abierta del rajo se imponía como la principal fuente de mineral, desplazando poco a poco el protagonismo que por décadas tuvo el modelo subterráneo.

Este reordenamiento no solo modificó las cifras de producción. También reconfiguró el lugar que ocupaban los trabajadores de la Mina Subterránea en el imaginario colectivo de la División, en la distribución de recursos y en la toma de decisiones estratégicas, consolidando el avance del modelo a cielo abierto como nuevo centro de gravedad operativo.

Por estas razones, el cese operacional de la Mina Subterránea,

dadas las condiciones de desarrollo de ese momento, se volvía inevitable desde lo técnico y lo económico. El agotamiento de las reservas del Tercer Panel, junto con las complejidades del proceso productivo y su limitada capacidad de procesamiento, evidenciaban que se requería una nueva estrategia y un proyecto distinto, no solo para la subterránea sino para toda la División, que asegurara su continuidad operacional.

Ese proyecto fue "Traspaso Andina", cuya ejecución comenzó en 2014. Con una inversión superior a los 1.600 millones de dólares, su objetivo era habilitar la producción en modalidad rajo abierto, conectada a una nueva red de plantas e instalaciones modernas que reemplazarían equipos antiguos, reduciendo la complejidad y asegurando operaciones los 365 días del año. Este proyecto garantiza la continuidad operacional por al menos tres décadas más. El problema para la subterránea, era que el modelo estaba concebido totalmente en superficie.

Una eventual expansión del modelo subterráneo -a través de un nuevo panel de extracción más profundo- implicaba una inversión aún mayor que la del Traspaso Andina, sumada a una geomecánica más desafiante y a la necesidad de nuevas tecnologías, lo que lo convertía en un proyecto altamente costoso e incierto en el corto plazo.

Así, ante el agotamiento de reservas y los límites operativos del Tercer Panel, el sistema subterráneo de explotación y procesamiento tenía plazo de vencimiento. En 2017 se informó oficialmente del cese operacional de la Mina Subterránea. Fue una noticia difícil, que generó inquietud laboral y dudas sobre las decisiones tomadas. Sin embargo, todo indicaba que avanzar hacia la operación full rajo y el cese de la subterránea eran medidas técnica y económicamente coherentes.

La incertidumbre era, en todo caso, real. Los sindicatos de Andina plantearon la importancia de que el proceso de cierre considerara a las y los trabajadores, poniendo atención en la mantención de los cupos, en la capacitación, en planes de egreso acordados y, sobre todo, en la entrega clara y oportuna de información.

Como parte del proceso de trabajo conjunto, Codelco conformó una mesa técnica, compuesta por un equipo multidisciplinario para acompañar el cese operacional desde todos los frentes. No se trataba solo de desarmar una operación, sino de hacerlo con responsabilidad, cuidado y sentido humano. Desde el inicio, el foco estuvo puesto en las personas, asegurando movilidad laboral y nuevas oportunidades. Se buscaba evitar que el cese se tradujera en un término abrupto, sino que debía ser una transición organizacional que diera continuidad a la empleabilidad, fortaleciera las competencias y mantuviera la dignidad laboral de quienes hicieron posible la historia de la mina.

En ese marco, se definieron cuatro salidas: 1) Modelo de Movilidad, que implica la reubicación de los trabajadores al interior de la faena, por un lado, en la continuidad de Servicios en Mina Subterránea para 62 personas y, por otro, con 53 cupos de operadores CAEX Mina Rajo, que implicará para los seleccionados un proceso de capacitación en dicha operación; 2) Modelo Compensatorio, es una herramienta diseñada para

resguardar las rentas e indemnizaciones de los trabajadores al momento de cambiar de unidad de trabajo, para que no existan desmedros en sus rentas garantizadas; 3) Plan de Egreso, evaluación de un modelo, que permita reconocer la trayectoria de los trabajadores que se retiren de la empresa.

Aunque el cese operacional del Tercer Panel marca el fin de una era, no todo se detiene en la Mina Subterránea. Se dejará de operar las áreas de extracción, las tolvas de acumulación de mineral, la planta de chancado primario y la correa transportadora hacia la Planta Concentradora. Sin embargo, deben continuar servicios para dar apoyo a la faena en superficie en la Mina Rajo.

Estas labores, agrupadas bajo el concepto de continuidad de servicios de la Mina Subterránea, se concentrarán en tres grandes



El anuncio del cese operacional generó una preocupación al interior del mundo de los trabajadores y trabajadoras, que luego se fue explicando y entendiendo. Interior Mina Subterránea, c. 2017.

frentes: el control estructural de galerías, la ejecución de obras menores para mantener condiciones operativas seguras, y -lo más crítico- la continuidad de drenajes y redes internas, fundamentales para evitar filtraciones y acumulaciones de agua y mantener la integridad del sistema. Para asegurar una transición fluida entre la Mina Rajo y la subterránea, se ha definido la continuidad de servicios subterráneos que permiten mantener el tránsito expedito y seguro a través de la Rampa de Conectividad y el Haulage II. Además, se mantendrán en funcionamiento los sistemas de ventilación principal y secundaria, fundamentales para garantizar condiciones de trabajo seguras, así como los servicios de comunicación que permiten coordinación, monitoreo y respuesta oportuna ante cualquier evento. Junto con ello, se implementarán acciones específicas para asegurar la continuidad de los sistemas de emergencia, resguardando tanto a los trabajadores y trabajadoras del entorno inmediato como en las instalaciones que permanecen activas.

El cese operacional que vivió la Mina Subterránea de Andina es un hecho relevante, no solo para la División, sino que también para la historia de la minería chilena. Es el primer cese de este tipo a nivel nacional, por lo que su desarrollo está marcando un precedente. Lo que aquí se está haciendo -con planificación, diálogo y responsabilidad- se está observando atentamente, tanto dentro de Codelco, como en el conjunto de la industria minera del país. Es por ello que se estableció una coordinación y monitoreo por parte del Servicio Nacional de Geología y Minería (SERNAGEOMIN), para acompañar el proceso. A partir del trabajo conjunto con Andina, este organismo público se ha comprometido a la elaboración de una guía oficial para futuros ceses parciales de operaciones, basada en la experiencia real y los aprendizajes técnicos, ambientales y sociales de la Mina Subterránea de Andina.





Significado histórico de la Mina Subterránea para División Andina

La Mina Subterránea es una explotación significativa en la historia de División Andina de Codelco Chile, y representa una forma particular de desarrollo minero en altura que, en este agosto de 2025, llegó a su fin al menos en este ciclo productivo.

En primer lugar, Codelco Andina surge como un proyecto de explotación minera del yacimiento de Río Blanco bajo el modelo de Mina Subterránea. Es decir, el origen de la División es subterráneo: desde ese modelo de explotación bajo el cerro, en el histórico Primer Panel, se da inicio y se concreta el proyecto minero en esta zona del país.

Desde 1970 hasta 1983, la Mina Subterránea fue el pilar que sostenía la producción de la División. El rajo Sur Sur aparece recién en 1983, año en que comienza una explotación minera mixta. Pero hasta ese momento, la extracción había sido exclusivamente subterránea. Esto le otorga a Andina una condición particular, ya que su cultura organizacional, la base de su sindicato histórico, su forma de trabajo, sus relaciones laborales y la ubicación de instalaciones clave como Lagunitas, Hilton y Rock Point, están directamente vinculadas al modelo de explotación subterráneo. Esta forma organizacional, técnica y geomecánica es lo que le otorga su carácter histórico distintivo.

A partir de 1983, con el desarrollo del rajo Sur Sur, luego del rajo Don Luis y otros posteriores, se establece un modelo minero mixto, que ya en el siglo XXI se consolida como el predominante. Hasta el 2022, todo el proceso de chancado y molienda en la División se realizaba en el corazón mismo del cerro, bajo tierra. Mientras la operación a cielo abierto aportaba con mineral bruto, era el complejo sistema subterráneo el que cargaba con la responsabilidad del procesamiento. Allí se encontraba la Planta de Chancado, los molinos, los sistemas de transporte, los operarios y operarias, y todo un

engranaje técnico y humano que hacía posible que el cobre emergiera de la piedra.

El personal de la Mina Subterránea fue, por años, el responsable de asegurar que el mineral del rajo llegara correctamente a las plantas subterráneas. Esta tarea no era menor, pues requería un trabajo minero intensivo y altamente técnico. La lógica subterránea, entonces, no era solo geológica, sino también cultural, organizacional y productiva. Era en las profundidades donde se concentraba el saber hacer, la experiencia acumulada y buena parte del valor agregado del proceso minero.

En ese sentido, la Mina Subterránea no era simplemente una zona de explotación, sino el alma misma del proceso industrial. Las posteriores explotaciones a cielo abierto (rajo) solo fueron posibles porque previamente existió un proyecto fundacional subterráneo sólido y consolidado, que contaba con plantas chancadoras y concentradoras también en caverna que procesaron hasta el 2022 todo el material extraído.

El Tercer Panel representó una expansión cuantitativa y cualitativa respecto de los dos paneles anteriores. Pero el agotamiento de sus reservas marcó el fin de la



La Mina Subterránea de División Andina de Codelco Chile marca su historia productiva, dejando huellas imperecederas en la memoria social de sus equipos de trabajo y colaboradores. Trabajadores en ampliación de galerías del Primer Panel, Mina Subterránea, c. 1980

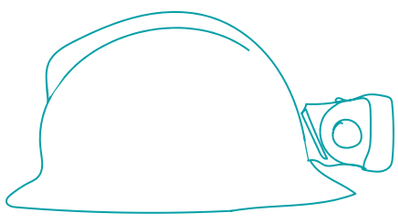
Mina Subterránea. A partir de ahí, se proyectó el cese operacional del modelo subterráneo y la expansión del rajo como alternativa estratégica para el futuro de División Andina. Por ello, el Cuarto Panel continúa estando en carpeta como una opción estratégica a futuro.

Otro significado histórico de la Mina Subterránea radica en la complejidad de sus condiciones geográficas, geomecánicas y humanas. Estas particularidades exigieron que la inteligencia colectiva e individual de sus trabajadores se desplegara al máximo, dando origen a múltiples innovaciones técnicas. Desde el desarrollo de infraestructura y maquinaria -como los martillos móviles- hasta la implementación de sistemas de explotación con preacondicionamiento por debilitamiento dinámico de las rocas mediante explosivos, se generaron constantes adecuaciones para enfrentar un entorno complejo y, a veces, hostil. La construcción y puesta en marcha del Tercer Panel, la explotación de los Cuerpos de Alta Ley, junto con una enorme cantidad de adaptaciones, inventos y prácticas, surgieron precisamente para responder a esas dificultades bajo el cerro.

Ese entorno subterráneo también forjó un mundo social y cultural propio. El trabajo en equipo, la necesidad de enfrentar colectivamente los riesgos, la compañía permanente de los colegas y paisas, el compartir el encierro, los espacios religiosos dentro de la mina, así como las experiencias derivadas de los accidentes fatales, fueron construyendo una identidad particular y única. Se fue forjando una comunidad de trabajadores y trabajadoras con un espíritu particular, con representaciones y saberes compartidos, que asumieron colectivamente las responsabilidades del trabajo subterráneo y conformaron un sólido sentido de equipo.

En la actualidad la Mina Subterránea ha comenzado a transformarse en una mina de servicios, lo que representa un nuevo capítulo en su historia. Ya no como eje exclusivo de extracción ni de procesamiento, sino como una infraestructura clave para asegurar la conectividad y continuidad operativa de toda la División. Una de sus funciones más relevantes en este nuevo rol es la habilitación de la Rampa de Conectividad, que cumple una función estratégica durante los periodos de mayor riesgo climático, especialmente cuando se producen avalanchas o rodados que dificultan o impiden el acceso habitual por superficie. Gracias a esta rampa, es posible sortear estas interrupciones y mantener el tránsito hacia zonas productivas a través del Haulage II, permitiendo el ingreso seguro hasta el Nodo 3500. En ese tránsito bajo tierra, la Mina Subterránea sigue siendo arteria viva, no como explotación cuprífera, sino como soporte estructural de transporte, espalda logística de la operación minera actual.

Este legado merece mantenerse vivo, difundirse y ser recordado. De ahí surge la importancia de este libro y de otras acciones que buscan resguardar la memoria de la Mina Subterránea para que no se pierda en el tiempo. En esta línea, resulta especialmente significativo que la propia Superintendencia de la Mina Subterránea haya impulsado la creación de un museo en el Barrio Cívico del Nivel 17, concebido para dar testimonio gráfico e histórico de los antiguos procesos de trabajo minero, en salas habilitadas dentro del cerro, como huella tangible de lo que allí se vivió.





La comunidad social de la Mina Subterránea tiene un sello distintivo que se debe resguardar como patrimonio cultural de Andina. Trabajos interior mina, c. 2015.

La memoria de la Mina Subterránea en los relatos personales de este libro

En los túneles de la Mina Subterránea de Andina se extrajo cobre, pero también se construyó una historia, se forjó una comunidad. Cada galería, cada pasillo y cada nivel guardan mucho más que infraestructuras y equipos. En sus calles interiores se forjaron vivencias, memorias y fragmentos de una forma de vida que, aunque ya no continúa en la faena diaria, permanece latente en quienes la protagonizaron. Es una evocación que se transforma en nostalgia, mezcla de dulzura y melancolía, al recordar aquella actividad que desde 1970 dio inicio al trabajo de toda la División.

Las páginas que siguen recogen la voz de hombres y mujeres que reconstruyen experiencias, dando cuenta de una trayectoria que va más allá de lo técnico y operativo. Es un recorrido profundo, desde lo subterráneo, pero también desde lo humano, lo social y lo emocional. Allí se consolidó una identidad colectiva sustentada en el compañerismo, el esfuerzo y el orgullo por la labor realizada.

Fue también un lugar de transformaciones. Se pasó del trabajo manual a la mecanización, de la exposición a los peligros hacia una cultura de cuidado. En esos pasillos oscuros se tejieron lazos sólidos de pertenencia y apoyo, creando una segunda familia minera que, al tiempo que distanciaba a las familias del valle, levantaba comunidad bajo el cerro.

La identidad construida en la subterránea es un relato compartido, una narrativa que hizo de la montaña un espacio vital. Allí los trabajadores combinaron la faena con la amistad, la técnica con la conversación, el cansancio con la risa. Con el término de las operaciones, esas historias dejaron de repetirse en la faena, pero no se extinguieron, permanecen vivas en la memoria de quienes las protagonizaron.

Un capítulo de la historia se cierra, pero la memoria no. Porque mientras alguien recuerde, mientras alguien narre lo que se vivió, mientras alguien diga “yo estuve en aquellos niveles y galerías”, esas experiencias seguirán transmitiéndose, encendidas en el recuerdo colectivo.

Ese es el propósito de este libro. Espera que la llama no se apague con el fin de una operación ni se extinga con el cierre de la mina. Que permanezca viva en los relatos que testimonian el esfuerzo, la entrega y el orgullo de haber hecho minería subterránea en Codelco Chile División Andina.

La mina subterránea es un legado de excelencia, ¿Por qué?

¡PORQUE LA MINA ES LA MINA!







GRUPO 1


TRANSITE POR SU IZQUIERDA



GRUPO 2





GRUPO 3


VACIADERO
TRANSITE POR SU IZQUIERDA



GRUPO 4





ADMINISTRATIVOS





SALA COM


VACIADEROS Nv 17
OP 8
% Disp. 0 %
Estado
Reparación de Vaciadero
0
OP 4
87 %
6708
Vaciadero Lleno
OP 9
% Disp. 47 %
Estado
1462
OP4 A
0 %
0
Reparación de Vaciadero
SISTEMAS DE TRASPASO MINA SUBTERRANEA
BZ
Disp. Sistema
Condicion Sistema
Sizer 100,00
H-75 100,00
G-68 0,00 Vaciadero Fuera de Servicio
G-72 0,00
G-76 100,00
G-80 Mantenimiento Planificado de Martillo
G-84
G-88 Mantenimiento Planificado de Buzón
F-72 100,00
F-80 100,00
F-84 0,00
F-88 100,00
D-76 100,00
D-80 100,00
100,00
CIADEROS NV-16 SURWESTE
erativo
erativo
perativo
Operativo
Operativo
Operativo
Principales Causas Den
que lleno
narla
ambio de turno
oblación
spera punto
aciado
Total Den
1.4
0.9
0
0
CODELCO


SALA COM


Total Demoras en Turno
0,1
4.5
Total Demoras en Turno
17.0
CP: 0%
Cerro Negro Sur
24-08-2025

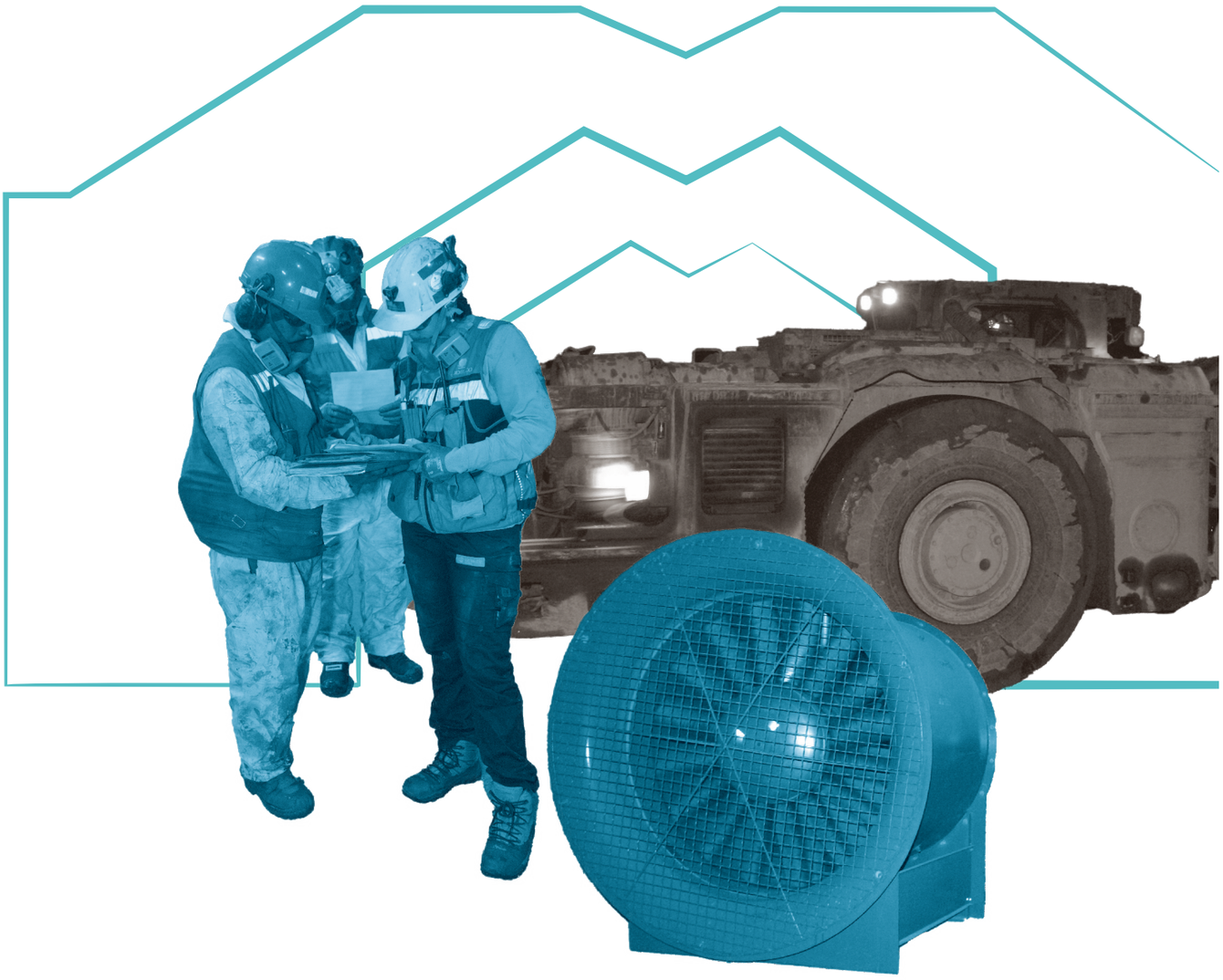


SALA COM



CAPÍTULO II

Testimonios de los protagonistas



ALEX FICA PACHECO

Mantenedor de infraestructura

El hombre del sur que encontró su lugar en la mina

Soy originario del sur, de Valdivia, y cuando llegué a la zona central en 1996 la minería era para mí un universo completamente nuevo y desconocido. Vinimos por motivos personales, en busca de trabajo, y alguien me habló de la minera. Empecé a averiguar dónde postular y, como muchos, partí trabajando como contratista. Mi primer destino fue la Mina Subterránea y, desde ese momento, este lugar se convirtió en parte fundamental de mi vida.

La primera vez que subí a faena sentí que nos veíamos tan pequeñitos frente a la inmensidad del lugar. Fue una experiencia sorprendente. Recuerdo que llamaba a mis amigos de infancia para contarles lo que estaba viviendo y les mandaba fotos. Ellos se asombraban al saber que dentro de la mina había casino y oficinas, como si fuera una mini ciudad. Como contratista, mi anhelo era pertenecer a Codelco, y finalmente lo logré en 2008, en una postulación masiva.

Venirme a esta zona del país también me permitió conocer a mi señora, que es andina y que por ello estaba familiarizada con la minería. Me siento orgulloso de pertenecer a la familia minera de Codelco. Ese orgullo se traspasa a mi familia también, aunque mi hija menor que tiene 14 años, aún no logra dimensionar qué significa ser parte de esta empresa.

Para mí trabajar en la Mina Subterránea y en Codelco es muy importante. Como familia minera, somos diferentes en muchas cosas: los términos que usamos, la forma de trabajar, y el esfuerzo y dedicación, porque muchas veces nos ausentamos de casa por los turnos y largas jornadas, lo que implica un gran sacrificio personal y familiar. Yo creo que todo eso nos hace ser un poco duros.

Siempre he sido parte del Grupo 4, un equipo muy unido. Cuando hay que ayudar a alguien, ya sea un compañero, un familiar o un conocido, siempre estamos dispuestos. Esa solidaridad nos caracteriza. Tenemos además un club deportivo que organiza distintas actividades y canaliza ayudas hacia quienes lo necesitan. Con ellos también compartimos momentos de camaradería, como las reuniones en San Esteban para escuchar música y comer algo juntos. Y en las nocheras, el jefe de turno suele invitarnos a llevar algo para compartir durante la charla de seguridad, lo que hace más ameno ese momento en que nos reunimos todos.

En todos estos años he hecho buenos amigos, pocos pero muy valiosos, con quienes también comparto en familia fuera del trabajo. Uno de ellos fue Sergio Machuca (QEPD), quien falleció hace ya doce o trece años y con quien compartíamos mucho. Su partida fue lamentable, uno de los momentos más tristes de mi historia en la minería.

A lo largo del tiempo ha evolucionado la minería, principalmente en el tema de seguridad, hasta el día de hoy es un pilar muy relevante. Lo más importante de hacer un trabajo es hacerlo en forma segura, sin accidentes. Todos queremos llegar bien a la casa. Eso es lo principal. El tema de la seguridad lo tenemos tan incorporado que lo aplicamos en nuestros hogares. Yo invito a mi familia a hablar de seguridad. Mi hija está estudiando prevención de riesgos y ha logrado entender muchas cosas de las que yo hablaba. Y lo está aplicando en pequeños detalles, porque en el

hogar ocurren muchos accidentes por descuido o por ignorancia.

La incorporación de tecnología también ha ayudado a modernizar los procesos. Cuando llegué a Andina lo hice al Nivel 11, que hoy ya no existe. Cuando se inauguró, había un sistema para lavar los equipos con desengrasante. Todo un tema automatizado para esa época. Recuerdo que llegaron las autoridades a la inauguración y el sistema no funcionó. Fue un chascarro. Obviamente después funcionó.

La operación de los martillos a distancia, desde Saladillo, sin exponer al trabajador a la fuente contaminante de polvo y ruido fue un avance muy importante. Desde que llegué que se operan telecomandados, pero colegas de Salvador que llegaron a Andina, decían que en el norte se operaba desde una cabina en el mismo lugar de producción.

Estos años en la Mina Subterránea los recordaré como una etapa única en mi vida. Me quedo con los aprendizajes, las amistades y el orgullo de haber sido parte de Codelco. Lo que más voy a extrañar no es el trabajo en sí, sino la humanidad de mis colegas: las bromas al comenzar el turno, la convivencia diaria y la amistad que nos une.

"Lo que un día fue un mundo desconocido, hoy es mi mayor orgullo: haber sido parte de la familia minera de Codelco".



ALEJANDRO PEÑA FREDES

Operador especialista

El trabajador que encontró en la subterránea su hogar

Llegué a División Talleres en 2002. Recuerdo que nos recibieron muy bien y lo que más me sorprendió fue el primer sueldo. En realidad, era el "suple", pero equivalía a lo mismo que ganaba en un mes en Talleres. Con un compañero fuimos a Recursos Humanos a devolver la plata porque pensamos que se habían equivocado.

—Hay un problema, ocurrió un error, nos depositaron mucha plata— le dijimos a un trabajador de Recursos Humanos.

—¿De dónde vienen, del norte o del sur? Si es de Talleres está bien, es el anticipo. Deben esperar el pago del sueldo— respondió.

Ese cambio fue tremendo y muy positivo. Hoy vivo en San Esteban. Ya no vuelvo a Rancagua, solo de visita.

Primero llegué al Grupo 3 de carguero, luego estuve en reparaciones y servicios, y más tarde volví nuevamente como carguero.

Trabajaba con Alejandro Guerra, "El Flop", a quien le gustaba andar en moto y que falleció en las dunas de Concón en un accidente. Una vez, mientras arreglábamos un buzón, nos caía barro y tuvimos que refugiarnos en los tableros eléctricos hasta que todo pasó. Quedamos como monos.

Ahora nos preguntan si queremos irnos al rajo después de toda una vida en la Mina Subterránea. Es volver a empezar, pero ya tengo 52 años y no sé si conservo la misma capacidad que tenía a los 22.

Yo quería quedarme en la subterránea o, en su defecto, irme a la Planta de Filtros. Sin embargo, preferí seguir en la mina, porque allí todo está ordenado, es nuestra "casa" y siempre la mantenemos impecable. Somos polifuncionales, hacemos de todo.

En la mina los enojos son cortitos. Hay respeto, confianza y muchas tallas. Recuerdo a jefes destacados: Jorge Guerino (QEPD), jefe de turno; Jaime Galleguillos (QEPD); Valentín Morales, superintendente y también jefe de turno; Miguel Alfaro; y Leo Baeza (QEPD), una persona muy especial que siempre decía: *"que no nos coma la tonelada"*.

En 2010 quedé viudo con mis lolos. Seguí adelante por ellos. El mayor, en un periodo, se puso altanero, pero ahora está bien encaminado: estudia mecánica industrial de maquinaria pesada en San Felipe. El menor quiere estudiar medicina. Ya están grandes mis regalones. Siempre me esperan con la once cuando llego a la casa y no me voy sin despedirme de ellos con un beso.

“En la subterránea todo está ordenado. Nuestra ‘casa’ está impecable”.



ANDREA RUBILAR BRAGG

Jefa de Unidad de Campamento

La primera mujer que cuidó la seguridad en la mina

Asumir el rol de primera jefa de seguridad de la Mina Subterránea de Andina en el 2016 fue uno de los desafíos más grandes y transformadores de mi vida. No solo porque implicaba liderar la seguridad en una de las operaciones más complejas de la División, sino porque coincidió con un momento personal muy especial: estaba regresando de mi postnatal, con mi hija de apenas seis meses.

Conciliar mi vida familiar con las exigencias del trabajo fue un reto enorme. Cada día debía salir de casa a las 05:20 de la mañana, dejando a mi bebé, Andreita, y a mi marido, Daniel. Ese sacrificio se sentía intensamente.

Sin embargo, también me dio una fuerza distinta: la convicción de que lo que estaba haciendo valía la pena, porque detrás de cada trabajador había también una familia esperando su regreso seguro al hogar. Esa realidad me acompañaba siempre y hacía que la seguridad dejará de ser un procedimiento para convertirse en un valor profundamente humano.

La dinámica de la Mina Subterránea era única y demandante. Recorrer las calles de producción, estar presente en el loop de camiones del Nivel 17, participar de las charlas de seguridad semanales y compartir con los trabajadores fueron experiencias que me marcaron. En cada conversación encontraba historias de esfuerzo y compromiso, y a través de ellas aprendí tanto o más que en cualquier manual.

Uno de los hitos que recuerdo con fuerza fueron las auditorías de seguridad, instancias exigentes donde dos equipos externos llegaban a revisar la implementación de nuestros controles. La preparación era intensa y muchas veces sentíamos la presión al límite. Pero en esos momentos aparecía lo más valioso: el trabajo en conjunto con los superintendentes, los jefes de unidad, los instructores y, muy especialmente, el apoyo del Comité Paritario. Todos empujábamos hacia la misma meta, con la certeza de que el esfuerzo colectivo era la clave para lograr los resultados.

También hubo momentos difíciles, como el accidente fatal de un trabajador en 2018, que fue un gran dolor para toda la familia minera. Participar en la investigación, junto al Comité Paritario, me dejó una profunda reflexión: más allá de los procedimientos, la clave estaba en cómo lográbamos realmente llegar a los trabajadores y generar conciencia preventiva.

Además de la seguridad operacional, participé en iniciativas de sustentabilidad, como la gestión de residuos en los talleres de mantenimiento de la subterránea. Eran proyectos menos visibles, pero fundamentales para mejorar las condiciones de trabajo y reducir riesgos ambientales.

Si miro hacia atrás, lo más valioso que me dejó esta experiencia no fueron sólo los procedimientos ni las cifras de control, sino las personas. Las relaciones de amistad y respeto que construí en esa etapa, muchas de las cuales conservo hasta hoy, son el verdadero legado. Porque la seguridad se construía en equipo, en confianza, en conversaciones sinceras y en el compromiso mutuo.

Ser jefa de seguridad de la Mina Subterránea de Andina fue un cargo pionero, pero sobre todo fue un camino de crecimiento. Aprendí que no basta con el

conocimiento técnico: las habilidades adaptativas, la capacidad de anticiparse, de escuchar, de trabajar en equipo y de sostener a otros en momentos difíciles son tan importantes como cualquier procedimiento escrito.

Para mí y mi familia fue una etapa de esfuerzo, sacrificios y aprendizajes compartidos. Hubo días duros, pero también momentos de orgullo y satisfacción. Hoy, en el marco del cierre de la Mina Subterránea, siento gratitud por haber sido parte de su historia. Gratitud por haber podido aportar, por haber abierto un camino como la primera mujer en ese rol, y por haber aprendido de tantos hombres y mujeres que hicieron de este lugar una escuela de vida.

Ser parte de la subterránea fue más que un trabajo: fue un capítulo que marcó mi vida y la de mi familia, y que siempre recordaré con orgullo, cariño y respeto.

"La subterránea me enseñó que la seguridad se construye en las personas, y ese aprendizaje lo guardo como mi mayor orgullo".



ANDRÉS VALDEBENITO LÓPEZ

Operador especialista

El nieto de minero que convirtió la subterránea en su segunda familia

Llevo la minería en la sangre porque mi abuelo trabajó en los inicios de Andina, cuando solo era Mina Subterránea. Trabajé primero con los gringos y después en la División cuando ya era Codelco. Y ahora me toca el cese de la mina. Son las vueltas de la vida.

Desde que ingresé en abril de 2004, siempre he estado en operaciones: trabajé en palas, en camiones, en equipos perforadores y ahora en la Sala COM. Ya voy a cumplir 21 años en la División, por lo que la mina se transformó en mi segunda familia. Cuando llegué éramos como diez compañeros; algunos de los más antiguos conocían a mi abuelo y me reconocieron de inmediato por el apellido.

A la Sala COM llegué en 2020, en plena pandemia, reemplazando a colegas más antiguos que tenían enfermedades de base. Después ellos se jubilaron y quedé en el puesto. Fue así como me integré a un nuevo equipo, que con el tiempo construimos lazos de confianza y amistad. Soy de los más jóvenes del grupo, y mantengo la misma disposición de siempre: estar abierto a reconvertirme y asumir nuevos desafíos dentro de la División.

En estos años he visto cómo la minería ha evolucionado en seguridad y tecnología. Antes había equipos que no contaban con cabinas selladas; hoy todas las tienen, lo que es un gran logro. También avanzamos en la calidad del vestuario de trabajo y en la implementación de la Sala COM, que permite operar en línea con la producción de manera más segura y moderna. La seguridad siempre ha sido importante, pero ahora está mucho más interiorizada en nosotros los trabajadores.

Entre los hitos de mi carrera, recuerdo la llegada de las últimas palas Caterpillar R1700: tuve la oportunidad de ingresar cinco de ellas de una flota de diez. Son momentos que marcan y que quedan grabados como logros personales y profesionales.

Pero no todo ha sido fácil. Uno de los episodios más dolorosos fue perder a un amigo con el que ingresé. Falleció en un accidente automovilístico; viajábamos y trabajábamos juntos, y nuestras hijas nacieron el mismo día. Fue un golpe muy fuerte que me marcó profundamente, porque me vi reflejado en la situación de su familia.

Lo que más destaco de la gente de la mina es el compañerismo y la solidaridad. Viejos simpáticos que siempre andan con la talla, pero también con el corazón abierto para ayudar. Esa solidaridad se ha expresado en muchos momentos: recuerdo un gran aluvión en el norte y cómo, de inmediato, nos organizamos para llevar ayuda. También lo hacemos en fechas especiales, como en Navidad, entregando regalos, o en actividades como el apoyo a un jardín infantil. Ese espíritu solidario se vive en el día a día y es lo que más voy a extrañar. Con algunos compañeros incluso mantenemos la costumbre de juntarnos cada tres meses a hacer un asado: esas instancias de convivencia, las risas y la amistad son la huella más valiosa que me llevo de la mina.

Andina me permitió crecer en lo profesional y en lo familiar. Con mi señora, Lorena, tenemos dos hijos: la mayor cumplirá 18 años y el menor 14. Ellos nacieron cuando yo ya trabajaba en sistema de turnos, por lo que este ritmo de vida siempre ha sido parte de nuestra familia. Gracias a mi trabajo han podido estudiar y desarrollarse, y hemos podido

darles lo que necesitan. He tenido la suerte de estar en una empresa estatal que no solo nos entrega estabilidad, sino que además aporta al desarrollo del país. Y, al mismo tiempo, de trabajar cerca de mi casa y poder ver a mis niños todos los días, aunque a veces fuera solo un momento antes de dormir.

Hoy, al mirar hacia atrás, siento orgullo. Orgullo por mi trayectoria, por la herencia que me dejó mi abuelo, por el esfuerzo compartido con mis compañeros y por haber sido parte de esta historia.

"La herencia de mi abuelo y mi propia historia en Andina son un legado que siempre llevaré conmigo".



ANTONIO ASTORGA ARAVENA

Secretario SIIL

El dirigente que encontró en la subterránea amistad y orgullo

Ingresé a Codelco Andina en 2006 como operador de producción y permanecí en la Mina Subterránea hasta 2016. Vengo de una familia minera: mi padre también trabajó en la subterránea, lo que hace que mi historia esté profundamente ligada a ella.

Son diez años de mi vida de los que guardo los mejores recuerdos y el orgullo de haber sido parte de la mina, un lugar donde encontré grandes amigos y viví experiencias que marcaron mi camino personal y laboral.

Lo más valioso siempre fue la solidaridad de las personas y la amistad que se forja con el compañero con quien se comparte turno. En los encierros, después de la jornada, se generaban espacios de camaradería donde todos participaban en juegos como pool o ping pong, fortaleciendo lazos que hasta hoy permanecen.

Me tocó conocer parte de la historia de la subterránea: desde las antiguas calles en los niveles 11 y 12 hasta la experiencia de trabajar en sectores donde la modernización ya se hacía presente. La diferencia era notable: antes se accedía en tren, mientras que hoy se llega en bus directamente al nivel de producción. También la forma de producir cambió: de hacerlo a pulso a contar con equipos y maquinarias que transformaron la operación.

Si algo se mantiene en el tiempo es la seguridad, valor fundamental que nos recuerda que debemos cuidarnos para regresar a casa cada día y también velar por los colegas que comparten el turno.

La subterránea me regaló grandes amistades, muchas de ellas hoy en distintas áreas de la empresa. Guardo con especial cariño a Don Guillermo Libero (QEPD), a quien llamaban “El Camisa Nueva”, y a Don Checho Lagos (QEPD), conocido como “El Cochero del Diablo”. Ambos dejaron huellas imborrables en mi vida y en la memoria de la División.

Mi familia también tuvo la oportunidad de conocer la mina y comprender el esfuerzo diario que realizamos. Me siento afortunado de haber podido darles una buena calidad de vida y la posibilidad de desarrollarse en lo que ellos quieran, gracias a mi trabajo en División Andina.

“Lo más destacable es la amistad que se crea con los compañeros de trabajo”.



ARIEL RODRÍGUEZ CORTÉS

Mantenedor mecánico

El trabajador que fue parte de una verdadera familia minera

Mi vida laboral comenzó en Salvador en 1984, como contratista, y al año siguiente ingresé a Codelco. Desde niño ya llevaba un oficio en las manos: aprendí a soldar a los 13 años y esa habilidad me acompañó siempre. En 2006 me trasladé a División Andina, donde inicié en el área de operaciones y, tras casi dos años, pasé a mantención. Fueron 18 años de trabajo intenso, aprendizajes y también bienestar para mi familia.

Tuve la oportunidad de conocer parte de la historia de la subterránea. Recorrí las antiguas calles en los niveles 11 y 12 y fui testigo de los cambios en los accesos: antes se utilizaba el tren para llegar a la faena y luego pasamos a los buses que nos llevaban directamente al nivel de producción. También vi cómo la operación pasó de hacerse casi a pulso a contar con equipos y maquinarias que transformaron la manera de trabajar.

En todo ese tiempo, la seguridad fue el cambio más grande. La jefatura dio el espacio para analizar riesgos, contamos con mejores herramientas y se consolidó una cultura de autocuidado. Eso marcó una diferencia: nos permitió volver con mayor tranquilidad a casa. También cambió el trato. Antes era más duro y rígido; después se dio de manera más técnica y respetuosa, algo que quienes llevábamos más años valoramos mucho.

Sacar la producción fue siempre el gran desafío. No se trataba solo de cumplir metas, sino de hacerlo de la manera correcta: con seguridad, responsabilidad y compromiso. Fueron años de esfuerzo, de largas jornadas, de volver literalmente con la camiseta mojada de trabajo; esa entrega estuvo en nuestro ADN.

Lo más bonito de la mina fue conocer cada proceso, entender cómo se alcanzaban los resultados y sentir el orgullo de aportar con mi labor. Ese esfuerzo también tuvo un sentido más profundo: permitió que mi hija y mi familia tuvieran una buena calidad de vida, aunque a veces las ausencias en fechas importantes hicieran notar lo exigente y demandante de este oficio.

La vida en la mina, más allá de la operación, estuvo marcada por los lazos humanos. Más que amigos, los mineros formamos una verdadera familia. Operadores, eléctricos y mecánicos como yo compartimos no solo las labores, sino también la preocupación por cualquier contingencia que pudiera ocurrir. En los encierros, por ejemplo, siempre había actividades después de la jornada: partidas de pool y ping pong que ayudaban a liberar tensiones y a fortalecer relaciones que aún perduran. Esa amistad muchas veces traspasaba la faena, pues también nos juntábamos fuera del trabajo. Esa solidaridad se extendía además hacia la comunidad: con mi grupo minero -el Grupo 4- organizamos ayudas en casos de incendio o terremoto, demostrando que el compañerismo no se quedaba solo en el turno.

No todo fue fácil. Perdí a un gran amigo, Iván Rosende Escobar (QEPD), quien falleció en la mina mientras yo estaba de vacaciones. Esa experiencia me marcó y me recordó que este trabajo, aunque noble, también exigía máxima responsabilidad.

El cierre de la subterránea marcó un antes y un después en mi vida laboral. Más allá de lo que venga, me quedo con la satisfacción de haber entregado lo mejor de mí, de haber cumplido mis metas y de haber sido parte de una historia que siempre llevaré conmigo. Sé que el futuro puede traer nuevos caminos, pero cualquiera sea el destino, me acompañará el orgullo de haber sido parte de esta mina, de sus aprendizajes y de las personas que la hicieron grande.

"Nosotros lo dimos todo; nuestra entrega fue entera".



ARMANDO RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Supervisor de primera línea

El huaso alegre que creció con la Mina Subterránea

Llegué a División Andina en 1995 para realizar mi práctica y, tras cumplir con el servicio militar, regresé en 1997, primero con un contrato temporal de seis meses y luego con contrato indefinido. Aquí me formé como minero, aprendiendo de jefes y trabajadores más antiguos cada proceso en los distintos turnos. A Andina, y en especial a la Mina Subterránea —mi Mina Subterránea— la llevo en el corazón.

Empecé desde abajo, picando piedras con una maza, con la perforadora manual —la "cachorrera"— y cargando en la espalda la mochila con explosivos, ya que en esos tiempos no existían camionetas para transportarlos. Con el tiempo, pude surgir profesionalmente: saqué mis estudios, llegué a ser supervisor y tuve la oportunidad de entregar mis conocimientos a colegas recién egresados y a trabajadores nuevos. Me siento orgulloso de mi trayectoria y agradecido de todo lo que esta mina me permitió lograr.

Mis primeros años estuvieron llenos de vivencias que recuerdo con cariño. Los largos encierros de más de 20 días cuando la nieve bloqueaba el ingreso al Haulage, con más de tres metros de altura; los partidos de fútbol al bajar tras jornadas de 12 días; y las comidas de fin de año organizadas por la Superintendencia Mina. También hubo momentos tristes, como la pérdida de colegas que marcaron profundamente a sus grupos de trabajo. En la subterránea, cada turno se convertía en una segunda familia.

Un hecho relevante en la producción fue el paso del Nivel 12 al Tercer Panel. Pasamos de una producción manual a un sistema con correas y luego a equipos móviles —CAEX y LHD—, que permitieron un aumento significativo en la extracción. Con el tiempo probamos adelantos como el destranque a distancia con explosivos, el uso de hidrofracturadores que reducían la contaminación, y la incorporación de martillos y LHD telecomandados. Incluso exploramos un nuevo método de explotación: el *sublevel stoping*, que abrió otra forma de trabajar en hundimiento y producción. Todo ese proceso fue una escuela que nos permitió modernizarnos y adaptarnos a una minería distinta.

La seguridad también vivió un gran cambio. Desde que llegué a Andina, la forma de enfrentarla evolucionó mucho. Hoy entendemos que sacar producción no basta: debe ser libre de accidentes. Siempre recordamos que hay una familia esperando en casa y ese compromiso está por sobre todo.

A lo largo de los años construí amistades profundas. No soy de la zona, y por eso el apoyo de mis compañeros fue clave, tanto en la faena como en mis días de descanso, donde compartimos partidos de fútbol o un asado. Ellos han sido compañía y sostén en momentos difíciles. Entre las pérdidas, la que más me dolió fue la de Emerson Rojas (QEPD), con quien fui compañero de colegio. Compartimos juventud, fiestas y sueños, y su partida fue un golpe duro, sobre todo porque dejó hijos pequeños.

Mi familia también ha sido parte de esta historia. Aunque sienten temor por lo que ven en las noticias sobre accidentes mineros, siempre me piden que me cuide y evite riesgos. Gracias a este trabajo hemos podido salir adelante, darle estudios a nuestros

hijos y apoyar también a nuestros padres. Todo lo que tenemos como familia se lo debemos a la Mina Subterránea.

Espero que me recuerden como “el huaso alegre”, aquel que enfrentaba las tareas con la carita llena de risa, porque en la mina todas las labores son importantes. Perseverante y exigente, criado en el campo y acostumbrado desde niño a trabajos duros, siempre me propuse sacar adelante los desafíos, incluso los más difíciles, porque sabía que mi jefatura confiaba en mí.

“La mina me enseñó que con esfuerzo, alegría y compañerismo se pueden superar todos los desafíos”.



ARTURO REYES PÚA

Operador especialista

El operador que partió de cero y convirtió la experiencia en su escuela

Ingresé a la División Andina el 1 de enero de 2004, trasladado desde División Talleres. Hasta ese momento nunca había entrado a una mina: tenía cero kilómetros en minería, cero en explosivos, cero en equipos. Todo me sorprendía, desde ver cómo se operaban de lado los equipos hasta la magnitud de las palas. Trabajé nueve años y medio en la Mina Subterránea y luego pasé a la Sala COM, donde ya llevo once años.

Siempre he valorado haber partido de cero, porque eso me permitió aprender de cada detalle y crecer con la experiencia de los antiguos. Para mí todo fue nuevo, un aprendizaje constante de compañeros, tanto de los que aún están como de aquellos que fallecieron en algún accidente.

Formé parte del Grupo 1, conocido por ser aperrado en todo sentido. En los encierros nos dedicábamos a trabajar, descansar y volver a trabajar. En esos tiempos había solo un teléfono, y teníamos que hacer fila para llamar a la casa y saber cómo estaba nuestra gente. Hoy todo es distinto: con WhatsApp o videollamadas desde el Barrio Cívico, los más jóvenes están en la gloria comparado con lo que era antes.

El sistema de trabajo también cambió. Hace unos años, cuando quedábamos encerrados, éramos solo hombres, los llamados trabajadores básicos. Hoy es distinto: mujeres también comparten esos turnos, lo que refleja cómo ha evolucionado la minería.

La tecnología marcó una transformación importante. Desde la Sala COM ahora opero equipos telecomandados y, a través de las pantallas, veo a mis compañeros cuando llegan a reparar. Yo mismo estuve ahí: iba a largar piques, cargaba hacia arriba. Circunstancias de la vida me trajeron a esta sala, pero sigo conectado con la faena.

Entre los recuerdos que guardo están las tallas de los viejos y también las experiencias dolorosas de compañeros que subieron a trabajar y no bajaron con vida. Una anécdota que nunca olvido ocurrió en mis comienzos en perforación y tronadura. Tenía que acompañar al maestro Omar Mendoza, que estaba con la perforadora manual. A los cinco minutos transpiraba a chorros, así que le pedí relevarlo. Me puse a trabajar con el émbolo haciendo fuerza hacia abajo, hasta que llegó el maestro Germán Mancilla, más conocido como “El Vaquita” (QEPD).

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Estamos perforando —respondí.

—Pero esto se hace así —y nos mostró cómo funcionaba realmente el gatillo con aire.

Yo me defendí diciendo: “Yo no sé, soy nuevo, acá el maestro es Omar”.

Y Omar respondió: “Yo tampoco había perforado”. Así era: uno aprendía de los antiguos y de sus enseñanzas, muchas veces entre bromas y risas.

Incluso ahora, estando en Saladillo, sigo compartiendo con mis compañeros por radio. A veces me ponen música que me trae recuerdos, y yo también les pongo canciones ligadas a anécdotas que vivimos juntos. Esa camaradería ha sido una constante en todos estos años.

Andina me ha permitido desarrollar a mi familia. Gracias al trabajo pude comprar una casa y pagar los estudios de mis hijos, dos de los cuales ya son

profesionales. Mi hija menor está a punto de entrar a la universidad. La calidad de vida que hemos alcanzado ha sido fruto del esfuerzo diario en la mina. También me voy con la satisfacción de haber contribuido al país: todo lo que se produce en Codelco es para el Estado, es para todos los chilenos. Hoy estoy cerca de cumplir 29 años en la empresa, con más de la mitad del camino recorrido. Solo me queda acompañar a mi hija en su paso por la universidad. Incluso mis hijos me han dicho: "Papá, si no te alcanza, puedes contar con nosotros". Llevo 30 años de matrimonio con la misma mujer, y eso también es motivo de orgullo y tranquilidad.

"Aprendí de los antiguos, y eso me hizo crecer en la mina y en la vida".



CARLA TAPIA CHANDÍA

Geóloga de producción

La geóloga que desafió barreras y se volvió rostro de Andina

Mi proceso en Andina fue especial desde el inicio. En 2008 postulé al cargo de geóloga de producción para la Mina Subterránea y, en medio del proceso, me enteré de que estaba embarazada. Contra todo pronóstico, eso no fue impedimento para ser seleccionada. Comencé a trabajar el 1 de septiembre de ese año, con cinco meses de embarazo. Haber sido contratada en esas condiciones marcó un precedente para la incorporación de mujeres en operaciones y para la mejora de políticas sobre postnatal y reintegración laboral.

Estuve cuatro años en la Mina Subterránea (2008 a 2012), un periodo de esfuerzo y adaptación. Venía del norte, de minas a rajo abierto, con otro clima y geografía. El apoyo de colegas como Yasna Cortés fue clave, así como la interacción con el equipo de operaciones mina. Reuniones, inspecciones de terreno y camaradería nos unían como un solo equipo. Allí aprendí que la seguridad era el valor central: identificar riesgos, aplicar controles y corregir conductas eran prácticas diarias para cuidarnos y asegurar que todos volviéramos a casa.

Un hito relevante fue la contratación de mujeres en la operación de camiones de carguío, lo que rompió paradigmas e impulsó mejoras en infraestructura (ropa, baños, salas de cambio y lactancia). Considero que mi legado fue abrir camino para la contratación de nuevas geólogas y sentar un precedente en las condiciones que hace 17 años enfrentábamos las mujeres en operaciones y postnatal. Estas mejoras se estandarizaron y hoy acompañan el aumento de la participación femenina en la operación.

Para mí, los trabajadores de la Mina Subterránea son rigurosos, expertos, buenos observadores, solidarios y perseverantes. Ponen corazón y garra en cada jornada, y con ellos viví el valor del compañerismo.

Uno de mis recuerdos más singulares fue la fotografía del Día de la Mujer. Sin previo aviso, mientras estaba en pleno trabajo de terreno al interior de la mina, llegó el equipo de comunicaciones y me pidió posar para una fotografía. Ellos se fueron y seguimos trabajando. Al poco tiempo, mi jefe Ricardo Vargas me comentó: *"Carla, en el Salón de los Valores están instalando una gigantografía con tu foto"*. No lo podía creer. Luego me enteré de que esa imagen también aparecía en salas de reuniones de otras divisiones, en calendarios corporativos e incluso en el aeropuerto de El Salvador. Fue una exposición inesperada, aunque agradezco que, al menos, la foto resultara de mi gusto.

En la subterránea también construí relaciones de respeto y confianza con colegas como Valentín Morales, Jorge López, Juan Molina, Danilo Yáñez, José Espinoza, Hugo Ortega y Antonio Astorga. A Leonardo Baeza (QEPD) lo recordaré siempre como un excelente profesional y un hombre sencillo y cercano, cuya partida fue un duro golpe para todos.

Tras esa etapa, continué mi desarrollo en la Superintendencia de Geología: modelamiento, control y aseguramiento de calidad, además de proyectos como el DFA, Cuña Profunda y Don Luis Subterráneo. Estos casi 17 años han estado marcados por aprendizajes y reconocimientos, como el premio

a mejor supervisora de la Gerencia de Recursos Mineros y Desarrollo (2010 o 2011) y la promoción a un nuevo cargo en 2025.

Mi marido, también geólogo, comprendió siempre mis desafíos. A mis hijas, Antonia y Josefa, les transmití el esfuerzo y el autocuidado que implica trabajar en la mina. Haber ingresado embarazada y con el apoyo de líderes como Patricio Cuadra me permitió compatibilizar la vida profesional con la familiar, dejar atrás los turnos de alojamiento en faena, llegar cada día a casa y, lo más importante, acompañar y apoyar a mis hijas en su desarrollo y crecimiento personal. Ese equilibrio ha sido el mayor regalo que me dio esta División.

Alcanzar este equilibrio requirió bastante fuerza y tenacidad: estaba con una hija recién nacida y viajaba todos los días desde Santiago. En esta etapa fue fundamental el apoyo de mi marido y la ayuda de Rosa, quien se encargaba del cuidado de mis hijas mientras yo trabajaba en la mina.

Quisiera que me recuerden como una mujer motivada, honesta, perseverante, colaborativa y comprometida con su equipo. Una geóloga que aceptó desafíos y que, al superar barreras en la Mina Subterránea, abrió camino para que muchas otras mujeres pudieran construir su futuro en la minería.

"Ingresé a la Mina Subterránea con cinco meses de embarazo y desde ahí abrí camino para que más mujeres se sumaran a la minería".



CARLOS ARÉVALO MIRANDA

Operador calificado

El operador que convirtió la mina en una escuela de vida y amistad

Trabajo en el Nivel 17 hace veinte años. Llegué como trabajador a plazo fijo y en 2005 pasé a contrato indefinido. El hecho de trabajar bajo tierra, dentro del cerro, es impresionante. Yo veía películas donde los mineros entraban con pala y picota, pero al llegar, uno ve que esto es totalmente diferente. Acceder en bus a la mina y encontrar prácticamente un edificio de oficinas y teléfonos es muy distinto a lo que me imaginaba.

Trabajar en Andina ha significado un tremendo aporte, tanto en lo laboral como en lo personal. Además, me ha permitido crecer y avanzar en mis estudios.

Uno llega acá y no viene con la expectativa de hacer amigos, pero se va formando un núcleo bien bonito de amistades verdaderas. Pienso que ya no voy a estar con ellos o que será más difícil compartir, porque es muy probable que nos separemos y estemos en diferentes grupos. Eso se va a extrañar.

Algo que caracteriza a los trabajadores de la Mina Subterránea es la unión. Si bien existen diferencias como en todos lados, prima el compañerismo y la solidaridad, independientemente del área: ya sea producción o mantención, siempre estamos para quien lo necesita.

Por ejemplo, motivados por un compañero oriundo de Lebu, compramos útiles escolares para ayudar a los niños de esa localidad. Y cuando sabemos de personas de la comunidad que necesitan una mano amiga, ahí estamos colaborando.

Somos muy unidos como grupo. Antiguamente se hacía el Campeonato de la Amistad, las olimpiadas intergrupos. Era un evento bastante bonito que lamentablemente se dejó de hacer.

Si tuviera que destacar a alguien, sería a mi amigo Eliezer Lazcano, quien siempre está preocupado por los demás y, cuando ayuda, lo hace de manera silenciosa. Eso habla muy bien de él y de la excelente calidad de persona que es.

En estos casi 21 años lo que más ha cambiado es la infraestructura de la mina, especialmente la de habitabilidad como los casinos. Antes se veía la roca; ahora no, lo que hace que uno se olvide de que está dentro del cerro.

Los equipos también se han modernizado. Antes, las condiciones de trabajo eran más precarias. La seguridad tiene un rol preponderante en la producción, lo que es bueno para todos. Trabajamos en equipo y nos cuidamos entre todos.

La Mina Subterránea, en cierto modo, ha sido como una escuela y también un conejillo de indias. Recuerdo cuando llegaron equipos prototipo, como el camión Supra, un oruga de cinco ejes que se probó aquí y recibió modificaciones ideadas en la misma área de ingeniería y mantención.

Hoy se marca también un hito en la durabilidad de los CAEX y los equipos LHD. En cualquier otra parte ya estarían obsoletos, pero aquí han sido reacondicionados y modernizados, acumulando miles de horas de trabajo.

Yo soy manipulador de explosivos y alcancé a vivir cuando uno andaba con la mochila al hombro, acompañado de un ayudante. Luego nos asignaron camionetas y contratistas para el traslado de los explosivos.

Recuerdo especialmente el invierno de 2007, cuando hubo un encierro largo. Estuvimos varios días trabajando en jornada de doce por tres. En

esos tiempos no estábamos tan familiarizados con computadores y tampoco existían teléfonos inteligentes. La única manera de saber qué pasaba en el mundo era cuando salíamos del turno y veíamos las noticias en televisión. A veces ni eso, porque la antena se cubría de nieve.

Nuestro jefe, Javier Araya, llegó un día al Nivel 16 ½ para la charla inicial antes del turno. Traía las noticias impresas y nos leyó la actualidad nacional e internacional. Fue curioso mantenernos al día en pleno aislamiento.

Eran tiempos en que caía mucha nieve, casi cuatro metros. No era fácil despejar los caminos, con el riesgo de avalanchas y rodados. Ahora, no sé si los equipos son más grandes, pero de alguna manera se ha agilizado ese proceso.

Trabajar en Andina y en la Mina Subterránea es un orgullo para mí y para mi familia. Implica sacrificios, especialmente el tiempo que uno le resta a la familia en fechas especiales. Me he perdido momentos con ellos, pero el trabajo también me ha permitido realizar otras cosas como viajes y gustos que de otro modo no habría tenido.

Nuestro legado es el trabajo y esfuerzo que hacemos a diario para cumplir las metas de producción y para que Codelco siga entregando excedentes al país.

Hoy miro con nostalgia estos últimos meses. Independientemente de lo que venga —si sigo en la Mina Subterránea o en otro lugar—, me quedo con la satisfacción de haber crecido en este oficio, de haber compartido con grandes compañeros y de haber formado verdaderas amistades que perdurarán más allá de la faena. Ese es el mayor orgullo que me llevo.

“Nuestro legado es el trabajo y esfuerzo diario para cumplir las metas”.



CARLOS RAMÍREZ ROJAS

Mantenedor especialista

El mantenedor que siempre tuvo la camiseta puesta

Aún lo recuerdo: ingresé el 2 de mayo de 2006, luego de haber trabajado en Finning CAT como técnico especialista. Trabajar en Andina ha significado un gran logro personal y profesional, donde he aprendido de personas con amplia experiencia y gran valor humano.

Me he desarrollado como profesional y considero a la empresa mi segundo hogar. Espero seguir aportando muchos años más a esta Corporación, tan significativa para el país.

Siempre recordaré a quienes me recibieron en mis primeros días, colegas que me brindaron su apoyo y que hoy ya no están en la empresa o partieron por distintas circunstancias de la vida. Con ellos compartimos alegrías y tristezas, logros y fracasos, de los cuales rescato sobre todo los aprendizajes que dejan los errores.

Es un orgullo haber formado parte del excelente grupo que trabajó en la explotación del Tercer Panel, cuidándonos mutuamente y logrando que nunca tuviéramos accidentes. Hemos tenido la disposición de ponernos la camiseta por la empresa cada vez que se ha requerido, ya sea frente a crisis económicas, sociales o de salud, como ocurrió en la pandemia.

En todos estos años he formado lazos de amistad tanto dentro como fuera del trabajo. Hemos demostrado voluntad de ayudar a quienes lo necesitan y la capacidad de adaptarnos a distintas labores según se requiera.

Hay muchas anécdotas, pero recuerdo una en particular: un colega recién llegado del norte se probó varios cubrecalzados que le quedaban grandes. El pañolero lo miró y se dio cuenta de que los estaba probando sin bototos. Desde entonces lo apodamos “el cubrecalzado”.

Entre los hechos históricos destaco cuando se explotaron los Cuerpos de Alta Ley (CAL); el cambio del carguío de mineral mediante LHD a CAEX, distinto a la forma convencional; y las rampas con pendientes bravas y mucha agua, donde nuestros equipos sufrían bastante.

La producción se fue modernizando con el tiempo, complementando la electrónica con la hidráulica. Un cambio clave fue pasar de operar directamente en el lugar con equipos -como los martillos- a controlarlos vía remota desde Saladillo. Asimismo, el avance hacia equipos con cabinas de última generación priorizó la ergonomía del operador y redujo la exposición al polvo. Incluso las lámparas evolucionaron: pasamos de cargar una de casi 3 kilos a portar una que hoy no supera los 500 gramos, mejorando la calidad de vida laboral.

La seguridad siempre ha primado sobre cualquier labor. Aunque antes no existían tantas herramientas de gestión, el autocuidado fue siempre lo primordial. La seguridad no se transa.

He hecho grandes amigos y, al pertenecer a más de un grupo, tuve la posibilidad de conocer a muchas más personas. Con varios de ellos aún nos reunimos fuera del trabajo, ya sea para practicar deportes o compartir una convivencia.

Recuerdo con especial cariño a mi colega Juan Cruz (QEPD). Él era operador y yo mecánico en el Grupo 3, por lo que lo atendía a diario en los equipos.

Mi familia conoce de cerca mi labor y, al igual que yo, están agradecidos de la empresa. Gracias a este trabajo hemos crecido como familia y concretado muchos de nuestros proyectos.

“Es un orgullo haber formado parte del excelente grupo de trabajo”.



CARLOS VERA GARCÍA

Operador especialista

El operador que encontró en la mina un verdadero hogar

Ingresé a la División el 2 de octubre de 1990 como trabajador temporal y al año siguiente, el 3 de octubre de 1991, fui contratado de manera indefinida. Mis primeros pasos los di en el área de desarrollo, luego estuve un período en producción y más tarde regresé a desarrollo, donde consolidé gran parte de mi experiencia.

Siempre cuento que al postular pensé que venía a la Embotelladora Andina, no a la mina. Yo soy de Cartagena y tenía un tío que trabajaba aquí; él siempre me hablaba de "Andina", pero nunca imaginé que se trataba de una operación minera. Cuando llegué para los exámenes y vi el lugar, todo cambió.

Adaptarme no fue difícil, al contrario: todo me impresionaba. Quedé con la boca abierta cuando vi entrar los buses por un túnel o al subir y bajar en una jaula; uno no se imagina que pueda existir un ascensor dentro de la mina. El primer día nos llevaron a conocer las instalaciones, nos explicaron las salidas de emergencia y, al siguiente, ya estaba trabajando. Hoy el proceso es distinto: los nuevos trabajadores pasan por una inducción previa antes de iniciar sus labores en faena.

En esos años todo era muy manual y exigente. Se trabajaba con perforadoras manuales y había poca tecnología. Estuve en el Nivel 11, conocido como la metalera, en "las buitras", un área ruda, pero donde mis compañeros me recibieron con respeto y me enseñaron lo necesario.

A los 10 años ya trabajaba en la playa vendiendo bebidas. Cuando aún estaba en la escuela, los días viernes y sábados acompañaba a mi papá con una escoba pequeña para barrer las calles. Pasé momentos difíciles, pero siempre creí que uno puede torcerle la mano al destino. Esa infancia de esfuerzo me preparó para valorar aún más lo que encontré en Andina.

Entrar a la mina me cambió la vida por completo. Todo lo que tengo, incluso mi familia, se lo debo a este trabajo. Gracias a Andina, mis hijas han tenido la oportunidad de estudiar, algo que para mí fue imposible. Tengo cuatro hijas y una nieta; una de ellas aún está en la universidad, por lo que siento que debo seguir presente. Ese respaldo ha significado también tranquilidad para mi señora, porque sabe que este empleo, con todo lo que implica, nos ha permitido sacar adelante a nuestra familia.

Quienes hemos vivido con esfuerzo aprendemos a valorar aún más cuando se nos trata bien y se nos reconoce. Eso motiva a ponerle empeño a las tareas, cuidar el trabajo y dar siempre lo mejor de uno.

También recuerdo con cariño los años en que hacíamos mucho deporte. Como era futbolista, "caí de perilla" en Andina. Mientras estuve temporal me quedaba en faena porque vivía en la costa, y con Carlos Fredes Lucero jugábamos a la pelota. Nos unió una gran amistad.

Una anécdota que no olvido ocurrió en el Nivel 16 ½, en las calles 58 y 60. Al vaciar marina, el polvo era tan intenso que quedé montado sin poder ver nada. Tuve que marcar referencias para guiarme. Así se trabajaba entonces; hoy la ventilación es un cambio radical: las calles están limpias y despejadas.

Los equipos también han evolucionado. La llegada de tecnología de punta transformó la forma de trabajar. Me enviaron a varios cursos y aprendí mucho, conociendo casi toda la Mina Subterránea, tanto en producción como en hundimiento. El ingreso por el Hilton fue otro avance importante, pues permitió usar dos vías de acceso y salida.

Los equipos Jumbo para perforar marcaron un antes y un después, ya que antiguamente todo era manual. Hoy tenemos máquinas más tecnológicas.

Recuerdo también las actividades familiares y deportivas de Saladillo: festivales de Navidad para los niños, selecciones de fútbol, olimpiadas de los grupos mineros, obras de teatro. Llegaron equipos profesionales como Católica, Colo-Colo o Unión Española, y hasta dijeron que la cancha era la mejor de Chile, una verdadera mesa de billar. Todo eso fortalecía la comunidad.

Me da orgullo saber que lo que producimos en Andina es para el Estado de Chile, ese es nuestro legado: trabajadores que ponemos el hombro cada día para que el país reciba los frutos de nuestro esfuerzo.

Todavía extraño la labor en hundimiento, donde trabajé 28 años. Ahora echaré de menos a los compañeros y amigos con quienes compartí tantas celebraciones y comidas de Año Nuevo. He pasado más de la mitad de mi vida aquí, 34 años en la mina. No sé cómo me sentiré en otro lugar, porque esta no es mi segunda casa, es mi primera casa. He pasado más tiempo aquí que en mi propio hogar, y siempre traté de cuidarla, de mantenerla limpia y en orden, inculcando eso también a mis colegas.

Hoy miro hacia adelante con gratitud y orgullo. La Mina Subterránea me dio un oficio, una familia, amistades y una vida entera de aprendizaje. Ese será siempre un verdadero hogar que me acompañará donde vaya.

"La Mina Subterránea fue más que un lugar de trabajo: fue mi escuela y mi orgullo".



CLAUDIO ASTUDILLO URTUBIA

Operador especialista

El paritarista que convirtió su experiencia en cuidado para todos

Mis inicios en Andina fueron en 1993, como contratista en la empresa Yungay, en el área de construcción. Después pasé a Geovita, en ventilación de la mina, donde participé en la puesta en marcha de los ventiladores. Era eléctrico de mantención y trabajaba junto a los mineros en chimeneas y desarrollo. Más tarde me desempeñé en comunicaciones. En 2001 ingresé a Codelco, y hoy trabajo en operaciones, además de ser presidente del Comité Paritario.

He vivido las dos caras de la moneda: primero como contratista en construcción y después como trabajador de planta en operaciones. Eso me permitió valorar que lo que hicimos en su momento como contratistas fue fundamental para que la operación funcionara. Pasé por todas las etapas: llegué como ayudante de carguero y, con el tiempo, terminé siendo yo quien cargaba.

Mi carrera se ha desarrollado con constancia. Hoy opero camiones y palas, y también tengo experiencia en explosivos, un tema que me apasionó tanto que decidí estudiar Técnico en Mina. Dejé de lado la electricidad porque me gustaba el mundo de la tronadura, y me enorgullece haber podido integrar ambos conocimientos.

En lo personal, mi vida está gobernada por mujeres: mi señora y mis dos hijas, quienes están orgullosas de su papá minero. Incluso he ido al colegio de la más chica representando mi oficio, lo que me llena de orgullo. Guardo con cariño el primer casco que usé como contratista y también el primero que recibí en Andina.

Pertenezco al Grupo 3, donde somos bien unidos. Echamos la talla, nos reímos, pero sobre todo nos apoyamos. Siempre he dicho que los trabajadores de la mina, aunque a veces se vean duros por fuera, son muy humanos y sensibles. He tenido que ir a trabajar a otros lugares como el rajo o el concentrador, pero no es lo mismo.

Entre los recuerdos que más valoro están los Campeonatos de la Amistad y la ayuda solidaria que entregábamos como grupo, ya fuera para apoyar a comunidades afectadas por incendios en Valparaíso o en Los Chacayes. Esa solidaridad es parte del espíritu de la Mina Subterránea.

Los encierros de antes también eran distintos: hacíamos shows, nos disfrazábamos, cantábamos y lo pasábamos bien. Nunca faltaban las bromas. Recuerdo, por ejemplo, a dos colegas que se las sabían todas. Con unos amigos les hicimos creer que íbamos a quemar una avalancha. Ellos fueron a hablar con Don Víctor Valenzuela, que nos siguió la talla, y quedaron esperando horas a que ocurriera algo que nunca pasó. También los mandamos a inscribirse a la bodega para supuestamente bajar en helicóptero durante un encierro. Otra vez colgamos un muñeco en el Nivel 16 ½, y el griterío que se armó cuando lo vieron fue inolvidable.

Con los años, la minería se ha modernizado. Al comienzo se ingresaba en tren, después por el Nivel 11, donde se abrían las puertas con una cuerda. Subíamos equipos en carretillas y más tarde llegaron los jeeps Rocky. Hoy contamos con cámaras, equipos telecomandados, la Sala COM y una cultura

de seguridad mucho más sólida. Antes todo era más manual y rudo; ahora, aunque costó, tenemos una mirada preventiva y consciente.

Estoy convencido que nuestro legado, es la disciplina operacional y de seguridad. Esa forma de trabajar ha llamado la atención incluso de delegaciones extranjeras: argentinos, árabes y rusos que han venido a conocer las prácticas de Andina y se van sorprendidos por lo que hacemos aquí.

Un momento especial en mi trayectoria fue cuando, mientras estudiaba, me pidieron hacer mi tesis y el profesor de la USACH nos solicitó dar una charla a ingenieros civiles que estaban por egresar. Les mostramos videos y fotos de la mina, y quedaron impactados con lo que significa trabajar en este lugar.

Sé que el futuro traerá cambios y ya está definido que mi camino continúa en la Mina Rajo. Echaré de menos los saludos en la mañana, las conversaciones y el compartir con los viejos, porque esta fue una forma de vida que me marcó para siempre. La subterránea me enseñó disciplina, solidaridad y el valor de cuidarnos unos a otros, aprendizajes que llevo conmigo y que guiarán mis próximos desafíos. Me matriculé para seguir estudiando, porque quiero abrirme a nuevas oportunidades. Será un nuevo comienzo, con retos distintos, pero con la misma convicción de siempre: dar lo mejor de mí. Porque la seguridad y el cuidado de las personas son el verdadero legado que encarna mi historia y que seguiré proyectando en cada paso que dé.

"Nuestro legado es la disciplina operacional y de seguridad".



CLAUDIO FONCEA FREDES

Operador especialista

El hijo de minero que convirtió el hundimiento en su escuela de vida

Recién salido del colegio, en 1996, llegué a Andina a hacer mi práctica como eléctrico. Estuve un par de meses y luego me fui a estudiar telecomunicaciones. Años más tarde regresé, esta vez para realizar práctica en la empresa Ingeniería Pino Serrano.

Empecé en Saladillo, pasé por Sur Sur y terminé en la Mina Subterránea, siempre con la misma empresa. Allí me reencontré con un amigo que había conocido en 1996, Alejandro Guerra, "El Flop", paisano de San Esteban, quien lamentablemente falleció hace un año en un accidente en moto. Fue él quien me comentó que había postulaciones abiertas en la División. Así ingresé en 2004, primero como temporal y luego en forma indefinida.

Entré a un trabajo que no estudié, pero al que le tomé cariño y aprendí poco a poco. Fui ganando experiencia y tuve la suerte de contar con la guía de trabajadores antiguos que sabían mucho. Estuve primero en producción y luego me fui a hundimiento, donde desarrollé prácticamente toda mi carrera.

Ese es un trabajo duro, pero bonito. Había que cargar mangueras al hombro, trabajar embarrados, acuñar, tirar palas, quemar frentes y cargar el hundimiento. Son labores manuales, exigentes, pero que me gustaron.

Toda mi experiencia se forjó en el área de hundimiento, que para mí fue como una escuelita dentro de la mina. Actualmente estoy en producción, operando equipos LHD, una labor más monótona porque cada día es básicamente igual, pero con el tiempo también se le toma cariño.

Andina me ha permitido tener un buen pasar económico y estabilidad, algo que no todos tienen. Recuerdo cuando mi señora visitó la mina y comprendió por qué llegaba tan cansado a la casa: se dio cuenta de que no era un trabajo fácil.

Los trabajadores de la subterránea siempre se han caracterizado por su honestidad y humildad. La mayoría de los antiguos llegó sin estudios en minería, solo con las ganas de trabajar. Hoy quienes entran ya tienen formación técnica o profesional. La generación antigua se ha ido traslapando en el tiempo con las nuevas.

También tuve la suerte de seguir los pasos de mi papá, Luis Foncea, quien trabajó más de 30 años en la mina. Crecí escuchando sus historias y, sin darme cuenta, fui absorbiendo la forma de vida minera. Él se jubiló hace trece años.

Quiero destacar a nuestro jefe, Javier Araya, quien ha sabido mantenernos unidos y generar un buen ambiente de trabajo, sin presiones innecesarias.

En estos veinte años, el cambio más importante que he visto está en la cultura organizacional: en la forma de gestionar el trabajo, los procesos y la seguridad. Antes la seguridad dependía principalmente del autocuidado, hoy hay procedimientos para todo. Es como pasar a una nueva era de la minería.

Un hito que recuerdo con especial cariño fue cuando incorporamos el fracturamiento hidráulico en hundimiento, rompiendo la roca con presión de agua. Se formaron equipos de trabajo especiales, recibimos capacitación en Rancagua y también en

El Teniente. Para mí, hundimiento siempre será un lugar especial: ahí nace todo, es donde comienza la roca.

En lo social, siempre hemos estado presentes para ayudar a quienes lo necesitan, ya sea en la comunidad o en emergencias nacionales. Ese esfuerzo silencioso muchas veces no se ve. La gente suele quedarse en los sueldos o bonos, pero hay que estar aquí para comprender el sacrificio diario que permite que la División aporte al país.

Hoy, con el cese del Tercer Panel, tenemos la posibilidad de cambiar de área y eso nos da tranquilidad laboral. Todos queremos seguir trabajando, porque detrás de cada uno hay familias y compromisos. Nuestra meta sigue siendo aportar a Andina y Chile.

"Aprendí que el esfuerzo diario es la verdadera escuela de la mina".



CLAUDIO TORRES CEBALLOS

Analista especialista de mantenimiento

El mecánico que convirtió su pasión en una vida dedicada a Andina

Llegué en 1990 a Andina a trabajar en Sur Sur como mantenedor mecánico, luego de estudiar en la Universidad Técnica Federico Santa María. Estuve diez años allí y, ante el cierre de esa mina, me vine a la subterránea sin saber cómo era. Fue una aventura, pensé: si no me gusta, me voy. Era joven. Pasé por distintas áreas: primero en mantención, luego en desarrollo, después en hundimiento durante casi cuatro años, más tarde en las palas del Nivel 16 y finalmente en el taller del Nivel 17, con camiones, buzones y ventiladores.

Para mí trabajar en Andina es un orgullo. Me gusta, me llena, me apasiona lo que hago. Yo le he dado mucho a la empresa, pero también me ha retribuido, y soy agradecido en ese sentido.

En la subterránea siempre hubo un trato especial. Entre operadores, mantenedores y jefes se generaba una relación de respeto y compañerismo. Siempre había alguien dispuesto a ayudar, y eso no se da en todos lados.

Desde hace ocho años me desempeño en el área de ingeniería de mantenimiento, en planificación y confiabilidad de equipos. Me ocupo de los repuestos y del análisis de fallas, y he visto cómo la gente mantiene esa disposición a colaborar cuando hay que investigar.

En más de 30 años he sido testigo de grandes cambios, sobre todo en seguridad. Antiguamente a uno le daban una caja de herramientas y lo mandaban a trabajar; hoy, si las condiciones no están, el trabajo simplemente no se hace. En tecnología también el salto ha sido enorme: camiones, palas, herramientas y procesos que antes se resolvían con ingenio, ahora cuentan con diseño y normas de seguridad. Eso ha permitido menos exposición al polvo, al ruido y a riesgos innecesarios.

En los primeros años muchas veces debíamos ingeniárnoslas y fabricar nuestras propias herramientas de manera artesanal. Con el tiempo, esas mismas soluciones comenzaron a ser desarrolladas por proveedores especializados, quienes las producían bajo normas y con toda la seguridad necesaria.

En el área de mantención uno nunca deja de aprender: hay que estudiar constantemente, conocer los nuevos equipos y las herramientas que permiten hacer una mejor ingeniería de mantenimiento. En ese camino también aprendí a planificar y gestionar repuestos.

Los camiones actuales son mucho más tecnológicos que los de antes. Ya no quedan equipos de desarrollo, pero incluso esos fueron incorporando sistemas avanzados. En los buzones, por ejemplo, antes había un buzonero que, con una cuerda en la mano, abría manualmente para que cayera el mineral. Hoy el operador llega en su camión, activa el buzón con un infrarrojo, carga y controla el proceso con una cámara. Ese cambio redujo la exposición al polvo, al ruido y a los riesgos.

Uno de los hitos que recuerdo fue cuando alcanzamos un millón de horas sin accidentes. Fue un logro que marcó un cambio de conducta en todos nosotros.

Mi familia siempre ha vivido en Olmué y yo me instalaba en Los Andes durante mis turnos. Mi señora llevaba las riendas de la casa y mis hijos, ya adultos, siempre me apoyaron. Andina me permitió darles lo que en otro trabajo quizás no hubiera podido. También me dio amigos que son parte de mi vida dentro y fuera de la mina.

Recuerdo con cariño las actividades sociales, como cuando nuestro grupo apadrinaba un colegio en

Calle Larga. Todos los años organizábamos paseos y celebraciones para los niños, incluso los llevamos a conocer el mar en Papudo. Para mí era común verlo en Viña mientras estudiaba, pero para ellos fue algo inolvidable.

Trabajar en Andina me permitió darles cosas que quizás en otro trabajo no habría logrado. También me enseñó a trabajar en equipo y a construir amistades con personas con las que paso más tiempo que con mi propia familia.

He formado grandes amigos que son parte de mi vida dentro y fuera de la mina. Conozco a sus familias, compartimos asados y momentos que van más allá del trabajo. Eso seguirá, pero sin duda se extrañará el día a día y las conversaciones.

Cumplir con las metas de producción es importante, pero lo que realmente queda al final son los recuerdos de las personas con las que compartí tantos años.

La subterránea sostuvo durante mucho tiempo la producción de la División y contribuyó al crecimiento de Los Andes. Sentirse parte de ese aporte al país es un motivo de orgullo. Muchos que salieron de la mina a otras áreas de Andina han sido muy bien evaluados, porque quienes trabajamos aquí somos profesionales comprometidos.

En mi caso, con casi 59 años, siento que mi tarea en la mina está cumplida. Hoy quiero disfrutar más de la vida junto a mi familia, con la tranquilidad de haber entregado lo mejor de mí. Me voy orgulloso de haber sido parte de la subterránea, de haber aportado a la División y al país, y de llevarme lo más valioso: las personas y las experiencias que marcaron mi vida.

"Lo que más valoro de estos años son las personas y la pasión por la mecánica que me acompañó siempre".



CRISTIAN MANZANO JELDES

Instructor Mina

El instructor que inspiró a trabajar con seguridad y orgullo

Van a cumplirse 20 años desde que ingresé a la Mina Subterránea de División Andina, después de haber trabajado muchos años en la minería artesanal. Entre vetas, rieles y carros forjé no solo mi carácter, sino también una comprensión profunda de la esencia del trabajo minero.

Ingresar a Codelco fue un salto trascendental: pasé de un oficio más básico y manual a integrarme a una gran operación con procesos complejos, tecnología avanzada y altos estándares de seguridad.

Estos años en Andina han sido un constante aprendizaje. Me especialicé en perforación, operación de equipos y manejo de explosivos, hasta llegar a ser instructor. Desde ese rol he podido transmitir a nuevas generaciones la experiencia y el conocimiento que un día otros compartieron conmigo.

Hoy, al mirar hacia atrás, no solo veo 35 años de esfuerzo y crecimiento en la minería, sino también una historia de vida que he construido junto a quienes más quiero, mi familia.

Creo que mi legado en Andina está en haber aportado no solo conocimientos técnicos, sino también una forma de trabajar sustentada en el respeto, la responsabilidad y la seguridad. Me enorgullece haber formado a muchos trabajadores que hoy cumplen sus labores con disciplina, compromiso y excelencia. Una de mis mayores recompensas ha sido ver crecer a jóvenes que capacité; recuerdo a uno que, en su primera visita a la mina, me confesó su temor. Le compartí mi historia y lo animé a confiar en el esfuerzo y la disciplina. Meses después se acercó para agradecerme, diciéndome que esas palabras le habían dado la confianza necesaria para seguir adelante.

Quisiera que me recuerden como alguien siempre dispuesto a compartir lo que sabía, que no guardó experiencia para sí mismo, sino que la transformó en herramientas para que otros pudieran crecer. Como un trabajador que enfrentó desafíos con perseverancia y que buscó hacer las cosas bien, cuidando tanto la operación como a las personas que la hacen posible.

Los trabajadores de la Mina Subterránea se caracterizan por el compromiso con la seguridad, que es parte de nuestra forma de trabajar y nos permite cuidar de nosotros y de nuestros compañeros. También, la responsabilidad y el profesionalismo. Hay un muy buen trabajo en equipo, siempre dispuestos a apoyarnos y a sacar adelante las tareas. Somos un grupo adaptable, que aprende rápido y sabe responder ante cambios o imprevistos. Y, sobre todo, hay orgullo por la labor minera, algo que nos motiva a dar siempre lo mejor.

He sido testigo de cambios históricos en la minería. Uno de los más significativos fue la transición del uso de dinamita tradicional al empleo masivo de emulsiones encartuchadas, masas explosivas y sistemas de iniciación no eléctricos. Antes, la dinamita era el explosivo más común, pero su manipulación requería mucho cuidado: era más sensible y presentaba riesgos en almacenamiento y transporte. Con los nuevos sistemas, la seguridad mejoró drásticamente, reduciendo la posibilidad de accidentes y facilitando el trabajo.

La mina ha cambiado muchísimo desde que empecé. Antes todo era más manual, con equipos pequeños y procesos que dependían casi por completo de la experiencia directa del trabajador. Hoy tenemos maquinaria de gran capacidad, monitoreo en tiempo real, comunicación instantánea y tecnologías más seguras. Pasamos de una minería artesanal y

físicamente exigente, a una operación moderna, eficiente y sustentable. Haber vivido esa transición y transmitir esos aprendizajes a otros ha sido un privilegio.

La seguridad siempre ha sido el valor más importante en mi trayectoria. Desde mis primeros días en la minería artesanal hasta mi rol actual como instructor, aprendí que cuidar de uno mismo y de los compañeros no es opcional, es la esencia de un trabajo bien hecho. Transmitir ese valor se convirtió en mi misión: enseñar a las nuevas generaciones a trabajar con seguridad, responsabilidad y eficiencia, hasta que la seguridad se viva como algo natural en cada operación.

He hecho muy buenos amigos en el trabajo, con quienes sigo compartiendo fuera de la faena, en celebraciones y también en momentos difíciles. Esas amistades son valiosas porque demuestran que, más allá de la producción y las metas, el compañerismo, la confianza y la lealtad son lo que realmente da sentido a nuestro esfuerzo diario. Recuerdo a varios colegas que ya no están, con quienes compartí tareas de perforación, manejo de explosivos y operación de equipos; su partida fue un golpe duro que nos marcó profundamente.

Lo que más extrañaré es ese compañerismo, esa conexión única que se forma en la mina sobre la base de la confianza, el respeto y el esfuerzo compartido.

Mi familia siempre ha entendido bastante bien lo que hago, porque desde el comienzo compartí con ellos cómo es mi trabajo, los desafíos que implica y la importancia de la seguridad en cada operación; y dentro de ese apoyo, mi esposa ha sido mi principal pilar, acompañándome en cada etapa, mientras que mis hijos y nietos han aprendido a valorar la dedicación y el esfuerzo que requiere la minería, dándome la motivación para entregar siempre lo mejor de mí y seguir transmitiendo mis conocimientos a las nuevas generaciones.

Gracias a mi trabajo he podido brindarle estabilidad, educación y oportunidades a mi familia, y al mismo tiempo compartir con ellos momentos de orgullo y alegría por los logros alcanzados.

“Lo más valioso que me llevo es haber entregado mi experiencia para que otros pudieran crecer”.



DANIEL FARÍAS VARGAS

Operador especialista

El trabajador que dejó huella con humor y cariño

Soy operador de camiones en el Nivel 17 de producción. Llegué a Andina en 2005, después de haber pasado por distintas faenas en el norte. Este cambio me transformó la vida, porque me permitió estar más cerca de mi familia. Ellos disfrutan verme contento y saben que este trabajo me hace bien.

Andina me abrió la posibilidad de desarrollarme en lo laboral y, sobre todo, de darle educación a mis hijos: uno es ingeniero y la otra enfermera. Eso me llena de orgullo y es parte de lo que más agradezco.

Para mí, la mina ha sido todo, como una gran familia. Guardo recuerdos de los buenos y malos momentos, de los encierros en fechas importantes o de las celebraciones compartidas. Incluso los gerentes lo reconocen: da gusto llegar a la subterránea porque se respira un ambiente distinto, más humano, con gente cariñosa y unida.

Hubo tradiciones muy bonitas, como los almuerzos de fin de año donde se premiaba a los trabajadores, las olimpiadas y los campeonatos de la amistad. Eran instancias que fortalecían la unión y que quedan en la memoria como parte de la vida en la mina.

También hubo momentos muy duros. El más difícil fue el fallecimiento de un compañero eléctrico, a pocos metros de mí. Íbamos pasando por la calle donde trabajaba cuando cayó a un buzón. Recuerdo que detuvieron la mina sin que nadie supiera bien lo que ocurría. Fue un impacto tremendo que me marcó para siempre.

Pero si algo me ha caracterizado es el buen humor. Siempre me ha gustado bromear con los compañeros. Una vez, mientras un colega bajó a mover unas piedras de su camión, yo descendí del mío y me escondí en el asiento trasero del suyo. Cuando volvió, casi se cayó del susto al verme ahí sentado. Ese tipo de anécdotas alegraban la faena y nos hacían más llevadero el trabajo.

Trabajar en la subterránea ha sido una linda experiencia, y aunque se cierra una etapa, estoy tranquilo por lo que viene. Hoy estoy enfocado en seguir aportando desde el rajo, con la misma energía y cariño de siempre.

“De la mina me llevo cada recuerdo: las alegrías, los aprendizajes y la unión que nos convirtió en una familia”.



DANIELA ORELLANA QUIROZ

Gerente de Seguridad y Salud Ocupacional
Ex superintendente Mina Subterránea

La primera superintendente que transformó la subterránea con orden y cercanía

Soy ingeniera civil en minas y me formé en operaciones en División El Teniente, donde trabajé durante 14 años. Ahí estuve a cargo de una de las minas más grandes, Reservas Norte y Dacita, con más de 400 personas bajo mi responsabilidad, además de los procesos de extracción, el hundimiento y el nivel de camiones.

En 2005 fui parte de las primeras mujeres que ingresaron a la minería. Me tocó abrirme paso en un entorno mayoritariamente masculino. Esa escuela de disciplina y rigor me dio la fortaleza necesaria para asumir, más tarde, un desafío histórico: convertirme en la primera mujer en ocupar el cargo de superintendente de la Mina Subterránea de Andina.

El 1 de enero de 2018 llegué a la División en un escenario desafiante. La subterránea avanzaba hacia su cierre en 2021 y venía de años complejos tras accidentes que habían marcado a la organización. Había un ambiente que exigía recuperar la confianza y renovar el compromiso. Muchos no entendían por qué dejar una carrera en ascenso en El Teniente para venirme a una mina en esas condiciones. Pero yo había hecho mi memoria en Andina y siempre me atrajo la calidad humana de su gente. Quise volver, aportar y ser parte de la historia de esta operación.

La decisión también tuvo un componente familiar. Años antes me habían intentado traer, pero no era el momento. Cuando insistieron la segunda vez, mis tres hijos ya estaban más grandes y pude asumir el desafío. El primer mes viajaba desde Rancagua, pero luego decidí instalarnos en Los Andes junto a la persona que me apoyaba en su cuidado. Al cabo de un año estaba tan segura que me compré una casa. Hoy ya cumplo siete años en la División.

Mi familia siempre ha crecido en torno a la minería. Mis hijos me veían con una radio en el velador, lista para responder a cualquier problema, y entendieron desde pequeños que su mamá estaba profundamente ligada a la operación.

El inicio en Andina fue desafiante. Apenas llevaba semanas conociendo a los grupos mineros cuando enfrentamos un nuevo accidente fatal. Fue un golpe que evidenció la necesidad de recuperar la confianza. Durante casi dos años trabajamos en un proceso de orden y reconstrucción: se retomaron contratos básicos como la mantención y limpieza del Haulage, se repararon carpetas de calles en los niveles de transporte y producción, y se pusieron operativos equipos con recursos propios.

La mina tenía cerca de 300 trabajadores y una producción diaria de unas 34 mil toneladas. Con esfuerzo y disciplina logramos que volviera a responder, y lo más importante: no volvimos a tener accidentes graves.

Ese trabajo significó desafiar costumbres muy arraigadas. Recuerdo que, cuando teníamos que hundir el lado suroeste, pedía la secuencia de disparos y tronaduras, y Danilo Yáñez llegaba con una hoja embarrada, escrita a mano con lápiz. Yo le decía: “No te voy a aguantar eso”. Y él respondía: “Pero si nosotros lo hacemos así”. Y yo insistía: “Es que no, necesitamos orden”.

Hoy nos reímos mucho de ese episodio. Danilo todavía me saluda con un “¿cómo está la jefa más linda de la subterránea? Esa anécdota refleja bien las rabias que me hicieron pasar al comienzo, pero también el cariño y la complicidad que construimos.

En ese proceso tuve un gran aliado: Valentín Morales, mi brazo derecho. Yo jugaba el papel de la dura y él el de conciliador, porque no le salía ser malo. Entre los dos sostuvimos el equilibrio para que los trabajadores

se empoderaran y demostraran que eran capaces de más.

Con el tiempo, al ver que yo cumplía lo que decía y que no transaba en seguridad, los trabajadores comenzaron a confiar. Sabían que si las condiciones no estaban dadas, el trabajo se detenía hasta resolverlas, y entendieron que ese era el camino correcto. Esa transformación cultural fue uno de los logros más valiosos.

También hicimos innovaciones. Retiramos algunas parrillas porque el mineral ya era suficiente para pasar por los piques sin necesidad de martillos. En la Sala COM fijamos un estándar de martillos por operador y organizamos un trabajo colaborativo entre niveles para asegurar el suministro a planta.

Me siento orgullosa de ese trabajo. Fue duro, pero logramos un cambio real: la mina cumplió, la seguridad mejoró y su gente recuperó la confianza. Hoy veo a esos trabajadores empoderados, con un compromiso férreo y con Codelco tatuado en el corazón.

En materia de género, creo que para muchos fue más difícil que para mí. Aquí, al comienzo, me trataban con demasiada suavidad, pero pronto entendieron que mi forma de liderar era exigir resultados, siempre con respeto y cariño.

Actualmente soy gerente de Seguridad y Salud Ocupacional. Es un rol distinto, pero mi formación de operadora nunca se va: cada vez que estoy en terreno sigo mirando con los mismos ojos exigentes de aquellos años.

Me gustaría que me recordaran como una jefa cercana, pero que los desafiaba, con poca paciencia a veces, pero que los quería mucho. Los recuerdo con enorme cariño y estoy convencida de que cada persona de la subterránea es un tesoro con un gran potencial. Ese tesoro hoy se proyecta a otras áreas de la División y de Codelco.

Los invito a sentirse orgullosos de haber pertenecido a esta mina, a llevar ese legado donde estén y a decir con fuerza: “Yo pertenecí a la subterránea”.

> *“Cada persona de la subterránea es un tesoro con un potencial enorme que merece brillar en cualquier lugar”.*



DAVID LÓPEZ MATAMOROS

Jefe general de turno

El jefe de turno que convirtió la honestidad y la seguridad en su legado

Llegué en 2002 a Andina para trabajar en la empresa contratista Incomin. Durante 12 años pasé por distintas contratistas, participando en el desarrollo de la Mina Subterránea en todos sus niveles y subniveles.

Más tarde ingresé directamente a la División y estuve cinco años en ingeniería, donde me correspondió controlar los desarrollos de varios proyectos.

El ambiente laboral en la Mina Subterránea siempre tuvo algo especial. Existe una cercanía que no se da en otras áreas: se generan lazos con todos los equipos, lo que facilita abordar y resolver cualquier problema que se presente.

Esa camaradería siempre se acompañó de buen humor. Recuerdo que, cuando llegaba un trabajador nuevo, lo enviaban al pañol a pedir cosas que no existían: oxígeno en botella, barras curvas para curvas de alta velocidad, entre otras. Eran bromas que terminaban por integrarlos al grupo y que hoy recordamos con cariño.

Me tocó también ser supervisor de chimeneas manuales, una actividad de alto riesgo que hoy está prohibida. En 2007 se corrió la última chimenea manual, dando paso a métodos mecanizados como el raise borer y el blind hole. Fue un cambio importante que reflejó el compromiso de la División con la seguridad.

Con el tiempo, la seguridad pasó a ser el primer valor de nuestra forma de trabajar. Antes había menos control en algunas actividades; hoy todo está regulado por procedimientos, instructivos y estándares claros. Para mí, la seguridad no es negociable: me cuido y cuido a los demás, detengo cualquier tarea si las condiciones no están dadas, porque lo esencial es volver todos sanos a nuestros hogares.

En lo personal, me gustaría que me recuerden como un supervisor honesto y trabajador, siempre enfocado en la seguridad y en el respeto por las personas.

Los grandes amigos de mi vida laboral los hice en la Mina Subterránea. Tenemos un club de Tobi y nos reunimos de vez en cuando a compartir y recordar momentos inolvidables. Allí también conocí a mi gran amigo Leonardo Baeza (QEPD), una persona muy importante en mi vida laboral. Con los colegas lo recordamos siempre con mucho cariño.

Mi familia ha estado siempre al tanto de lo que hago. Les relato a mi señora y a mis hijos en qué consiste mi trabajo y lo orgulloso que estoy de pertenecer a esta División. Han sido años maravillosos, que me han permitido estar cerca de mis padres y ver crecer a mis hijos. Ese equilibrio entre trabajo y familia es, sin duda, uno de los regalos más grandes que me ha dado Andina.

“Ser íntegro y trabajador es, para mí, el mayor legado que puedo dejar”.



DAVID TREJO CORTEZ

Analista Especialista GRMD

El analista que lleva la Mina Subterránea grabada en la piel

Ingresé a División Andina en 2003 como parte de una empresa colaboradora, desempeñando labores en el desarrollo del Tercer Panel. Durante ese período adquirí experiencia clave en proyectos de desarrollo minero y en obras civiles, como la construcción de buzones, chimeneas y piques de traspaso.

En 2007 tuve la oportunidad de incorporarme directamente a Codelco, donde continué mi carrera en el área de desarrollo de mina y obras civiles. Mi trayectoria en Andina ha sido enriquecedora, tanto a nivel técnico como personal.

A lo largo de los años recorrí diversas áreas dentro de la Gerencia de Recursos Mineros y Desarrollo, lo que me permitió aportar de manera significativa y crecer profesionalmente. Andina no solo me brindó una sólida experiencia laboral, sino que también fue fuente de estabilidad y crecimiento para mi familia. Gracias a esta compañía logré desarrollar tanto mi carrera como mi vida familiar, alcanzando un equilibrio que valoro profundamente.

El tiempo ha pasado rápido, y estos años de aprendizaje han sido valiosos. Extrañaré las amistades, el dinamismo del trabajo en equipo, las conversaciones y, por supuesto, ir a terreno y participar directamente en los proyectos. Todo esto ha marcado mi vida y, de algún modo, dejo una parte de mi corazón en Andina.

Los trabajadores de la Mina Subterránea poseen características únicas: confianza, disposición, experiencia y un fuerte espíritu de equipo. Creo que mi legado ha sido aportar un granito de arena para hacer de Andina un mejor lugar, fomentando la convivencia y la colaboración como pilares de cualquier organización.

Siempre busqué consolidar equipos sólidos, donde cada integrante se sintiera parte de un todo. Estoy convencido de que cuando todos avanzamos hacia una misma meta, el aporte individual se multiplica y se traduce en mejores resultados para la División.

Entre las anécdotas más significativas recuerdo una de mis primeros años en la mina. Durante la marcación de una chimenea, a unos siete metros de altura, los mineros me dejaron allí por al menos tres horas mientras “pagaban el piso”. Fue un bautizo no oficial, una tradición de los viejos tiempos que aprendí a valorar.

Con el tiempo uno aprende a reírse de esas situaciones, porque forman parte de lo que te forja tanto en lo profesional como en lo personal. Esas experiencias por más duras que parezcan en su momento, son las que terminan siendo las más memorables y las que unen a las personas que trabajan en este entorno tan particular.

También fui testigo de un cambio fundamental en seguridad. Cuando comencé en la minería subterránea, el autocuidado era limitado y los equipos de protección muy básicos. Sin embargo, desde 2009 vivimos una transformación: la seguridad pasó a ocupar un rol central y los implementos evolucionaron significativamente, mejorando las condiciones de trabajo. Para mí, llegar sanos y salvos a casa siempre ha sido la prioridad. El cuidado mutuo es parte de nuestro ADN.

En el ámbito productivo, una de las experiencias que más me marcó fue participar en el desarrollo de hundimientos, un proceso fascinante de la minería subterránea que dejó huella en mi carrera.

Hoy, con el cierre de la mina, experimento una mezcla de nostalgia y satisfacción por todo lo vivido. Este proceso de cierre ha sido, en sí mismo una experiencia enriquecedora. Para conmemorar este capítulo tan importante de mi vida, he decidido hacerme un tatuaje con el símbolo de la Mina Subterránea, como una forma de llevar siempre conmigo esta etapa de crecimiento y aprendizaje.

Quiero dedicar unas palabras a mis amigos de "la subte", mi segunda familia y la otra mitad de mi corazón. Aunque ahora enfrento un nuevo capítulo en la Mina Rajo, extraño nuestras conversaciones y el trabajo diario juntos. Siempre llevaré conmigo sus enseñanzas y amistades, que han dejado una huella imborrable.

Mi pasión por la minería es comprendida y apoyada por las cuatro mujeres que son mi vida: mi esposa Dafree y mis hijas Agustina, Isidora y Laura. Al regresar a casa, siempre me esperan con una rica comida o una once, y eso es algo que valoro enormemente.

Todo lo que he construido en mi vida ha sido gracias a mi trabajo en Andina. Los estudios que he realizado, la experiencia adquirida, y el desarrollo tanto profesional como personal son frutos de esta etapa.

En el ámbito familiar, Andina nos ha brindado mucho, y nosotros también hemos contribuido a nuestra querida División y a la Corporación. Este camino ha sido un intercambio enriquecedor que valoro profundamente y que siempre llevaré en mi corazón.

"Mi mayor orgullo es haber hecho de la seguridad y el trabajo en equipo mi sello".



DIEGO VILLARROEL MUÑOZ

Jefe general de turno Grupo 1

El jefe de turno que pasó del taller de su padre a las profundidades de la mina

Llegué a la Mina Subterránea en 2019, primero a trabajar en ingeniería, en el área de ventilación, y luego, en 2020, pasé a desempeñarme como jefe de turno. Esta etapa ha sido de crecimiento, más personal que profesional, porque me ha tocado enfrentar diferentes realidades y situaciones de la vida cotidiana.

El sistema de trabajo, las condiciones de la mina, el compañerismo entre colegas y la manera de enfrentar los desafíos son experiencias que no se viven en otro lugar. Siempre he sentido el apoyo de las personas y, en otras ocasiones, me ha tocado ser yo quien empuja a los demás para avanzar. Aunque a veces existan diferencias, siempre logramos llegar a acuerdos y trabajar juntos por un mismo objetivo: operadores, mantenedores y planificadores. Al final, todos aportamos a la imagen de la Mina Subterránea.

Enfrentar desafíos ha sido parte de este camino, y estoy convencido de que siempre existe una salida, ya sea gracias al talento de algunos o al esfuerzo y la disciplina de todos. En medio de las exigencias, también hay espacio para la risa y las bromas; a veces le toca a uno, a veces a otro. Eso también une.

Si tuviera que destacar a alguien, sería a Jorge López, una persona distinta, muy reconocida, bueno para las bromas, pero a la vez cercano y preocupado por los demás más allá de lo laboral. Ese factor humano que lo caracteriza genera unidad. Es directo para decir las cosas y siempre busca lo mejor para las personas.

Yo no vengo de una familia minera; soy de Recoleta, Santiago. Mi papá era orfebre y hacía joyas. Tal vez ahí conocí un poquito de minería cuando niño, pero nunca me imaginé este camino. Cuando entré a estudiar ingeniería civil en minas pensaba que iba a operar camiones.

Hoy la mina se siente distinta. Se ha ido achicando y eso se nota: antes había más buzones, más camiones, más gente. Estaba diseñada para producir hasta 40 mil toneladas por día, y ahora producimos 20 mil. El equipo también es más reducido, tenemos menos contratistas y solo trabajan en turno diurno. Todo eso hace que el ambiente sea más silencioso: menos personas en los pasillos, menos interferencias en el loop de transporte, menos camionetas circulando.

Una de las experiencias más impresionantes fue cuando hundieron el Nivel 8. Al quedar las rocas apretadas arriba y abrirse hacia abajo un pique de 300 metros, los explosivos hicieron caer la masa con tanta agresividad que arrastraba aire y polvo. Fue un espectáculo imponente. Otro hito, muy distinto, fue cuando se acabó el hundimiento, porque marcó que la mina dejaba de crecer; ahí comenzó el cese.

El Covid también significó un desafío. Hubo que convencer a las personas de la importancia de las vacunas, lidiar con el temor y, en algunos casos, con la pérdida de familiares o compañeros. Recuerdo a un colega que estuvo muy grave. La psicosis era tal, que cada estornudo generaba alarma.

Una de las sensaciones que más atesoro es estar en el área productiva, sentir el silencio y escuchar la roca quebrándose, o percibir las vibraciones de las tronaduras y de los equipos al pasar. A veces ocurrían muy lejos, pero la roca vibraba y sonaba. Ese eco y esa fuerza voy a echarlos de menos, porque a las personas aún puedo seguir viéndolas fuera del trabajo.

También recuerdo el proyecto de Minería Continua, una innovación que buscaba implementar correas y automatización en gran parte de los procesos. Era un proyecto de impacto mundial. Sin embargo, por diferentes motivos -de ingeniería, de ejecución o de administración de contratos- se canceló antes de probarlo en terreno. No fue un resultado positivo, pero sí un aprendizaje: entender lo que significa impulsar un proyecto innovador, involucrar a las personas y sostenerlo hasta el final. Aún nos cuesta transmitir ese espíritu a las nuevas generaciones.

Hoy, frente al cese de la Mina Subterránea, siento tranquilidad porque hemos conversado lo necesario para dar un poco de luz al final del camino. Lo principal siguen siendo las personas: muchos quisieran quedarse, pero sé que no todos podrán hacerlo. Lo que sí nos acompañará siempre son los recuerdos, el compañerismo y la huella de esta mina, que quedará grabada en cada uno de nosotros.

"Así como mi padre moldeaba el metal, yo aprendí a escuchar la roca".



EDUARDO MENA SAAVEDRA

Analista de mantenimiento

El trabajador que hizo de 35 años en la subterránea un gran orgullo

Llevo 35 años en Andina. Llegué en mayo de 1989 como temporal y, al año, fui contratado en forma indefinida. Trabajar en Codelco ha sido un desarrollo continuo, porque entré como ayudante mecánico, me casé, tuve tres hijos, estudié técnico eléctrico, ingeniería y siempre he estado innovando en la División.

Me ha dado todo lo que tengo: construí una familia, logré comprar mi casa y le di educación a mis hijos. Creo que ellos deben sentirse orgullosos de todo lo que hemos alcanzado, porque mis dos hijos mayores ya están titulados, trabajan, y mi hija está en el último año en la universidad. Ha sido un logro importante como familia.

De los viejitos destaco el profesionalismo, el empeño que le ponían a la subterránea, que es diferente a otras áreas productivas de la División. Somos distintos, en el sentido de que somos muy solidarios entre nosotros, porque nos cuidamos la espalda. Si un colega está haciendo una maniobra riesgosa o algo fuera de lo seguro, siempre se le avisa.

Y la talla está siempre a flor de piel. Aquí, a cualquiera se le echa una broma y no se toma como ofensa, porque somos así. Antes, los viejitos eran más complejos. Cuando llegué, en los '90, todavía había mineros de los antiguos y eso era duro. Pero con los años se fue creando otra generación y ahora viene el recambio. De mi generación quedamos muy pocos.

En 35 años he visto muchos cambios en la mina. Los mineros de antaño trabajaban a mano limpia; les llamaban buiteros, que usaban combo y chuzo o "pinocho", como le decían ellos. Después vinieron los equipos picarroca, con más tecnología y una mayor profesionalización. Nosotros, que somos mecánicos eléctricos, hemos estado siempre a la vanguardia con la tecnología.

En materia de seguridad, como analista de mantenimiento, incorporamos en nuestras pautas la charla preventiva, el Análisis de Riesgo de la Tarea (ART) y los procedimientos que debe seguir el personal. Pero también me marcaron momentos difíciles, como el fallecimiento de colegas en la mina, experiencias muy duras que dejan huella.

Pasar del Segundo al Tercer Panel fue un hecho importante para mí, lo que ocurrió en 1997. En ese tiempo se decía que la mina duraría 25 años, y finalmente fue un poco más.

Guardo con cariño la vida en comunidad. Viví dos años y medio en Saladillo, donde teníamos de todo y no era necesario salir a ningún lado. También recuerdo el Campeonato de la Amistad, con carros alegóricos en los que participaban las familias. Se realizaba en el estadio de Trasandino y en el de Saladillo, el mismo donde alguna vez entrenó la sub 17 del "Pollo" Véliz.

Sé que voy a extrañar la camaradería con mis colegas, las tallas y la buena onda. La amistad ha sido lo más importante de la subterránea, un ambiente que se vive realmente como una familia. El trabajo aquí es exigente. A veces se nos llama privilegiados, pero lo cierto es que nuestras condiciones son muy distintas

a las de cualquier otro oficio, y eso le da un valor especial a lo que hacemos cada día.

Después de 35 años, miro atrás con orgullo. La subterránea no solo me dio un trabajo, también me permitió crecer, formar a mi familia y compartir una vida de esfuerzo y compañerismo. Ese es el legado que me llevo y lo que dejo a quienes siguen este camino.

"Mi mayor orgullo es haber dedicado 35 años a la subterránea y a su gente".



EDWARD REYES LEAL

Mantenedor eléctrico especialista

El mantenedor que vivió Andina como su mejor partido

Trabajar en Andina es todo para mí; formar parte de esta organización es como jugar en Colo-Colo, todos quieren estar acá. Ingresé en 2008 a la División, tras haber trabajado previamente en empresas contratistas desde el 2001.

Han sido tantos años como mantenedor eléctrico especialista recorriendo túneles, subniveles, galerías y diferentes áreas, que el trabajo me llevó a conocer a todos los trabajadores, tanto propios como externos. La convivencia con los "cacheritos" se va a extrañar.

Me considero una persona amable, simpática, siempre con la talla a flor de piel y buena conversa, características que también encuentro en mis compañeros. Prima la simpatía, la amabilidad, y sobre todo la preocupación por la seguridad y el trabajo bien hecho.

Tengo recuerdos de muchas anécdotas, pero hay una particularmente épica: una vez un colega llegó a trabajar de camisa blanca a la mantención de un buzón (lo siento, Casta, tenía que mencionarlo). Comprenderán que terminó con la camisa irreconocible.

Participé en la construcción y habilitación tanto eléctrica como de infraestructura del dique para tener agua en la Mina Subterránea, que aún alimenta los estanques de la nueva bocatoma. Creo que ese fue el punto más alto de nuestra permanencia en esta área, un trabajo largo y exigente, pero muy satisfactorio.

Es increíble cómo a lo largo de los años avanzamos en temas de seguridad, control y automatización de lugares donde los trabajadores estaban expuestos a polvo de sílice, como martillos, buzones y varios otros.

La pérdida de mi colega, amigo y gran persona Sergio Machuca en 2011, con quien ingresé a la División, sin duda marcó un antes y un después. Su partida nos caló profundamente y nos comprometimos a que jamás volveríamos a pasar por algo similar.

En todos estos años hemos construido un compañerismo que se convirtió en amistad. Tengo muchos amigos, casi todos en mi área, con quienes me unen lazos familiares muy importantes.

Mi familia siempre ha entendido lo que significa llegar en buen estado después de cada jornada, con los riesgos que implica. Le debo mucho a la División, porque estos años no solo me permitieron crecer y sostener a los míos, también me regalaron amistades verdaderas, recuerdos imborrables y el honor de ser parte de la historia de la subterránea.

“Trabajar en Andina ha sido como jugar en el mejor equipo: un orgullo y una escuela de vida”.



ELIEZER LAZCANO LAZCANO

Operador especialista

El trabajador que forjó su vida y su legado en la subterránea

Comencé en Andina el Día del Trabajo de 2004. Estuve un año como temporal y luego me contrataron en forma indefinida. Desde entonces he recorrido distintas áreas de la Mina Subterránea: producción en los niveles 16, 17 y 16 ½, pasé mucho tiempo en el Nivel 8 y también en hundimiento. Con los años he llegado a conocer a cabalidad cada rincón de la mina.

En lo profesional me he desarrollado mucho. En 2008 estudié técnico en minas en la Universidad de Santiago y actualmente estoy terminando ingeniería en minas en la Universidad de Aconcagua. Haber pasado por diferentes áreas me permitió aprender a fondo el proceso y crecer tanto a nivel personal como familiar. Quiero mucho mi trabajo y mi anhelo es poder cerrar la subterránea, y ojalá también volver a verla abrir algún día.

En 2008 mi señora tuvo la oportunidad de visitar la mina. Ahí entendió muchas cosas, porque no siempre es fácil llegar tan cansado a la casa. Solo subir desde San Felipe hasta la faena ya es un desgaste. Antes los turnos eran más largos y, aunque hoy trabajamos en ciclo 4x4, 12 horas siguen siendo exigentes. Para mi familia ha sido gratificante, pero también un camino de soledad y preocupación, sobre todo en los inviernos.

La unión que se vive en la subterránea es algo especial. He estado en el concentrador y conozco el rajo, pero el compañerismo que aquí se forja es distinto. La talla del día a día, compartir un café, conversar distintos temas... Eso es lo que más valoro. Con mis compañeros he formado grandes lazos y, desde 2011, cuando comencé a reemplazar al supervisor, me ha tocado además escuchar, orientar y fomentar la unidad del grupo. En algunas ocasiones he debido transmitir malas noticias, lo que ha sido duro, y en otras compartir alegrías. Todo ello me ha marcado profundamente.

La incorporación de tecnología ha significado un avance enorme en seguridad. En mis primeros años en el Nivel 8 trabajábamos en condiciones muy distintas: recuerdo que nos subíamos a los scrapers de los piques, siempre con la cola de seguridad, aunque igualmente implicaba exposición. Hoy esas prácticas ya no se realizan, porque contamos con medidas mucho más seguras. Con los martillos estacionarios incluso se hicieron pruebas de operación a distancia desde Japón, lo que evita riesgos innecesarios para las personas. Son transformaciones que reflejan cuánto hemos evolucionado.

Con el tiempo algunas costumbres también han cambiado. Antes de cada charla era común compartir un mate o un café, pequeños momentos que reforzaban la cercanía. También recuerdo con cariño el Campeonato de la Amistad, que reunía a todas las áreas en fútbol, rayuela, brisca y fiestas familiares. Era parte de nuestra cultura y, aunque esas actividades ya no se realizan como antes, forman parte de los buenos recuerdos de quienes vivimos esos tiempos.

Con el cese de la subterránea voy a extrañar la convivencia. En otras áreas no se vive igual: el saludo diario, la cercanía, la amistad... esa riqueza humana es difícil de encontrar en otros espacios.

Nuestro legado es demostrar que las cosas se pueden hacer bien y con seguridad. En algunos momentos enfrentamos problemas serios, pero uniendo

fuerzas, concientizando y perseverando, logramos salir adelante. Hemos demostrado que con poco se puede hacer mucho, y eso es un aprendizaje tanto para la Corporación como para la minería.

La subterránea es, y siempre será, la esencia de la minería real. Haber sido parte de ella es un orgullo que me acompañará para siempre.

"En la subterránea aprendimos que con esfuerzo y seguridad se pueden lograr grandes cosas".



ELIZABETH LEMAITRE MOLINA

Directora de comunicaciones SISAN

La primera mantenedora que desafió la historia

Soy ingeniero especialista y actualmente dirigenta del Sindicato de Supervisores de Andina. Mi historia en la División comenzó en mayo de 2004 como ingeniero en entrenamiento en la Gerencia de Minas. Años más tarde, en 2008, llegué a la Superintendencia de Mantenimiento Mina Subterránea como ingeniero especialista en control de gestión. Esa experiencia marcó mi vida profesional porque me convertí en la primera mantenedora de la subterránea, un desafío enorme en un entorno hasta entonces compuesto solo por hombres.

Recuerdo esa etapa con especial cariño: tuve que aprender sobre equipos, componentes y materiales, llevar presupuestos y controlar gastos. Lo más valioso fue la calidad humana de las personas con las que trabajé. La subterránea me recibió con respeto, cariño y atención, y allí se formaron lazos de amistad que conservo hasta hoy. Al comienzo no era fácil, porque los mineros más antiguos no estaban acostumbrados a compartir el día a día con mujeres. Sin embargo, con el tiempo me gané su confianza y logramos trabajar de manera colaborativa y respetuosa. Hoy la presencia femenina es normal en distintas áreas, pero entonces fue un cambio significativo.

Los trabajadores de la subterránea se caracterizan por el compañerismo, la dedicación, la identidad con su lugar de trabajo y la preocupación por el otro. En ese ambiente aprendí que el apoyo mutuo es fundamental. Recuerdo también lo ingeniosos sobrenombres que tenía casi todo el mundo; estoy segura de que yo también tuve uno, aunque nunca me lo quisieron decir.

El mantenimiento en la subterránea siempre se hizo con personal propio. Eso obligaba a mantenerse capacitados y a innovar para mantener los equipos en funcionamiento, muchas veces con creatividad y esfuerzo, logrando altos niveles de confiabilidad. En esos años también comenzó a gestarse el Centro Integrado de Operaciones (CIO), un avance que transformó la manera de controlar la operación, incorporando datos en línea para mejorar la toma de decisiones.

La seguridad fue siempre un valor esencial. De mis colegas más experimentados aprendí a reconocer los riesgos propios de la operación y a tener siempre presente el autocuidado. Esa enseñanza me marcó: en la confianza está el riesgo.

Los vínculos que construí en la subterránea fueron profundos. Compartimos celebraciones, pagadas de piso, despedidas y momentos fuera del trabajo. También me ha tocado acompañar procesos de vida: matrimonios, nacimientos, cumpleaños e incluso despedidas dolorosas. La partida de dos grandes amigos, Jorge Guerino y Leonardo Baeza, fue especialmente significativa. Con ellos compartí largas conversaciones que atesoro hasta hoy y que marcaron lo que soy como profesional.

Vengo de una familia minera: mi padre trabajó más de 40 años en El Teniente. Mi vida también se ligó a este mundo. Con mi pareja, que trabaja en Andina, decidimos instalarnos en Los Andes, construir nuestra casa y formar aquí nuestra familia, en torno a esta querida División.

Después de todos estos años, siento orgullo de mi camino. Andina me permitió crecer, aportar y confirmar lo que significa trabajar en Codelco: contribuir al bienestar de Chile. Pero lo que más me marca es haber sido la primera mantenedora en la subterránea, porque esa experiencia abrió un espacio de diversidad y respeto que hoy forma parte de la cultura de la División.

"Ser la primera mantenedora en la subterránea me enseñó que la diversidad es una fortaleza".







ESTEBAN MOLINA DÍAZ

Ingeniero especialista senior

El capitán que cultivó lealtad y amistad en la mina

Ingresé a Codelco Andina el 4 de mayo de 1998, directamente a la Mina Subterránea, como jefe de unidad de mantención. Antes había trabajado como jefe de mantención mina en Cemento Melón.

Desde el punto de vista profesional, mis años en Andina han sido de crecimiento permanente, llenos de desafíos y aprendizajes. He tenido la oportunidad de generar valor, administrar equipos, formar personas, impulsar el trabajo colaborativo y desarrollar relaciones interpersonales sólidas y duraderas.

Mi legado será siempre el de ayudar con cariño y respeto, sin esperar nada a cambio, tanto en lo profesional como en lo humano. Quiero que me recuerden como un amigo de todos y el único capitán.

La gran familia minera que construimos en la subterránea se distinguió por su calidad humana. El compañerismo, la amistad, el respeto y la alegría de trabajar juntos fueron la base de nuestro éxito. Nos caracterizó la lealtad y el compromiso: siempre con la camiseta puesta, dispuestos a ayudar a los demás. Si alguien caía, otro tomaba su carga y la sacaba adelante, solo por fidelidad al equipo.

En el camino quedaron muchas anécdotas. Recuerdo cuando cortamos las vigas del PD 1 y terminaron en el chancador Don Luis, convirtiéndose en inchancables por mucho tiempo. O cuando usábamos "dragones" a petróleo para derretir el hielo en el Nivel 8: un día los amarramos al cerro por si el pique los succionaba... y efectivamente terminó colgando dentro, encendido.

También la llegada del camión Supra, conocido como el "requetepatitas" por sus 16 neumáticos y al que muchos llamaban "sufra", porque daba mil problemas. Era el único en Chile y su descarga lateral fue todo un desafío. O nuestra ocurrencia de usar tractores agrícolas como transporte en la mina, que dejó más de un dolor de espalda a los viejitos.

En la subterránea siempre fuimos pioneros en probar nuevas tecnologías y equipos. Muchos venían a ver cómo se consolidaban para luego adquirirlos: el Supra, el Seizer y también nuestras propias innovaciones. Fuimos referentes en ergonomía: diseñamos herramientas como el Mamo y el Súper Mamo para reducir la exposición a sobreesfuerzos, y creamos un área con un responsable permanente de la seguridad, de las capacitaciones y de los riesgos críticos. Todo ese trabajo nos convirtió en un modelo para la División.

En todos estos años he hecho muchos amigos con quienes compartimos dentro y fuera del trabajo, y aún hoy seguimos reuniéndonos para recordar nuestra historia. Entre ellos, guardo especial recuerdo de Gustavo Tapia, gran amigo y partner con quien fortalecí el trabajo en equipo y la lealtad, así como de Leonardo Baeza y Ricardo Pfeifer, cuya partida también me marcó profundamente.

Mi familia siempre ha estado al tanto de lo que hago. Incluso, en una ocasión, mi señora y otras esposas de colegas visitaron la mina para conocer nuestro lugar de trabajo. Gracias a Andina, he podido brindarles estudios y oportunidades a mis hijos, y consolidarnos como familia, siempre acompañados de grandes amigos.

“Quiero que me recuerden como un amigo de todos y, sobre todo, como el capitán que siempre estuvo ahí para su equipo”.



EUGENIO ARRIAZA MIRANDA

Operador especialista

El minero orgulloso que encontró una segunda familia entre sus compañeros

Llegué a Andina en 2004, trasladado de la ex División Talleres en Rancagua, donde trabajábamos en metalmecánica. Llegar a la mina fue un desafío total, porque no sabíamos nada de minería, y mucho menos de minería subterránea. Por suerte, tuvimos buenos mentores. Uno de ellos fue don Juan Monsalve, un viejito que venía de las minas de Lota, muy exigente, pero visionario: con el tiempo entendimos que su manera de ser era justamente para prepararnos para lo que venía.

Comencé en el Nivel 16 ½, en el área de parrillas, que fue nuestra escuela. Ahí aprendimos a destrancar buitras, a usar explosivos y a perforar con el equipo cargado al hombro. Después el proceso comenzó a modernizarse y llegaron los dos primeros martillos móviles con oruga; más tarde uno con cabina y climatización, en el que también trabajé. Luego pasé al Nivel 17 de producción, en parrillas, y más adelante al área de camiones para destrancar buzones. Posteriormente, estuve en el Nivel 16 con las palas, después en el Nivel 8 en traspaso, hasta volver otra vez a producción con camiones, donde llevo cerca de diez años.

Mi vida en Andina ha sido un constante aprendizaje, porque cada área ha sido distinta y cada cambio un desafío. Soy un eterno agradecido de la empresa por haberme dado la oportunidad, y de las jefaturas que he tenido, siempre dispuestas a apoyarnos cuando lo hemos necesitado.

Cuando se cerró Talleres, se abrió la posibilidad de trasladarse a Chuquicamata, El Teniente o Andina. Con mi esposa evaluamos las alternativas: Chuquicamata era la mejor en lo económico, pero estaba demasiado lejos. Nuestro hijo mayor, que hoy tiene 27 años, necesita atención permanente y desde pequeño ha sido tratado por médicos en Rancagua, que lo conocen bien. Por eso decidimos que Andina era la mejor opción. No fue fácil para mi señora quedarse sola cuatro días con los turnos, primero 12x4, después 9x3 y hasta llegar al 4x4, pero como familia encontramos la manera de salir adelante.

Estos trabajos son de esfuerzo y sacrificio. Uno renuncia a muchas cosas: cumpleaños, fiestas, celebraciones familiares. Pero todo lo hacemos por darles a nuestros hijos una mejor vida, educación y oportunidades.

En la mina el compañerismo es único. A veces hay diferencias o alguien llega con mal genio, pero si hay que ayudarlo, estamos todos. Las discusiones duran un rato y después volvemos a darnos palmaditas en la espalda. En materia de seguridad también hemos evolucionado: antes no existían la ART ni la Tarjeta Verde para identificar riesgos. Hoy contamos con muchas más herramientas, y todos nos cuidamos unos a otros.

Y aunque no soy de creer en lo paranormal, sí he vivido situaciones extrañas. Una noche, en el Nivel 8, junto a mi colega Claudio Santi, vimos el reflejo de una luz en los scrapers, como llamando la atención. Fuimos a revisar y no había nadie en la oficina ni en la jaula. Al final dijimos: “nos penaron”. Otra vez, bajando en la jaula hasta el mismo nivel, vimos cuatro lámparas encendidas en el 15 ½. Pensamos que había viejos esperando, pero al volver a buscarlos no encontramos a nadie. El nivel estaba cerrado con el letrero “no pasar”, y aun así entramos, llamamos a viva voz... y no había nadie.

He trabajado en varias empresas grandes, como Famae y Magotó, pero el compañerismo de Andina es único. Aquí somos como una familia. Ese esfuerzo por producir, por cumplir y superar metas, siempre fue motivo de orgullo, sobre todo cuando al final del año se informaba que lo habíamos logrado.

Hoy quiero quedarme acá. El rajo sería un desafío, y no le tengo miedo, porque entré sin saber nada y aprendí mucho. Pero como dice el viejo refrán: "más vale diablo conocido que santo por conocer". Además, ya estoy en edad de retirarme y lo que quiero es disfrutar de lo que he construido todos estos años.

He trabajado en varias empresas grandes, como Famae y Magotó, pero el compañerismo de Andina es único. Aquí somos como una familia. Ese esfuerzo por producir, por cumplir y superar metas, siempre fue motivo de orgullo, sobre todo cuando al final del año se informaba que lo habíamos logrado.

"La mina me dio aprendizajes, amistad y hasta misterios que nunca olvidaré".



FRANCISCO CAMPOS OSSANDÓN

Operador especialista

El operador que encontró en Andina la tranquilidad para proyectar su vida

Llegué en 2006 desde División Salvador, dentro de los primeros grupos de mineros trasladados. Me vine porque quería estar en la zona central, ya que soy de Santiago.

Nunca pensé trabajar en minería. De hecho, fue casi un accidente cómo llegué a esto: fui a pasar vacaciones a Diego de Almagro y aproveché la oportunidad de hacer unas pruebas en una empresa contratista.

Cuando me trasladé a División Andina, mi vida cambió por completo. Ya estaba a punto de comprar mi casa y aquí encontré la tranquilidad para dar ese paso. En Santiago venía de una etapa distinta, y este trabajo me permitió enfocarme y proyectarme de otra manera.

Siempre he sido carguero; nunca me ha gustado operar equipos, aunque en los últimos años me tocó manejar los LHD. La Mina Subterránea también tenía una carta bajo la manga: la Minería Continua. Sin embargo, no se utilizó y quedó en el olvido, aun cuando pudo haber dado algunos años adicionales de vida a la mina. Yo trabajé mucho tiempo en el sector Pique de Traspaso.

Antes de que se implementaran los turnos cuatro por cuatro (de 12 horas), salíamos del turno de noche y a las diez de la mañana ya estábamos en la cancha jugando, mientras otros preparaban el asado. Nos reuníamos todos en torno a la pelota y compartíamos un almuerzo distendido.

El mayor legado que deja la mina es el compañerismo: el trabajo en equipo, la preocupación por el otro. Voy a extrañar mucho este espíritu, porque siempre he trabajado aquí. Echaré de menos las bromas nocturnas que nos mantenían despiertos y atentos, y que hacían más llevaderos los turnos.

Se formó un gran grupo humano. Aprendimos de distintas labores y nos convertimos en una familia. Incluso viajamos juntos con nuestras familias, lo que generó vínculos más profundos y recuerdos que permanecerán conmigo para siempre.

Y aunque la mina cierre un capítulo, lo que aquí vivimos no se termina: seguirá latiendo en cada historia compartida y en la huella que dejamos como trabajadores de Andina.

“ Gracias a Andina tuve la posibilidad de tener una nueva vida junto a mi familia”.



FRANCISCO FIERRO LEÓN

Jefe de Unidad de Ejecución de Mantenimiento

El supervisor que volvió a su tierra y encontró en la Mina Subterránea una familia

Soy nacido y criado en San Felipe y, al salir del colegio, me fui a estudiar a Antofagasta. Mi primer trabajo fue en División Salvador y en abril de 2006 llegué a Andina. Siempre quise volver a mi tierra por la cercanía con la familia. Estaba bien en Salvador, pero la tierra llama. Postulé un par de veces y a la segunda resultó: me vine como supervisor ayudante del área eléctrica.

Llegué a Andina sin haber entrado nunca a una Mina Subterránea. No sabía si me iba a gustar o no, pero gracias a la recepción de la gente y cómo se dieron las cosas, le tomé cariño al trabajo. Me gusta la pega que hago. Desde entonces mi desarrollo laboral ha sido constante: empecé como supervisor ayudante, luego jefe de turno, después reemplacé al jefe de unidad y en 2018 gané el concurso para ese cargo.

Estoy agradecido de Codelco, porque me ha permitido crecer como profesional y también consolidar a mi familia. Tengo dos hijos grandes: Pablo, que estudia ciencias políticas en la Universidad de Chile, y Cati, que estudia ingeniería civil ambiental en la Universidad Federico Santa María; además, tengo una pequeña de 7 años que todavía está en el colegio. Mi señora, que es de Coquimbo, se adaptó muy bien a San Felipe. Ella también siente cariño por la empresa, pues su padre trabajó en Potrerillos como profesor en el campamento minero, por lo que su vida también ha estado ligada a Codelco.

Creo que existe una unión especial entre los trabajadores de la Mina Subterránea que nace del mismo trabajo. El hecho de compartir en los talleres eléctricos y mecánicos, asignarse tareas en conjunto, almorzar y salir todos juntos, genera una cohesión mayor. Esa mística y compañerismo se nota y se proyecta incluso fuera de la mina: siempre hay disposición a ayudar, siempre estamos pendientes de los demás. Además, los grupos mineros forman clubes deportivos y realizan actividades sociales.

Cuando fui jefe de turno quedé asociado a dos grupos mineros y me inscribí en el Club Deportivo. Participo en el Grupo 4 y en el Grupo 2, y me invitan a sus fiestas de fin de año o a celebraciones de Fiestas Patrias. También tenemos un grupo interno con los supervisores y otro administrativo con el que nos juntamos en fechas especiales, como el Día del Minero o Navidad.

En materia de seguridad, Codelco ha evolucionado mucho. Cuando llegué a Andina como supervisor ayudante, se hacían muchas cosas que hoy ya no están permitidas. Y aunque yo pensaba que en una Mina Subterránea los trabajadores usaban picotas, lo cierto es que me sorprendió la tecnología con que se trabaja aquí.

La modernización ha sido evidente. Recuerdo que en 2020 visité El Teniente y me llamó la atención que tenían un operador radial para controlar los semáforos del Haulage; en Andina eso estaba automatizado hace años. Otro hito fue la operación de un martillo picador desde Japón, en las pruebas de telecomando. En mi área, los instrumentistas eléctricos siempre han innovado en tecnología, adaptando redes de comunicación y PLC. Hoy todo es más rápido gracias a la fibra óptica.

En cuanto a producción, destacaría dos hitos. El primero fue la salida de los piques de traspaso: desde el punto de vista del mantenedor, era un trabajo durísimo. Cambiar esos enormes dedos y

cilindros en un pique de 400 metros hacia arriba, con la planta abajo, exigía seguridad extrema: hacer camas de piedras, instalar puntales y coordinarse con anticipación con la planta y el rajo. Fue un cambio relevante, porque eliminó muchos riesgos asociados. Por esos piques pasaba el 60% de la producción de la mina, antes del nuevo Sistema de Traspaso.

El segundo hito fue la eliminación de la jaula Don Luis como vía de evacuación. Para los cambios de turno en invierno, cuando fallaba, había que subir 500 metros de escalera. Como jefe, debía decidir quién subía: generalmente alguien más liviano y con un par de botellas de agua. La nueva jaula también sirve como evacuación, pero solo para cuatro personas, mientras que en Don Luis cabían unas quince. Hoy administro el contrato para el cambio de cables de esa jaula. Se trata de un único cable que sostiene toda la estructura, por lo que se chequea exhaustivamente con una empresa especializada. Desde 2008 en adelante se tercerizó, pero antes esos cambios los hacíamos nosotros mismos, y me tocó participar y liderar esas mantenciones.

Por todo lo anterior, creo que el slogan del cese recoge muy bien lo del "legado de excelencia". Refleja lo que queremos dejar. El año pasado, por ejemplo, trabajamos trece meses en vez de doce, lo que habla de la mística de la Mina Subterránea: bajo condiciones adversas siempre hubo un propósito común.

En cuanto a la mantención, es una de las pocas minas que la realiza con recursos internos. Eso también le da un fuerte sentido de pertenencia.

"En la mina construí lazos que me acompañarán toda la vida".



GABRIEL OPAZO LAGOS

Operador especialista

El trabajador que estuvo frente a la muerte y volvió para agradecer a la vida y a la Mina Subterránea

Llegué a Andina en julio de 1999, luego de haber trabajado como capataz de mantención de perforadoras DM2 en la minera Maricunga. Vi un aviso en el diario y postulé. Quedé en Anglo American y en Codelco, y junto a mi familia decidimos por la minera estatal.

En términos profesionales, Andina me ha permitido crecer y capacitarme constantemente. He tenido la oportunidad de desarrollarme en diferentes ámbitos: fui parte del Comité Paritario, reemplazante de supervisor, trabajé en el área de infraestructura y pasé por todas las áreas de la Mina Subterránea. Mi cargo de operador especialista me llevó a recorrer los cuatro grupos mineros y a integrarme en distintas áreas de apoyo a la producción. Con la creación del área de infraestructura mina, me correspondió trabajar en puntos críticos como los piques de traspaso mineral.

La Mina Subterránea ha sido lo mejor de mi vida laboral. Voy a extrañar el trabajo en equipo, único y especial. En las nocheras era habitual que alguien llevara un queque para compartir, un gesto que simboliza ese ambiente particular de camaradería, abrazos, chistes, sobrenombres, solidaridad y respeto por la antigüedad. Esa mística es distinta a la del resto de la División: aquí se generó algo extraordinario.

Siento que siempre fuimos un grupo abierto a acoger a las personas. También muy solidarios cuando se necesitaba ayudar a jardines infantiles, iglesias, colegios o vecinos de la comunidad. Todo eso se canalizaba por los clubes deportivos de cada grupo: nunca dejamos de apoyar a quien lo requiriera.

Destaco el respeto por el aporte de ideas de todos, la importancia que se le da a cada persona y la alegría con la que enfrentamos los desafíos, los cambios y la innovación. Ese fue también mi legado: apoyar, valorar y felicitar al equipo con entusiasmo, combinando buen humor con responsabilidad en la ejecución de cada tarea. Me encantaría que me recordaran por eso: por haber enfrentado los cambios sin temor, con una broma en las charlas, buena persona, empático y comprometido.

La evolución de la Mina Subterránea ha sido enorme. Pasamos del LHD antiguo a cabinas presurizadas con radio y sistemas de información en línea, a los camiones de extracción CAEX, de la perforación manual a los Jumbos y a la irrupción del camión Supra.

También cambiaron las condiciones de trabajo: de la infantería a las camionetas, de los payer a los radios, de los trenes a los buses, de los barrios cívicos a oficinas modernas. Incluso los baños y las salas de descanso se transformaron radicalmente. Todo fue acompañado de más y mejores implementos de seguridad, con un cambio cultural profundo: pasamos de lámparas pesadas y filtros básicos a estándares mucho más exigentes y eficaces.

El área de infraestructura también marcó hitos. Recuerdo el cambio de viga del OP-8, un trabajo titánico realizado en un turno de noche de 12 horas. No podíamos detener la producción, pero logramos hacer la tarea sin accidentes, todos abrazados al final. Quizás no parezca relevante, pero estar en un canasto de manitú, mojados, con doble cola y

moviendo vigas de casi una tonelada fue un logro que nunca olvidaré.

En estos años también he hecho grandes amigos. Valoro la camaradería y la amistad forjada en la mina. Recuerdo con especial cariño a Juan Cruz (QEPD), mi contraturno, que siempre me recibía con un abrazo y un buen deseo para la jornada.

Mi familia conoce y valora lo que hago. Mi señora entiende mi labor y celebra mis logros. Estos años en Andina me dieron la estabilidad laboral y económica para entregar educación universitaria a mis hijos y asegurar nuestra casa. Por eso tengo una vida tranquila y un gran orgullo de pertenecer a División Andina.

Cuando la operación cese voy a extrañar todo: el saludo de buenos días, las bromas, la chispa de los viejos, el respeto, la amabilidad y ese apretón de manos tan característico. Vibro con la Mina Subterránea porque aquí todos trabajamos por un ideal, por un bien común. Encontramos amistad, fraternidad y un equipo de apoyo. Hay un compromiso grabado en el ADN: hacer la pega y cumplir con la producción.

También enfrenté momentos difíciles. Durante la pandemia me contagié de Covid y pasé 18 días intubado y 35 hospitalizado. En dos ocasiones le dijeron a mi señora que no había nada más que hacer, solo rezar. Yo, en ese tiempo, nunca dejé de ver a mi papá -ya fallecido- de espaldas, al lado de mi cama. Al salir, tuve que aprender de nuevo a caminar, comer y hablar. Fueron casi dos años y medio en casa recuperándome.

Hace un año regresé a la Sala COM, primero solo como acompañante. Pero mi motivación personal me llevó a involucrarme otra vez y, gracias a la confianza del superintendente Valentín Morales, pude retomar. Estoy eternamente agradecido, porque la compañía me apoyó y me sigue apoyando.

"La vida me dio una segunda oportunidad y la disfruto en cada jornada minera".



GASTÓN RUÍZ MIRANDA

Supervisor de primera línea Sala COM

El trabajador que en la Mina Subterránea construyó el futuro de su familia

Estoy vinculado a la Mina Subterránea desde el año 2000. Primero estuve un año a prueba en mantención y, en 2007, pasé al área de producción tras ganar un concurso para el Centro de Operaciones Mina (Sala COM).

Cuando llegué, mi idea era estar un par de años y después irme. Recuerdo que los más viejos me dijeron: "no te vas a dar ni cuenta y vas a estar veinte años". No les creí, pero la verdad es que entre los diez y los veinte años fue un abrir y cerrar de ojos. Llegué con 27 años, ya tenía esposa y un hijo, y nos trasladamos desde Villa Alemana a la zona. Fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida, porque significó un estándar de vida más que bueno para mi familia, desarrollo profesional para mí y beneficios como el seguro de salud, que permitió que mi hija menor recibiera la atención necesaria para enfrentar una enfermedad autoinmune. Gracias a eso, hoy sigue con vida.

Andina ha sido la empresa más importante en la que he trabajado. Estuve en otras compañías, pero nada como Codelco. Mi familia no conoce a fondo lo que significa la minería, porque hay que estar en la mina para entenderla. Pero mis hijos siempre supieron que su papá trabajaba por turnos y me ayudaban a descansar cuando estaba de noche. Para mi hijo mayor, pianista desde los ocho años y hoy estudiante en España, ha sido un regalo que yo trabajara aquí, porque le he podido costear estudios y manutención. Mi hija estudió tecnología médica en la Universidad de Valparaíso, también gracias a este trabajo.

Puedo decir que el trabajador de la Mina Subterránea es distinto. Allí se vive una relación más cercana, de compañerismo y cuidado mutuo. Aunque existan diferencias, siempre está el compromiso de que todos quienes entren, salgan bien. Ese sentimiento es único. Cuando me encuentro con ex compañeros de la mina, recordamos lo mismo: la solidaridad y el lazo que se forja bajo tierra.

Llegué cuando se desarrollaba el Tercer Panel, pilar fundamental para la División. La ley del cobre era excelente y el foco estaba puesto en la Mina Subterránea. Nunca pensamos que íbamos a llegar a su cese, sobre todo considerando que hoy la mayoría de los proyectos mineros apuntan precisamente a la minería subterránea.

La implementación del Centro de Operación Mina (Sala COM) cambió la forma de manejar la información de producción y la interacción con la planta. Fue pionera en la minería, aunque costó sudor y lágrimas ganarse la confianza de los antiguos. Con el tiempo, fuimos creciendo, aprendiendo, y nos empoderamos en nuestros cargos. Todo fue ganancia para la Mina Subterránea y para la División.

Entre 2005 y 2010 se abrió una gran oportunidad de capacitación. Muchos trabajadores continuaron estudios en la USACH, los técnicos obtuvieron títulos superiores y supervisores cursaron diplomados. Fue una dinámica de crecimiento muy valiosa para toda la División.

El cambio de jornada a doce horas y al turno cuatro por cuatro también marcó un hito, especialmente para quienes vivían fuera de la zona. En mi caso, en el valle, significó dejar de lado espacios de vida social como el Campeonato de la Amistad, que nos hacía más activos. Hoy la rutina nos ha vuelto más sedentarios.

Creo que el desarrollo del Valle del Aconcagua se lo debe en parte a la minería, no solo por la cantidad de empleo en la División, sino también por los miles de colaboradores que han encontrado aquí continuidad laboral, aun cambiando de empresa. Esto ha sido clave para el comercio de Los Andes y San Felipe.

El cariño por la mina, el compañerismo y la solidaridad son un legado enorme. Pertenecí a la brigada de rescate, participé en muchos accidentes y ayudamos a salvar vidas. Aunque estuve solo siete años en la Mina Subterránea y 17 en la Sala COM, me emociona recordar a la vieja escuela que puso los ladrillos de lo que hoy baja el telón.

"Trabajar en Codelco me permitió darle a mi familia un mejor estándar de vida".



GENARO VILLALOBOS CHÁVEZ

Analista de mantenimiento

El analista que volvió a nacer en la mina y convirtió su vida en un legado de gratitud y solidaridad

Soy oriundo de Salamanca, en la Cuarta Región. Ingresé a Codelco en febrero de 1991, en División Salvador. En 2003 me trasladé a Andina, gracias a un concurso que gané.

Al poco tiempo de llegar, mientras trabajaba en producción operando equipos rodantes y destrancando piques, sufrí uno de los accidentes más graves que ha habido en la minería de Codelco: en septiembre de 2004 caí por un pique en el Nivel 16 1/2. Quedé enterrado con la marina y fui rescatado por el Nivel 17.

Estuve tres años con licencia, de los cuales un año y medio fueron hospitalizado. Me realizaron 17 operaciones. Tras mi recuperación, me reubicaron un tiempo en Saladillo y luego quedé definitivamente en mantención. Hoy soy analista de mantención en el área de confiabilidad, y me siento agradecido de esta empresa.

La minería subterránea tiene un ambiente muy particular: es familiar, de compañerismo, de saludar al viejo de mano, de abrazarlo y de decirle lo bueno o lo malo sin rodeos. Allí hice muchos y muy buenos amigos.

Uno de ellos fue Luis Espinoza, un compañero muy cercano con quien formamos un gran equipo. Se retiró de Codelco por motivos personales, pero sigue siendo muy querido por muchos.

El trabajo también ha cambiado mucho. Antes era más bruto: cuando ingresé a Salvador, destrancar una buitra era casi a pulso. En Andina, en cambio, ya había más maquinarias y perforábamos con Jumbo. La modernización ha permitido trabajar mejor, ser más productivos y reducir riesgos.

También me ha tocado vivir los encierros, que son una experiencia única de la subterránea. El más largo en el que estuve fue de 17 días con jornada de ocho horas, y ya con el cambio a doce horas, uno de doce días. Nunca me he complicado: desde el inicio sabía que era parte del trabajo, y lo enfrento con buena actitud.

Esa misma energía de compartir y hacer equipo también la llevé al deporte. En mis tiempos en Salvador incluso me puse la camiseta —literalmente— siendo el corpóreo de Cobresal, animando al equipo en sus partidos. Más tarde, en Andina, dirigí un equipo de baby fútbol del Grupo 2 que llegó a la final a nivel de la División. Ganamos el campeonato y hasta vino el canal Mega a transmitir el partido con Juan Manuel Ramírez. Fue un momento muy bonito y recordado.

Ese entusiasmo lo he mantenido también en lo social, primero en el Grupo 2 y ahora en el Grupo 3, apoyando en todas las catástrofes que ha vivido Chile desde 2010. Fuimos a Iloca y Duao tras el tsunami, al aluvión de Chañaral, al primer incendio de Valparaíso, y en dos oportunidades al Alto Biobío a ayudar a familias pehuenches en invierno. Siempre con comida, ropa y juguetes. Muchas veces también llegan listas para ayudar a personas que ni siquiera conocemos, y uno aporta igual. Creo que ese espíritu solidario es muy destacable.

Gracias a mi trabajo en Codelco pude educar a mis tres hijos, que hoy son profesionales: uno ingeniero mecánico, otro técnico en programación y en electrónica industrial, y el más pequeño, que estudió electrónica industrial. Incluso mi señora pudo estudiar: después de que los dos mayores se recibieron, ella comenzó su carrera de podología,

que ejerce desde hace nueve años. También he podido apoyar a familiares en momentos difíciles.

Me emociona también que mi familia sienta orgullo de mí. Hace un par de años mi señora y uno de mis hijos visitaron la mina, y muchos les contaron que su papá era un buen tipo, sociable y amigable. Eso me pone contento. De hecho, todos mis hijos, salvo el menor que trabaja en el comercio en Los Andes, se desempeñan en empresas contratistas de Andina, y suelen escuchar: “Eres hijo de Genaro, tu papá es un buen viejo”.

Sin duda voy a extrañar las tallas, la convivencia diaria, las bromas y la camaradería. La subterránea es especial, distinta a cualquier otra área, y quienes venimos de ahí lo sabemos bien.

Creo que uno de los grandes legados de la mina es haber engrandecido a Los Andes: la ciudad creció gracias a la minería, y con ella muchos trabajadores pudimos desarrollarnos, educar a nuestros hijos y construir un patrimonio.

Hoy, ante el cierre de la subterránea, siento pena, pero también tranquilidad. Se cierra el lugar donde estuve casi 22 años, pero me voy con la satisfacción de haber cumplido una tarea con mi familia y con la vida.

“Sobreviví a un accidente que pudo haberme quitado todo, pero lo que me dejó fue aún más grande: la oportunidad de seguir viviendo, trabajando y entregando lo mejor de mí”.



HÉCTOR GUERRERO TAPIA

Supervisor de primera línea

El supervisor que fue testigo de la evolución minera

Mis primeros trabajos en Andina fueron como chofer de camión aljibe, en 1988, para la empresa Yungay. Debía regar el camino industrial y también abastecía de agua las perforadoras del rajo.

Dos años más tarde ingresé a la División y lo hice a la Mina Subterránea. Recuerdo mi primer día de trabajo en el Nivel 11: me dirigí al prevencionista para mi capacitación de seguridad, que duró medio turno y después del almuerzo, "a la riña" de inmediato.

Todos estos años en Codelco han sido de mucha satisfacción y orgullo. Agradezco la oportunidad que me dieron de poder estudiar y lograr ser un profesional: primero como técnico en minas de la Universidad de Santiago de Chile y luego como ingeniero en prevención de riesgos y medio ambiente en la Universidad de Aconcagua.

Gracias a mi trabajo, he formado una linda familia que también se siente orgullosa de que yo sea parte de esta gran empresa. La recordaré como la gran posibilidad que me dio la vida de crecer y ser parte de su historia.

Extrañaré los momentos compartidos con las distintas generaciones de trabajadores: la unión tan cercana que se forma al interior de la mina, donde cada compañero cuida del otro; las experiencias de trabajo y las actividades en las bajadas.

Siempre fui responsable y respetuoso con mis pares y jefaturas. Me interesó conocer cada rincón de la mina y lo logré.

Mis compañeros destacan por su capacidad de adaptación, porque en la subterránea todos podíamos asumir distintas funciones. Somos alegres: cuando el silencio se imponía, siempre alguien sacaba una talla por la radio. Somos generosos: no faltaban campañas para ir en ayuda de quien lo necesitara. Somos aperrados: nos proponíamos metas y las cumplíamos en equipo. Somos unidos: nos cuidamos unos a otros. Somos entusiastas: siempre había un motivo para celebrar.

En mis 34 años en la Mina Subterránea fui testigo de cómo evolucionó la forma de extraer el mineral: desde buitreros, carros metaleros y pequeñas palas neumáticas montadas en rieles, hasta correas transportadoras en el Nivel 12 y buzones con accionamiento neumático.

Recuerdo cuando llegó el primer CAEX de 50 toneladas al Tercer Panel Nivel 17. Un supervisor desde la pista me dirigía el traslado con señales de mano hasta el buzón para cargar. Yo había llegado en plena explotación del Segundo Panel, cuando los buitreros escurrían el mineral al nivel de transporte de correas. Hoy lo hacen los LHD.

También cambió la forma de capacitar en seguridad. Antiguamente no se le daba la importancia de hoy. En mi caso, jamás había ingresado a una Mina Subterránea y mi capacitación duró solo cuatro horas. Hoy es estricta y con evaluación del aprendizaje.

Durante todos estos años hice muchos amigos y esas amistades se extendieron a nuestras familias. Aún mantengo contacto con excompañeros, en especial con Samuel Zamora Araya, "El Loco Zamora", con quien hablo cada cuatro días.

Lamentablemente también me tocó vivir la pérdida de compañeros en caídas a pique de producción. Estando en Sala COM, un eléctrico cayó en el Nivel 16 y me correspondió coordinar el rescate. En otra ocasión, mientras instruía al nuevo jefe general de turno, otro trabajador de infraestructura cayó en

un vaciadero LHD. Esa vez también participé en el rescate. Son experiencias durísimas que dejan huella: la muerte de un compañero es un dolor que nadie quisiera vivir.

Mi familia conoció de cerca mi trabajo. Mi señora fue la primera en visitar la mina, acompañándome en la operación de CAEX en el Nivel 11 1/2. Luego vino mi hija mayor al Nivel 17, cuando yo era jefe general de turno.

Estos 34 años en la División han sido excelentes. Formé una linda familia que fue pilar fundamental, acompañándome en mis logros, metas y estudios universitarios. A ellos y a Codelco les debo todo.

"Soy testigo del desarrollo de la subterránea, pero sobre todo de la fuerza humana que hizo posible su historia".



HERNÁN ROJO SOTO

Ingeniero especialista

El supervisor que dejó su legado en la continuidad de la subterránea

Ingresé a Codelco Salvador en el año 2002 junto a mi colega y amigo Leonardo Baeza. En abril de 2008 llegué a Andina y desde entonces siempre estuve ligado a las áreas productivas, desempeñándome como jefe de turno, gestionador de presupuesto y líder de Ingeniería Mina.

A lo largo de estos años, tanto en Salvador como en División Andina, he realizado trabajos que fueron un aporte a la continuidad operacional de la Mina Subterránea, aprendiendo de distintos equipos que fortalecieron mi experiencia profesional.

Puedo decir con orgullo que participé en todo lo que la minería subterránea puede ofrecer: producción con palas LHD, transporte con camiones y trenes (en Salvador), reducción con martillo estacionario, desarrollos en túneles y silos de producción (troyas), administración de presupuestos y compras, además de contratos de ingeniería mina. En esta última área destaco los trabajos del Tercer Panel, en el sector suroeste, ejecutados en su totalidad con ingenierías y contratos de División Andina.

En los últimos años me desempeñé como administrador de contratos de servicios de infraestructura minera. Uno de los hitos que más valoro fue el trabajo posterior al incendio de 2019 en la caverna Cal de la Planta Concentradora, donde junto a Leonardo Baeza logramos normalizar la producción.

Con todo esto, me siento plenamente satisfecho con mi trayectoria laboral, especialmente en Andina, donde el compañerismo y el trabajo en equipo marcaron cada día desde que llegué a esta División. Mi legado es haber sido un aporte en todos los equipos en los que participé, contribuyendo a mantener la continuidad operacional de la subterránea a través de proyectos, soluciones de contingencia y siempre con una actitud cooperativa y abierta a escuchar.

Los trabajadores de la mina se caracterizan por el trabajo colectivo y el apoyo humano que brindan, porque se involucran en cada decisión y aportan desde su rol. Si alguien enfrenta problemas, la ayuda surge de inmediato. En mi caso, cuando viví la enfermedad de mi papá, el respaldo de mis compañeros fue fundamental para mantenerme centrado.

Para mí fue grandioso haber participado en los procesos de desarrollo y producción de los Cuerpos de Alta Ley, que significaron un método de explotación distinto al habitual en Codelco (sublevel stoping). Tuve que aprender desde cero y logramos un buen resultado. También me tocó liderar las ingenierías del Tercer Panel en el área Suroeste, que se desarrollaron sin mayores complicaciones operacionales y fueron un importante aporte para la División.

La modernización ha significado un gran avance, permitiendo pasar de trabajos manuales con alta exposición al riesgo a mejoras como la automatización de sistemas, que alejan a los trabajadores de zonas peligrosas. Destaco especialmente el proyecto de palas semiautónomas desarrollado por jóvenes sin experiencia minera, quienes operaron carguío y transporte como verdaderos mineros antiguos.

Estoy convencido de que la seguridad es lo primero que debemos resguardar en nuestras actividades. La planificación es clave para evitar emergencias: tomarse el tiempo para analizar riesgos y apoyarse en la experiencia de quienes participan asegura

un trabajo bien hecho, sin demoras y con objetivos cumplidos.

He cultivado amistades profundas en la mina. Una de ellas es con Alejandro Díaz, jefe de ingeniería en ventilación. Lo conozco desde la escuela básica: compartimos liceo, estudiamos la misma carrera, hicimos práctica y memoria juntos, ingresamos a Codelco Salvador y llegamos a Los Andes, siempre en las mismas áreas de trabajo. A menudo realizamos comidas con los colegas, momentos que permiten compartir fuera del trabajo y disfrutar de un ambiente distinto.

Recordaré por siempre a Leonardo Baeza (QEPD), mi compañero y amigo. Fue un gran profesional que lograba conformar equipos comprometidos y con metas claras, lo que nos permitió cumplir nuestros compromisos con la División. Para mí fue alguien clave en mi desarrollo profesional, que siempre confió en mí y me hizo sentir valorado en cada conversación. Su recuerdo estará siempre en mi corazón.

Mi familia entiende que Codelco es una empresa del Estado que entrega importantes aportes al país, aunque no siempre comprende las largas jornadas y las emergencias a las que debemos responder. Con el tiempo se han acostumbrado y me han acompañado en cada desafío. Gracias a su apoyo, mi trabajo se ha transformado en un buen vivir, en tranquilidad para ellos y en la certeza de que todo esfuerzo valió la pena.

"Aporté con compromiso y gratitud hacia mis familia y mis colegas".



HUGO PEÑA TAPIA

Presidente SISAN

El dirigente que fue elegido dos veces por la mina y dejó su huella bajo la cordillera

Dicen que uno no elige la mina. Que la mina te elige. A mí me eligió dos veces.

La primera, antes de nacer: mi abuelo bajaba a la mina de carbón en Coronel, cuando el aire era espeso, las manos negras y el pan se ganaba con pulmones. Ahí empezó mi línea de tiempo subterránea.

La segunda fue a fines del '99. Dirigente estudiantil, vi en el fichero de la universidad un aviso: Codelco abría postulaciones. Yo, del mismo Coronel, sin contactos ni apellidos rimbombantes, pensé: "¿Quién va a contratar a alguien sin experiencia?". Pero algo me empujó: la convicción de que Codelco no era de un empresario, sino del país. Mandé mis papeles con más fe que certezas... y los dejé en manos de Dios.

Y, por esas cosas de la vida, a mí no me tocó bajar a la mina, sino subir a la mina. Entonces entendí:
el carbón me dio historia. El cobre me daría propósito.

El día que llegué a Saladillo, recién nevado y con los farellones imponentes al frente, supe que ya valía la pena. La cordillera me habló sin palabras. La villa parecía un pequeño país: escuela, supermercado, biblioteca, canchas. Para alguien criado en la octava región, era otro mundo. No el del lujo: el de la posibilidad.

El camino industrial mezclaba vértigo y belleza: quebradas, curvas, viento limpio. Y la mina... no era un hoyo oscuro: era una ciudad bajo tierra.

Semáforos, portones, buses entrando por túneles. Salas de control que rozaban la ciencia ficción. Camiones Wagner y Komatsu deslizándose con precisión elegante. Equipos telecomandados.Ventilación, agua industrial, telecomunicaciones. Todo funcionaba como un organismo vivo. En mi imaginación pensaba: si algún día Chile explotara mineral en otro planeta, se vería así: lleno de tecnología, con nuestros trajes e implementos.

Lo técnico impresionaba, pero el corazón de todo era, y sigue siendo, la gente.

Los antiguos, de formato grande, moldeados por la fuerza. Y nosotros, los nuevos, empujando la tercera fase, ganándonos un espacio con trabajo, alegría y entrega.

El bautizo vino con humor: que la última nochera era "voluntaria" (¿cómo no sospechar?). Por suerte, agarré papa... De subida, todos callados, cabeceando el sueño. La bajada, en cambio, era fiesta: cumbias, rancheras, anécdotas que alegraban el alma.

Esos eventos llamados "el día ganado" eran verdaderos ritos de comunidad: asados, rayuela, fútbol. Lo mejor era que, en la cancha y en el compartir, todos éramos iguales. No había áreas: desarrollo, operaciones, mantención y supervisores; todos iguales. Ahí entendí lo que es ser equipo.

Nunca escuché tantas historias como en ese tiempo: el mítico minero chico, dueño de las vetas buenas, aparecía -decían- si alguien cruzaba donde no debía. Yo nunca lo vi, pero más de alguno juraba haberlo enfrentado con una herramienta brillante.

Y estaban los personajes reales, como “Chardonnay” -nombre clave para proteger su identidad-, que una vez, pidiendo ingreso por radio en el loop del 17, recibió la respuesta entre risas: “¡Te tenemos rodeado, Chardonnay!”. Él siguió el juego como héroe de película. La risa fue colectiva. La tensión del turno se evaporó. La mina también es eso: respiraderos de humor para que el corazón aguante.

Aprendí, además, que la mina abriga, pero pide respeto. Un detalle salva. Un procedimiento bien hecho nos devuelve a todos a casa. Los simulacros no eran trámites; eran ensayos de vida. El autorrescatador era una promesa en una caja metálica, recordándome que la seguridad se decide minuto a minuto. Bajo tierra, la oscuridad no se rompe: se negocia.

Con el tiempo, la mirada se me profundizó y empecé a ver la mina entera: pulso, redes, flujos. Me quedó grabada una certeza triple: que la seguridad no se firma por uno, se ejerce; que el cobre se gana haciendo las cosas bien hechas y a la primera; y que el trabajo en equipo no es discurso, sino la única ingeniería infalible. Entre los tesoros que aún conservo están los recuerdos de buzones descargando como lluvia metálica; un Barrio Cívico antiguo en el Nivel 11, con letreros pintados a mano, como si la roca guardara un álbum de fotos. Pero, sobre todo, una forma de ser, una impronta: un minero de la subte.

Hoy, con los años encima, entiendo mejor lo vivido. Para algunos fue un trabajo; para mí, un punto de inflexión. No solo por lo técnico ni lo simbólico: me formé entre roca, polvo y afecto. El carbón me enseñó que la vida se suda. El cobre me mostró que el país se construye desde adentro.
Entre ambos encontré lo que soy.

No soy solo nieto de minero.
No soy solo minero del cobre.
Soy parte de una línea subterránea que sigue latiendo: una herencia viva, bajo tierra, que aún brilla.

Dicen que uno no elige la mina. Que la mina te elige.
Si me preguntan, diré lo mismo que el primer día: a mí me eligió dos veces... y todavía, en superficie, me sigue llamando por mi nombre.

Y cada vez que suena el silbato -arriba o abajo- recuerdo la regla más simple y más alta: cuidarnos.

“Aprendí a escuchar: a la montaña, al compañero, al que sabe, al que llega. Supe que el liderazgo no es hablar más fuerte, sino volver con todos”.



HUGO ORTEGA CASANOVA

Instructor de operaciones Mina Subterránea

El instructor que formó generaciones con seguridad y conciencia

Tengo 36 años en División Andina, durante los cuales he pasado por distintos procesos. Desde 2010 soy instructor de operación de maquinaria y procesos Mina Subterránea, labor que venía realizando desde 1997 como operador e instructor.

Pero mi historia en Andina parte mucho antes, en 1984, como mantenedor electromecánico a través de una empresa contratista en el rajo. Entré a prueba un año a la División en 1988 y el 1 de enero de 1990 ingresé a mantención en la Mina Rajo. Ahí prestaba apoyo en máquinas de perforación de gran diámetro, motoniveladoras, snowcat, camiones, cargador frontal y pala.

En 1993 me cambié al área de Caminos y Nieve, en el proceso de despeje de caminos durante las operaciones invernales. Estando ahí, se abrió un concurso para operadores de camión de producción en la Mina Subterránea.

Así ingresé en 1994 a trabajar en las aperturas del Tercer Panel, lo que me enorgullece porque fui uno de los iniciadores y hoy estamos llegando al cese de sus funciones.

Recordaré nuestro trabajo en la Mina Subterránea, actualmente sin accidentes, cuidándonos y transmitiendo ese mensaje a las nuevas generaciones en esta labor de instrucción.

Me tocó formar a los nuevos integrantes que se han ido sumando con el tiempo, a la vez que absorbíamos la modernización de los procesos.

Cuando llegué a esta área productiva todavía existían las buitras, la maza, el martillo, la pala, la picota y el "pinocho". Luego evolucionamos al mecanizado de martillos móviles montados sobre oruga.

La creatividad de los trabajadores nos llevó a idear maquinarias como martillos móviles a partir de palas dadas de baja. Después avanzamos al martillo telecomandado.

Siempre bajo el objetivo de la seguridad, participé en el comité paritario buscando ser parte del desafío de sacar al trabajador de la fuente de contaminación y de la enfermedad profesional.

Costó romper ese hito ante la escasa cultura y educación en la materia, lo digo con respeto y sin desmerecer a los colegas de la época. Pero lo logramos: evolucionamos a un sistema telecomandado y reinsertamos a un trabajador que venía del uso del mazo y martillo, a un sistema joystick.

Luego llegaron los camiones MT34 de 34 toneladas, que se ampliaron a 40 para abrir el panel. Más tarde arribó el camión de 50 toneladas Kiruna, pasamos al prototipo de 50 toneladas Atlas Copco y después a la gama Caterpillar ATe 55.

Después apareció el Supra, un camión de 80 toneladas muy productivo, aunque exigente en la conducción. Había que aprenderse cada curva, porque de lo contrario se chocaba con la caja del cerro, ya que el loop de transporte estaba pensado para camiones de 50 toneladas.

Más tarde llegó la última gama de camiones, los MT620, con los cuales estamos terminando hoy. También las palas de producción fueron evolucionando en el tiempo, al igual que los equipos de perforación y carguío.

Recuerdo con orgullo haber formado el Centro de Instrucción Mina Subterránea. Junto a la jefatura de aquellos años dimos el puntapié inicial para enseñar, capacitar y promover la seguridad,

el cuidado de los equipos y de las instalaciones, generando operaciones conscientes. Cuando eso se logra, la operación es segura.

El valor de la seguridad lo hemos inculcado con capacitación, formación y cumplimiento de los procesos. Además, hemos implementado un seguimiento periódico —cada año o medio año— no para fiscalizar, sino para evitar desvíos. Ese acompañamiento encauza, da confianza y hace más seguro al operador.

En estos más de 30 años he hecho grandes amigos, algunos ya retirados, con quienes aún nos reunimos. Ellos merecen todo mi respeto porque nos entregaron muchas enseñanzas.

También tengo amigos que fallecieron. Me tocó investigar casos dolorosos como el de Meregildo Ossandón (QEPD), a un mes de su retiro; Emerson Rojas (QEPD), fallecido por planchoneo; Elvis Espinoza (QEPD), en una jaula, y Juan Cruz (QEPD), por la caída en un pique. La pérdida de todos ellos se recuerda con pesar, porque detrás hay familias.

He aportado un granito en generar conciencia para que cada trabajador venga a ganarse su sustento para sí y su familia, no a perder la vida. Esa es nuestra obligación.

En mi caso, mi familia conoce lo que hago y lo agradece porque ha significado crecimiento para ellos también: mi esposa y mis dos hijos, hoy profesionales. Cristóbal es ingeniero en prevención de riesgos y Katherine es psicóloga en programas PIE de educación de adultos. Mi señora es profesora, pero se dedicó a cuidar a nuestros hijos. Ante mis extensas jornadas laborales, ella llevó el control de la casa.

“El valor de la seguridad lo hemos logrado inculcar con capacitación, formación y cumplimiento de los procesos, dejando un legado en la formación de nuevas generaciones”.



HUGO TAPIA ÁLVAREZ

Operador especialista

El detective que eligió la minería por amor a su familia

Al salir del colegio quise dedicarme a la investigación policial, sueño que concreté en 1997 al egresar de la Escuela de Investigaciones Policiales como oficial en el grado de detective, especializado en antinarcóticos. Durante cinco años trabajé en la Brigada Antinarcóticos Metropolitana. Sin embargo, mi carrera policial mantenía fracturada la unión familiar que tanto valoraba. Decidí entonces buscar nuevos caminos, y la minería apareció como alternativa, alentado también por mi padre, minero de toda la vida.

En 2001 inicié en minería subterránea como ayudante en la empresa Aura Ingeniería. Tras experiencias en distintas contratistas y áreas, postulé a Codelco Andina e ingresé en 2004 como operador de producción.

Hoy, con 25 años en minería subterránea y 20 en Codelco, me desempeño como operador especialista de CAEX en el Nivel 17. Puedo decir con orgullo que he recorrido todas las áreas de producción de la Mina Subterránea, conociendo grandes personas que aportaron a mi crecimiento profesional. También gracias a Dios y a mis mentores puedo afirmar que nunca me he accidentado en toda mi trayectoria.

Uno de los hitos más significativos fue la puesta en producción del área Cuerpos de Alta Ley (CAL) en los piques de traspaso. Tuve el privilegio de ser uno de sus operadores, trabajando por primera vez con CAEX en rampas que conectaban distintos niveles. Estuve presente desde la apertura hasta el cierre de esa zona, y hasta hoy no se ha vuelto a operar en producción con CAEX de bajo perfil en rampas de nivel a nivel.

Valoro la diversidad de equipos que logré operar, exclusivos de la minería subterránea, y también la modernización progresiva en elementos de protección personal, estrategias de seguridad y sistemas de ventilación. La seguridad ha sido y seguirá siendo un pilar fundamental de mi quehacer diario, incluso desde el momento en que salgo de mi casa al turno.

Lo que más extrañaré es la relación única que se forja con los colegas, quienes con los años pasan a ser una segunda familia. La camaradería surge porque pasamos más tiempo juntos que con los nuestros; la confianza, porque en la operación de equipos es clave para resguardar la seguridad de todos.

En mi caso, he tenido pocos amigos, pero verdaderos. Después de más de 20 años compartiendo faenas, se convirtieron en parte esencial de mi vida.

De las anécdotas recuerdo con especial cariño la vez que un amigo se hizo pasar por mi jefe en una llamada telefónica, lo que me llevó a disculparme con el verdadero jefe de turno sin que él entendiera nada. Aun así me escuchó con respeto y hasta me dio un consejo. Fue un momento épico y de mucha risa después.

Me defino como una persona de una sola línea, con convicciones claras y, a veces, sin filtro para hablar. Esa forma de ser me ha traído más de un aprieto, y hasta me gané el apodo del “Idiota”.

Mi mayor enfoque siempre ha sido mi familia. Por ellos estoy aquí, siempre presentes en mi mente y

en mi corazón. Mis seres queridos conocen lo justo y necesario de mi labor; prefiero no dar muchos detalles para no sobrecargarlos. Cuando estoy con ellos, trato de desligarme del trabajo para compartir plenamente.

No puedo dejar de destacar el apoyo que la empresa brinda a la familia. En mi anterior labor como oficial policial, la vida familiar quedaba relegada frente a los deberes institucionales. En cambio, en Codelco he sentido una real consideración hacia la familia del trabajador, lo que agradezco profundamente.

"Todo lo que soy y tengo se lo debo a la minería, que me permitió crecer junto a mi familia."



IAN ZAMORA ULLOA

Operador calificado

El operador que encontró en la mina una buena vida

Comencé en una empresa contratista a mediados del 2000, en tiempos en que la minería era mucho más ruda. El aprendizaje fue intenso y me gustó desde el inicio, lo que me permitió recorrer varias áreas. Trabajé por largo tiempo en el Nivel 16 y desde hace cerca de tres años me desempeño en el Nivel 17.

Lo que más ha cambiado en todos estos años ha sido la seguridad. Hoy los trabajadores ya no se exponen de la misma manera y contamos con más procedimientos y tecnología que refuerzan la protección. También se ha inculcado una verdadera cultura preventiva: los trabajadores se cuidan, pero ya no solo por obligación, sino porque lo ven como un beneficio propio y colectivo.

A lo largo de este tiempo me he encariñado profundamente con la mina. La vi en pañales, fui testigo de su transformación y participé en todo ese proceso. Por eso siento pena y nostalgia frente al cese de sus funciones.

Si algo caracteriza a los trabajadores de la subterránea es el trabajo en equipo, la unión y el compañerismo. En la mina se forma una segunda familia, siempre pendiente unos de otros.

En lo productivo también hubo grandes mejoras. El flujo de hundimiento se optimizó y se cerraron áreas del Nivel 16 para implementar diseños más prácticos, como la instalación de parrillas que facilitaron el vaciado. También se reforzaron los marcos de los brazos de producción, haciéndolos más resistentes y anchos, lo que mejoró la seguridad y la comodidad del operador.

En este camino he conocido a colegas valiosos. Entre ellos destaco a Daniel Farías, un operador ejemplar, de los primeros en entrar y de los últimos en salir. Siempre disponible cuando alguien necesita un relevo.

Anécdotas no faltan. Recuerdo que cuando trabajaba en el LHD y debía esperar 20 o 30 minutos para llenar el vaciadero, al poco rato ya estaba cabeceando, sobre todo en los turnos de noche. Entonces llegaban los viejos y se tiraban encima para asustarme.

También quedaron grabados los encierros. Una vez estuve 21 días arriba, trabajando en sistema siete por siete con una empresa contratista. Fueron tres turnos seguidos sin bajar. Hoy los encierros son más cortos, pero igual uno trata de vivirlos con alegría, porque si no te pueden bajar, no queda más que ponerle buena cara.

Para mí, trabajar en Andina ha significado estabilidad para mi familia. Gracias a este trabajo tenemos lo necesario, y por ellos es que uno sube a la mina y se cuida.

Esta ha sido una buena vida: conocí personas, valores y experiencias entrañables. Después del descanso, uno vuelve feliz a trabajar.

La mina deja un legado en la minería: hacer las cosas bien, con calidad y siempre protegiendo el medio ambiente.

“La mina me dio estabilidad, aprendizajes y una buena vida; fui testigo de su transformación”.



JAIME REYES CARVAJAL

Operador especialista

El "Papito" de la subterránea: un minero que enseñó con alegría y unión

Ingresé a Andina en 2004, después de haber trabajado en mediana minería y en un pirquén. Llegar aquí significó un desafío y también una oportunidad de aprendizaje. Me gustaría que se me recuerde tanto por los conocimientos que pude aportar desde mi experiencia previa como por todo lo que aprendí en esta División.

Desde un inicio mi disposición y mi actitud han sido siempre de colaboración. Creo que lo importante no es solo el trabajo personal, sino también apoyar a los demás, en especial a quienes no saben o no se atreven a preguntar a los más antiguos. Para mí siempre ha sido gratificante entregar una orientación, un consejo o simplemente acompañar al compañero que lo necesita.

Con el paso del tiempo descubrí que los mineros formamos una verdadera familia. Pasamos tantas horas en la Mina Subterránea que, en muchos casos, compartimos más con nuestros colegas que con nuestras propias familias. El trabajo en equipo es fundamental, y cada tarea se realiza en coordinación con producción, mantenimiento y los mantenedores eléctricos. Esa unión y compañerismo hacen la diferencia y crean lazos que permanecen en el tiempo.

Lo bonito de esta familia minera es que se refleja incluso en los apodos. A mí me dicen "El Papito". Y lejos de ser algo que incomode, uno lo recibe con cariño porque es parte de la esencia de la minería. Siempre he sido un poco introvertido, pero a la vez me caracterizo por ser alegre con los compañeros, lo que me ha permitido construir relaciones de respeto y confianza.

Ingresé al área de hundimiento, donde realmente "las papas queman". Allí se vivía la minería con mayor intensidad, pero también era un sector con muchos riesgos: caída de rocas, tronaduras y fortificación. Fue una experiencia desafiante y valiosa que echo de menos, porque hoy me desempeño en una bodega. Cada vez que veo las herramientas que utilizábamos, me da cierta nostalgia recordar aquellos días de faena dura.

Como anécdota recuerdo cuando estábamos revisando un sector para cargar tiros de traspaso de hundimiento. En esa zona había barro y agua, y de pronto caí a un pozo. Como soy de baja estatura, el barro me llegó hasta el cuello. Tuve que cambiarme entero de ropa, y aunque fue un momento incómodo, quedó como una experiencia graciosa que todos recordamos.

La minería ha evolucionado mucho en estos años, y esa transformación ha sido positiva para todos. Hoy se reduce la exposición de los trabajadores a los riesgos y a la contaminación. Un ejemplo claro fue la llegada de los equipos de perforación M7: modernos, con cabina y programables. Antes todo se hacía con consola, en pleno barro, expuestos al ruido y a las partículas. Esa diferencia marcó un antes y un después en nuestra labor diaria.

Mirando hacia atrás, solo puedo sentir agradecimiento: Andina me ha dado salud, educación y un buen pasar para mi familia. Este trabajo ha sido un pilar en mi vida, y cada logro alcanzado ha sido también un beneficio para los míos. Al mismo tiempo miro con optimismo el futuro laboral, porque aún tengo ganas, actitud y la disposición de seguir siendo un aporte para la División.

“Lo bonito de esta familia minera es que nos reconocen por el apodo”.



JAVIER MENDOZA RODRÍGUEZ

Operador calificado

El operador que encontró en el compañerismo la esencia de su vida minera

Ingresé a Codelco y a la Mina Subterránea en 2014. Desde ese momento me he desarrollado como persona y como trabajador, buscando siempre ser un aporte para la empresa. Al mismo tiempo, este camino me permitió cumplir mis metas y proyectos personales.

A lo largo de estos diez años formé grandes amistades y guardo muy buenos recuerdos de mi paso por la subterránea. Extrañaré trabajar dentro del cerro y la buena onda que existía en los equipos de trabajo.

Siento que he contribuido en la mina, aportando a los resultados y al cumplimiento de las metas de producción. Destaco el compañerismo, el apoyo y la solidaridad, así como la oportunidad de enseñar lo aprendido a las personas que recién llegaban. Nunca tuve problemas con nadie, y siempre encontré colegas dispuestos a enseñarme lo que necesitaba para crecer.

Uno de los momentos que más me marcaron fue haber estado más de una semana encerrado en faena durante un temporal. Experiencias como esa dejan huella en la vida de un minero.

En la última década no hubo grandes cambios de equipos —ni camiones ni palas—, pero la producción se logró de igual manera. Cada trabajador dio lo mejor de sí, entendiendo que lo más importante en la minería es siempre la seguridad.

Recuerdo con especial cariño a don Wilfredo Allende, trabajador de hundimiento que me enseñó mucho de minería y dejó en mí una gran huella. En la mina también hice amigos con quienes comparto fuera del trabajo, ya sea en un partido de fútbol o en momentos de recreación.

Mi familia me pregunta con frecuencia qué hago en la mina, y yo trato de explicarles y enseñarles en qué consiste mi trabajo.

Pertenecer a Andina ha sido fundamental para mejorar día a día, cumplir con las metas familiares y alcanzar una mejor calidad de vida.

“Siempre hubo compañeros dispuestos a enseñarme todo lo que necesitaba”.



JAVIER ARAYA OLIVARES

Supervisor de primera línea

El minero que volvió de la muerte y entregó su vida a la familia y la mina

Llegué en 1992 a la mina. Soy hijo de un ex trabajador de la Mina Subterránea del Grupo 1. Antes de eso había salido del servicio militar, en el cual permanecí tres años porque tuve la posibilidad de hacer carrera en la milicia. Tenía buenas calificaciones y pertenecí a un grupo especializado del Ejército, pero al final, por motivos ideológicos, no continué. Esa formación me marcó profundamente: rendir la vida si fuera necesario, ser valiente, honrado y amante de mi patria. Con esa mentalidad entré a trabajar en la Corporación, ya que era del Estado y quería servir lealmente a la empresa.

Estuve en el Nivel 11 de producción y también en algo del Nivel 8, en esos tiempos cuando la minería era sumamente bruta. Mi primer trabajo fue como ayudante de carguero perforador, limpiando correas a FAMAE. Lo máximo en ese tiempo era ser "buitrero", un trabajo durísimo que consistía en partir piedras con una masa de 18 libras. Todo se hacía rápido porque se pagaba a trato: ganábamos según el mineral que tirábamos. Pertenecí con orgullo al Rol C, obrero.

La generación de esos años era antigua; muchos se fueron retirando acogiéndose a planes de retiro, otros por enfermedades profesionales. Cuando me encuentro con algún minero antiguo en la calle lo saludo con respeto y me doy el tiempo de escucharlos. Siempre un abrazo apretado y un "cuídese", porque uno nunca sabe si volverá a verlos.

He visto todos los cambios: desde aquella minería tan básica pasamos al martillo picador neumático, luego a los sistemas hidráulicos -que marcaron un cambio importante- y actualmente al sistema telecomandado. En los años '90 llegó la innovación de los camiones, que reemplazaron las correas de transporte. Fue un cambio enorme que mejoró la productividad y la calidad de vida, aunque al inicio generó resistencia. Con el tiempo también se incorporaron mejoras en la carga: lo que antes se hacía manual, se automatizó primero con antenas, luego con ondas de radio y finalmente con láser a través de un sistema infrarrojo.

La llegada de la radio fue otro gran aporte. Antes usábamos el "payer", un sistema tipo teléfono que emitía un fuerte sonido y que solo podía escucharse en lugares específicos, lo que hacía más difícil la comunicación.

Gracias a la mina consolidé a mi familia y crié a mis hijos. Llegué partiendo piedras y ahora soy supervisor. Me desarrollé con el tiempo porque me dieron oportunidades, y por eso me siento muy agradecido.

En la mina somos como una familia. Antes hacíamos actividades como fútbol, cenas de fin de año o el tradicional chancho en invierno. Hasta hoy mantenemos buena comunicación entre los grupos de trabajo. La solidaridad está en el día a día —si alguien está enfermo, todos ayudan—, y también hacia la comunidad: hemos colaborado con escuelas, hogares y en situaciones de emergencia.

También recuerdo los encierros de antes, que podían durar más de dos semanas. En el '93 o '94 hubo temporales gigantescos y estuvimos aislados por la nieve, que alcanzaba hasta 7 metros.

Antiguamente, para salir, bajábamos en una jaula y luego tomábamos un tren que tardaba unos 20 minutos en llegar a la lamparera. Ahí bajábamos todos corriendo para entregar la lámpara en el Haulage I, lo que provocaba caídas frecuentes. Eso dio origen a un cartel de seguridad pintado a mano que decía: "Al bajar del tren, no corra". Hoy ese cartel está en una escalera del Hilton, y cada vez que lo veo me acuerdo de aquellos tiempos.

Las condiciones de descanso también fueron cambiando. Al inicio, las literas eran de tres camas con somier de huinchas y resortes. Yo dormía en la tercera y los más antiguos en la primera. Cuando nos pusieron literas dobles de madera, que casi no crujían, fue un gran avance en la calidad de vida. Con la construcción del Haulage II el cambio fue aún mayor: salíamos más rápido y nos cambiábamos de ropa directamente en la cordillera para tomar el mismo bus hasta Los Andes, sin pasar por Saladillo.

Cuando llegué estaba prohibido que entraran mujeres o curas a la mina, porque en tiempos de los gringos se decía que traían mala suerte. Hoy esos mitos quedaron atrás: entran curas y también contamos con un importante porcentaje de mujeres, lo cual es muy positivo. La diversidad enriquece, y con la llegada de mujeres el trato se suavizó entre nosotros.

Al inicio de la pandemia me diagnosticaron Covid. Vivía en Viña del Mar y arrendaba una pieza en Los Andes, por lo que tuve que quedarme encerrado. Mi estado se agravó rápidamente hasta que alguien avisó al sindicato. Entonces me llamó Paulina Olavarría (QEPD), de Recursos Humanos, quien, al notar mi gravedad durante la llamada, gestionó de inmediato una ambulancia. En medio de esa conversación sentí que mi cabeza estalló y perdí el conocimiento. A lo lejos escuchaba una voz que me decía fuerte: "Despierte, ¿está ahí?". Esa voz me hizo reaccionar. Estaba bañado en sangre y salí corriendo afuera, donde ya me esperaba la ambulancia. Reconozco que fue su acción la que salvó mi vida y por eso la recordaré siempre con profundo cariño y gratitud.

En la Corporación siempre nos dicen que nuestro esfuerzo es en beneficio de más personas. Desde el inicio hasta el fin nos sentimos comprometidos con nuestro país, y ese compromiso se refleja en nuestro trabajo: hacerlo bien. A mis compañeros les digo que sientan orgullo de trabajar aquí, porque no es una empresa privada: trabajamos para mejorar la calidad de vida de nuestros compatriotas, y ese es un valor enorme.

No puedo dejar de pensar en mis ex compañeros fallecidos en distintas circunstancias: Wilfredo Allende, Luis Rivera, Juan Reinoso, entre otros.

"Llegué partiendo piedras y hoy soy supervisor, agradecido de la vida, de mi familia y de la mina que me lo dio todo".



JAVIERA BAEZA
en representación de leonardo Baeza (QEPD)

Superintendente Mina Subterránea

El superintendente que dejó en Andina un legado de respeto, compañerismo y humildad

Como hija de Leonardo Baeza reconozco que no tengo en mis manos todos los detalles ni respuestas ante algunas preguntas para este libro testimonial de la Mina Subterránea. Sin embargo, he respondido algunas de ellas desde lo que viví a su lado y desde las conversaciones más profundas que compartimos antes de su partida. En esas charlas, mi padre me transmitió lo que realmente significó para él trabajar en Andina: un lugar donde pudo entregar lo mejor de sí mismo, crecer como profesional y, sobre todo, como persona. También recibió, una y otra vez, el cariño y la preocupación de quienes compartieron con él en la mina. Por eso, estas respuestas -que puse en primera persona- reflejan no solo hechos, sino también el espíritu y el legado que él dejó en quienes lo conocieron y amaron.

Ingresé a trabajar a Codelco el año 2000, a la División Salvador, donde me desempeñé como jefe de construcción y desarrollo mina. Posteriormente, en 2008, fui trasladado a Andina para integrarme a la Mina Subterránea, donde permanecí hasta el final de mi trayectoria laboral.

Todos esos años de labor en la División significaron para mí mucho más que una experiencia profesional: fue una verdadera escuela de vida. La mina me entregó la posibilidad de crecer en lo técnico, pero, sobre todo, me enseñó el valor de las personas, del trabajo en equipo y de la humildad. Convivir día a día con mis compañeros, en ese entorno desafiante del cerro, me mostró que lo más importante no son los cargos, sino la pasión, la empatía y el respeto con que se ejerce cada función.

La mina me enseñó humildad, me regaló amistades sinceras y me mostró que la verdadera riqueza no está en lo que se extrae del cerro, sino en lo que se construye entre quienes trabajan codo a codo.

Me pude despedir con gratitud, sabiendo que cada instante vivido en ese lugar quedó grabado en mi corazón. Andina fue más que un empleo. Fue un hogar, un aprendizaje y un motivo de orgullo que me acompañó hasta mis últimos días.

Mi legado en la División fue la humildad y la empatía: el recordar siempre que todos somos iguales, independiente del rol que ocupemos. Aprendí y procuré enseñar que, trabajando juntos, con respeto y pasión, es posible superar cualquier desafío que nos ponga el cerro por delante.

Me gustaría que me recuerden como alguien que valoró a los demás por sobre los cargos, que creyó en el poder del equipo y en la fuerza de la unión. Que en cada jornada, más allá de los resultados, buscó sembrar un ambiente de confianza, alegría y compromiso.

Si algo deseo dejar en la memoria de quienes compartieron conmigo estos años, es la certeza de que lo más importante en la mina no fue lo que logramos extraer de ella, sino lo que construimos entre nosotros: amistad, compañerismo y humanidad.

Mi familia siempre conoció mi labor y comprendió la importancia que tuvo en mi vida. Mis años en Andina significaron un gran sacrificio para ellos, pero también fueron motivo de un orgullo profundo. No siempre fue fácil: las ausencias, las largas jornadas y el esfuerzo que exigía la mina muchas veces me alejaron de momentos importantes en casa. Sin embargo, mis seres queridos entendieron que lo que hacía no era solo un empleo, sino una verdadera vocación.

"La verdadera riqueza no está en lo que se extrae del cerro, sino en lo que se construye entre las personas".



JOAN ESPINOZA RIVERA

Operador especialista

El trabajador que hizo de la seguridad y la familia el motor de su vida en la mina

Ingresé en mayo de 1998 y desde entonces la Mina Subterránea ha sido como mi segundo hogar. Todos los oficios que he aprendido en estos 26 años han sido gracias a este lugar. Llegué cuando estaba en desarrollo el Tercer Panel, por lo tanto crecí y me desarrollé junto con él.

Creo que mi legado es la forma de apreciar el trabajo, y eso se lo he transmitido a las generaciones más jóvenes. Todo lo que se hace en la mina tiene un fin que ayuda al cumplimiento de metas colectivas, en especial si se realiza con la planificación y las medidas de seguridad que corresponden.

Si hay algo que nos caracteriza a los trabajadores de la Mina Subterránea es la seguridad, un concepto grabado en el corazón porque nos han marcado las pérdidas de compañeros. Con el tiempo he entendido que yo soy la principal y única barrera que evitará un accidente, más allá de todas las herramientas que entregue la empresa. Por eso el valor que le doy a la seguridad es el mismo que le doy a mi vida.

En segundo lugar, el compañerismo es fundamental. Entendemos que nos necesitamos mutuamente, que es importante formar equipos para sacar las pegas adelante. En la mina nunca se trabaja solo, siempre en pareja, por lo que el apoyo entre colegas es clave. Puede que no seamos amigos en todos los casos, pero sí compañeros, y cumplir exige respaldo mutuo.

La solidaridad también aflora con fuerza: nos ayudamos tanto en lo laboral como en la vida externa. Y al mismo tiempo somos muy comprometidos con las metas, a pesar de nuestras carencias. Siempre tratamos de cumplir con seguridad y calidad.

Otra cualidad que nos define es la flexibilidad. Los operadores conocen casi todos los equipos de sus áreas y son capaces de realizar diferentes labores. Lo mismo pasa con los mantenedores, eléctricos o mecánicos, que dominan talleres y máquinas.

Y en medio de todo, nunca falta el humor. El minero es bueno para la talla y para bautizar a los compañeros. La risa es parte de nuestro quehacer diario.

A lo largo de estos 26 años he visto grandes transformaciones. Recuerdo cuando transitábamos por calles de producción llenas de barro, nada parecido a las pistas de hoy. Empezamos con equipos de perforación manual que luego dieron paso a equipos mecanizados.

Vivimos la renovación de las flotas de camiones y, en especial, los LHD que llegaron con cabinas presurizadas, un tremendo avance para la calidad de vida y salud del operador, al no estar expuesto directamente a la contaminación.

Fuimos testigos del aumento de producción con la puesta en marcha del Molino SAG, la modernización de los barrios cívicos y el reemplazo de la jaula principal por la jaula Don Luis. Desde entonces hasta hoy, el cambio ha sido impresionante: maquinarias, volúmenes de producción, productividad, digitalización, monitoreo de sistemas, políticas de seguridad y énfasis en la calidad de vida. Todo ha sido parte de un proceso de modernización enorme.

En estos años he hecho grandes amistades. Mis dos mejores amigos los encontré en la mina: uno aún

trabaja y el otro ya se retiró. Rescato tanto la amistad que se forja como el compañerismo con los colegas.

Han pasado muchas personas por mi vida, algunas ya fallecidas, pero todas son parte de mi historia. Quiero recordar en especial a Don Eugenio Espinoza, "El Cebolla", maestro carguero. Lo conocí con unos 58 años y se retiró a los 65, trabajando hasta el último día tanto o más que cualquier joven.

También al "Cordero" Juan Monsalve, minero lotino, un hombre de ingenio inagotable. Nunca obviaba nada: cuidaba la seguridad sin perder de vista el objetivo. Él me enseñó a mirar todas las perspectivas y a comprender que a veces quienes no tienen estudios formales, pero sí dedicación y sentido común, son capaces de transmitir grandes lecciones. Mi señora ha visitado en dos ocasiones mi área de trabajo y, con mis relatos, he hecho divagar a mis hijas con los personajes e historias de la mina.

Lo único que puedo decir a Codelco y a División Andina es: ¡gracias! Amo esta División porque aquí pude crecer profesionalmente, conocer el mundo de los explosivos, operar equipos y también estudiar.

Pero lo más importante es que me permitió formar una familia y dar a mis hijas la posibilidad de crecer con más oportunidades que las que yo tuve. Esa tranquilidad me hizo feliz, porque mi señora pudo dedicarse plenamente a acompañarlas en cada etapa. Hoy, después de tantos años, solo me queda agradecer y reafirmar mi deseo de seguir cuidando y aportando a esta División, que es parte de mi vida y también del futuro de mi familia.

"Amo esta División porque aquí crecí como trabajador y como persona, y porque me permitió darle a mi familia una buena vida".



JOICE RIVEROS OPAZO

Secretaria SISAN

La asistente social que puso el bienestar en el corazón de la subterránea

Ingresé a División Andina en marzo de 2008, en la Gerencia de Desarrollo Humano. A los pocos meses me integré al equipo del área de Operaciones, donde trabajé hasta 2011 como asistente social para el personal industrial. Desde esa posición, con oficina en el edificio Hyatt, apoyaba directamente a los trabajadores en temas laborales, familiares y de bienestar.

Entre 2011 y 2018, tras cambios organizacionales, pasé a formar parte del equipo Ejecutivo de Negocios, manteniendo las mismas funciones pero con base entre Andina Industrial, Saladillo y Los Andes. Fui la primera y única asistente social contratada por la División para desempeñar labores en el área industrial y, en esos años, también una de las pocas mujeres profesionales en faena. Tenía 35 años y venía de División Radomiro Tomic, donde había trabajado como colaboradora en dos sindicatos.

Al llegar a la Mina Subterránea, traía algunos temores, pero también una convicción clara: el bienestar de los trabajadores no era solo físico, también debía abarcar lo emocional y social.

En esos tiempos, las condiciones para recibir a mujeres en faena eran prácticamente inexistentes. No había baños diferenciados en el Hyatt, ni ropa de trabajo adecuada, y tampoco existía la opción de pernoctar en Andina Industrial. Incluso, costaba que se entendiera que una mujer que prestaba funciones administrativas pudiera ser parte de la faena.

Uno de los mayores desafíos fue compatibilizar la maternidad con mi desarrollo profesional. Tenía hijos pequeños y carecía de red de apoyo familiar en la zona. Cualquier imprevisto se transformaba en una dificultad. Sin embargo, nunca dejé de buscar opciones para equilibrar mi vida laboral y familiar.

Al principio, mi rol como asistente social era percibido como un apoyo administrativo: alguien que gestionaba papeles, bonos o beneficios. Pero poco a poco fui haciéndome un espacio en las áreas, escuchando más de lo que hablaba, sentándome en cualquier oficina disponible y demostrando, con mi presencia constante en la subterránea, que estaba allí para acompañar y asesorar.

Los primeros días fueron duros, no por el trato, sino por lo desconocido. Tenía que adaptarme a un entorno históricamente masculino. Nunca había trabajado en subterránea, pero mi principal motivación era estar ahí: sentir el turno, observar la rutina, compartir la experiencia. Siempre encontré a alguien que facilitara mi labor, y eso me hizo sentir parte del equipo.

¿Existió resistencia? Sí, pero más fuerte que eso fue el compañerismo. Muchos trabajadores nunca habían compartido faena con una mujer y les llamaba la atención que la asistente social de la División estuviera en su lugar de trabajo.

La subterránea fue una escuela. Me enseñó disciplina, seguridad y camaradería. Comprendí que lo más valioso no eran solo las toneladas extraídas, sino las personas. Allí impulsamos con el equipo GRH y GMIN proyectos muy significativos: el DCL, las pausas laborales, las salas de descanso y planes de apoyo psicosocial y laboral.

Los recuerdos que guardo son parte fundamental de mi desarrollo profesional y personal. Valoro las historias, costumbres, anécdotas y lazos que se tejen en ese entorno tan particular, marcado por décadas

de tradición minera. Me quedo con sus códigos internos -bromas, apodos y también protección mutua-, con esa lealtad silenciosa que los hace cuidarse entre ellos, con las anécdotas que recuerdan la importancia de la seguridad, con los vínculos casi familiares forjados en emergencias y celebraciones, y con la perseverancia y profesionalismo que caracteriza cada tarea.

Aprendí que en la mina no solo se extrae mineral: también se forja carácter, solidaridad y respeto mutuo. Cada jornada me mostró que aunque las labores puedan parecer individuales, en realidad dependemos unos de otros para regresar sanos a nuestras casas.

Con el tiempo asumí funciones en Los Andes, siempre en el ámbito de Recursos Humanos, manteniendo el contacto con las distintas áreas de la División. Más adelante, la decisión de convertirme en dirigenta sindical no fue un salto repentino, sino la consecuencia natural de años de experiencia, aprendizaje y compromiso.

Comprendí que para mejorar las condiciones laborales, proteger derechos y garantizar ambientes de trabajo seguros y sanos, no bastaba con la voz individual: era necesario levantar una voz colectiva. Así asumí el rol de dirigenta sindical, con la convicción de que el mayor valor que tiene esta empresa son sus personas y la unidad que construimos juntos.

"Mi mayor convicción siempre fue acompañar a los trabajadores, porque el cuidado también es emocional y social".



JORGE LÓPEZ CARRASCO

Jefe de operaciones

El jefe de operaciones que convirtió la alegría en su mayor legado

Ingresé a Andina en abril de 1990, luego de haber trabajado cuatro años en empresas contratistas realizando labores en construcción, montajes y minería. Desde el primer día ser parte de Codelco Andina fue un orgullo para mí y para mi familia, y me dio la oportunidad de crecer como persona y como profesional.

Estos años en la Mina Subterránea los recordaré como parte de lo mejor de mi vida. Siempre la sentí como una segunda familia, donde hice buenos amigos y compañeros, tanto en Andina como en empresas colaboradoras. Extrañaré la capacidad de disfrutar una buena conversación durante los almuerzos, siempre amenos.

Mi legado es mi alegría, la capacidad de sacar sonrisas; espero que me recuerden como una buena persona.

He estado en todos los procesos vividos desde 1990 en adelante: el Segundo Panel desde buitras hasta la línea de los primeros puntos de traspaso a camiones —un tremendo logro—, niveles de correa y pique de traspaso, primeros jumbos que llegaron para un desarrollo horizontal. Luego, el Tercer Panel con uso intensivo de LHD y CAEX desde 40, 50, 60 y 80 toneladas, sistemas de buzones en evolución y el proyecto Cuerpos de Alta Ley (CAL), pionero en Codelco. Esto me permitió ir creciendo profesionalmente, de manera que hoy también puedo desarrollarme como académico.

Crecimos tecnológicamente con los años: pasamos de un pinocho y una maza a martillos telecomandados, comunicación a gran distancia, equipos de última tecnología y barrios cívicos con baños de muy buen nivel, tanto para hombres como para mujeres.

De las modernizaciones que vivimos, recuerdo cuando llegaron las primeras radios en los años ’90. Todo el mundo estaba muy emocionado, aunque solo había algunas asignadas a jefes de turno, capataces, huinchero y jaulero, con la instrucción de hablar lo justo y necesario. El debut fue al inicio de un turno, y como a la media hora se escucha por radio al jaulero que le dice al huinchero: “¿Me da vuelta el pancito, don Claudio?”. Hasta ahí llegó lo de cuidar el uso de la radio. Nos dio mucha risa.

La seguridad siempre ha sido fundamental en la División. Sin embargo, el mayor impulso lo dio Nelson Pizarro cuando fue gerente general en Andina, del cual siempre me acuerdo. Aprendí mucho de él: es una gran persona y un súper jefe.

Lo que más nos caracteriza a los trabajadores de la Mina Subterránea es la buena comunicación, la solidaridad y tener siempre la camiseta puesta. Nunca dejamos a un compañero solo, ni en las buenas ni en las malas.

He hecho muy buenos amigos, y lo seguimos siendo a pesar de las diferencias que hemos tenido. Nos reunimos en familia y, como Mina Subterránea, tratamos de juntarnos cuatro veces al año.

De quienes ya fallecieron, recuerdo con mucha nostalgia a Ricardo Pfeifer (QEPD), un gran amigo y jefe, siempre un paso adelante en los proyectos. Creativo, una lumbrera y, por sobre todo, muy buena persona.

Mi familia siempre me ha acompañado en mi carrera minera, pero ya quieren que descanse, que disfrute lo ganado. ¡Mi familia es lo máximo!

Andina me ha dado todo. Nunca dejaré de agradecer a Codelco y a esta División, que es parte de mi vida y con la cual hemos estado juntos en las buenas y en las malas. Codelco es una gran empresa y siempre estará en mi corazón.

"Mi vida y la historia de Andina están unidas, con sus satisfacciones y desafíos compartidos".



JORGE ESPINOZA PÉREZ

Mantenedor eléctrico - electrónico

El trabajador que eligiría ser mantenedor toda la vida

Ingresé en febrero de 1997 a la División, luego de haber estudiado Técnico Electrónico en Inacap Valparaíso.

Andina me ha dado la posibilidad de desarrollarme enormemente como técnico y, en lo familiar, me permitió criar a mis hijos junto a mi señora, un pilar fundamental en mi proyecto de vida.

La mina ha sido una bonita etapa de mi vida laboral. Si volviera a nacer, creo que sería mantenedor en la mina. Extrañaré a los colegas, porque ellos son parte importante de mi vida laboral.

Mi aporte es haber sido trabajador en los momentos buenos y malos de la minería. Yo no aspiro a mucho, pero me gustaría que me recuerden por algo bueno que hice. Somos simples aves de paso.

Creo que en la Mina Subterránea somos trabajadores responsables, porque entendemos la realidad del país y todo lo que hacemos son mejoras para nuestros conciudadanos.

Como hecho anecdótico, guardaré en mis recuerdos los recibimientos que nos hacían cuando uno era "guarén" en la mina.

Un hito histórico fue la inauguración del Molino SAG, el que nos llevó a realizar mejor nuestro trabajo para poder cumplir las metas productivas.

A lo largo de los años, la mina se ha modernizado acorde a los tiempos, introduciendo equipos rodantes automatizados y vehículos para trasladar perforadoras y explosivos. Antes todo era manual y demandaba un gran esfuerzo físico.

La seguridad ha sido algo fundamental en el quehacer minero. Nuestro objetivo es terminar bien el turno y regresar a casa para ver lo más apreciado de cualquier persona: su familia.

Tengo muy buenos amigos y compañeros con los que me reúno fuera del trabajo, aunque cada vez es menos frecuente. Puede ser que me esté poniendo viejo...

También me tocó perder a un compañero con muy poco tiempo en la División; fue un desafortunado accidente en nuestra mina. No quiero ni pensar en lo que significaría no llegar a casa por un accidente. Pensar en mi familia me impulsa a cuidarme y cuidarnos para no pasar por lo mismo otra vez.

Lamentablemente mi familia no conoce la mina, me gustaría que tuvieran la oportunidad de conocerla, aunque sí saben lo que hago en el trabajo por lo que les he contado.

Trabajar en División Andina me ha permitido desarrollar mi proyecto de vida, mi familia, todo lo que algún día pensamos con "la chanchi", mi señora.

“Mi mayor orgullo es haber construido mi vida como mantenedor en la mina”.



JORGE ROAS AVARIA

Instructor de mantención eléctrica- electrónica

El minero que pasó de la superficie a la subterránea y encontró en la seguridad su propósito

Ingresé a Codelco en 1997, en la División Radomiro Tomic, como mantenedor eléctrico-electrónico. En 2004 llegué a Andina, y hoy me desempeño como instructor de mantención eléctrica-electrónica.

Venirme a Andina fue un cambio radical respecto del estilo de vida y del entorno laboral. En Radomiro Tomic trabajaba en superficie, mientras que aquí pasé a la subterránea, al mundo de los "topos", bajo tierra todo el tiempo. También fue un giro importante en la estructura organizacional: en RT gran parte de las funciones estaban externalizadas a contratistas, en cambio en Andina éramos nosotros quienes hacíamos todo el trabajo.

Recuerdo que en la entrevista me preguntaron: "¿usted está dispuesto a agarrar la maleta de nuevo y partir al barro, al encierro, a las tormentas y a todas esas cosas?". Lo pensé bien y acepté, porque mi intención era volver a la zona central. Con el tiempo descubrí que la subterránea me acomodaba: la tranquilidad, el entorno y el clima laboral, pese a las condiciones exigentes propias de la minería.

Fui muy bien recibido. Al principio no es fácil estar aquí: hay que aprenderse la mina de memoria. Recién llegado, uno mira el plano y no entiende la magnitud de lo que observa. Se requieren seis o siete meses para poder moverse solo y orientarse. Ese proceso no se vive bajo presión: los más experimentados te acompañan, enseñan y explican con paciencia.

A nivel personal, este cambio me ayudó a ordenarme. En el norte estaba desordenado con mis finanzas, pero antes de venir tuve que organizarme, y ese hábito se mantuvo. Desde el punto de vista familiar y laboral fue un gran avance.

Para mi familia, al principio fue complejo: uno desaparece días en la mina. Pero con el tiempo nos adaptamos. Al final, se compensa con las vacaciones de invierno y verano el tiempo que se sacrifica durante el año. Todo lo que hemos logrado en lo material ha sido fruto del trabajo y del orden.

El compañerismo en la subterránea es particular. El encierro fortalece los vínculos, porque se comparten no solo las horas de trabajo, sino también el descanso, incluso en habitaciones compartidas. Eso genera cercanía y amistad. He hecho muy buenos amigos; fuera del trabajo íbamos a pescar o cazar, y también participé en los Campeonatos de la Amistad. Hoy, con un sistema de lunes a viernes, comparto con distintos equipos, pero el ambiente sigue siendo familiar.

Cuando llegué no tenía turno fijo, lo que me permitió conocer a todos los grupos y descubrir el carisma de cada compañero. En ese tiempo destaco a Tito Meza, una persona muy generosa.

Uno de los ámbitos que más ha cambiado es la seguridad. Hoy es un tema intransable y hemos avanzado mucho. También hubo saltos tecnológicos y procesos que se transformaron o se perdieron. Cuando llegué aún existía el área de parrillas, con gran cantidad de equipamiento y altas exigencias de mantenimiento: un turno debía hacer toda una calle de buzones. Con el tiempo pasamos al área LHD, con menos infraestructura y, por ende, menor carga de trabajo.

Después vino el piloto del chancador de mandíbula Sizer, que reemplazaba al martillo y generaba roca adecuada para el proceso. Se instaló como prueba y finalmente se dejó fijo en el lado norte. Más tarde surgió la oportunidad de innovar con la Minería Continua. Haberla perdido fue doloroso, porque habría significado un hito relevante para la División y la minería subterránea.

En lo humano, también enfrentamos momentos difíciles: dos accidentes fatales en mantenimiento eléctrico —Sergio Machuca (QEPD) e Iván Rosende (QEPD)—, que fallecieron por causas distintas a la electricidad. Fueron golpes muy duros para todos.

En el ámbito positivo, la llegada de la Sala COM fue un hito fundamental para el área eléctrica. Incorporó la red Ethernet a la minería subterránea y marcó un salto tecnológico clave. En Andina un trabajador debe abarcar casi cinco funciones a la vez: distribución en fuerza, telecomunicaciones, fibra óptica, red de PLC y baja tensión. Con la Sala COM y sus plataformas de comunicaciones, logramos un avance decisivo.

Los trabajadores de la mina se caracterizan por su solidaridad. Recuerdo una campaña para ayudar a "la Carmencha", una vecina que vivía en condiciones precarias en el sector Las Cadenas. Un colega mecánico planteó la situación, y no solo reunimos dinero, sino que además construimos la casa con nuestras propias manos. Así trabajamos durante meses, todos colaborando. Algo similar ocurrió en los incendios: organizamos campañas tanto a nivel de sindicatos como de grupos de trabajo.

Curiosamente, una de las cosas que más voy a extrañar es la temperatura constante: vivir todo el año a 15 grados, sin sol. Esa estabilidad incluso ayuda a mantenerse más joven y bien conservado.

Siento que uno de los grandes legados de la mina es la cultura de la seguridad. Hicimos carne el principio de que "no hay ninguna meta productiva que justifique poner en riesgo la seguridad de una persona". En los últimos años, bajo el liderazgo del superintendente Valentín, esto se reforzó con claridad: "chiquillos, terminemos esto bien".

"En la subterránea comprendí que ningún objetivo vale más que la seguridad de una persona".



JORGE VALENZUELA CARRASCO

Mantenedor Calificado

El trabajador que aprendió a pulso y convirtió el amor en su mayor fuerza

Mi nombre es Jorge Valenzuela. Llevo dieciséis años en Andina, pero antes trabajé once años en empresas contratistas. Pasé por casi todas las áreas: planta filtro, camino industrial, concentrador, terciario, planta SAC. Eso me dio la posibilidad de aprender mucho, aunque vengo de una familia humilde y nunca tuve la opción de estudiar más allá de cuarto medio. Terminé el colegio y tuve que ir directo a la pega, porque además ya vivía en pareja y había que pagar arriendo y comida. En esos años los sueldos eran bajos y apenas alcanzaba.

Cuando se abrió la posibilidad de entrar a Andina, varios de mis compañeros postulamos. Al principio quedé fuera en la entrevista, porque siempre he tenido problemas para comunicarme con gente que no conozco. Me cohibo mucho, y eso me jugó en contra. Una psicóloga nos dijo entonces que no nos preocupáramos, que había otras formas de entrar, y nos invitó a postular a la mina. Ese mismo día nos entrevistaron José Cerna y Alejandro Espinoza, y nos aceptaron. Así fue cómo llegué a la Subterránea.

Al comienzo me dijeron que el trabajo era andar con agua hasta las rodillas y hacer estructuras metálicas y soldadura, pero la realidad fue distinta: terminamos haciendo mantenciones y aprendiendo de los viejos. Todo lo que sé de mecánica lo aprendí de la gente antigua, además de los cursos técnicos que la empresa me ha dado. Con el tiempo he ido creciendo; hoy reemplazo al SPL y, por lo que me dicen, no lo he hecho mal porque sigo aquí, sin reclamos.

Un año antes de entrar a Andina conocí a mi señora, Navia, descendiente de palestinos. Con ella compramos nuestro primer perrito, un negrito mezcla de labrador con golden. Intentamos entrenarlo en una unidad de rescate, pero no resultó: marcaba árboles en vez de buscar personas. Después llegó la Nai, una pastora alemana negra, y con ella sí logramos formar un perro operativo. Ahí descubrí mi vocación por el rescate y las cuerdas. Siempre me ha gustado ayudar, por eso entré a la brigada de emergencias. He participado en entrenamientos, búsquedas y hasta en los aluviones del norte, junto a Bomberos.

La vida me enseñó aún más con mi hija Rafaela, que nació con autismo severo. Al principio fue un golpe durísimo. Mi señora, práctica como es, rápidamente buscó apoyo y gracias a la orientación de una familia con experiencia y a un buen equipo multidisciplinario, comenzamos terapias intensivas.

Ahí entendí que mucho de lo que aprendí entrenando perros -la paciencia, la repetición, la recompensa- me sirvió para acompañar a mi hija. Y contra todo pronóstico, Rafaela pasó de un diagnóstico severo a un autismo de alto funcionamiento. Hoy tiene diez años, está en cuarto básico, saca buenos resultados y se reconoce como una niña con autismo sin que eso la incomode. Es consciente, cariñosa y competitiva; incluso rechaza beneficios escolares que le faciliten las pruebas porque dice que no sería justo para sus compañeros.

Verla avanzar, reírse, pintarse las uñas o sacar uno de los primeros lugares en el colegio nos llena de orgullo. Y sé que gran parte de eso ha sido posible gracias al trabajo que tengo acá, porque en el sistema público apenas dan ocho sesiones de fonoaudiología al año, y un niño con TEA necesita cinco a la semana.

En el grupo de trabajo siempre he encontrado apoyo. Muchos conocen mi historia y me han dado consejos. Esta pega es más que una fuente de ingreso: es como una familia. Pasamos doce horas juntos y uno aprende a compartir lo bueno y lo malo. Aquí los conocimientos se transmiten sin egoísmo: desde los viejos con experiencia hasta los jóvenes recién salidos de la universidad, todos aportan. Yo trato de enseñar lo que sé, como otros me enseñaron a mí.

La seguridad, el compañerismo y la confianza son valores que me llevo de la subterránea. Porque más allá de los equipos y los cursos, lo que queda son las personas, las historias que se cruzan y nos transforman. La mía, sin duda, se transformó aquí: en la mina, en los entrenamientos, en la brigada y, sobre todo, en el camino que recorro con mi hija Rafaela.

"Esto más que un trabajo es una familia y uno aprende a compartir".



JOSÉ CORTEZ LAZO

Operador especialista Sala COM

El trabajador que encontró en la mina compañerismo y un orgullo para su familia

Ingresé en junio de 1998, luego de haber trabajado como operador de planta en otras faenas. Al llegar a Andina me asignaron a la mina, lo que implicó un proceso de aprendizaje en el que pasé por distintas áreas: Nivel 16, Nivel 17, ayudante carguero y maestro carguero.

En mis inicios operé las palitas pequeñas que se encontraban en el Nivel 16 ½, luego las palas Toro, y de a poco fui adquiriendo experiencia. Más tarde pasé al Nivel 8, en los piques de traspaso. Recorrí prácticamente toda la mina en quince años y finalicé esa etapa en el área de camiones. Comencé en los Kiruna, continué en los Wagner y, cuando llegaron los camiones de 60 toneladas, me correspondió conducir el primero de la línea 600. También recuerdo con claridad la llegada del camión Supra, un equipo imponente de 20 ruedas y volteo lateral. Trabajé cerca de seis años en camiones, hasta que un problema de salud —un infarto— me obligó a dejar la mina. Fue entonces cuando llegué a la Sala COM, donde ya cumplo 11 años.

A lo largo de mi trayectoria me he enriquecido como persona gracias a los colegas que conocí, trabajadores esforzados y comprometidos. Provengo de una familia minera en Cabildo: mis abuelos, tíos y hermanos también se desempeñaron en este rubro. En un principio pensé en trabajar en planta, pero el destino me llevó a la minería, y ha sido una gran escuela de vida.

Recordaré estos años con mucha nostalgia, pues tuve la oportunidad de aprender de excelentes maestros y de vivir el compañerismo, la unión, el trabajo en equipo y el compromiso, valores que distinguen a los trabajadores de la Mina Subterránea.

Echaré de menos a mi grupo de trabajo, con el que compartí 16 años ininterrumpidos. Éramos como una familia: todos remábamos en la misma dirección y poníamos el máximo esfuerzo hasta cumplir con la producción.

Tuve la fortuna de integrarme a un equipo en el que los maestros sí enseñaban. Antes era distinto: los más experimentados trabajaban solos y los demás solo podían observar desde lejos. En cambio, los compañeros que me acogieron tenían la disposición de transmitir lo que sabían.

Por mi parte, siempre aporté con alegría y con disposición a generar un buen ambiente. Me gustaría que me recuerden como el “Perro chico”.

Uno de los momentos que más recuerdo fue cuando fui reconocido como el mejor carguero del año. Me sentí orgulloso, pues era un reconocimiento a mi esfuerzo. Sin embargo, al día siguiente tuve que trabajar en el Nivel 17, sector parrillas, donde se había trancado el buzón 108 cruzado 55. Con mi compañero realizamos dos cargas, pedimos la evacuación al jefe y desalojamos el sector. Segundos antes de la tronadura, la carga se precipitó dentro del buzón. La tronadura se efectuó de manera correcta, pero al revisar nos encontramos con que el buzón había quedado totalmente dañado, “como botón de rosa”, completamente desarmado.

Aquello se transformó en una anécdota que aún me saca una sonrisa. Durante mucho tiempo, cada vez que mis compañeros iban a pedir explosivos, el jefe solía decir en tono de broma: “Pónganle poquito, que José Cortez se echó un buzón”.

Fui testigo de la modernización de Andina y de la incorporación de tecnología de punta. Pasamos de operar martillos desde casetas en terreno a hacerlo de manera remota y telecomandada, incluso con pruebas realizadas desde Japón. Estos avances han

permitido reducir la exposición de los trabajadores a riesgos y al polvo en suspensión.

Estoy convencido de que la seguridad es un valor central en Andina. Hoy existen más normas y protocolos, lo que ha hecho del trabajo una labor mucho más protegida. Recuerdo que mi padre, también minero, contaba que después de una tronadura apenas esperaban unos minutos antes de volver a la frente. Hoy los tiempos son distintos y mucho más seguros.

El entorno de trabajo también cambió: en el pasado se ingresaba en trenes húmedos y fríos, mientras que ahora lo hacemos en buses calefaccionados hasta la postura, un avance impensado en aquellos años.

Durante este tiempo he hecho grandes amistades. Andina ha sido mi segunda casa y siempre nos hemos reunido a compartir, a apoyarnos mutuamente en los momentos difíciles. Se cumple el dicho: es mejor tener amigos que tener dinero.

En el pasado también eran frecuentes los eventos deportivos y sociales: el Campeonato de la Amistad, las fiestas organizadas por los clubes deportivos y las celebraciones de fin de año para las familias. Con el cambio a jornadas de doce horas, esas instancias se fueron perdiendo, pero dejaron un grato recuerdo.

Mi familia conoce bien mi trabajo y lo valora. Para nosotros ha significado estabilidad y una vida tranquila. Nunca he perdido mi esencia: sigo siendo una persona sencilla y humilde.

Gracias a mi esfuerzo, mis hijos pudieron acceder a una buena educación. Ellos me ven como un padre trabajador y constante, alguien que, pese a los turnos, siempre buscó ser un pilar para su familia. Se sienten orgullosos de mí, y aunque reconozco que no he sido un padre perfecto —porque nadie nace con un manual bajo el brazo—, el camino mismo me enseñó a ser papá.

“En la mina aprendí de grandes maestros y encontré mi segunda familia”.



JOSÉ CERNA GARRIDO

Vicepresidente SISAN

El dirigente que entregó su vida a la mina y su voz a los trabajadores

El 13 de marzo de 1991 ingresé a Codelco Andina con contrato temporal como capataz de mantención en el taller del área sur, Nivel 8. Seis meses después me contrataron en forma definitiva como supervisor ayudante de mantención.

Desde entonces, mi desarrollo profesional en Andina ha sido de constante crecimiento. Me desempeñé en distintas áreas y niveles de la mina, ocupando cargos de supervisor de mantención, jefe de turno y, finalmente, ingeniero especialista.

Estuve a cargo del mantenimiento de equipos móviles, de producción y de desarrollo en distintos grupos mineros. También participé en la creación del área de ingeniería de mantenimiento en el sector LHD del Nivel 16.

Cuando se fusionó la Superintendencia de Mantención de la Mina Subterránea con la del rajo, me solicitaron apoyar en el área de planificación de mantención en superficie, donde permanecí un año. En 2007, tras la internalización del mantenimiento de equipos fijos en la subterránea, asumí el liderazgo del área de planificación de infraestructura mecánica, conformando un gran equipo de trabajo. Y entre 2013 y 2021, con el apoyo de mis colegas, fui dirigente sindical y presidente del SISAN durante tres años.

Cuando se confirmó el cese productivo de la Mina Subterránea en agosto de 2025, decidí regresar a esta área para desempeñarme nuevamente en mantenimiento. Allí asumí el liderazgo del área de planificación y confiabilidad eléctrica, un desafío distinto, pero vinculado a mi especialidad mecánica.

Son muchos los recuerdos que guardo de estos 33 años en Andina. Pienso en los tiempos en que la producción era más artesanal, con “pinocho” y tabla vaciadora para mover las buitras y llenar los piques que alimentaban la planta. Recuerdo los largos encierros de invierno de 15 o 20 días, cuando nos trasladábamos desde el campamento Haulage I hasta el Nivel 19 en un tren cerrado, y cómo los viejos jugaban brisca alumbrados solo con su lámpara minera para acortar el viaje.

Extrañaré las alegrías y también las penas. Las alegrías del compañerismo, de los sobrenombres inventados, de las “pichangas” y los terceros tiempos tras una jornada de doce días, y la satisfacción del deber cumplido al salir del turno. Con orgullo recuerdo haber impulsado la creación del club deportivo del Grupo 2 de la subterránea y haber sido su primer presidente, un club que aún se mantiene vigente.

Siempre se ha destacado al personal de la mina por su solidaridad, compañerismo, pasión y trabajo en equipo, a lo que agregaría la chispa del minero. Ese ambiente laboral único nos ha permitido cumplir con las metas productivas y de seguridad.

También he sido testigo de hechos que marcaron la historia: a pocos días de haber ingresado, un LHD de 2,5 yardas cúbicas cayó con su operador dentro de un pique en el Nivel 11. Afortunadamente el trabajador resultó ileso y el equipo fue rescatado en dos partes.

Desde principios de los años ‘90, la modernización de la subterránea fue clave para aliviar la carga de trabajo y mejorar la productividad. La producción diaria pasó de 34 mil toneladas a un récord de 45 mil toneladas en la década del 2000. También las

comunicaciones evolucionaron, desde megáfonos hasta radios VHF, y el carguío de camiones se transformó de manual y riesgoso a remoto, protegiendo al operador de la exposición al polvo y al esfuerzo físico.

La seguridad siempre ha sido fundamental, especialmente desde la gestión del ex gerente general Nelson Pizarro, cuando se entendió que no era responsabilidad de un "segurito", sino de cada trabajador y de su compañero. Hoy nadie concibe hacer un trabajo sin anteponer todos los resguardos.

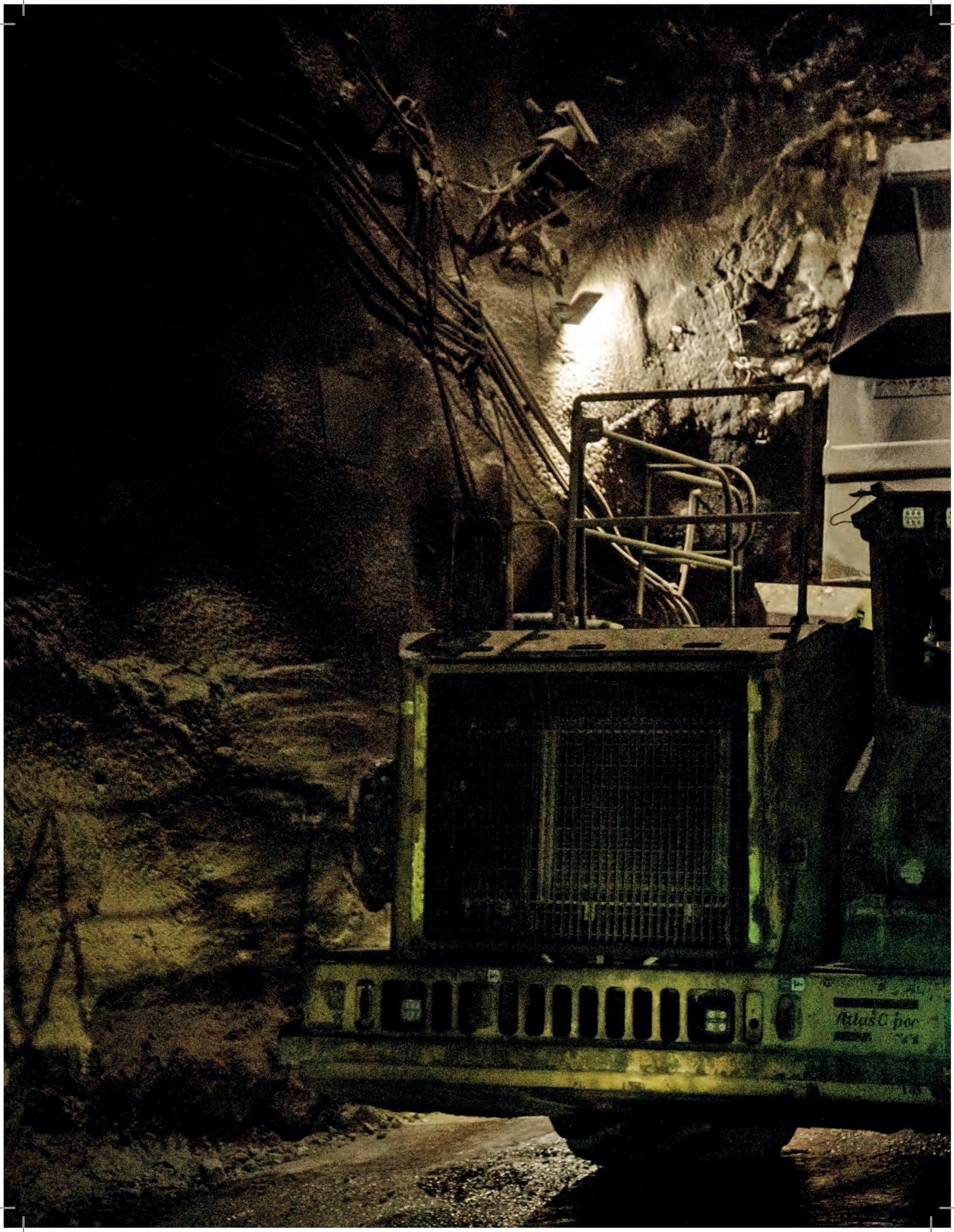
Lamentablemente, también hubo episodios dolorosos: fallecimientos de trabajadores de planta y contratistas en la mina, y colegas que partieron producto de enfermedades profesionales. Uno de los que más lamento fue Víctor Vielma Navarro (QEPD), mantenedor mecánico que me recibió en 1991 y fue mi mentor en el mundo de los equipos LHD. Él me enseñó a liderar, a valorar el trabajo en equipo y a terminar cada turno con la satisfacción de un deber cumplido.

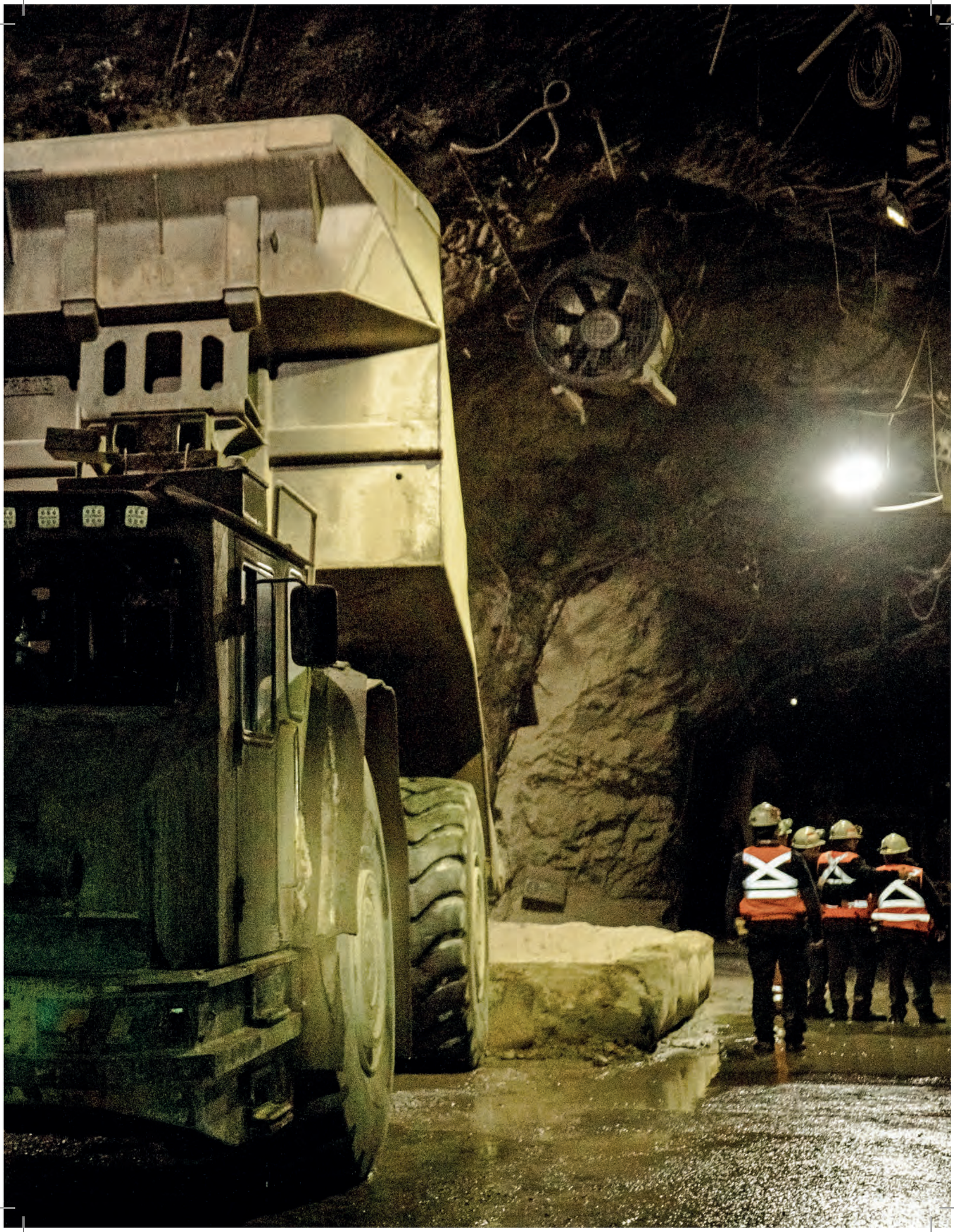
Mi familia conoce y en parte entiende mi labor, aunque quizás no dimensiona lo exigente y sacrificado que es trabajar en la mina, estar días fuera de casa y desenvolverse en condiciones adversas.

Andina ha sido todo para mí: me permitió entregar a mi familia salud, educación y bienestar, cumplir el sueño de viajar juntos y desarrollarme profesionalmente. Más de la mitad de mi vida la he vivido en esta División, donde encontré reconocimiento, grandes amigos y la oportunidad de conocer colegas de Chile y del mundo. Hoy, al volver a desempeñarme como dirigente sindical en el SISAN, siento que representar a mis compañeros es también una forma de agradecer y devolver todo lo que Andina me ha dado.

"Más de la mitad de mi vida la he vivido en Andina, donde crecí como profesional y representé con orgullo a mis compañeros".




Atlas Copco



JOSÉ POBLETE VEGA

Analista especialista

El analista que hizo de la mina su escuela de aprendizaje y crecimiento

Estos años en Andina han sido una verdadera escuela de aprendizaje y crecimiento. Desde mi llegada en noviembre de 2009, tuve la oportunidad de desarrollarme en distintos roles: comencé como mantenedor mecánico, donde adquirí un profundo conocimiento técnico en equipos y procesos de la operación subterránea, y más tarde asumí el cargo de analista de mantenimiento, lo que me permitió ampliar la mirada hacia la gestión y la optimización de recursos.

Trabajar en Andina me dio la posibilidad de aprender de profesionales de gran nivel, enfrentar desafíos complejos y aportar soluciones que generaron valor para la operación. Fue un camino en el que fortalecí mis competencias técnicas, mi capacidad de trabajo en equipo y mi compromiso con la excelencia, siempre con la satisfacción de saber que mi labor contribuía al desarrollo de una operación minera clave para el país.

Recordaré mi tiempo en la Mina Subterránea como una etapa fundamental de mi vida profesional y personal. Lo que más extrañaré son las personas extraordinarias con las que tuve el privilegio de trabajar, compañeros de gran valor humano y profesional que me enseñaron no solo sobre el trabajo, sino también sobre la vida. Viví momentos lindos y tristes que me marcaron profundamente. En la mina celebramos éxitos y enfrentamos dificultades como una gran familia. Esa camaradería, esa solidaridad, es algo único que llevaré siempre en mi corazón.

En la subterránea se forjaron amistades que van más allá del trabajo. Hasta hoy con algunos nos juntamos a comer o jugar a la pelota. Esos vínculos significan mucho porque compartimos una experiencia única. También hubo momentos dolorosos, como la partida de un compañero muy querido. Su fallecimiento nos golpeó fuerte y nos recordó lo frágil que puede ser la vida, enseñándonos que nada es más valioso que el tiempo con quienes amamos.

Al principio hablaba poco en casa sobre lo que hacía, pero con el tiempo comprendí la importancia de compartirlo. Ahora mi familia entiende mejor mi labor, el cansancio con el que a veces llegaba y por qué la seguridad es tan esencial para nosotros. Para ellos, estos años en Andina han sido fundamentales: me dieron estabilidad económica para ofrecerles un mejor futuro, pero también significaron sacrificios, turnos largos y tiempo lejos de casa. Con los años entendí que mi trabajo no era solo mío, sino parte de lo que somos como familia.

Mi aporte a la División lo veo en tres dimensiones. Primero, en lo técnico: durante más de quince años contribuí al mantenimiento y optimización de los equipos críticos, resolviendo problemas inmediatos, pero también diseñando estrategias preventivas para mejorar la confiabilidad y buscar siempre la excelencia operacional. Segundo, en el desarrollo de personas: así como yo aprendí de grandes maestros, espero haber transmitido conocimientos y valores a quienes venían llegando. Y tercero, en las relaciones humanas: procuré construir vínculos sólidos basados en el respeto, la confianza y la solidaridad que caracteriza a nuestra profesión.

Los viejos de la mina se distinguían por cualidades excepcionales que pude observar y aprender: solidaridad y hermandad, porque dependíamos unos de otros para la seguridad y el éxito del trabajo; profesionalismo y dedicación, porque no solo cumplían sus funciones, sino que buscaban mejorar continuamente los procesos; adaptabilidad y resiliencia, porque la mina exigía respuestas rápidas y creativas; responsabilidad con la seguridad, porque entendíamos que era intransable; y un espíritu de

aprendizaje constante, porque todos estábamos dispuestos a aprender unos de otros.

Hay muchas anécdotas que guardo con cariño. Una de ellas era cuando hacíamos “tiraje adentro”: en esas pausas se armaba la conversa, se tiraba la talla y los más antiguos contaban historias que alegraban las jornadas. También me marcó la llegada de los camiones MT6020 de Atlas Copco. Conocíamos bien los Caterpillar y sus mañas, pero estos nuevos equipos trajeron otra tecnología. Al principio fue complejo, con sistemas de diagnóstico distintos, pero fue un aprendizaje intenso que nos hizo crecer a todos. Recuerdo, además, cuando comenzamos a instalar martillos pica roca más grandes en los vaciadores, con piezas pesadas que requerían mayor cuidado en las maniobras.

Los sistemas también evolucionaron: de llevar planillas manuales pasamos a herramientas digitales para el seguimiento de equipos. La mina siempre estuvo abierta a mejorar, y para nosotros en mantención significó un aprendizaje constante. Cuando me despedí en 2024, la subterránea era muy distinta a la que conocí en mis primeros años.

La seguridad fue siempre lo primero. En la subterránea aprendí que no hay producción que valga más que la vida. Esa certeza nos unía y nos hacía cuidarnos unos a otros, porque la seguridad no era solo individual, era colectiva, el verdadero compromiso de nuestra gran familia minera.

“En la mina celebramos éxitos y enfrentamos dificultades como una gran familia”.



JUAN ACOSTA BUGUEÑO

Supervisor de primera línea

El supervisor de primera línea que hizo de la minería un legado de esfuerzo y solidaridad

Trabajo en el área de mantención de la Mina Subterránea hace ya 30 años. Antes de eso fui mantenedor mecánico en Sur Sur, donde ingresé en 1990 y, cuatro años más tarde, tras el cese de esa operación, postulé y llegué a la Mina Subterránea.

Después de 15 años de trabajo, a mis 40 años decidí estudiar ingeniería. Fui uno de los primeros en hacerlo mientras trabajaba en la División. Gracias a ese esfuerzo, postulé a un concurso y desde hace unos veinte años soy supervisor de primera línea. Haber recorrido casi todos los niveles de la mina me ha permitido tener una visión amplia y una experiencia profunda en la subterránea.

Uno de los grandes avances que he visto en este tiempo ha sido la incorporación de la tecnología. Antiguamente el minero cargaba sus herramientas al hombro, y el trabajo requería fuerza y gran esfuerzo físico. Recuerdo que en los casinos habían trípticos que indicaban la cantidad de calorías que debía consumir cada trabajador según la faena que realizaba. Hoy todo es diferente: el diagnóstico de fallas y procesos de mantención se hacen con apoyo computacional, y cada día los procedimientos son más tecnificados. Antes la consigna era producir y producir, sin importar demasiado el costo.

También hemos cambiado como grupo humano. En el pasado los equipos eran más compactos y la amistad trascendía lo laboral. En los veranos se organizaban los Campeonatos de la Amistad que, aunque a veces terminaban en discusiones por la pasión del juego, nos unían y fortalecían los lazos. Con el tiempo la tecnología nos ha distanciado un poco, pero aún persiste el afecto, la preocupación y el trabajo conjunto para cumplir con las metas de producción y mantención. En comparación con otras divisiones, en Andina se vive un espíritu distinto: aquí no se habla de contratistas, somos todos trabajadores, sin excluir a nadie.

La seguridad también ha evolucionado de manera significativa. En años anteriores, lo más importante era la productividad. Sin embargo, los accidentes y la pérdida de compañeros dejaron huellas imborrables. A mí me tocó transportar el cuerpo de un trabajador fallecido de una empresa contratista, una experiencia que marcó profundamente mi visión de la seguridad.

Mi ingreso a Andina significó un cambio radical en mi vida. Vengo de Viña, soy técnico universitario de la Universidad Santa María, y trabajar aquí me permitió darle educación a mis hijos. Mi señora tuvo que cumplir muchas veces el rol de madre y padre, porque durante los inviernos era común pasar diez, 15 o hasta 20 días encerrado en la mina. A veces les cuento a mis hijos sobre esas experiencias que ellos no comprenden del todo, porque han tenido una vida más fácil. Vengo de una familia de seis hermanos y solo dos llegamos a la universidad.

Para mí, lo fundamental fue invertir en la educación de mis hijos. Más allá de una buena vivienda, toda mi energía estuvo puesta en ese propósito. Este trabajo requiere sacrificios familiares: perder celebraciones, estar ausente en navidades, años nuevos o cumpleaños. Mis hijos entendieron ese esfuerzo, aunque sé que esas ausencias, en algún momento, pasan la cuenta.

Los grupos mineros siempre se han caracterizado por su solidaridad. En el Grupo 1 creamos un

fondo de ayuda con 120 trabajadores, aportando mensualmente dos mil pesos cada uno. Con eso apadrinamos un colegio en Rinconada de Los Andes: construimos una cancha, llevamos útiles escolares y donamos una impresora. También organizamos un paseo para 60 niños a la playa de Papudo, muchos de los cuales no conocían el mar, gestionando buses y permisos con apoyo de los sindicatos. Fue un momento inolvidable tanto para ellos como para nosotros.

Cuando se instaló el casino en Rinconada ya no fue necesario mantener el fondo, porque la escuela contó con más recursos. Sin embargo, en los primeros días de marzo seguíamos entregando útiles escolares, mochilas y apoyo para el inicio del año académico.

Otro momento que atesoro fue cuando logré traer a mi madre a conocer la mina, con el apoyo de la superintendencia. Esa visita se extendió a muchas otras personas. Para la mayoría, la mina es un mundo desconocido, casi utópico. Muchos no saben lo duro que ha sido el trabajo minero. Hoy contamos con más tecnología, pero antes se necesitaba mucha "pachorra" y fuerza. Me gustaría que, en el día del patrimonio, se pudieran abrir las puertas para que personas sin vínculo con la minería conocieran nuestras instalaciones.

Nuestro legado es haber trabajado en la alta cordillera, produciendo cada día para aportar a la salud y la educación de los chilenos. Espero que quede en la memoria de todos que un gran grupo de trabajadores, a lo largo de los años, entregó su vida y sacrificó tiempo con su familia para cumplir con los objetivos en beneficio del país.

"El sacrificio de la mina tuvo sentido porque permitió educar a mis hijos y tender una mano a quienes lo necesitaban".



JUAN VALENZUELA RUBIO

Operador especialista

El trabajador que transformó el desconocimiento en innovación y legado

Soy originario del campo, de Pichidegua. Terminé la enseñanza media en la escuela nocturna y luego entré a un programa de trabajo para jóvenes. Gracias a un profesor que nos ofreció postular a hacer la práctica en Talleres, pude ingresar en 1999 a esa ex División de Codelco.

Estuve dos años allí y, al momento de cerrar Talleres, nos dieron la posibilidad de postular a Andina. Recuerdo que me entrevistó Víctor Valenzuela y así llegué en diciembre de 2002, recién casado y con una hija de dos meses. Fue difícil al comienzo porque éramos muy apegados a la familia, tanto mi señora como yo. Empezamos prácticamente de cero acá.

En lo laboral, yo venía de la fundición, donde debíamos sacar tonelaje día a día, moldear y fundir. Allá éramos polifuncionales; en cambio, en Andina asumí un cargo específico. Me desempeñé por muchos años como carguero de explosión secundaria y, por enfermedad profesional, fui reubicado en la bodega.

Para mí estos años han sido una experiencia enriquecedora, porque llegué sin saber nada de minería. Los compañeros trasladados desde División Salvador me enseñaron mucho. En la subterránea encontré esa convivencia tan particular: las tallas, los apodos, las bromas, el compañerismo y, sobre todo, el cuidarse mutuamente para salir todos juntos del turno.

Al comienzo cargábamos un saco de explosivos de 40 kilos a la espalda, subiendo con escalera y coligües. El esfuerzo físico era enorme y entre más peso, más problemas de movilidad teníamos. Con el tiempo, las condiciones cambiaron y las camionetas facilitaron ese trabajo.

La incorporación de tecnología permitió modernizar la mina. Yo le tenía temor al computador y, con el tiempo, hasta terminamos innovando. Junto a mi colega Óscar Ibáñez diseñamos una pistola más liviana e inventamos herramientas para alivianar la tarea, porque la pega en la minería era muy exigente, especialmente la del carguero.

Un hito importante fue la llegada de las mujeres a la mina. Muchos lo miraban con extrañeza, pero yo ya estaba acostumbrado, porque en Talleres ellas trabajaban.

La seguridad se consolidó como el primer pilar de la operación. Aprendimos a cuidarnos entre compañeros, respetando los procedimientos para llegar sanos y salvos a casa. Aun así, las pérdidas siempre han sido dolorosas; toda vida es importante y lamentablemente vivimos el fallecimiento de varios colegas.

Hoy tengo sentimientos encontrados. Se cierra un área donde aprendí mucho y que llevaré siempre en mi sangre, en mi ADN. Ojalá nunca se cerrara la subterránea, porque la camaradería que se vive aquí es distinta. Pero también sé que debemos estar preparados para ir a la planta o al rajo. Son desafíos grandes, aunque finalmente nos hacen crecer como personas.

Me gustaría que me recordaran como un hombre alegre, optimista y trabajador. Dentro de mis logros está haber contribuido a la confección de una herramienta que permite destrancar los piques.

Puedo decir con orgullo que cada aprendiz que trabajó conmigo fue finalmente contratado por la empresa, lo que me hacía sentir valorado y reconocido.

Mi paso por Andina me permitió crecer profesional y familiarmente. Desde que ingresé a Codelco experimenté una mejora sustancial en la calidad de vida. Como padre, me enorgullece que mi hija esté estudiando para ser matrona y que mi hijo de 14 años tenga un futuro con más oportunidades. Andina me dio estabilidad, pero el compromiso y esfuerzo han sido recíprocos.

Mi familia siempre ha comprendido y respetado mi trabajo; su apoyo incondicional ha sido mi motor. Ellos son un pilar fundamental en mi vida, porque también han sacrificado tanto como yo. Entienden y valoran mi esfuerzo, y esa fortaleza me permite mantenerme alerta para volver sano a casa.

Es un orgullo aportar al Estado a través del cumplimiento de las metas productivas, muchas veces con pocos recursos o equipos que ya deberían haber salido de servicio. Al ver los resultados de fin de año pienso con satisfacción: ahí estuve yo, aportando para que existan más hospitales o colegios. Esa es la verdadera trascendencia de nuestro trabajo.

"De aprendiz sin experiencia a formador de nuevos trabajadores, siempre con alegría y compromiso".



JUAN TOLEDO OYANEDEL

Operador especialista

El operador que construyó camino desde el Haulage II hasta el tercer panel

Soy oriundo de El Melón, el menor de 11 hermanos. En 1994, aconsejado por mis hermanos mayores que trabajaban en Andina, decidí seguir sus pasos. No sabía mucho de la División hasta que llegué a construir el Haulage II, desde el portal hasta la rampa, con la empresa Aceros Chile.

Trabajé en varias contratistas, pasé por la mina El Soldado en El Melón, por Collahuasi y luego por Los Pelambres. Volví a Andina en el 2000 con otra empresa contratista y, finalmente, en 2008 logré ingresar a la Corporación. En mis primeros años estuve en Infraestructura, después pasé al área LHD en el Nivel 16 durante ocho años y, en los últimos dos, al Nivel 17 en transporte.

Gracias a ese recorrido conozco bien toda la mina: subniveles, producción, desarrollo y LHD. También trabajé un año en Huechún, en la construcción del embalse Ovejería, aunque mi vida laboral se ha desarrollado mayormente en la subterránea.

Aquí se respira un compañerismo único, algo que no se ve en otros lados. Compartir la bajada, tomarse un café, bromear por radio o inventar sobrenombres son costumbres propias de la subterránea. Aunque soy de pocos amigos, los verdaderos los encontré aquí. Recuerdo a Yerko García, un compañero del Nivel 16 siempre dispuesto, que se ponía la camiseta y nunca escatimaba esfuerzo.

Este trabajo es sacrificado. A veces nos toca estar en la mina en Año Nuevo o en otras celebraciones familiares. Sin embargo, todo tiene su recompensa: gracias a este esfuerzo hemos tenido casa propia, educación para los hijos y la posibilidad de apoyar a la familia.

Cuando llegué, recién se iniciaba la mina Sur Sur, que era pequeña, nada comparable con lo que es hoy. La subterránea funcionaba solo en los niveles 8 y 11, y el transporte de personal se hacía en jaula o tren. Con el tiempo, los buses comenzaron a llegar hasta los andenes, lo que significó un gran avance en comodidad. Antes, las nevazones eran más intensas y el transporte se complicaba; recuerdo una vez en que pintaron la huella del camino y quedamos encerrados veinte días. Para algunos, el encierro era algo muy difícil de sobrellevar.

Los equipos también cambiaron. Hoy los camiones alcanzan las 60 toneladas y las palas tienen 11 yardas. Recuerdo la prueba de los camiones Supra de 80 toneladas y, actualmente, los Atlas Copco MT 60-20, que considero óptimos para la minería subterránea, junto con las palas Caterpillar R-1007, muy rápidas y eficientes.

En seguridad siempre he sido riguroso, cuidándome y cuidando a mis compañeros: usar arnés, doble cola en altura, chaleco, lentes, todo lo necesario. Antes, la ropa era un buzo tosco; hoy contamos con vestimenta y equipos de protección de mucha mejor calidad.

Hubo también instancias sociales que marcaron nuestra vida laboral, como el Campeonato de la Amistad, que lamentablemente se perdió. Era un evento esperado por todos, con partidos en el polideportivo de Los Andes, donde participaban trabajadores, familias y jefaturas. Recuerdo una final en la que debí entrar a reemplazar a un compañero lesionado, siendo yo poco hábil para el fútbol. Cometí un penal que pudo costarnos el campeonato, pero mi compañero Valentín lo atajó y salimos campeones.

Mi familia ha tenido la oportunidad de conocer mi trabajo. Mi hijo mayor, estudiante de química, me acompañó en la mina durante su práctica; anduvo conmigo en el camión. Mi esposa también visitó la faena, lo que le permitió dimensionar lo que significa mi labor.

Me llevo grandes recuerdos: haber participado en la construcción del túnel de acceso, en la ventilación del Tercer Panel y en la operación de palas y camiones. Son metas cumplidas que me enorgullecen y que marcan mi trayectoria en la División.

Todavía tengo presente la inauguración del Tercer Panel, con nuevos equipos y todo más grande. Fue un momento que quedará grabado como un verdadero hito en la historia de Andina y de la Corporación.

Lo que sí sé es que, esté donde esté, siempre extrañaré el compañerismo de la subterránea: el café compartido, las conversaciones y las bromas por radio que hicieron de este lugar una familia.

"Fui parte de una historia que marcó a Andina y a mi vida".



JUAN GALLARDO SALAZAR

Analista especialista de mantenimiento

El trabajador que acompañó la historia de la Mina Subterránea y hoy la despide con orgullo

Trabajo en el área de planificación o ingeniería de mantenimiento, que corresponde a la mantención de los equipos de la mina, tanto rodantes como fijos. Soy uno de los más antiguos de la Mina Subterránea: llegué en septiembre de 1980, inmediatamente después de salir de la escuela industrial. Hice mi práctica en Saladillo y desde entonces llevo 45 años trabajando acá. Son muchas las cosas que he vivido en la mina.

En un principio el trabajo era muy sacrificado, especialmente por los encierros. Muchos colegas se fueron porque no aguantaban estar tantos días bajo tierra. En 1984 estuve 18 días encerrado por la caída de un rodado en el Haulage I. Ese invierno había unos viejitos trabajando afuera cuando se produjo el rodado. Producto de eso falleció un trabajador y, como no estaban las condiciones para bajarlo, lo pusieron en un carro y lo cubrieron con nieve durante el encierro. Era una época muy compleja.

En 1983 incluso me ofrecieron irme al rajo, pero se pasaba demasiado frío allá. Vi muchos colegas que se fueron por problemas a los huesos y a las rodillas. Una vez me tocó ir a hacer una pega cuando faltaba gente y confirmé que el frío era insoportable. Tomé una buena decisión al quedarme en la subterránea.

Con el tiempo la División me dio la oportunidad de estudiar y obtuve el título de técnico superior en Inacap, para luego seguir con ingeniería eléctrica. Estuve seis años estudiando mientras trabajaba, y aunque fue un esfuerzo grande, valió la pena porque significó llegar hasta donde estoy.

Alcancé a estar diez años en los turnos y desde entonces he trabajado de lunes a viernes. En los turnos se pasa muy bien: las bromas, las tallas, los sobrenombres y las anécdotas hacen que uno sienta la mina como su segunda casa. He tenido amigos en el trabajo, son de pega, pero cuando queremos juntarnos en alguna convivencia siempre estoy disponible. Tenemos una buena relación entre todos los colegas de mi área.

La empresa me ha dado todo, porque gracias a este trabajo pude tener mi casa y pagar los estudios de mis hijos, que para mí era lo más importante. Los dos ya están titulados y trabajando; el menor tiene 33 años y ya me dio una nieta.

En los primeros años todo era manual. Yo trabajaba como eléctrico y tenía que ir a distintas áreas de la mina. Cuando llegué, existían los niveles 8 y 9, correspondientes al Primer Panel. En el Nivel 8 estaban las palas, que tiraban el material a los piques y bajaban al Nivel 9, donde estaban las correas. En esa época todo era transportado por correas.

Después participé en el montaje del Segundo Panel, en los niveles 11 y 12, junto a una cuadrilla de cuarenta viejos. Trabajábamos doble turno durante dos días y el tercero solo uno. Era muy duro. Tuvimos que instalar muchos ductos para las conexiones eléctricas de los motores, y recuerdo especialmente el tendido de un cable de alta tensión desde la correa 5 hasta el Nivel 19. Solo esa pega debe haber durado unos cuatro meses.

A lo largo de los años, el proceso de extracción del mineral también cambió. Antes los viejos andaban con un “pinocho” para hacer pasar el mineral y con la perforadora al hombro. Todo eso se fue tecnificando. Pasamos de correa transportadora a camiones: llegaron los de bajo perfil al Nivel 11, porque antes, en el Nivel 8, se usaban solo Scoop o palas LHD.

Las comunicaciones también evolucionaron. Había pocas líneas telefónicas y nos comunicábamos con un payer, un aparato al que uno le apretaba un botón y salía el mensaje en todos los dispositivos existentes. Luego llegaron los PLC y más tarde los computadores fijos en las oficinas. Nunca en mi vida había usado

uno, así que fue un hito. En el área de planificación trabajábamos con terminales grandes que mostraban letras verdes, y tuve que ir actualizándome con toda la tecnología que venía llegando.

El transporte del personal igualmente se modernizó. Las primeras micros marca Mac eran camiones adaptados con carrocería y asientos de madera rígidos, que no se reclinaban. Nos sentábamos tres a un lado y dos al otro. Con el tiempo llegaron vehículos más cómodos y reclinables. Anteriormente, la única forma de entrar a la mina era en tren. Llegábamos al Haulage y ahí tomábamos otro tren. En los años '90 comenzó la construcción del Haulage II, que era una caverna enorme comparada con el túnel existente, que apenas tenía dos metros de altura. En ese tiempo estuve reemplazando en la lamparera del Haulage.

La seguridad también fue cambiando. Antes cada uno se cuidaba solo; luego los jefes daban charlas de seguridad y, con los años, el proceso se hizo más formal y burocrático, con documentos que había que llenar antes de empezar a trabajar.

En la convivencia también hubo buenos momentos. Hace unas décadas se celebraba el Campeonato de la Amistad, que de amistad tenía poco porque terminaba en peleas. También se organizaba la Fiesta de la Primavera en Los Andes, donde nosotros preparábamos los carros alegóricos. Eso duró dos o tres años. Además, en una ocasión se hizo una feria en Saladillo para mostrar a la comunidad los equipos que usábamos en la faena.

He pasado diez años en turnos y ya llevo 35 en el turno A de día, levantándome a las 5 de la mañana de lunes a viernes. No creo que extrañe eso, pero sí echaré de menos la convivencia de la mina, compartir con los colegas, aunque nunca he sido de muchos amigos. Durante un tiempo incluso salíamos con algunos a andar en moto enduro por los cerros.

La División también ha contribuido al desarrollo de Los Andes. Los sueldos de los trabajadores quedan en la zona y eso ha permitido que la ciudad crezca, que lleguen más casas comerciales y que se modernice. Hoy incluso se está llenando de edificios de departamentos.

Ahora estoy cumpliendo 65 años. Soy de los más antiguos en la División; abrí esta mina y ahora me toca cerrarla. Me da pena porque aquí empezó todo para mí, pero también siento orgullo de haber sido parte de esta historia.

"Acompañé gran parte de la vida de la Mina Subterránea; aquí crecí como trabajador y ahora me toca decirle adiós".



JUAN ÁLVAREZ ALARCÓN

Operador Sala COM

El operador que encontró en la Mina Subterránea su escuela y su familia laboral

Llegué como muchos, como contratista en el año 2001, y en 2004 entré definitivamente a Codelco. Actualmente trabajo en la Sala COM, pero mis inicios fueron en la Mina Subterránea, donde aprendí lo más valioso de mi vida laboral.

Andina ha sido parte fundamental de mi vida. Me permitió crecer como persona y como profesional, perfeccionarme y seguir estudiando. También me entregó la posibilidad de darle a mi familia un buen futuro, con hijos que han podido desarrollarse y cumplir sus metas.

La minería en mi familia viene de antes: mi padre trabajó 25 años en Andina, en Maestranza. De chico vi lo que significaba para él y hoy mis hijos también entienden lo que implica este oficio. Saben que, aunque el trabajo en la Sala COM es más aliviado que en la mina, el descanso es sagrado y debe respetarse.

Mi mayor orgullo son mis hijos: el mayor termina este año Ingeniería Civil Informática en la Universidad Técnica Federico Santa María, el del medio está en tercer año de Agronomía y el más pequeño va en tercero básico, el "tiro quedado", como se dice en la subterránea.

De mis comienzos recuerdo con claridad el compañerismo. En otras minas no se vivía lo mismo que en Andina: la integración, la ayuda de los más antiguos a los nuevos, y ese objetivo común de terminar el turno sin incidentes y cumplir la producción.

Ingresé al Grupo 4, pero mi gran historia laboral está en el Grupo 1, donde estuve cerca de 15 años. Luego pasé al Grupo 3, donde llevo tres años, y también hice buenos amigos. El turno siempre se hizo más llevadero gracias al trabajo en equipo y al "chacoteo", que ayuda a aligerar las jornadas.

En mi trayectoria hubo personas clave. Una de ellas fue Guillermo Contreras, un trabajador antiguo que creyó en mí, me dio confianza y la oportunidad de aprender de los equipos. Fue supervisor, instructor y un verdadero maestro de la mina.

He sido testigo de cómo la tecnología transformó la operación. Cuando empecé se trabajaba con máquinas chinas para perforar, los "cachorros", y después llegaron los Jumbos con cabina. Los martillos que se operaban en terreno, con polvo, frío y ruido, hoy los manejamos desde la Sala COM. Es un avance enorme para la salud y la seguridad de los trabajadores.

También vi cómo cambió la producción. Al inicio gran parte venía del sector Parrillas, con 15 mil toneladas por turno. Con el Tercer Panel llegamos a 25 mil toneladas en los mejores días, con siete a nueve camiones en movimiento. Hoy, con suerte, alcanzamos 9 mil por turno.

Recuerdo con nostalgia los Campeonatos de la Amistad, instancias que integraban a contratistas y trabajadores de planta en torno al deporte. Con el tiempo se fueron perdiendo, igual que otras tradiciones, porque la jornada de doce horas dejó poco espacio para esas actividades.

Lo que más voy a extrañar es la convivencia. En la mina uno comparte cosas que no se cuentan en la casa. Para mí era una verdadera terapia: aquí se olvidaban los problemas porque la mente se concentraba en el trabajo y en los compañeros.

Las leyes de cobre que tuvo la Mina Subterránea ya no se ven y fueron un tremendo aporte para Codelco y para el país. Pero más allá de las leyes, lo más valioso que queda es la calidad humana de quienes trabajamos en ella.

Hoy siento pena por el cese, pero también tranquilidad. La mina me preparó para lo que venga. Manejar tantos equipos, estudiar, capacitarme y crecer en lo personal me dejaron listo para enfrentar cualquier desafío. Estoy más que preparado para el futuro.

"Más allá de las leyes de cobre, el mayor legado de la mina es la calidad humana de quienes trabajamos en ella".



JUAN MORALES VELÁSQUEZ

Supervisor de mantenimiento

El supervisor que en la Mina Subterránea encontró su destino

Mis inicios en Codelco fueron como practicante el año 2011, bajo la tutela de Silvio Sessarego y Carlos Contreras, quienes me guiaron en mis primeros pasos dentro de la industria. En 2012 postulé al área eléctrica de Andina y fui recibido en el equipo de mantenimiento como mantenedor.

Mi pasión por la automatización y las comunicaciones industriales me llevó pronto a colaborar en la planificación de la unidad, apoyando técnicamente proyectos como la Minería Continua y el Tercer Panel expandido. Esa experiencia me permitió desarrollar nuevas habilidades, crecer profesionalmente y entender de manera más amplia el rol de la innovación en la minería.

Después de siete años de aprendizaje regresé a los equipos como supervisor eléctrico de primera línea, lo que me abrió el camino para asumir luego como supervisor de mantenimiento. Cada paso de esta trayectoria ha estado marcado por desafíos, aprendizajes y un compromiso constante con la excelencia.

Uno de los hitos más relevantes de mi carrera fue la modernización de los sistemas de comunicaciones. Este proceso permitió incorporar equipos avanzados que mejoraron la coordinación, la seguridad y la eficiencia de la mina. La implementación de sistemas automáticos y telecomandados revolucionó nuestra forma de operar, elevando la productividad y fortaleciendo el compromiso con la sostenibilidad. Hoy, la mina refleja cómo la innovación y la tecnología pueden transformar una operación, haciéndola más eficiente, segura y preparada para los desafíos del futuro.

Más allá de la tecnología, siempre he considerado la seguridad como un valor intransable. La integré en cada planificación y en cada decisión, buscando inculcar en mi equipo la importancia de cuidarse y de cuidar a los demás. Estoy convencido de que este enfoque ha salvado vidas y ha sido la base para que la mina opere de manera más eficiente y sustentable. Para mí, la seguridad no es negociable: es el cimiento sobre el cual se construye todo lo demás.

Si bien el avance tecnológico y la seguridad son parte de mi legado en Andina, creo que el aporte más significativo ha estado en una manera distinta de liderar. Siempre me esforcé por ejercer un liderazgo cercano, basado en la empatía y en la escucha activa, ofreciendo soluciones y generando confianza. Estoy convencido de que un liderazgo auténtico inspira compromiso, cohesiona a los equipos y se traduce en un trabajo de calidad.

Los años en la mina me han dejado recuerdos imborrables. Voy a extrañar el espíritu de camaradería, el apoyo incondicional y esas conversaciones que compartíamos al inicio de la jornada, momentos simples pero de enorme valor humano. Esos espacios de conexión eran tan importantes como las tareas mismas. También valoro profundamente las

amistades que se mantuvieron más allá de la faena: compañeros con quienes seguimos reuniéndonos para recordar vivencias y reflexionar sobre el camino recorrido.

Entre los recuerdos más entrañables está el de Iván Rosende (QEPD), a quien todos conocíamos como "El Loro". Iván fue un colega y amigo que nos marcó por sus reflexiones y su manera única de ver la vida; su partida fue un golpe duro, pero dejó una huella imborrable en quienes lo conocimos.

Mi historia en Andina está íntimamente ligada a mi vida personal. Fue aquí, en los subniveles de ventilación, donde conocí a mi esposa. La primera vez la vi de pasada, en sus labores, mientras iba en camioneta; meses después, un amigo en común nos presentó, y desde entonces hemos compartido vida, trabajo y sueños. De esa unión nacieron nuestros hijos y una familia que ha crecido junto con la historia de la mina.

Mis hijos son mi mayor orgullo. El trabajo en Andina me permitió brindarles estabilidad, oportunidades y el ejemplo de constancia y compromiso. Al mismo tiempo, me regaló la fortuna de encontrar a la mujer que me acompaña hasta hoy. Estos años no han sido solo una trayectoria profesional, sino también la base de mi vida familiar. Cada logro y cada desafío superado en la mina los he compartido con ellos, y saber que Andina ha sido parte de ese camino me llena de gratitud y orgullo.

"Andina me dio un oficio, un amor y la certeza de que aquí se forjó mi historia".



LLAMIL ALFARO FUENTES

Mantenedor especialista mecánico

El mantenedor que hizo de la Mina Subterránea su escuela, su familia y su legado

Mis inicios en Codelco se remontan al año 1998, cuando ingresé como operador de producción en la Mina Subterránea. Unos años después fui transferido al área de mantenimiento de equipos mineros, ya que antes había desarrollado labores similares en empresas contratistas como CMS, Atlas Copco y Sandvik.

El aprendizaje fue constante. Gracias a cursos de perfeccionamiento pude diagnosticar y reparar equipos de distinta complejidad, lo que amplió mi campo de acción y me permitió ascender, asumiendo también la administración de equipos humanos durante los turnos. Ese recorrido significó un crecimiento significativo: especializarme, ampliar conocimientos y expandir mis responsabilidades.

Por eso recordaré siempre a la Mina Subterránea como una gran fuente de aprendizaje. Allí conocí el proceso de extracción del cobre, aprendí a manipular explosivos y a operar equipos mineros, pero también crecí en lo humano: fortalecí lazos de amistad, enfrenté los encierros por el clima, viví el sacrificio de estar lejos de la familia en fechas importantes y también la alegría de los reencuentros que reforzaban los vínculos.

Fui testigo de una época de cambios profundos en la minería. Vi la incorporación de equipos más modernos como LHD, jumbos de perforación y camiones de extracción, junto con planes de instrucción para mecánicos y operadores. Con la creación de la planta de molienda Don Luis, la nueva línea de traspaso de mineral del rajo, la llegada de herramientas y ropa de trabajo más adecuada, todo impactó en la producción y, sobre todo, en la seguridad de los trabajadores.

La apertura del Haulage II marcó otro hito: dejó atrás el antiguo ingreso por el Nivel 11 y permitió viajar nueve kilómetros en bus desde el Hilton hasta los barrios cívicos, con casinos, refugios, oficinas, clínicas, dormitorios y baños. Fue un salto hacia la modernidad y el bienestar. También la comunicación avanzó: pasamos de no imaginar celulares en la mina a contar con internet, maquinaria autónoma y equipos operados a distancia desde Los Andes. La computación, las bibliotecas digitales, la hotelería, el manejo de residuos, la incorporación de mujeres, la normalización de procesos y el fortalecimiento de la cultura de seguridad transformaron a la subterránea en una mina moderna y vanguardista.

La seguridad, sin embargo, fue el cambio más profundo. Entendí que no se trataba de cumplir con normas burocráticas, sino de valorar la vida propia y la de los demás. Aprendí que detrás de cada trabajador hay una familia que lo espera, y eso marcó mi forma de actuar, planificar y relacionarme en el trabajo.

Estos años también me dejaron momentos inolvidables. Recuerdo el terremoto del 27 de febrero de 2010, que viví en la mina durante el turno de noche en el Nivel 16. Fue entonces cuando constaté la fragilidad del ser humano. También conservo con

pena la memoria de colegas que partieron, como Don Meregildo Ossandón (QEPD), del área de desarrollos mineros, quien a poco de jubilar perdió la vida en un accidente. Siempre lo recuerdo como un hombre alegre, generoso en sus consejos y enseñanzas.

La convivencia fue otro gran regalo de la mina. Encontré amigos que son mucho más que compañeros, con quienes compartí la vida diaria, experiencias, consejos y también momentos de alegría fuera del trabajo. Ellos fueron un apoyo constante, y ese compañerismo es parte de lo que más voy a extrañar.

Mi familia también fue parte de esta historia. Mi esposa pudo visitar mi lugar de trabajo y se sorprendió con las máquinas, el entorno y las distancias que recorremos a diario. A mis hijos les he mostrado fotos y videos del proceso, para que comprendan el esfuerzo y la modernidad de la faena. Andina me permitió darles educación, vivienda, salud y estabilidad, lo que nos ayudó a construir un proyecto familiar sólido y a planificar con tranquilidad el futuro.

Hoy, al mirar hacia atrás, siento que estos años en la Mina Subterránea significaron mucho más que una fuente laboral. Fueron la base de mi vida profesional y personal, donde aprendí valores, disciplina, respeto y trabajo en equipo. Si dejo un legado, es haber demostrado que lo más importante siempre es el respeto hacia las personas, la amabilidad, la responsabilidad y el compañerismo. Me gustaría que me recordaran como alguien dispuesto a cooperar, compartir sus conocimientos y ser un apoyo para los demás.

"Más que un lugar de trabajo, la Mina Subterránea fue mi escuela de vida y el hogar donde construí mi historia".



LUIS BRAVO BUSTAMANTE

Ingeniero Senior

El ingeniero que lideró el cese poniendo a las personas en el centro

Llegué a División Andina de Codelco Chile en el 2018, después de haber trabajado por 11 años en División Chuquicamata, que en ese entonces enfrentaba el cierre operacional de la Mina Rajo.

En Andina asumí como superintendente de Perforación y Tronadura en la Mina Rajo. Ya en ese momento, los planes a largo plazo proyectaban el cese de la Mina Subterránea y que pasaríamos a una operación completamente de cielo abierto. La verdad, aquello se veía lejano, pues era el corazón de la División: gran parte de su identidad y de su gente giraban en torno a ella.

Mi relación con la subterránea era principalmente a través de los turnos de fin de semana que, por programa, debíamos realizar. En ese contexto conocí a sus supervisores y trabajadores. Me llamó mucho la atención, en primer lugar, la hospitalidad con la que nos recibían y, en segundo, la manera en que mostraban con legítimo orgullo lo que hacían. Para mí, que soy ingeniero de minas formado principalmente en rajos, fue una experiencia enriquecedora descubrir esa pasión y sentido de pertenencia.

Lo que parecía lejano llegó más rápido de lo que esperaba. A comienzos de 2024, la Gerencia General emitió una nota interna en la que se determinaba la conformación de un equipo multidisciplinario encargado de llevar adelante el cese del Tercer Panel de la Mina Subterránea. En esa misma nota se mencionaban los integrantes de dicho equipo y se me designaba a mí como su líder. Fue una sorpresa y, al mismo tiempo, un gran desafío: no solo por lo que significaba en lo personal, sino también porque se trataba de un hito para la Corporación y de un proceso único en la industria minera de nuestro país.

Desde el inicio quedó claro cuál sería el propósito de este proyecto: poner a los trabajadores en el centro, asegurando un compromiso de empleabilidad para todas las personas de la Mina Subterránea, al mismo tiempo que se reconocía su legado y se cumplía con la normativa vigente.

Este propósito guió cada paso. Implicó un trabajo intenso de coordinación con nuestros dirigentes sindicales, a través de numerosas reuniones en las que, aunque existían distintas miradas, siempre prevaleció la disposición a dialogar y construir confianza. Esa apertura permitió avanzar hacia acuerdos que dieran certezas a los trabajadores y redujeran la natural incertidumbre que generaba un proceso de esta magnitud.

Además, instalamos mesas de trabajo con los propios trabajadores, lo que nos permitió escucharlos de manera directa y recoger sus inquietudes. Desde la perspectiva técnica, un acierto clave fue haber gestionado reuniones con la autoridad, en particular con SERNAGEOMIN, que siempre se desarrollaron en un clima cordial y nos entregaron directrices claras para avanzar de forma segura y ordenada.

Hoy, al mirar en retrospectiva, lo que me queda es un profundo aprendizaje. Como equipo, tuvimos la satisfacción de ocuparnos de la movilidad de nuestros trabajadores, reubicándolos en otras áreas de la División y siendo parte de su proceso de reconversión, asegurando así la continuidad de sus trayectorias laborales. En lo personal, esa dimensión humana ha sido la mayor recompensa: acompañar a

las personas en su tránsito hacia nuevos espacios de desarrollo.

No me queda más que agradecer a todos quienes hicieron posible este proceso: a nuestro comité ejecutivo, a los gerentes que actuaron como sponsors y, por sobre todo, a cada integrante del gran equipo multidisciplinario que se conformó.

Con ellos compartí la exigencia, las emociones y los aprendizajes de este desafío. Me llevo los mejores recuerdos, tanto en lo profesional como en lo personal, y les estaré siempre agradecido.

"Lo valioso de este proceso ha sido liderarlo, honrando el legado de quienes hicieron posible la historia de la subterránea".



LUIS CARRASCO TORRES

Operador especialista

El operador que convirtió un poder notarial en 37 años de historia bajo tierra

Mi historia en minería comienza a los 19 años, cuando, con autorización notarial de mi papá, entré como faenero a la Compañía Minera El Indio. Partí como ayudante minero, luego pasé a minero hasta que llegué a ser operador de equipo pesado. En 1998 postulé a Andina y quedé.

Desde 2008 me desempeño en el Nivel 17, área de camiones, y durante un tiempo también fui parte de la brigada de incendios de la División. Trabajar aquí es de muy alto nivel, tanto por la infraestructura y los equipos como por el grupo humano. Los mineros somos como familia, porque gran parte del tiempo lo pasamos juntos. Los viejos de la mina son buenos para el "leseo", siempre con la talla en la boca, pero también son apañadores: nos apoyamos y nos cuidamos entre nosotros.

Antiguamente éramos más brutos para tratarnos y comportarnos. Con el tiempo, se ha sumado gente con más estudios y también mayor tecnología. Yo comencé operando camiones no presurizados, sin aire acondicionado. Salía como un verdadero trabajador del carbón, con la trompa y los lentes marcados en la cara. Hoy trabajamos con equipos de última generación.

De mis colegas destaco a Óscar Ponce, Jaime Mora, Meno Salinas y Carlitos Fredes. Con mi amigo Jorge Manque fuimos "ganchos" desde el inicio. Como yo tenía experiencia en equipos, me subí rápidamente a las palas y le di algunos consejos. Con el tiempo, él pasó a ser operador de palas y más tarde a camiones. Luego fuimos compañeros en el Nivel 17, siempre juntos. Hasta hoy nos visitamos: voy a verlo a Illapel o nos encontramos en mi casa en La Serena.

Recuerdo una anécdota de mis primeros días en Andina con Jaime Mora. Él pensaba que yo no sabía nada de equipos y empezó a instruirme en la pala, mostrándome los niveles y cómo debía hacerlo. Me pidió que lo observara mientras trabajaba, pero cuando me subí ya llevaba varias baldadas sin problemas. Al darse cuenta, me dijo sorprendido:

—¿Por qué no me dijo que usted sabía andar en la pala?

—Pues, si usted no me lo preguntó.

—Ya, voy a ir a buscar otra pala. Usted está puro payaseando.

Andina me ha dado la posibilidad de desarrollarme laboralmente y consolidar a mi familia. Gracias a mi trabajo, mis hijos han podido estudiar y tener lo que han querido, aunque me faltó tiempo con ellos. Los turnos largos me alejaban en fechas importantes como cumpleaños, Navidad o Año Nuevo, y me perdí parte de su crecimiento. Mi señora me conoció así y se acostumbró a este ritmo. Hoy mis hijos, ya adultos, me dicen que piense en mi retiro, que es hora de descansar.

Con los años ha cambiado también el compromiso entre los operadores. Hoy no somos tan individualistas: trabajamos por un solo objetivo, estamos coordinados y en equipo. Nuestro legado en la mina es que nunca bajamos los brazos. Siempre cumplimos, y hasta hoy seguimos cumpliendo con lo que tenemos.

Son 37 años en minería subterránea. Voy a extrañar el compañerismo que aquí existe, y espero que el área a la que me vaya conserve lo mismo. Ya viví un proceso de cierre en la Compañía Minera El Indio, donde no hubo opción de seguir en otra área. Hoy, en cambio, me voy tranquilo porque la administración nos da la oportunidad de continuar. Me retiro con orgullo y gratitud, sabiendo que la Mina Subterránea fue más que un trabajo: fue parte de mi vida.

“Con un poder notarial comencé este camino, y en la Mina Subterránea encontré mi vida entera”.



MARCELO BEIZA URTUBIA

Instructor de operaciones

El instructor que creció en la Mina Subterránea y transformó su experiencia en enseñanza

Ingresé en 1997 a la Mina Subterránea con experiencia como mecánico mantenedor industrial. Mi primera tarea, junto a la empresa M. Vidaurre, fue montar los últimos buzones de la galería de transporte 59, Nivel 17.

Desde entonces, mi vida en la mina ha sido un camino de crecimiento. Comencé como operador de producción y hoy tengo la misión de enseñar. Esta etapa, sin duda, ha sido una de las más bonitas y gratificantes de mi vida, marcada por el compañerismo que siempre distinguió a la Mina Subterránea y que será lo que más extrañaré.

Mi legado es simple y profundo: demostrar que todo se puede lograr con esfuerzo, dedicación y ganas, y transmitir la importancia de que nuestra primera misión es cuidarnos a nosotros mismos y a nuestros compañeros.

Los trabajadores de la Mina Subterránea se caracterizan por un fuerte sentido de pertenencia, por ponerse la camiseta por la seguridad y la producción, y por la cooperación que une a las distintas áreas, ya sea mantención mecánica, eléctrica o empresas colaboradoras.

Los recuerdos abundan. Hubo anécdotas que quedaron como parte de nuestra historia, como aquella falsa alarma de incendio en el Nivel 16 LHD: dos colegas aseguraron haber visto un equipo en llamas, pero nunca pasó; quedó como mito. También hubo hitos importantes, como cerrar las líneas 16 y 17 de producción para comenzar a tirar las primeras baldadas en el área LHD.

Fui testigo de la transformación tecnológica de la mina: el paso de las perforadoras manuales a los equipos mecanizados de reducción secundaria, la incorporación del sistema despacho para el control de producción y, más tarde, la operación remota de los equipos LHD. Como buzonero en el Nivel 11 ½ transporte, presencié también la llegada de sensores infrarrojos de carguío para los camiones de extracción. Avances que cambiaron la manera de trabajar y que hicieron de la seguridad un valor aún más esencial.

Esa seguridad la viví en carne propia. Sin ser brigadista, me tocó auxiliar a Carlos Ahumada cuando un LHD le pasó por encima. Fui de los primeros en llegar y, junto a un brigadista, organizamos su rescate en camilla hasta donde alcanzó la ambulancia. Después seguí apoyando al paramédico durante el traslado. Ese accidente fue un antes y un después en mi vida; me enseñó que nada está por sobre la seguridad.

La mina también me regaló amistades que trascienden el tiempo. Con muchos de mis compañeros aún me encuentro en la ciudad; nos saludamos, recordamos historias y nos reímos de anécdotas que quedaron marcadas en nuestra memoria compartida.

Pero no todo ha sido alegría. Lo más duro ha sido perder a colegas en faena. He visto partir a varios amigos, y uno de los que más me marcó fue Juan

Cruz (QEPD). Comenzó muy joven como señalero en la empresa Agecomet, luego entró a la División, y tras varios años perdió la vida en un pique. Fue un golpe muy duro, que me dejó la certeza de lo frágil que puede ser nuestro trabajo.

Mi familia conoce bien los riesgos de la minería subterránea. Siempre les he transmitido a los más jóvenes que trabajar en la mina es venir a ganarse la vida para nuestras familias, pero nunca a costa de perderla. Por eso debemos ser cuidadosos y respetar los procedimientos y reglamentos.

Andina y la Mina Subterránea han significado mucho para mí y para mi familia. Han requerido paciencia de mi esposa, que debió adaptarse a mis jornadas, y sacrificio en fechas importantes para ella y mis hijos, porque había que cumplir con los turnos. Pero también nos han dado estabilidad, orgullo y una historia que quedará grabada para siempre.

"La Mina Subterránea fue mi escuela; hoy mi mayor gratificación es enseñar lo que aprendí".



MARCELO PARRA SOTO

Instructor especialista

El instructor que pasó del trabajo a pulso a la tecnología sin perder el compañerismo

En 1992 llegué a la División, al área de desarrollo y construcción, donde casi todo se hacía a pulso. Había muchos trabajadores antiguos que miraban con desconfianza a los recién llegados, pensando que les podíamos quitar su lugar. Aprender de ellos no era sencillo: había que observar con paciencia y descifrar cómo realizaban las tareas.

En los años ’90 comenzó a cambiar la mentalidad de los trabajadores. Nuestra generación llegó con más estudios y con una visión distinta. Ya no se trataba solo de fuerza física, sino también de organización, de trabajo en cuadrillas y de aprovechar los equipos mecanizados. Con los años 2000 se fue incorporando tecnología, mientras muchos de los más antiguos se jubilaban. En 2018 fui reubicado y desde entonces estoy en la Sala COM.

El ambiente de la Mina Subterránea siempre tuvo un sello propio: era más cercano, más familiar que en otras áreas. Tras los ciclos de trabajo -cuando se laboraba doce días por tres de descanso, en turnos de ocho horas-, el primer día libre lo aprovechábamos para jugar a la pelota y compartir un asado. Era tradición en los cuatro grupos, y yo siempre fui del Grupo 1. También solíamos reunir dinero en Navidad o en fechas especiales para ayudar a niños vulnerables o a familias necesitadas. Con los años estas prácticas se fueron perdiendo, en parte porque las nuevas generaciones llegaron con otras prioridades y porque la jornada cuatro por cuatro, de doce horas, deja menos tiempo y energía para compartir.

Uno de los avances que más me marcó fue la tecnificación en el uso de explosivos. Lo que antes se hacía manualmente pasó a sistemas electrónicos: se instalaba la carga, se conectaba un cable y luego se programaba desde un computador, permitiendo detonar a kilómetros de distancia. Hoy esos procedimientos ya no se realizan, porque los procesos se han modernizado aún más.

Estos 33 años han estado llenos de experiencias. Recuerdo lo impactante que fue la primera vez que entré: uno baja a un espacio cerrado, observa a su alrededor y cuesta asimilar dónde está, hasta que se acostumbra. Trabajé en un área exigente, donde la experiencia era clave para la seguridad y para proteger la vida de los compañeros. Me tocó vivir momentos muy difíciles, como el fallecimiento de dos trabajadores, siendo yo parte de la brigada de rescate.

La División siempre nos apoyó para seguir estudiando. Muchos aprovechamos los turnos de ocho horas para capacitarnos y conocer los equipos más modernos. Desde 2010 en adelante, la tecnología transformó la operación, y gracias a ese respaldo y a mi trabajo pude también sacar adelante a mis hijos, dándoles la posibilidad de estudiar en la universidad.

Es cierto que este oficio entrega un buen sustento, pero también exige sacrificios. Aun así, me siento agradecido, porque gracias a la mina logré cumplir mis metas familiares. Voy a extrañar levantarme

temprano: después de casi 34 años, sigo despertando un par de minutos antes de que suene el reloj.

En Codelco trabajamos para el Estado de Chile. Mientras se cumplan las metas de extracción, es bueno para el país y para las comunidades, porque la Corporación también aporta a proyectos locales y al desarrollo de las comunidades donde está presente.

"La mina cambió con la tecnología, pero el compañerismo siempre fue lo más valioso".



MARIO GUERRA NOVOA

Operador especialista

Linaje minero: El operador que convirtió la herencia de su padre y de sus tíos en su propia historia

Llevo 33 años en la empresa: ingresé en diciembre de 1991 con contrato temporal y al año siguiente en forma indefinida. Me acuerdo perfecto porque el 8 de diciembre nació mi hijo, un hito que marcó mi inicio laboral y familiar.

Provengo de una familia minera; trabajé junto a mi papá y mis tíos, algo que no muchos pueden contar. Haber seguido esa senda de alguna manera determinó también el camino de mis hijos, quienes estudiaron geología. Mi padre, que hoy tiene más de 80 años y se retiró hace tres décadas, aún recuerda con cariño sus tiempos en la mina. Cuando me pregunta qué viejos antiguos quedan, yo le respondo: "papá, yo soy el antiguo que va quedando".

En lo profesional, puede parecer curioso, pero no sabía nada de minería cuando llegué. Durante los 27 años que estuve en el área de hundimiento -una de las más críticas- aprendí todo: desde operar equipos y programarlos, hasta realizar tiros de determinada cantidad de metros. Recuerdo las pruebas de nuevos sistemas de perforación para disminuir la granulometría del mineral, con empresas que perforaban a cien metros y luego nos tocaba hacer guirnaldas, perforar y cargar con explosivos que no conocíamos.

La tecnología fue avanzando rápidamente. Al comienzo, las perforaciones se hacían de forma manual: salir mojado, cargar mangueras y enfrentar muchas dificultades. Luego llegaron equipos que hicieron ese mismo trabajo con menos esfuerzo y menor dotación, marcando una gran diferencia. Hoy llevo seis años en la Sala COM, y nunca imaginé que estaría frente a un computador, dando partida o deteniendo ventiladores en la mina. En hundimiento jamás estuve cerca de una pantalla, por lo que el cambio fue radical y no me resultó fácil. Me costó acostumbrarme, pero ahora me toca revisar la ventilación, asegurar el suministro de agua y, en invierno, velar porque los calefactores funcionen y la mina no esté tan helada.

Si tuviera que definir en una palabra el ambiente de la Mina Subterránea, sería compañerismo. Trabajé en un área desafiante, donde debía confiar en mi compañero y él en mí. Solo así se podía hacer bien el trabajo: siempre en equipo. De mis recuerdos más entrañables están los Campeonatos de la Amistad, organizados por las distintas secciones. No existía rivalidad, sino la expectativa de superar la preparación del año anterior, siempre en buena onda.

Para algunos, escuchar la palabra "explosivo" puede provocar temor; para mí fue simplemente parte de mi día a día. Y si miro hacia atrás, lo que más atesoro son los compañeros con quienes entramos jóvenes, con apenas 20 años, sin saber nada de minería, y que con el tiempo fuimos creciendo juntos.

Hoy, si debo continuar tras el cese, lo haré en cualquier área de la empresa, con la misma disposición de siempre: seguir adelante como se ha hecho toda la vida.

“Aprendí que lo esencial en la mina es confiar en el compañero y trabajar siempre en equipo”.



NATALIA FIGUEROA GUTIÉRREZ

Operadora calificada de Recursos Hídricos y Relaves

De madre joven a pionera en la Mina Subterránea: la historia de una mujer que rompió barreras

Estaba en tercer año de Trabajo Social en la Universidad Católica de Temuco cuando quedé embarazada. Intenté trasladarme a la UTEM de Santiago —porque soy de Puente Alto—, pero las tomas estudiantiles de ese año me hicieron perder la beca. Con la responsabilidad de un hijo, necesitaba generar ingresos.

A través del Sence hice un curso de seis meses de perforación subterránea. Después busqué trabajo en minería en lo que fuese, porque lo importante era lograr entrar y luego seguir creciendo.

En noviembre de 2013 salió un llamado de Codelco Andina, para la Unidad de Infraestructura de la mina, abierto a gente con o sin experiencia. Postulé, me llamaron y quedé con 23 años. Como había trabajado con mi papá en construcción, el área de infraestructura se me hizo familiar: obra gruesa, reparación de muros, piques y equipos pequeños.

Después pasé al proyecto Cuerpos de Alta Ley (CAL), donde coordiné faenas mientras sacaba licencias para operar equipos. Mi jefe, Ricardo Paradela, confió mucho en mí y fue el mejor momento que viví en la subterránea. Luego llegué al Nivel 16 de palas, en producción.

En mis ocho años en la mina alcancé a operar casi todos los equipos, salvo camión. Fui una de las tres primeras mujeres en subirme a una pala LHD en la subterránea, lo que marcó un hito y abrió camino para otras. La pala al inicio me intimidaba porque pasaba muy cerca de la caja del cerro, pero pronto estaba arriba igual que mis compañeros. Ellos fueron un siete conmigo, siempre incentivándome y alentándome.

Me tocó trabajar con la vieja escuela y me sorprendió lo bien que me recibieron. Recuerdo a Federico Cortés en explosivos y a Jorge Vásquez en palas LHD. Cuando me fui, me hicieron una despedida muy linda.

Ahora que estoy en Recursos Hídricos siempre hablo de la gente de la mina, porque extraño ese ambiente familiar. A veces era como un reality: estando tanto tiempo juntos, podían surgir diferencias, pero al rato volvíamos a ser amigos.

En ese tiempo no había ropa ni botas para mujeres. Durante los encierros convivía con contratistas de cocina y aseo, pero me aburría y me iba a ver televisión en la sala de descanso de los hombres o a jugar pool con mis colegas. Era raro que no existiera una zona pensada para nosotras.

También conservo amistades, aunque por vivir en Puente Alto no nos vemos seguido tras la bajada. Sigo en contacto con Roberto Vega y con dos colegas que se cambiaron a Recursos Hídricos por enfermedad: Dino Dorochessi y Joel Barraza. Recuerdo con especial aprecio a Rodrigo Cortés, mi supervisor de primera línea, porque me abrió muchas oportunidades de desarrollo.

Me tocó ser contraturno de Juan Cruz (QEPD), aunque no lo conocí. En el CAL trabajé con Ricardo Villarroel (QEPD), quien falleció por una enfermedad. Sentimos mucho su partida, causada por una bacteria que no se detectó a tiempo.

Cuando decidí cambiarme fue porque la mina iba a cerrar. Siempre hubo un llamado al rajo, pero a mí no me gustaba. Finalmente salió una postura en Recursos Hídricos. Hoy estoy en los espesadores, hago control y

monitoreo de variables y parámetros para abastecer de agua a la planta. Sigo como operadora de terreno, pero me están capacitando en la sala de control.

Creo que mi legado en la mina fue haber puesto la semilla de que las mujeres podemos llegar al mismo nivel que los hombres. Cuando subí a las palas, los jefes vieron que no había diferencia en productividad. No tenía que demostrar nada. Si bien existe machismo, también tuve jefes que se abanderaron con la incorporación femenina y decían que no podían hacer como que no existíamos.

Mi familia siempre se preocupó por los riesgos propios del trabajo en la mina; hoy lo hacen por la conducción en condiciones de nieve. Desde que ingresé, me llamó la atención el fuerte énfasis en seguridad y cómo esos aprendizajes se pueden aplicar en la vida cotidiana, por ejemplo en la conducción o en el manejo de la fatiga y la somnolencia. Incluso en mi casa comparto esas enseñanzas y recientemente realicé un curso SERNAGEOMIN porque el tema me apasiona.

Cuando ingresé, mi hijo Tomás era chico (hoy tiene 14 años). Siempre sintió fascinación por la mina. Ha visto mis logros: que fui reconocida en la Corporación con el Sello “Liderazgo de Mujer”, que soy valorada y que me desarrollé profesionalmente. Eso me hace sentir realizada y le ha dado independencia. Nunca tuve sentimiento de culpa, porque sabía que estaba bien cuidado con su papá, su tía y sus abuelos.

Trabajar en Andina me permitió alcanzar un nivel de vida que nunca imaginé y, sobre todo, demostrar que las mujeres podemos ocupar el mismo lugar que los hombres en la minería. En estos años también seguí creciendo académicamente: estudié Técnico en Operaciones Mineras, luego me titulé de Ingeniería en Gestión de Calidad y Ambiente, y actualmente curso Ingeniería Civil Industrial en un programa advance. Todo ha significado esfuerzo, pero también la certeza de que siempre se puede ir más allá.

Me voy con la satisfacción de haber abierto puertas, de haber crecido como profesional y como persona, y de dejarle a mi hijo el ejemplo de que con esfuerzo y apoyo todo es posible.

“Fui una de las primeras mujeres en operar equipos en la subterránea y abrí camino para que otras también lo hicieran”.



NELSON BRICEÑO SALDÍVAR

Supervisor de primera línea Sala COM

El supervisor de primera línea que heredó la mina de su padre y la transformó en un orgullo pionero

Conozco hace muchos años División Andina porque vivo en Río Colorado, en el Camino Internacional, y mi padre trabajó en el área de alimentación. Por lo mismo, estoy relacionado con Saladillo desde que tengo memoria. Sé cómo empezó la mina y estoy familiarizado con su historia a través de lo que me contaba mi padre. Él trabajó en la etapa en que ingresaban en tren, utilizaban picota y hacían pasar el mineral a puro combo, soportando el frío a 3.500 metros de altura.

Previamente, había trabajado en la Mina Subterránea a través de empresas contratistas como Geovita y Errázuriz, cuando recién se construía el Tercer Panel. Me tocó participar en la construcción de las rampas de acceso a los diferentes niveles, desempeñándome como operador de jumbo y palas.

Formo parte de la División desde el año 2000. Entré como operador de producción en la subterránea, con contrato temporal en los niveles 16 y 17, trabajando como carguero. En ese período decidí estudiar Técnico Universitario en Control Industrial en la USACH, lo que me abrió puertas para futuras postulaciones. Así ascendí a supervisor y fui uno de los primeros en llegar al Centro de Operaciones Mina (Sala COM).

Andina siempre quiso ser pionera, implementar mejoras tecnológicas que la dejaran a la vanguardia de todas las minas del país. Así nació el Centro de Operaciones Mina, que no existía en ninguna División de Codelco. No había un centro especializado que reuniera toda la información para mejorar la producción.

El proyecto comenzó alrededor de 2003, con estudios de ingeniería. En 2006 llamaron a concurso para trabajar en la Sala COM, postulé y quedé como supervisor de primera línea para guiar al equipo. La jefatura fue muy visionaria: nos explicaron de qué se trataba el proyecto y cuál sería su aporte. Hasta ese momento, en la mina solo existían salas de control que veían emergencias y pocos datos operativos.

La mina empezó en el Nivel 8 muy rudimentaria, con camiones pequeños y muy poca tecnología. Con los años fueron llegando camiones más grandes y palas más modernas. Cuando ingresé aún se trabajaba en las buitras, con explosivos, combos, herramientas e implementos. Los viejos eran arriesgados y se metían a los piques para destrancar mineral como fuera.

Desde el año 2000 en adelante todo comenzó a cambiar. Se incorporaron camiones más sofisticados, de alto tonelaje pero bajo perfil, y dedos hidráulicos en el sistema de piques de traspaso. Se fue gestando la idea de concentrar la información en un solo lugar. Con esa visión se buscaba no solo mover toneladas, sino también medir rendimiento, utilización de equipos y productividad.

Nos costó mucho adaptarnos. Recibimos preparación en múltiples aspectos, incluso en la dicción y el tono de voz para comunicarnos por radio. Teníamos que aprender a dar instrucciones claras y creíbles a operadores que estaban a 36 kilómetros de distancia.

Había operadores con mentalidad conservadora, acostumbrados a producir sin importar cómo. Fue necesario aplicar psicología, bloquear buzones, probar nuevas formas de trabajo. Con el tiempo, los resultados hablaron por sí solos: los operadores comenzaron a escuchar, y comprendieron que la tecnología podía hacer la pega más aliviada.

A partir de esos logros, nos visitaron delegaciones de todo el mundo: Australia, Estados Unidos, Japón, Europa, Rusia, China y Brasil. Querían saber cómo era posible controlar a distancia una flota subterránea sin GPS y con tantas dificultades técnicas.

A nivel minero, Chile siempre ha sido un país muy creíble, y en Sudamérica hemos sido pioneros. Instalar un centro de operaciones de este tipo fue un desafío enorme, pero nos convirtió en un referente internacional.

La experiencia del COM abrió camino al actual Centro Integrado de Operaciones (CIO). Al ver sus resultados, se integraron Mina, Concentrador, Planta de Filtros y Depósito de Relaves Ovejería en Huechún, unificando la información como un solo negocio. Pasamos de ser un pequeño almacén de barrio que quería emprender, a convertirnos en un verdadero hipermercado. A partir de allí comenzaron a surgir CIOs en otras divisiones y en mineras del mundo.

Estos 25 años en la División y en la subterránea han sido de un aprendizaje enorme. Yo sabía que Andina era la oportunidad para cambiar mi vida. Y gracias a Dios logré quedar cuando tenía 30 años, siendo técnico electromecánico.

Andina nos cambió la vida a mí y a mi familia. Pasé de una casa con piso de tierra y dos habitaciones a tener una familia con cuatro hijos profesionales, una casa bonita y un auto sencillo pero suficiente. Mis hijos están orgullosos, y uno de ellos incluso decidió estudiar Ingeniería Civil en Minas.

En lo personal, asumir un cargo de jefatura implicó marcar límites y privarme de ciertas cosas. Me costó, pero con el tiempo logré generar credibilidad. Lo que sí nos jugó en contra fue la distancia física con la mina, que dificultó mantener los vínculos de siempre, aunque la gente de Andina es muy querendona.

En la Mina Subterránea también viví momentos especiales. Fui presidente del club deportivo. Recuerdo cuando unos amigos me propusieron invitar a un grupo de Rapa Nui que estaba en Santiago. Los contacté, vinieron, se alojaron en Saladillo y jugamos en Los Andes. Eran muy desordenados, pero fue una experiencia divertida.

La Mina Río Blanco lleva el nombre del cajón y del río, y siempre ha sido identidad del sector. Algunos nos quieren, otros no tanto, por distintos motivos, pero para nosotros siempre fue sinónimo de surgimiento.

Hoy ya empiezo a extrañar. Pasó de ser la mina que sustentaba a la División, a convertirse en un complemento. Eso ha sido difícil de asimilar para muchos.

Me siento triste porque se cierra, pero también orgulloso de haber sido parte de todo este proceso. Feliz porque funcionó, porque lo sacamos adelante. Siempre he dicho que eligieron bien a las personas que formaron la Sala COM, porque tuvimos paciencia, soportamos momentos difíciles y logramos credibilidad. Crear valor para la empresa costó mucho, pero lo conseguimos, y eso es lo que nos permitió que este proyecto creciera y dejara huella.

"Me siento orgulloso de haber sido parte de la Sala COM, porque con paciencia y esfuerzo demostramos que Andina podía ser pionera en el mundo".



NELSON CÁCERES HERNÁNDEZ

Presidente SIIL y director de Codelco

El trabajador que pasó de las profundidades de la mina a las grandes decisiones de Codelco

Llegué a la División en 1999 a plazo fijo y firmé contrato en agosto de 2000. Mi llegada a Andina tiene que ver con una historia familiar: mi tío Héctor Alfaro era minero del Grupo 4 y me incentivó a postular. Yo ya trabajaba en minería, en Petorca y en Los Pelambres, después de egresar del Liceo Industrial de Illapel.

Me llamaron a entrevista, pero el proceso quedó detenido. Cuando mi tío se iba a retirar, le preguntaron cuál era su "último deseo" y él dijo que quería saber qué había pasado con mi postulación. Revisaron y confirmaron que yo había pasado todas las etapas.

La División debía abrir un nuevo proceso y me llamaron. La última entrevista fue con Víctor Valenzuela, un hombre alto e imponente, un minero duro.

Venía a trabajar a la Mina Rajo, pero se decidió que los cupos serían para la Mina Subterránea. Me fui desarrollando en lo laboral en años de transición: del trabajo más rudo al uso de maquinaria. Aun así, quedaban labores de alto esfuerzo físico.

Después fui ayudante carguero de explosivos, en cuadrillas. Eran condiciones más exigentes que las del operador de camión o pala. Uno entendía que estaban ahí porque se lo habían ganado los operadores de equipos. Para eso había que esperar la oportunidad.

Trabajar con explosivos siempre ha sido de alto riesgo y, según el lugar, de mayor complejidad. Pasé por todos esos procesos, a excepción de hundimiento. Estuve de ayudante carguero, trabajé en las parrillas como carguero y también como coordinador.

Víctor Valenzuela, ex superintendente, me enseñó que, independiente de dónde uno se esté desempeñando, no debe quedarse solo con lo aprendido: hay que conocer el entorno, saber dónde estás y para qué haces cada cosa. Eso implica estar en constante preparación. En un momento me tocó ser ayudante en la sala de control, donde llegaba toda la información de la mina: ventilación, semáforos, jaulas; todo estaba centralizado. Mi función era tener los datos de los niveles de las tolvas, las plantas e incluso coordinar la colación para todos los niveles. Víctor llamaba y me preguntaba de todo, desde la planta hasta lo que ocurría en la mina, mientras subía.

También vivimos momentos difíciles. A todos nos marcaron los accidentes fatales. Se sentía como si un familiar se fuera; podía ser cualquiera de nosotros.

Cuando entré a la División ya no alcancé a coincidir con mi tío, que se había retirado, pero me dejó "encargado" con dos viejos mineros: Juan Ayala y Eugenio Espinoza, "El Cebolla". Me recibieron y me tocó trabajar con Espinoza. Ya estando en palas, al inicio de un turno, me mandaron al Nivel 16 ½. Me esperaba El Cebolla, de más de 60 años. "Con usted quería trabajar hoy día", me dijo.

Llevamos el explosivo a pie, como antes. Era harto peso y él definió cuatro calles. Puso todo el explosivo y, cuando estábamos por evacuar, me dijo: "¿sabe qué? Hoy es mi último día de trabajo. Mañana me voy de Andina y quería que usted fuera mi último ayudante, el que me despide".

Me emocioné mucho. Por tantos años en la mina, darse el tiempo de recibirme y acompañarlo en su último día... No era de muchos amigos ni palabras, pero conmigo conversaba harto.

"Ahora vamos a hacer la última quemada", me dijo. Me dio un abrazo y detonamos. Fue una tronada fuerte; todo quedó cubierto de polvo y material. Nos llamaron a la oficina a pedir explicaciones y ahí "El Cebolla" contó que se iba; nadie lo sabía.

Cómo no recordar también, en el Nivel 16 ½, con un grupo de compañeros, que en las últimas nocheras hacíamos comidas especiales: nos turnábamos para cocinar, dejar todo listo para la hora de la colación y tener algo distinto. Un día, "El Chino" Arévalo, muy fanático de la fotografía, llevó sus cámaras con trípode e hicimos una sesión de fotos en el trabajo.

En la Mina Subterránea estuve desde el inicio hasta 2005; luego me fui a la Mina Rajo. Postulé para operar equipos y ahí estuve hasta 2010, cuando ingresé al Sindicato Industrial de Integración Laboral (SIIL) como secretario. Estuve varios años en ese cargo y, más tarde, asumí como presidente, rol que ejerzo desde hace alrededor de siete años.

Los sindicatos de Andina están bien preparados y han contribuido al desarrollo de la División con grandes acuerdos. Hoy la minería tiene procesos muy demandantes y debemos estar sintonizados con las preocupaciones de las y los trabajadores, sin perder el foco de que esto es un negocio.

Ser representante de las y los trabajadores en el directorio de Codelco ha sido la mayor responsabilidad que me ha tocado enfrentar en estos tres años. No lo esperaba; se dio de forma natural por el cargo y por el apoyo de un grupo de trabajadores que me impulsó a entrar al mundo sindical y que me ha acompañado hasta hoy. Quiero hacer bien la pega y representar de la mejor manera: que este puesto siga siendo importante para las grandes decisiones de la Corporación y que involucre y escuche a las y los trabajadores.

El desafío mayor hoy tiene que ver con las personas ante el cese de la mina: contribuir a reconvertir y reubicar a nuestra gente. Es una señal potente para la confianza y para honrar nuestra historia.

La labor de dirigente requiere mucho tiempo. Mi señora Verónica y mis hijos Colomba y Emilio han sido un pilar fundamental: me apoyan y me dan el espacio para dedicarme al trabajo. Agradezco también a mis papás, que me dieron la oportunidad de estudiar y ser lo que soy; me entregaron valores y me enseñaron que en la vida hay que ser de una sola palabra y mirar siempre a la cara.

Codelco es muy importante para el país: somos líderes a nivel mundial y un referente en minería. Lo que nos toca es seguir aportando al Estado con nuestro trabajo para ayudar al desarrollo de Chile. Eso debe llenarnos de orgullo.

"De operador en la subterránea a director de Codelco: un camino que recorrí con esfuerzo, orgullo y compromiso con mis compañeros".



NICOLÁS MOLINA AGUILERA

Mantenedor mecánico especialista

El mantenedor que creció en la Mina Subterránea y encontró en sus compañeros la fuerza de la unidad

Realicé mi práctica profesional el año 2008 en la Mina Subterránea y, a los dos años, ingresé a la División para trabajar entre los niveles 16 y 17. Antes de eso me desarrollaba en Santiago, en la empresa Dercomaq, mientras continuaba mis estudios en Inacap de Renca.

Trabajar en Andina ha significado para mí un desarrollo personal, familiar y laboral. Entré con la categoría más baja y, con el tiempo, fui escalando hasta lo que soy hoy. A nivel profesional he adquirido grandes conocimientos en sistemas de extracción de mineral, en áreas de traspaso, reducción y reparación de maquinaria, entre otros.

Recordaré mis años en la Mina Subterránea como un trabajo que exigía grandes sacrificios de todos los equipos; sin unidad y sincronización no se podrían cumplir las metas ni, mucho menos, alcanzar el objetivo de cero accidentes. Esa unidad entre las distintas áreas, la solidaridad y el compromiso son lo que más voy a extrañar: la disposición de todos para estar en las buenas y en las malas, y para ayudar a la comunidad en los momentos difíciles.

Creo que mi legado es el compromiso con el trabajo, el profesionalismo para realizar cada tarea y la unidad con los compañeros. Me gustaría que me recuerden como un colega colaborador, una buena persona, siempre dispuesto a compartir conocimientos y un apasionado por la mecánica.

Entre las anécdotas de estos años hay una que destaco: en una ocasión todo el equipo debía ir a Santiago a una capacitación por la llegada de los CAEX MT 6020. Un compañero quedó a cargo de coordinar el recorrido para recoger a cada participante, pero a la hora de la capacitación la jefatura apareció dos horas tarde porque no habían sido incluidos en la ruta. En el regreso el furgón no tenía capacidad para todos, por lo que varios terminamos viajando en el maletero para poder llegar pronto a Los Andes.

Creo que el cambio de los CAEX MT 5000 a los CAEX MT 6020 —ocasión en que se renovó toda la flota de camiones—, así como la apertura del sistema de reducción secundaria con martillos estacionarios en el Nivel 16 ½, fueron hechos históricos en la Mina Subterránea. Esa nueva formación vino acompañada de capacitaciones de los nuevos equipos y áreas que debíamos conocer, porque implicaba otra modalidad de trabajo, tanto en taller como en producción.

Lo que más destaco también es la modernización en los trabajos de izaje: pasamos de tecles manuales a equipos hidráulicos para realizar esas labores. En cuanto al sistema de iluminación, la mejora fue notable: antes solo había luces en los talleres y en las áreas anexas no teníamos nada; ahora todo está con iluminación LED y otras tecnologías. En general, todos los sistemas han mejorado, desde el transporte y la alimentación hasta las barreras de seguridad, la implementación y la vestimenta.

Desde mi llegada, la seguridad ha sido una prioridad. Hoy contamos con herramientas de gestión que la empresa nos entrega para el trabajo diario y revisamos reportes de incidentes de forma

constante. Eso permite analizar cómo se deben ejecutar las tareas que contempla la División y, sobre todo, qué no se debe hacer.

En estos años he forjado amistad con grandes personas: Camilo Romero, Ariel Rodríguez y Henríquez Olave; todos ellos son de gran corazón y compañeros de vida. También hemos sufrido pérdidas humanas a lo largo del tiempo, como la de Camilo Leiva (QEPD), bodeguero de la A003 de la Mina Subterránea, con quien conversaba de muchas cosas mientras cenábamos en los turnos de noche. Esas partidas duelen y quedan presentes en la memoria de la faena.

Mi familia conoce mi trabajo a través de lo que les cuento cada día y de las fotografías que comparto, para que puedan acercarse un poco a la vida de la mina y comprender lo que hacemos. Trabajar en Andina me ha dado algo invaluable: estabilidad y la posibilidad de llegar a casa después de cada turno, ver crecer a mi hija Agustina, acompañarla en sus momentos importantes y, junto a mi esposa Paulina, construir una familia llena de amor.

Lo que más llevaré conmigo son los lazos que formamos: la solidaridad, el compromiso y ese compañerismo que nos hizo sentirnos parte de una gran familia en la Mina Subterránea.

"Lo que más atesoro de la Mina Subterránea es el compañerismo sincero que vivimos entre compañeros".



ÓSCAR IBÁÑEZ LÓPEZ

Operador especialista

El operador que hizo de la Mina Subterránea un lugar de amistad, alegría y vida

Mi primer trabajo en Codelco fue en División Talleres, donde ingresé el 16 de junio de 1996. Allí me desempeñé en la Fundición hasta febrero de 2003, y el 1 de marzo de ese año llegué a División Andina lleno de ilusiones. Desde entonces, he sido parte del Grupo 4 de la Mina Subterránea, un espacio que marcó profundamente mi vida. Cuando llegué, mi hijo tenía apenas seis meses y hoy ya es un hombre; mi hija, que tenía siete años, también creció acompañando este camino.

En estos años, lo más valioso ha sido el grupo humano con el que he compartido. La solidaridad, porque siempre hemos apoyado al prójimo, incluso sin conocerlo. La amistad, porque hemos compartido no solo en la faena, sino también en reuniones fuera del trabajo e incluso viajes al extranjero junto a nuestras familias. Conocer a las esposas e hijos de mis compañeros fortalece los lazos y nos hace cuidarnos más en la pega. La lealtad, porque la sinceridad y la verdad siempre han estado por delante en nuestras tareas diarias.

La vida en la Mina Subterránea también está llena de anécdotas. Recuerdo cuando, tras "hacer la larga" y cambiar de turno, desperté apurado en Saladillo casi a la hora de tomar el bus. Alcancé a subir corriendo, pero al mirar alrededor me di cuenta de que no iban mis compañeros. Solo al ver a un excolega que se había cambiado al Grupo 2 entendí que estaba equivocado: debía subir en la tarde, al nochero.

También viví momentos de impotencia, como cuando se hicieron esfuerzos para implementar la minería continua y finalmente no resultó, lo que afectó la producción. Al llegar, ya me sorprendía ver la modernización de la mina, con camiones cargados desde la cabina por un solo operador. Era una señal clara de los cambios tecnológicos que marcaron nuestra época.

La seguridad ha sido siempre el valor número uno. En la mina todos tiramos para el mismo lado, cuidándonos y respetándonos. Ese compromiso está tan arraigado que lo llevamos a la familia y a cada aspecto de la vida diaria. Aun así, también hemos enfrentado pérdidas dolorosas. Recuerdo cuando falleció Machuca (QEPD). Veníamos entrando al turno y me retó porque no lo había incluido en un viaje de pesca que estábamos organizando para la bajada. Su partida me remeció, me hizo ver lo corta que puede ser la vida y la importancia de disfrutar cada segundo.

Siempre les cuento a mis hijos que tengo un trabajo entretenido y que me gusta mucho compartir con mis compañeros. Siento gratitud por lo que he recibido: gracias a mi labor en Andina he podido darles estudios, vivir cómodamente con mi familia y apoyar a mis padres y otros familiares.

“En la Mina Subterránea siempre hemos trabajado unidos, respaldándonos y cuidándonos”.



ÓSCAR ALARCÓN JARA

Operador especialista

La historia del brigadista que pasó del carbón a la mina subterránea

Ingresé a Codelco el 15 de enero de 1989 tras desempeñarme como minero del carbón y empresario. Esa experiencia me forjó y me dio la oportunidad de aprender el ABC de la minería subterránea. Desde niño trabajé en el carbón, en Coronel. Como en el campo, los pequeños colaborábamos desde muy temprano: íbamos a buscar leña, agua o lo que hiciera falta. A los diez años ya trabajaba en el mineral y nos pagaban con dinero o carbón, que luego vendíamos.

De adulto, animé a mi madre a comprarles las carretillas de carbón a los niños, y poco a poco fui escalando. Pasé de carretillas a camionetas y más tarde a camionadas, hasta vender directamente a empresarios más grandes. Encontré un pique abandonado, lo limpié y sacamos carbón. Con tanto transporte compré un camión, luego otro, y así llegué a ser empresario. Sin embargo, se agotaron las vetas de superficie y tuve que buscar otros caminos.

Con mis camiones trabajé en un astillero, mientras postulaba a Andina. La respuesta demoró casi un año. En ese tiempo me casé y me ofrecieron trabajo en Puerto Natales, pero justo llegó la confirmación desde Andina. Así, en 1989 entré como operador de producción.

Desde el inicio me asignaron a la Mina Subterránea. Viví un cambio generacional: los mineros de entonces eran quince o veinte años mayores, en su mayoría de Cabildo y algunos de Lota. Uno de los avances más significativos que viví fue pasar de la masa y el pinocho al LHD, una mejora fundamental en el trabajo.

En desarrollo advertí mejoras posibles en ingeniería. Lo comenté con mi jefe, quien lo consultó con topografía y me dio la razón. Víctor Valenzuela, ex superintendente, reconoció mi aporte y me encargó dos nuevas tareas: resolver el enllampamiento en los buzones por mineral fino y hacer correr unas piedras colgadas. Con otros compañeros nos hicimos cargo del problema; el área de topografía nos guiaba, pero en fines de semana quedábamos solos y aplicábamos explosivos con nuestros conocimientos.

El desenllampado era complejo: el material quedaba como una losa de cemento, imposible de remover con golpes. Decidí improvisar con un martillo neumático que estaba sin uso. Lo reparé, fabriqué una broca artesanal y lo llevé al frente. Fue una verdadera odisea: cargado con barra, explosivos y manguera, caminando embarrado por arranques a 60 metros. Con esfuerzo logramos perforar, cargar con explosivos y reventar el material.

Más tarde desarrollamos otro invento: cotizamos pistolas de agua con pistón reductor y turbo, que lanzaban un chorro potente. Tras la quemada, las usamos para remover el residuo y liberar la pasada del mineral. A la jefatura le gustó y lo presentó. Desde entonces, se utiliza más la pistola que el explosivo para destrancar buzones.

La Mina Subterránea ha sido una familia para mí. Conservo recuerdos entrañables, pero también momentos tristes, como la pérdida de amigos: Meregildo Ossandón, Emerson Rojas, Sergio Machuca y Juan Cruz, a quien rescatamos dramáticamente de un pique. Como brigadista participé en ese rescate. Fue un momento duro: respiré profundo, dejé de lado la amistad y me concentré en salvarlo.

Echo de menos la exigencia de antes, cuando todo era correr y producir; "choqueábamos" en 15 minutos. Hoy, con la tecnología, el trabajo es más tranquilo, lo que sin duda es positivo, aunque los nuevos no alcanzan a dimensionar la intensidad que vivimos. En seguridad, en cambio, hemos ganado: ahora todo es más estudiado, se reflexiona, se analizan los riesgos y se incorporan al ADN. Uno aprende a vislumbrar los peligros, establecer atajos y poner barreras duras.

Me gustaría ser recordado como un trabajador responsable, ingenioso y práctico, con 35 años en la minería y apenas dos licencias médicas. Mi hijo menor, Karin, estudia ingeniería civil biomédica, mientras que Felipe ya es odontólogo y Gustavo ingeniero civil; esa es la herencia más valiosa de mi esfuerzo. Detrás de cada logro está mi señora Lucía, que con su orden y dedicación nos permitió tener la casa pagada y una vida tranquila. Ella administra todo, y yo solo le pido para mis cigarros, con la certeza de que juntos hemos construido un camino de sacrificio, orgullo y amor.

"Me forjé en el carbón y en la Mina Subterránea aprendí a transformar los desafíos en soluciones con ingenio y responsabilidad".



ÓSCAR ZELADA LAZO

Director SIIL

De Salvador a Andina: un minero directo que llevó el compañerismo a la dirigencia

Ingresé el 1 de mayo de 2005 a Codelco División Salvador, después de desempeñarme en distintos cargos en una empresa contratista, donde fui adquiriendo experiencia y aprendizaje. En 2008 fui trasladado a División Andina para integrarme al gran equipo de la Mina Subterránea, un área con la que ya estaba familiarizado por mi trayectoria en el norte.

Durante estos años he podido desarrollarme laboralmente, alcanzando el cargo de operador especialista y acumulando conocimientos tanto en lo personal como en lo profesional. Lo que más recordaré de la Mina Subterránea es el compañerismo que siempre nos unió, la talla a flor de piel, la solidaridad entre los mineros y las grandes personas que conocí a lo largo de este tiempo. Mi grupo se caracteriza por trabajar en equipo, valorar a sus pares y tener la certeza de que, en un entorno complejo, quien está a tu lado puede ser también quien te cuide, apoye e incluso salve la vida.

Las anécdotas forman parte de esta historia. Recuerdo que durante los encierros solía dormir en una habitación destinada a los roncadores. En una ocasión, por falta de cupo, me designaron a una pieza con los demás colegas. Apenas me quedé dormido, comencé a roncar y mis compañeros, entre risas, me tomaron con colchón y todo y me dejaron en el pasillo del hotel. Esa es la camaradería que siempre nos distinguió y que también se reflejaba en actividades dentro y fuera de la faena. Aunque algunas tradiciones se han ido perdiendo con el tiempo, hasta hoy mantenemos la costumbre de compartir una pichanga, un buen asado y recordar vivencias que nos hacen sentir parte de una familia minera.

En lo productivo, fue clave el recambio de equipos antiguos, como los LHD toros, que fueron reemplazados por unidades Caterpillar con mayor tecnología y confort. Al principio, como trabajadores, cuestionamos la llegada de la tecnología por temor a la reducción de mano de obra, pero con el tiempo comprobamos sus beneficios. La creación de la Sala CIO y la incorporación de equipos telecomandados como los LHD 1600 fueron medidas acertadas, pues ayudaron a no exponer a los trabajadores.

La seguridad en minería nunca es transable. Parte por cada uno de nosotros, en la capacidad de ser conscientes y de escuchar cuando alguien advierte condiciones riesgosas. La comunicación es fundamental para prevenir y cuidar la vida. Por eso también quiero recordar a quienes partieron: compañeros que perdieron la vida en accidentes laborales, automovilísticos o por problemas de salud. Siempre están presentes en nuestras conversaciones y actividades, porque lo vivido con ellos sigue siendo motivo de orgullo y memoria compartida.

Uno de mis mayores orgullos es haber sido elegido dirigente sindical del Sindicato Industrial de Integración Laboral (SIIL). Agradezco a todos quienes me dieron su voto de confianza para representarlos. Esa responsabilidad marcó mi vida

y es un legado que me acompañará siempre. Me gustaría que me recuerden tal como soy: chacotero, alegre, directo, con altos y bajos como todos, pero siempre diciendo lo que pienso con empatía y respeto.

Mi familia ha entendido y acompañado esta labor, sabiendo que es un trabajo riesgoso en el que estamos expuestos desde el momento en que salimos de casa.

Ellos son nuestro verdadero pilar. A veces se nos ve como duros, pero sabemos lo frágiles que somos como seres humanos. Estoy muy agradecido de pertenecer a esta División que me abrió las puertas.

Llegar acá fue un cambio radical, pero nunca me arrepentí. Ha sido la mejor decisión para mi familia: me permitió crecer como persona y trabajador, ver a mis hijos felices y brindarles la oportunidad de estudiar y tener un buen vivir. Ese es el mayor anhelo que uno tiene como padre, junto con entregarles los valores del hogar.

"Me gustaría ser recordado como un trabajador que siempre puso el compañerismo, el respeto y la solidaridad en el centro de todo lo que hizo".



ÓSCAR VALENCIA MARTÍNEZ

Analista especialista de mantenimiento

De Sur Sur a la subterránea: la historia del analista que vivió la transformación de la mina

Salí del Liceo Industrial de Valparaíso, donde en los años '80 un profesor hablaba con admiración de Codelco y nos preparaban para salir a trabajar apenas terminado el cuarto medio. Sin embargo, decidí continuar mis estudios en la Universidad Técnica Federico Santa María, sede Viña del Mar. Desde allí enviaron los currículos a Codelco y, un día, recibí en mi casa un telex en el que me informaban que había sido seleccionado para postular.

Vine a Saladillo y me sometí a una intensa semana de pruebas: exámenes psicológicos, dentales y hasta la exigencia de correr por la cancha. Un mes después llegó otro telex con la confirmación de mi ingreso. Tenía 24 años, llevaba dos años de casado, una hija recién nacida y otro hijo en camino. La noticia fue motivo de felicidad y orgullo para mi familia.

Ingresé a Codelco en mayo de 1990 y pasé siete años en la Mina Sur Sur. En abril de 1997 me trasladé a la Mina Subterránea, al área de mantención, donde hoy trabajo en el ámbito de confiabilidad. Ese cambio se produjo cuando el mantenimiento del rajo fue externalizado; a quienes no queríamos permanecer como operadores allí, nos dieron la oportunidad de trasladarnos. Fue un giro de 180 grados: pasé de ver el amanecer y la luna en los turnos nocturnos a trabajar bajo tierra, con la única luz de fluorescentes o LED. Recuerdo que el primer día entré llorando porque había dejado atrás Sur Sur; y pienso que, cuando llegue el momento de dejar la subterránea, también saldré con lágrimas.

Mi experiencia en el rajo la llevé conmigo a la subterránea. Pasé de operar maquinaria de gran perfil a camiones de 50 y 60 toneladas y palas de siete yardas cúbicas. En esos años las instalaciones eran muy básicas y había que hacer mucho con muy poco. Con el tiempo, he visto cómo operadores y mantenedores desarrollaron un enorme sentido de pertenencia hacia la mina y hacia la División. Aprendimos a reciclar, reutilizar y ser creativos para cuidar los recursos.

Los cambios han sido profundos. El transporte de mineral pasó de correas en el Nivel 12 a camiones que conectaban con el túnel del Haulage II en el Nivel 17. La habitabilidad mejoró radicalmente: antes comíamos en containers y hoy tenemos comedores que parecen hoteles. En mantención pasamos de un estándar precario a uno world class, con talleres bien iluminados y calefaccionados. Antes había que estar "más arropado que hijo único".

También formé parte de la brigada de rescate. Me tocó asistir en la emergencia de Merejildo Ossandón, "El Sosito", quien falleció a un mes de jubilar. Venía llegando de una licencia por una operación a los ojos. Como brigadista lo acompañé incluso en la guardia de honor en su casa. Fue un momento duro y doloroso que aún recuerdo.

En la mina también cultivé amistades profundas. Felipe Troncoso me recibió en Caminos y Nieve y más tarde coincidimos en la subterránea; a pesar de la diferencia de edad, fuimos grandes amigos hasta su fallecimiento. Con Guillermo Valenzuela Moyano compartimos la pasión por el ciclismo: conversábamos largas horas en los turnos y después arriba de la bicicleta, pedaleando de cuatro a seis

horas. Esas experiencias nos unieron y nos confiamos muchas cosas personales.

La seguridad ha sido siempre un tema sensible. En 1994 la División cumplió un millón de horas sin accidentes y recibimos un reconocimiento, pero al poco tiempo un trabajador se accidentó. Desde entonces prefiero no celebrar los logros antes de tiempo. Hoy lo más valioso es que seguimos cumpliendo metas productivas sin lamentar desgracias físicas. Para mí, lo más importante es volver sanos a casa cada día.

El paso de los años también me ha hecho reflexionar. De jóvenes éramos más arriesgados, pero la experiencia enseña. Ahora comparto esas lecciones con los más jóvenes, quienes las toman en serio y aplican las herramientas de gestión en su trabajo. La vida laboral también cambió con la jornada de doce horas, que redujo la camaradería. Antes, con turnos de ocho horas, existían los Campeonatos de la Amistad que reunían a toda la División y a las familias en un ambiente inolvidable.

Siempre agradezco a Dios por cada día, por mi familia y por el trabajo que me permitió educar a mis hijos. Mi esposa se dedicó a cuidarlos y hoy los tres son profesionales. Mientras estuve en la Mina Subterránea, estudié ingeniería de ejecución eléctrica, y tras mi retiro espero transmitir mi experiencia en alguna institución. Con un título y una vida entera de trabajo, creo tener mucho que enseñar sobre minería subterránea.

Incluso pienso que la subterránea podría reabrirse en 2045. Para entonces estaremos más viejos, pero sería un orgullo estar vivos para ver ese corte de cinta.

“Me contactaron por telex para llegar a la mina, y desde entonces he vivido su transformación con orgullo, pertenencia y la convicción de volver sano a casa.”



PABLO BELTRÁN HERRERA

Tesorero SUT

El dirigente que convirtió la adversidad en fortaleza y el compañerismo en forma de vida

Vengo de familia minera. Mi padre, David Beltrán Salinas, conocido como "El Cuco", también trabajó en Andina. Desde pequeño soñaba con estar en Codelco y ese anhelo se cumplió en julio de 1997, cuando ingresé en forma temporal y, a los seis meses, pasé a contrato indefinido. Antes había trabajado en la mina como mantenedor eléctrico a través de contratistas.

Comencé como operador de producción, luego fui operador de transporte y carguío, y terminé mi carrera como supervisor de primera línea en 2009. Sin embargo, ese cargo no pude desarrollarlo porque me notificaron la resolución de enfermedad profesional por silicosis. Fue un golpe muy doloroso: sentí que la enfermedad me cortaba los brazos en plena carrera. Pero no me rendí. Me reubicaron en la Mina Rajo y me reinventé, llegando a operar la pala eléctrica más grande del mundo. Con orgullo demostré a la administración que un enfermo profesional solo necesita oportunidades. Hoy pertenezco al Grupo 2 de la Mina Rajo, y además me desempeño como dirigente sindical del Sindicato Unificado de Trabajadores (SUT).

La Mina Subterránea marcó profundamente mi vida. Allí encontré un ambiente de amistad que trascendía lo laboral, porque más que compañeros éramos una familia. Los turnos se hacían cortos con esa camaradería. Los trabajadores de la subterránea compartíamos un patrón común: amistad incondicional, cuidado mutuo, respeto y confianza. Hice amigos del alma, con quienes sigo juntándome fuera del trabajo, y espero que me recuerden como alguien que siempre tendió la mano.

Guardo recuerdos imborrables de esa etapa que acompaña mi juventud y mis sueños. Como anécdota, en 1998 me enviaron a cuidar una bomba de agua en el Nivel 12, un lugar donde nadie quería ir porque decían que penaban. Como era hijo del "Cuco", me mandaban a mí. Pasé el turno entero cantando para no llenarme de miedos, pero nunca me pasó nada. También recuerdo que en 1997 la tecnología era escasa, hasta que llegaron los CAEX al loop de transporte del Nivel 17, lo que significó un cambio radical, aunque algunos viejos no estaban muy de acuerdo con esas transformaciones.

La seguridad para mí es un valor intransable. Fui parte de la brigada de rescate y nunca olvido a don Merejildo Ossandón, quien perdió la vida en su último día de trabajo, tras el desprendimiento de un planchón mientras cargaba la frente. Experiencias como esas dejan huella y refuerzan la importancia de cuidarnos siempre.

Mi familia entiende lo que significa este oficio, aunque se sufre por las ausencias en celebraciones y cumpleaños. Aun así, saben que la minería me apasiona y, gracias a mi trabajo, puedo darles una buena calidad de vida. Por todo ello soy un agradecido de Codelco.

“La subterránea me enseñó que el compañerismo, el respeto y la confianza son la verdadera fuerza de los mineros”.



PATRICIA HERRERA VALENZUELA

Directora SUT

La mujer que transformó su historia en una voz sindical honesta y perseverante

Soy nacida en la hermosa isla de Chiloé y, por razones laborales de mis padres, nos trasladamos a la zona del Aconcagua. Mi padre Camilo, periodista, y mi madre Adriana, profesora normalista -ambos ya fallecidos-, siempre nos inculcaron valores, respeto y la convicción de levantarse ante las adversidades. Ese sello nunca se borra y ha marcado profundamente mi vida.

Llegué al mundo de la minería sin conocer a nadie de este rubro. Ingresé en 1989 al Proyecto Disposición de Relaves, que buscaba definir el futuro depósito de relaves -actual Embalse Ovejería en Huechún-. Allí formé parte de un equipo que se desafiaba día a día en negociaciones con la comunidad agrícola. Toda una historia por contar.

Con la transición a la democracia, cambió la cúpula de ejecutivos en Codelco y llegó un nuevo Gerente General a esta División. Todos decían que era muy exigente: un minero de vasta experiencia, riguroso y con un estilo muy particular, don Nelson Pizarro Contador. Pasaba revista en detalle por todas partes y lo apodaron "manos de tijeras".

Yo tenía apenas 24 años y trabajaba en las oficinas generales de Saladillo. En ese entonces, el Relacionador Público de la División me pedía apoyo en la recepción de visitas, con una breve bienvenida que se realizaba al interior de los buses. Muchas veces eran extranjeros y yo no hablaba inglés, pero de alguna manera lograba hacerme entender. Un día cualquiera me citaron a la oficina del Gerente General. Para mi sorpresa, pensé que había hecho algo malo. ¡Qué susto! Me preguntó qué hacía en los buses con visitas, le expliqué lo del apoyo y me instruyó hacerlo formalmente, de manera transitoria, hasta reclutar a un nuevo relacionador público. Lo miré asombrada y me sinceré: conocía poco del proceso productivo y no hablaba inglés... pero no podía decirle que no.

Tuve la suerte de que maravillosas personas -a quienes agradezco hasta hoy- me hicieron clases sobre todos los procesos de Andina y de la Corporación. Yo, que era un poco rígida con los conceptos, anotaba todo y estudiaba en serio. Me enviaron a una inmersión total de inglés y a aprender protocolo en Santiago. Aquello que se anunció como transitorio duró un par de años, en los que recibimos desde exigentes compradores de concentrados hasta humildes estudiantes con sus profesores. Todos eran bienvenidos. Sin embargo, mientras se mostraba lo más lindo de la División, detrás estaba el verdadero esfuerzo de quienes trabajaban día y noche en el cerro, enfrentando condiciones duras y un enorme desgaste físico.

Con el tiempo tuve otras funciones, pero siempre recuerdo con cariño el proceso de reclutamiento y selección de estudiantes de instituciones técnicas y universitarias. Cada proceso tenía un impacto en las familias. Presencié mucha emoción, miedo a lo desconocido y también esperanza. Nunca se olvida la primera experiencia laboral: eso marca para siempre.

Cuando por primera vez postulé a un Comité Paritario -en ese tiempo el CPHS de Saladillo abarcaba la Planta de Filtros, Los Andes y Huechún-, no sabía lo arduo que sería ese trabajo paralelo a las funciones diarias. Fue una gran experiencia con los colegas de esos años.

Como Analista de Gestión llegué a mi última posición en la Mina Subterránea. Haber pasado por distintas áreas me ayudó a valorar las condiciones en que trabajan las personas. Ahí me sentí más

cómoda y feliz, porque no solo cumplía mis funciones: experimenté humanidad laboral, respeto, solidaridad y una conexión especial que se da en la mina. Ahí comprendí lo valientes que son los mineros y mineras subterráneos.

Con mucho orgullo estuve presente cuando ingresaron a operar los primeros equipos con mujeres en la Mina Subterránea: la primera mantenedora y el apoyo que sus compañeros les brindaron. Con el tiempo, impulsamos soluciones específicas para ellas: buzos que no fueran enteros, casas de cambio mejor equipadas, salas de lactancia, entre otras. Mi reflexión es clara: incorporar mujeres no significa "ajustarlas" a lo existente, sino adaptar el entorno para que puedan realizar su trabajo con seguridad y dignidad. Cuando eso ocurre, mejora toda la operación.

En 2014 inicié mi camino sindical en el Sindicato Unificado de Trabajadores (SUT), un recorrido muy especial. Durante años fui la única mujer en el Directorio y, aunque he ocupado distintos cargos: Presidenta, Vicepresidenta y Directora, eso no me ha eximido de tener que demostrar constantemente que merezco estar ahí. A los hombres se les asume como líderes de forma natural; a nosotras, se nos exige validar nuestro lugar a cada paso.

Para mí, no se trata solo de haber ocupado un cargo dentro del sindicato. Lo verdaderamente importante ha sido mantener mis principios, sostenerme con firmeza en momentos difíciles y ejercer una voz constante y honesta, aun cuando no siempre resultara cómodo para todos escucharla.

En resumen, todo lo que hacemos se debe a un trabajo colectivo, de transformación profunda. Y ese camino requiere compromiso, voluntad y una mirada que entienda que siempre hay oportunidad de construir espacios más justos, humanos y sostenibles.

¡Gracias División Andina, gracias Mina Subterránea!

"La Subterránea me enseñó que el respeto y la dignidad se construyen día a día, y esos valores guían mi trabajo como dirigenta".



PATRICIO MARIÑÁN TOLEDO

Operador especialista

El operador que encontró en la subterránea compañerismo y formación minera

Entré a División Andina en 2014, luego de haber trabajado en ST Telecomunicaciones en la mina. Para mí, ingresar a Codelco significó un crecimiento importante en mi desarrollo personal, tanto en capacitación como en aprendizaje.

La Mina Subterránea es, en mi opinión, el lugar donde se forma al verdadero minero: duro y bruto, pero también frágil por la naturaleza del trabajo bajo tierra. Allí viví momentos inolvidables, como en el área de hundimiento, cuando me tocó estar en las últimas quemadas. Jamás olvidaré cuando cargaba y sentía cómo crujía el cerro en la frente.

Me considero una persona alegre y responsable, y eso es lo que he aportado durante estos años. Lo que más extrañaré será el compañerismo, la lealtad y el respeto hacia los trabajadores antiguos. Ese espíritu se refleja en la solidaridad: cuando un compañero está mal, siempre se busca la forma de ayudarlo. Aunque la experiencia del trabajador antiguo sigue siendo valorada, con el tiempo se ha producido un recambio generacional que ha dado paso a que jóvenes estén a cargo de turnos, lo cual también es muy valioso.

La modernidad se ha visto especialmente en los equipos de operación, que han hecho el trabajo más seguro y con menor impacto para la salud de los trabajadores. Por eso siento mucho que el proyecto de Minería Continua no se concretara, porque hubiese permitido prolongar la vida de la subterránea.

En este tiempo he hecho pocos amigos, pero muy buenos, que son como hermanos. El valor de la seguridad se ha hecho más presente tras la pérdida de dos compañeros que fallecieron en faena, algo que marcó profundamente y que refuerza la conciencia frente a los riesgos.

Mi familia entiende lo que significa trabajar en minería y conoce tanto lo bueno como lo difícil. Para mí, Codelco Andina ha sido fuente de aprendizaje y tranquilidad económica, lo que se refleja en la buena educación que han recibido mis hijas y en la estabilidad familiar. Lo ingrato, sin embargo, es perderse momentos importantes de sus vidas.

"La subterránea me enseñó que el verdadero minero se forma con esfuerzo, respeto y compañerismo".



PATRICIO ARANCIBIA ALAYANA

Operador especialista

El trabajador que supo tomar la oportunidad y transformar su vida en la mina

Vengo de padre agricultor, y en mi infancia el dinero escaseaba. Eran tiempos en que había que priorizar: comer o comprar zapatillas. Por eso, para mí, trabajar en Codelco lo ha significado todo. Me ha dado estabilidad y proyección para mí y mi familia. Gracias a este trabajo he podido dar a mis hijos lo que necesitan, algo que mi papá no pudo hacer, no por falta de voluntad, sino porque simplemente no se podía.

Ingresé en 2008 al área de Infraestructura, donde estuve un año con contrato temporal y luego pasé a indefinido. Permanecí tres años más ahí y después me fui a la Operación. Antes, como contratista, veía pasar los camiones y jamás imaginé que algún día iba a manejar uno. Por eso nunca voy a olvidar cuando me subí por primera vez. Hoy miro con orgullo hasta dónde he llegado, porque supe aprovechar la oportunidad y también estuve en el momento y lugar adecuados.

En estos años la producción no ha cambiado mucho: el proyecto se diseñó de esa forma y terminará igual, extrayendo de un buzón, cargando el camión y echando a los piques. Sí ha habido avances en el sistema radial y en el sistema Dispatch para contabilizar los viajes. Creo que uno de los aprendizajes que deja la mina es que cuando las cosas se planifican bien, se hacen bien desde la primera vez.

Lo que sí ha cambiado bastante es la preocupación por la seguridad. Hoy se entiende que lo más importante es que todos lleguemos a casa tal como salimos a trabajar. Antes había más relajo, pero con el tiempo se puso mayor énfasis en el cuidado de las personas. También cambió la actitud: los trabajadores con más años de experiencia fueron tomando conciencia de la importancia de prevenir accidentes y enfermedades profesionales. Los más jóvenes, en tanto, hemos asumido con claridad la necesidad de cuidarnos. La seguridad parte por uno mismo, pero también está en ayudar al colega, retroalimentando y preguntando si quedó claro un procedimiento. Siempre he creído que no hay preguntas tontas.

En la mina existe una unión muy grande entre colegas. Cuando alguien tiene un problema, todos se organizan para ayudar, ya sea un compañero de trabajo o alguien de la comunidad. Recuerdo, por ejemplo, el caso de la hermana de un trabajador que fue afectada por el incendio en Valparaíso: entre todos hicimos una colecta para apoyarla.

En este camino también he formado amistades, pocas pero verdaderas. Una persona muy importante fue mi instructor cuando empecé a operar camiones, don Miguel Pastén. Con el tiempo tuvo una enfermedad profesional y fue reubicado en la Sala COM, pero cuando coordina siempre mantiene el buen ánimo y las tallas, lo que hace grato el turno.

Uno de los proyectos que más me llamó la atención fueron los Cuerpos de Alta Ley y su forma de

cargar. Se ponía el camión abajo, la pala llegaba y se hacían socavones gigantes. En ese tiempo apoyaba el desarrollo para quemar los caserones, que son verdaderos cráteres hacia arriba. Es impresionante la ingeniería necesaria para calcular todo y evitar que colapse.

Sé que si me traslado a otra área no se dará la misma relación que existe en la mina. Aquí compartimos como una familia: nos reunimos en la sala de charla, tomamos café o mate, celebramos cumpleaños y nos apoyamos en lo bueno y en lo malo. Esa unión es difícil de encontrar en otro lugar. La gente que no trabaja en minería muchas veces no dimensiona lo que significa estar diez horas arriba de un camión, bajo tierra, mientras otros duermen. Para mí, la subterránea no ha sido solo trabajo, ha sido una forma de vida y un espacio donde aprendí lo que significa el compañerismo verdadero.

"Gracias a la mina pude construir un futuro para mi familia".







PATRICIO REYES ÁLVAREZ

Enfermero Naval y TENS

El enfermero que llegó del mar a la montaña: una vida al servicio de la minería

Soy Enfermero Naval y TENS en enfermería en la vida civil. Destaco esto porque hace 33 años era requisito indispensable para brindar atención de salud en solitario en el área industrial de la División. En aquellos tiempos aún existía el hospital de Saladillo, y el cargo que te entregaban era el de "practicante". Tras rendir un examen teórico en el servicio de salud, las autoridades te certificaban para ejercer esa labor.

Después de nueve años en la Armada de Chile, donde viví mis primeras experiencias de vida profesional, comprendí que amaba mi vocación, pero nunca logré acostumbrarme al mundo militar. Así, a los 28 años, llegué a trabajar a Andina en un reemplazo en diciembre de 1992. Fue un amor a primera vista: hacía lo mismo que en la Marina, pero ahora con mineros y en tierra firme. Al comienzo me destinaron al campamento de mina y luego pasé al policlínico del Nivel 11, donde estuve unos cuatro años, justo mientras se construía el Tercer Panel y el túnel Haulage II.

En esos primeros años hice grandes amistades, con personajes inolvidables como el "Chino" Barrera, el "Chispa", el "Tío", el "Aceite Grueso", el "Coligue", el "Macho", el "Chanchito" Aspee y, al final, los electricistas "Yogui" y "Bubu", entre tantos otros.

Lo que más valoro de mi trabajo ha sido el respeto de los trabajadores. Más allá de atender patologías básicas en los turnos, muchas veces mi rol fue escuchar. Ellos buscaban un consejo, una palabra, un oído atento. Aunque se decía que la minería era solo para "machitos" y rudos, yo aprendí a ver detrás de esa dureza a personas sensibles, leales y generosas.

En estos 33 años en Andina -24 con Isapre Río Blanco y los últimos 9 con la ACHS, casi siempre en la Mina Subterránea- he vivido lo más hermoso de esta profesión, pero también lo más doloroso, como la pérdida de vidas. He visto la evolución de la minería: hoy llegan profesionales jóvenes, incluso hijos de antiguos trabajadores, luciendo sus cascos con orgullo. También cambió nuestra labor: donde antes atendíamos solos, hoy existe un equipo de médicos y enfermeros 24/7.

Me emociona pensar que el destino me trajo del mar a la montaña, y más aún, que dos de mis tres hijas hoy siguen caminos ligados a esta historia: una se prepara para ser enfermera y otra estudia Ingeniería en Minas. Qué orgullo poder conversar con ellas sobre lo que significa este mundo y compartir la pasión por esta labor; si pudiera elegir una vida, elegiría esta mil veces. Quiero agradecer a mi amada esposa María Susana, sin ella esta historia nunca se habría escrito.

“Hoy comparto con mis hijas la pasión por esta labor”.



RICARDO VARGAS VERGARA

Gerente de Minas

El líder que honró la historia de la subterránea y proyectó su legado hacia el futuro de Andina

Llegué a Andina en 2022, pero mi primera experiencia con la Mina Subterránea fue hace 20 años, cuando realicé mi práctica en aquí y compartí con trabajadores que aún permanecen en nuestra División. Nací y crecí en el Valle del Aconcagua, siendo testigo del esfuerzo de generaciones de mineros que, día tras día, subían a sus buses desde sus casas para cumplir con su labor. Ahora que me toca vivirlo desde adentro, confirmo que ese esfuerzo constante, los 365 días del año, constituye un aporte invaluable para el Valle del Aconcagua y la provincia de Chacabuco.

Me identifico profundamente con cada trabajador de nuestra Mina Subterránea. Son hombres y mujeres con arraigo por la tarea, colaboradores comprometidos, que ejercen buenas prácticas, trabajan con orden y limpieza, siguen los principios de nuestro Modelo de Gestión C+ y sostienen una disciplina operacional que apunta a un trabajo seguro y de excelencia.

Basta con recorrer talleres o áreas productivas para apreciar la disciplina con que, durante años, cada minero subterráneo desarrolló su labor.

Estar presentes al inicio de los turnos, recorrer los lugares de trabajo o simplemente conversar con los compañeros refleja un vínculo real con el trabajo bien hecho y con un propósito común: el bienestar de la familia junto con el desarrollo laboral. Trabajar en este ambiente ha sido para mí un aprendizaje constante. Aquí siempre hay un café disponible, una conversación amable, una ayuda o un consejo. En nuestras posiciones, esos espacios son esenciales, pues permiten avanzar en un clima cálido que integra distintas ideas para resolver los desafíos que ha tenido, tiene y tendrá nuestra querida División.

Cuando se anunció el cierre de la Mina Subterránea, comprendimos que también llegaba a su fin una parte importante de nuestra historia. Aquí se probaron equipos y tecnologías, se vivieron experiencias únicas y se transformaron estilos de liderazgo. Pasamos de un modelo jerárquico a una forma de gestión donde la manera en que llegamos a las personas marca la diferencia. Cada accidente se transformó en un aprendizaje y cada compañero que partió, ya sea por enfermedad o por edad, dejó una huella imborrable que siempre recordaremos. También asumimos el compromiso de asegurar la continuidad laboral de nuestros trabajadores, porque ellos son el verdadero motor de esta División.

La operación subterránea deja un legado exitoso para Codelco y para el país. Alcanzamos la notable cifra de 37 mil toneladas extraídas por día, un logro de ingeniería sobresaliente considerando la complejidad geológica del yacimiento. Desde lo adaptativo, las 300 personas que aquí trabajaron fueron motor de innovación tecnológica para el Valle del Aconcagua y referentes de la minería chilena.

Quienes continuamos tenemos el enorme desafío de recordar a cada trabajador y perpetuar el legado de excelencia que nos deja la Mina Subterránea. Para quienes siguen adelante en nuevos caminos personales, queda la satisfacción del trabajo bien hecho y la certeza de haber sido parte de una historia que seguirá marcando a División Andina y al país.

“ El minero subterráneo es un trabajador de buenas prácticas, y su legado habilita nuestro futuro”.



ROBERTO PASTÉN JERALDO

Gerente de Alistamiento Operacional
Sponsor mesa técnica Cese Operacional Tercer Panel
Mina Subterránea

El gerente que lideró el cese del III Panel reconociendo en sus trabajadores el verdadero Legado de Excelencia

La minería subterránea marcó la historia de División Andina durante 55 años. Fue el corazón de la operación y la base de una cultura que formó profesionales y trabajadores en la alta cordillera. Por eso, enfrentar este proceso de cese no ha sido sencillo: se trata de un proceso que deja aprendizajes, huellas imborrables y un legado invaluable para Andina y para Codelco.

Desde el inicio tuvimos la convicción de que debía hacerse con las personas en el centro. Para ello conformamos una mesa técnica inédita en la División, dedicada exclusivamente a organizar cada detalle del cierre de la subterránea. En ella participaron profesionales de distintas áreas -Proyectos, Mina, Gestión de Personas, Sustentabilidad, Comunicaciones, Excelencia Operacional, Abastecimiento y colaboradores- junto con un trabajo permanente con los dirigentes sindicales. Esta forma de abordar el desafío mostró la importancia que la administración otorgó a este hito y el respeto con que se quiso llevar adelante. Para mí, constituye un ejemplo virtuoso de colaboración entre administración y sindicatos, siempre con un mismo objetivo: resguardar la empleabilidad. Y, por sobre todo, este proceso buscó honrar a quienes dieron vida a la mina durante más de cinco décadas, trabajadores que hoy son reconocidos como un verdadero Legado de Excelencia.

El cierre temporal parcial fue lo que se acordó con SERNAGEOMIN, considerando que la mina podría volver a operar en 2050. Para enfrentarlo se definieron cuatro ejes de trabajo: personas, sustentabilidad y comunicaciones, cumplimiento normativo y obras de cierre temporal. Se desarrolló un proceso ordenado y planificado, cumpliendo con la normativa, lo que implicó mantener reuniones periódicas con la autoridad técnica, ejecutar obras físicas para resguardar la seguridad y evitar el ingreso a sectores que dejaban de operar. También se informó a las comunidades y a los alcaldes de la zona sobre el alcance de esta decisión, porque se entendía que no solo se cerraba un área productiva, sino también parte de la historia del valle.

Meses antes del cierre se iniciaron concursos y procesos internos que permitieran reubicar a los 250 trabajadores de la subterránea dentro de la División, ya fuera en plantas, servicios o en la Mina Rajo. Gracias a esa planificación, el 65% logró encontrar un nuevo puesto antes de agosto de 2025; otros continuaron en proceso y algunos esperaron un cargo acorde a sus intereses. También se mantuvieron 62 personas en la subterránea, ya no en faenas de explotación, sino en funciones de apoyo, considerando que el área seguirá operando como mina de servicio, especialmente durante el invierno.

Para dar transparencia se construyó, junto a trabajadores y dirigentes, un modelo de jerarquización que permitió establecer rankings para los concursos. En algunos casos fue necesario un proceso de reconversión, con capacitación para adquirir nuevas competencias; en otros, bastó con instrucción para adaptarse a los riesgos de la nueva área. Un grupo importante fue preparado para la operación de camiones del rajo mediante cursos en aula, horas en simulador y práctica en terreno, apoyados por instructores internos. Asimismo, siempre se mantuvo

abierta la posibilidad de egreso para quienes quisieran iniciar otra etapa de vida y dedicar más tiempo a sus familias después de tantos años de trabajo subterráneo.

Hubo hitos especialmente significativos en este proceso. Los conversatorios con los trabajadores permitieron dialogar abiertamente y acompañarlos en cada paso de la movilidad laboral. Una de las instancias más emotivas fue cuando sus familias -hijos, hijas, esposas y nueras- pudieron visitar la mina y conocer de cerca el lugar donde sus seres queridos trabajaron tantos años. También rescatamos nuestra memoria colectiva con la creación de un museo en la subterránea, impulsado por el superintendente Valentín Morales, con objetos, instrumentos y herramientas que acompañaron décadas de historia, junto con un documental y este libro que busca homenajear a quienes fueron parte de ella. Finalmente, los rituales de cierre y reconocimiento en la última baldada, la ceremonia de cese y la cena de camaradería son instancias cargadas de simbolismo y emociones, porque reconocemos la importancia de cerrar físicamente una etapa que quedará para siempre en nuestra memoria.

Me emociona reconocer las características de los trabajadores de la subterránea. Son equipos eficientes, capaces de superar barreras y mirar más allá de lo inmediato. Comprenden que la División es mucho más que el lugar donde se desempeñan y, sobre todo, han formado grupos muy cohesionados.

Haber compartido tantos años en condiciones exigentes les dio una fortaleza única: se conocen, se apoyan y resuelven problemas en conjunto. Estoy convencido de que esas cualidades impactarán positivamente en cualquier área donde hoy estén aportando.

Al mirar hacia atrás, siento orgullo. Cada trabajador que pasó por aquí aportó a una cultura de esfuerzo, disciplina y compromiso. El cierre de la subterránea no significa olvidar, sino transformar. Nos queda el desafío de resguardar su historia y proyectarla hacia el futuro, con la certeza de que este Legado de Excelencia seguirá vivo en la memoria de División Andina y en el reconocimiento a las y los trabajadores que fueron parte de ella.

“El cierre de la subterránea no significa olvidar, sino transformar su legado en futuro”.



ROBERTO VEGA COLLAO

Operador especialista

El operador que hizo de la subterránea su segunda familia y la oportunidad de transformar su vida

Soy oriundo de San Felipe y desde siempre quise trabajar en minería e ingresar a Andina. Esa oportunidad llegó a los 24 años, cuando entré por un programa de expansión del rajo. Por circunstancias de la vida, en noviembre de 2012 me informaron que debía incorporarme a la subterránea. En ese momento no lo comprendía plenamente, pero asumí el desafío convencido de que todo sucede por una razón. Creo que la vida está escrita y uno va descubriendo día a día cómo se redacta su propia historia.

Tras un mes de inducción con don Hugo Ortega, pasé de enero a junio de 2013 al área de Infraestructura -que ya no existe- en el Nivel 16 ½. Allí noté que a pocos les interesaban las maquinarias, pero para mí siempre han sido una pasión. Se abrió la posibilidad de capacitarme y, aunque mi contrato era temporal, en julio de 2013 firmé como operador calificado indefinido.

Por mi desempeño tuve la oportunidad de incorporarme al área de palas en el Nivel 16 y me integré a producción, siempre en el Grupo 2. En ese tiempo estaba en marcha el proyecto de los Cuerpos de Alta Ley, que tenían un sistema distinto de carguío.

Con los años la producción disminuyó, al igual que la dotación. Los trabajadores con más experiencia se inquietaban por cumplir las metas, y nos organizábamos para abarcar todas las tareas. Actualmente estoy a cargo de la bodega del Nivel 16, coordinando escoltas y apoyos para los trabajos que van surgiendo.

Estos 13 años en la mina han sido muy significativos porque la empresa me ha dado mucho. Gracias a mi trabajo, con mi familia visitamos lugares que nunca pensamos conocer y pude comprar un automóvil, algo que antes me parecía inalcanzable. Estoy casado, a punto de cumplir 20 años con mi pareja, y tenemos tres hijos de 17, 15 y 9 años.

Antes de llegar a Andina trabajé como temporero y jamás imaginé incorporarme a una faena minera. Al terminar cuarto medio, mi pareja quedó embarazada y decidí emplearme para apoyarla. Siempre he sido inquieto y perseverante, con interés en aprender y crear. Nunca pensé que lograría entrar a Andina, pero cuando tuve la oportunidad la aproveché.

La subterránea se transformó en mi segunda familia. Pasamos largas jornadas juntos y si alguien tiene un problema, nos afecta a todos. Me preocupo por mis compañeros: si sé que alguno atraviesa una dificultad, lo llamo o lo visito. La mayoría proviene de otras regiones y viaja para estar con sus familias; los pocos que somos de la zona hemos desarrollado una afinidad especial y nos reunimos periódicamente.

Entre las personas que destaco está mi jefe, Javier Araya, porque es un verdadero líder. Va al frente, no se resguarda detrás, y esa actitud marca la diferencia. El acercamiento de la jefatura en general también ha sido relevante en estos años, porque hoy

podemos compartir sin importar el cargo, y quienes permanecemos nos hemos cohesionado cada vez más.

Siempre intento aportar más allá de lo laboral. Como Grupo 2 apadrinamos una escuela rural unidocente en Cabildo que fue premiada. Este año les compramos útiles y en Navidad organizamos una fiesta con juegos inflables, regalos y la visita del Viejo Pascuero.

También tengo presente que nuestro compromiso es con Chile. Cuando escucho los informes de producción pienso: "si nos fue bien, habrá más recursos para colegios, consultorios, medicamentos y alimentación escolar". Así concibo nuestro trabajo como un aporte directo a la comunidad.

Estoy tranquilo ante el cese, aunque voy a extrañar la mina y a mis compañeros. Confío en nuestra polifuncionalidad: donde vayamos trabajaremos con disposición de aprender y salir adelante. No sé qué me depare el futuro, pero estoy seguro de que donde esté daré lo mejor de mí.

"La subterránea se convirtió en mi segunda familia y gracias a ella pude darle a los míos lo que antes parecía inalcanzable".



RODOLFO GONZÁLEZ PILAR

Supervisor de primera línea Plantas

El hijo de Andina que convirtió la subterránea en su escuela de vida y compañerismo

Soy de familia minera, hijo de un trabajador que ingresó a la División en 1980. Desde niño mi vida estuvo marcada por Andina, primero en mi infancia y luego en mi desarrollo personal y profesional. En abril de 2005 ingresé a Codelco como operador de producción en la Mina Subterránea, después de haber trabajado en varias áreas de la División -Huechún, Saladillo, Hilton-Hyatt y la Mina Rajo- en mantención de campamento, a través de empresas contratistas.

Partí literalmente tirando pala y con el tiempo llegué a ser supervisor de primera línea en traspaso. Ha sido un crecimiento personal y profesional gigante. Llegué con mi título de eléctrico de la Escuela Industrial y hoy soy un orgulloso ingeniero en minas.

La Mina Subterránea fue una etapa de total crecimiento, una experiencia que marcó mi vida y que me dio grandes amigos y compañeros. Comencé como ayudante de carguero y luego fui operador de equipos LHD. Con el tiempo, la mina evolucionó enormemente tanto en la mecanización de las tareas como en la especialización de los trabajadores. Hoy contamos con equipos de alto estándar y con personal altamente calificado.

Lo que más se extraña de la mina es su ambiente, su mística. Los trabajadores se caracterizan por el compañerismo, la amistad y el orgullo de pertenencia. Más que compañeros de trabajo, se formó una gran familia que incluso integró a nuestras familias. Recuerdo con especial nostalgia a Enzo Ramírez, “Copito”, quien fue mi aprendiz y lamentablemente falleció en un accidente en su casa: una excelente persona y un gran trabajador.

Mi legado fue fomentar el trabajo como pares en un lugar donde tradicionalmente estaban muy marcados los roles de maestro y ayudante. Me gustaría que me recordaran como aquel compañero que no temía compartir sus conocimientos con quienes se fueron incorporando con los años.

En lo profesional también me tocó ser parte de hitos importantes. Llegué en medio de la implementación del proyecto Sizer, que cambió la forma de gestionar el mineral de mayor tamaño, reduciendo el uso de explosivos en reducción secundaria. Y el 20 de agosto de 2025 estuve presente en la inauguración de la Rampa de Conectividad, que marca una nueva etapa para la subterránea.

En materia de seguridad, fue invaluable aprender la cultura del autocuidado, entender los riesgos a los que estábamos expuestos, cuidar al compañero que trabaja a nuestro lado, hacer las cosas bien y no tener miedo a detener una tarea cuando no se cumplía con los controles de riesgo.

Mi familia ha conocido de cerca mi trabajo gracias a las visitas a las áreas operativas. Han podido ver en lo que me desempeño y comprender lo que significa la vida minera. Para mí, Andina no solo ha sido un lugar de trabajo: ha sido el gran soporte de mi familia desde la infancia hasta la adultez, el espacio donde crecí como persona y como profesional, y del que siempre me sentiré orgulloso.

“Partí tirando pala y hoy soy ingeniero en minas; todo lo que soy se lo debo a Andina y a la subterránea”.



RODRIGO AGUIRRE CARVAJAL

Supervisor de mantención

El profesional que hizo de la empatía, el compromiso y la seguridad su sello en Andina

Ingresé a trabajar a Codelco en diciembre de 1997 por una empresa contratista, recién egresado de la universidad. Fue mi primera experiencia laboral después de la práctica profesional y llegué a apoyar las funciones administrativas del área de mantención, específicamente en la implementación del SAP en el módulo de mantenimiento.

Desde entonces, mi vida profesional ha sido un aprendizaje constante, ocupando distintas funciones y entregando siempre lo mejor de mí. He tratado de ser empático y cercano, y me siento agradecido de haber compartido con un gran equipo de personas, donde siempre hay alguien dispuesto a opinar y aportar. Estoy convencido de que lo que más vamos a extrañar de la mina es justamente ese ambiente humano.

El legado que quisiera dejar en la División es la necesidad de desafiarnos permanentemente, buscando siempre mejores formas de hacer las cosas, tanto en seguridad como en producción. También la empatía, la escucha activa y el compromiso. Siempre me ha gustado estar en terreno y no conformarme con que me cuenten cómo fueron las cosas, porque creo que es fundamental tener una visión propia de por qué resultan o no resultan los trabajos.

En todos estos años viví historias, anécdotas y recuerdos imborrables: los recorridos por el túnel de exploración junto a colegas, la búsqueda de una fuente de suministro de agua para la mina, una caminata por el Nivel 11 con una gruesa capa de hielo o el retiro de una camioneta que estaba completamente en el agua con mi buen amigo Danilo.

También guardo con cariño la frase de un compañero que nos marcó: “que no te mate la tonelada”. Esa expresión encierra un profundo sentido: preocuparse por las personas y resolver las condiciones de la mina son la base para que la producción salga adelante sin inconvenientes.

He visto cómo la mina se modernizó, no solo en avances tecnológicos, sino también en el desarrollo de las personas. El nivel que hoy tenemos es muy distinto al de hace dos décadas. En este camino comprendí que hacer las cosas sin seguridad no tiene ningún sentido. Cuando ocurren accidentes graves o perdemos a un compañero, entendemos que no hay meta que justifique exponerse a riesgos no controlados.

Durante este tiempo he hecho grandes amigos, con los que compartimos dentro y fuera del trabajo. Algunos partieron antes de tiempo, pero de todos conservo un recuerdo lleno de afecto.

Mi familia ha sido el pilar fundamental en toda mi carrera. El apoyo incondicional de mi esposa Carolina y la comprensión de mis hijas Sofía y Javiera me dieron la fuerza para seguir adelante, incluso en los momentos en que no pude estar presente en fechas importantes como cumpleaños o celebraciones familiares. Hoy quiero agradecerles de corazón, porque cada paso en la mina también ha sido gracias a ellas. Son mi mayor orgullo y la razón más profunda de todo mi esfuerzo.

“ Siempre creí que lo más importante era escuchar, aprender de cada persona y nunca olvidar que la seguridad está primero”.



RODRIGO GÓMEZ GARRIDO

Analista especialista

El analista que vivió el terremoto bajo tierra y aprendió a amar lo que hace

Creo que las personas se unen de manera circunstancial en los trabajos y no siempre existe un hecho que se perpetúe en el tiempo. Sin embargo, me quedo con los buenos momentos vividos y las anécdotas de estos 18 años en la Mina Subterránea, desde que ingresé en abril de 2007.

Extrañaré la amabilidad y la camaradería de los equipos, esa complicidad que nace al compartir la misma incertidumbre: entrar a la mina sin saber cómo será la jornada. Más que locura o valentía, trabajar bajo tierra significa enfrentarse a ambientes polvorientos, oscuros y húmedos, y aun así levantarse de madrugada, cuando la familia aún duerme, para cumplir la labor con coraje.

Uno de los recuerdos más marcados fue vivir el terremoto del 27 de febrero de 2010 en el turno de noche con los colegas del Grupo 3. Tras recibir la nombrada, me asignaron realizar la mantención de la pala junto a los Luchos (Espejo y Ángel). Todo transcurría normal: cada uno en su labor, hasta que pasada la medianoche, mientras aprendía técnicas de soldadura con Ángel, sentí un movimiento extraño. Al levantarme la máscara vi a Luis pálido, diciendo "está temblando", y en ese instante vino el remezón fuerte. Nos refugiamos en el pozo de mantención, debajo de la pala, hasta que pasó el terremoto. Luego nos reagrupamos en la sala de nombrada, coordinamos acciones con operaciones y finalmente decidimos inspeccionar el Haulage II. Organizamos una caravana con los contratistas y vehículos disponibles, y cerca de las siete de la mañana se logró evacuar a todo el personal de la Mina Subterránea.

También guardo en la memoria hechos históricos como la ampliación del rajo, que pasó de tres rajos -La Unión, Don Luis y Sur Sur- a uno solo; la extracción del proyecto CAL; y la ampliación del Nivel 16. Otro cambio significativo fue ver cómo las instalaciones, que al inicio eran modestas, hoy se transformaron en un verdadero palacio con un estándar superior.

Gracias a mis estudios en ingeniería en prevención de riesgos me integré al equipo de seguridad de la superintendencia liderada por Juan Sánchez Pacheco. Allí trabajé en la implementación del proyecto PESSO y luego del SIGO. Esa experiencia me permitió perfeccionarme en diversas áreas como salud ocupacional, medio ambiente y calidad. Estoy convencido de que la seguridad es un valor que debe estar interiorizado en cada trabajador para evitar incidentes y accidentes que, en muchos casos, se convierten en fatalidades.

Durante mi estadía se registraron varios decesos de colegas, especialmente el año 2007. Los que más me marcaron fueron los fallecimientos de Juan Cruz, Sergio Machuca e Iván Rosende.

A lo largo del tiempo también he hecho grandes amigos en distintas áreas, y aunque no siempre podemos vernos seguido, valoro profundamente esos lazos. Mi familia, por su parte, ha comprendido las exigencias de este trabajo, aun cuando significó perderme fiestas, cumpleaños o navidades. Gracias a ellos he podido sostener este camino, porque al final, uno solo puede perseverar cuando ama lo que hace.

“ Entre ausencias y sacrificios, aprendí que la verdadera fortaleza está en amar lo que uno hace”.



SANTIAGO QUIROZ OLIVARES

Supervisor de primera línea

El minero que transformó su esfuerzo en futuro

Soy oriundo de Cabildo, en el interior, donde trabajé un tiempo en una mina de oro en Petorca antes de ingresar a la División. Fue mi amigo Hugo Pizarro quien me comentó que había postulaciones en Andina. En esos tiempos envié mi currículo por fax y, al mes, entré al proceso de selección. Quedé contratado en 1998 en forma temporal; Hugo ingresó siete años después. Es un gran amigo, a quien siempre estaré agradecido.

En 1999 pasé a contrato indefinido y me integré al Grupo 4 en el taller de infraestructura eléctrica del Nivel 17. Más tarde fui parte del turno A como especialista y estuve como ITO en la empresa Vidaurre, a cargo del desarrollo y tiro de cables, hasta 2007. Ese año llegué a la Sala COM en Saladillo, buscando un nuevo desafío y mejores condiciones de trabajo. Postulé a un concurso de supervisor de primera línea y quedé seleccionado. Me costó adaptarme al inicio porque seguía con el corazón en mantención, tratando de solucionar problemas; en realidad, aún lo tengo ahí.

El ambiente de la mina siempre fue muy familiar. Con los eléctricos y mecánicos formábamos un grupo muy unido. Junto a Juan Herrera capacitábamos a los operadores de camiones para enseñarles a detectar fallas, lo que era un gran apoyo considerando lo difícil que resultaba llegar al Nivel 17 desde los niveles 8 u 11. En general, éramos como una familia: cuando algo pasaba, nos apoyábamos, disfrutábamos juntos y hasta compartimos vacaciones con nuestras familias en Perú y Argentina. De esas relaciones nacieron compadres, porque algunos compañeros llegaron a ser padrinos de mis hijos. Si los necesito, sé que están, y como suelo decir: “si hay que ir a la guerra, voy con ellos”.

En lo humano también hubo momentos dolorosos. Recuerdo con pesar la partida de compañeros como Luis Rivera (QEPD), fallecido el 23 de diciembre de 2003 y sepultado en Navidad; Sergio Machuca (QEPD), con quien estuve presente al momento del accidente; Iván Rosende (QEPD), de quien guardo grandes recuerdos; y Juan Cruz (QEPD), que también nos dejó. Esas pérdidas nos marcaron profundamente.

En cuanto a la modernización, me tocó vivir hitos importantes. Recuerdo la llegada del Molino SAG, el segundo más grande del mundo, y del chancador Don Luis, que en su momento fue la planta más moderna. Lo mismo con la incorporación del chancador Sizer. En mantención eléctrica pasamos de lidiar con los PLC y los drop, que generaban verdaderos dramas cuando se cortaba un cable coaxial, a contar con las bases momentum, que permitieron que cada buzón funcionara de manera independiente: un gran avance para nuestro trabajo. También presencié el inicio de los martillos telecomandados, que muchos temían, pensando que significarían pérdida de empleos. Fue todo lo contrario: mejoraron las condiciones, ya que permitieron sacar a los trabajadores de la exposición al polvo al operar de forma remota.

Mi familia siempre estuvo al tanto de mi trabajo. Incluso mi señora y mi hijo conocieron la Sala COM gracias a una gestión de la empresa, visitaron la Planta de Filtros, el casino y hasta la Mina Subterránea, donde comprobaron lo exigente que era el ambiente. Por eso, cuando surgió la posibilidad de salir de la mina, mi señora me apoyó sin dudarlo, entendiendo el esfuerzo que implicaba.

Guardo también anécdotas personales, como la vivida en julio del 2000, cuando recién había llegado a San Felipe y estaba por nacer mi hijo. Pasamos 15 días encerrados, mi señora lloraba todos los días porque yo no podía bajar.

Hoy miro hacia atrás y siento que Andina me ha dado todo lo que tengo y lo que he podido entregar a mi familia. Gracias a este trabajo, mis hijos han podido estudiar: la mayor es psicóloga, el segundo ingeniero comercial, el tercero cursa quinto año de ingeniería comercial y los mellizos están en segundo medio. Tengo mi casa, he podido apoyar a mis padres y asegurar un buen vivir. Estoy muy agradecido de la empresa.

Con 48 años sé que aún me falta buen tiempo para jubilar, y estoy convencido de que todo cambio es para mejor. Seguiré dando lo mejor de mí, con la certeza de que el esfuerzo y el cariño por lo que uno hace siempre dejan huella.

"Gracias a este trabajo, mis hijos han podido estudiar y asegurar un buen vivir para mi familia".



SEGUNDO RÍOS PIZARRO

Operador especialista Sala COM

De Salvador a Andina: 40 años que forjaron la vida de un minero

Llegué a Andina el Día del Trabajador de 1997, transferido desde División Salvador, aunque en la Corporación ya llevo 40 años. Gran parte de mis catorce años en el norte me desempeñé como minero de desarrollo. Éramos polifuncionales, igual que acá en Andina: corríamos chimenea, hundimiento, levantábamos cerro y también prestábamos apoyo a la producción. En Salvador el cerro era muy malo, el mineral era distinto, más blando y, por lo tanto, más peligroso.

De Andina fueron a buscar gente a Salvador. Había nueve cupos y entrevistaron a más de cien personas. Para mí el cambio fue importante, porque hasta entonces solo conocía La Serena. La minería es parte de mi historia familiar: mi papá trabajó 40 años en Chuquicamata y la mayoría de mis hermanos también son mineros.

En Andina encontré un ambiente cercano, casi como de familia: compañeros dispuestos a enseñar y a la vez abiertos a aprender. Cuando llegué tuve la oportunidad de transmitir lo que sabía, pero también de adquirir nuevos conocimientos. Aquí fue donde aprendí a operar equipos: fui carguero, jumbista, trabajé con martillos telecomandados, palas LHD y camiones. Recorrí la mina completa.

En esos años recién comenzaban a implementar los martillos telecomandados. Fuimos cinco los que llegamos desde Salvador, con ideas nuevas y ganas de innovar. La mina me parecía primitiva en comparación con lo que conocía; apenas el supervisor tenía un computador y los viejos aún cargaban la masa al hombro. Con el tiempo, la operación se fue modernizando.

A los dos años de llegar me enviaron a una capacitación y después estuve varios años reemplazando a supervisores ayudantes gracias a mi experiencia. También me tocó presenciar la llegada de nuevos equipos: recuerdo el famoso Supra, el "Requetepatitas", que estuvo a prueba dos años; luego llegaron los camiones Wagner, los Caterpillar, los Jumbos nuevos y el Mercury. Cada incorporación hizo la pega más liviana y aumentó la producción.

En seguridad también hubo avances notables. Yo estudié en la escuela de mineros y aprendí que los libros de seguridad se escriben a partir de la historia de accidentes. Hoy, para cualquier tarea existen protocolos claros y debemos respetar reglas y procedimientos. Ha sido un cambio muy importante.

Sé que voy a extrañar la mina y la rutina de los turnos. Me levanto a las cuatro de la mañana y el bus me pasa a buscar a las cinco. Me preparo con calma, a veces riego el jardín y me despido de mi señora antes de salir. Durante el día la llamo un par de veces porque está sola en casa. Incluso en mis días de descanso me sigo despertando a las cuatro, acostumbrado al ritmo de tantos años.

Todo lo que soy y lo que tengo se lo debo a mi trabajo y a la empresa. Tengo dos hijos: Paola y Rodrigo. Ella está casada, tiene dos hijos y estudió ingeniería comercial. Mi hijo es profesor de educación física, magíster en alto rendimiento; además es técnico eléctrico y está terminando estudios de automatización y robótica. Trabaja en la Escuela de Especialidades y todavía vive con nosotros.

Siento que cumplí mi ciclo y entregué lo mejor de mí. Pronto cumpliré 63 años y espero el plan de egreso, con la tranquilidad de haber dado todo en mi camino. Es momento de dejar paso a las nuevas generaciones, con la satisfacción de haber recorrido la mina completa y de haber construido una vida con orgullo y gratitud.

“Desde mis primeros pasos, cada jornada ha marcado mi historia”.



SERGIO PALAVICINO VATCKY

Ingeniero especialista

El ingeniero que conoció todos los procesos y forjó más de 40 años de historia en Andina

Ingresé a trabajar a Codelco Andina en febrero de 1982, luego de un entrenamiento obligatorio de dos meses en la Escuela de Mineros, dirigida entonces por el supervisor Juan Flores Armijo (QEPD). Después realicé una pasantía en terreno como ayudante de minero y capataz, antes de asumir en propiedad mi cargo contractual. Antes de eso había trabajado como contratista en la empresa Eulogio Gordo y Cía., colaborando en la fortificación y desquinche de accesos al Segundo Panel de la Mina Subterránea, la construcción del muro del tranque Los Leones y las oficinas de terreno en el Nivel 11.

A lo largo de mi carrera he tenido el privilegio de recorrer la mayoría de los procesos mineros, desempeñando cargos como capataz, jefe de turno en los cuatro grupos mineros, jefe general y superintendente de turno, gerente de proyectos de turno, coordinador y administrador de contratos en proyectos mina, jefe de área de Ingeniería Mina y miembro del equipo de Proyectos Mina, participando desde el inicio hasta el ocaso del Tercer Panel. Todo ello me permitió ser parte tanto de la construcción como de la operación de la mina, integrándome de lleno al equipo de la Gerencia de Proyectos Mina.

En paralelo, me tocó participar en los inicios de la Mina Rajo como jefe de Control Producción, con un grupo de muestreros encargados de recolectar y procesar diariamente las muestras de los pozos del rajo y del Nivel 16 LHD en la subterránea. Como jefe de turno en Desarrollo-Construcción MS, lideré la preparación y hundimiento de bloques que se integraban a producción según lo planificado, asegurando minerales frescos para la mezcla en períodos de invierno.

Un hito importante en mi paso por Ingeniería de Minas fue liderar la migración desde planillas manuales y calculadoras hacia los primeros equipos computacionales VMAS. En paralelo llevamos controles manuales y digitales hasta asegurar la confiabilidad de la nueva tecnología y vencer el natural temor al cambio. Posteriormente, en el área de Diseños Mina, reemplazamos los tableros de dibujo por PC con software Autocad, logrando mayor productividad tras la capacitación de los dibujantes. Algo similar ocurrió en topografía, donde introdujimos estaciones totales que permitieron integrar levantamientos y controles en gráficas 3D de la mina en tiempo real.

En la Gerencia de Proyectos Mina me correspondió administrar contratos clave para la operación del Tercer Panel, cuya puesta en marcha duplicó la capacidad de tratamiento de 33,5 a 64 mil toneladas por día. También fui testigo de la evolución tecnológica: desde el Primer Panel en el Nivel 8, con alta demanda de oficios manuales, pasando por la incorporación de equipos mecanizados en el Segundo Panel, hasta llegar al tercero, donde el picado de rocas fue telecomandado en su totalidad desde salas alejadas del polvo y del ruido. A ello se sumaron sistemas de control remoto para ventilación, redes de agua, semáforos, portones, estanques y otros servicios auxiliares.

Lo que más extrañaré de la subterránea será la mística y el carisma que marcaron a generaciones, el sentido de pertenencia y la camaradería que se vivía día a día con colegas y jefaturas. Los viejos de la mina se distinguieron por el trabajo en equipo, la solidaridad, la responsabilidad y, por sobre

todo, el orgullo de pertenencia. En lo personal, me gustaría ser recordado como alguien serio, honesto, apasionado en sus proyectos y responsable en su quehacer.

La prevención de riesgos siempre ha sido un valor intransable. Además de mis estudios de ingeniería en Minas e Industrias, me formé como experto profesional en prevención de riesgos SERNAGEOMIN, lo que me permitió aportar con una mirada integral de seguridad en cada etapa.

A lo largo de estos años he compartido experiencias laborales y humanas con colegas que me han dejado huella. También me tocó enfrentar momentos difíciles, como eventos fatales que nos marcaron a todos y de los que siempre buscamos aprender.
Mi esposa ha sido un pilar fundamental, con paciencia infinita y apoyo incondicional en momentos exigentes y en mis ausencias durante los inviernos. Gracias a este trabajo pude entregar a mi familia estabilidad, educación y valores, lo que me hace sentir orgullo de un deber cumplido.

La moral, la ética, la honradez, la responsabilidad, la superación, la puntualidad, el respeto y la pasión por lo que se emprende han guiado mi vida profesional.

Agradezco a Dios por haber conservado la salud y la esperanza, y a Codelco por permitirme cumplir sueños y realizarme en lo personal y familiar, junto a tantas personas que dejaron huella en mi camino.

"Formé parte de la construcción y operación de la Mina Subterránea, un orgullo que me acompañará siempre".



SILVANA HERRERA VERGARA

Geóloga especialista senior

La geóloga que convirtió 12 años bajo tierra en una historia de seguridad y orgullo

Ingresé a Codelco Andina a través del Programa de Graduados en 2012, desempeñándome durante 12 años como geóloga de producción en la Mina Subterránea. En 2024 asumí un nuevo desafío en la Superintendencia de Geomecánica. Ese período fue una verdadera escuela: fortalecí mis competencias técnicas, aprendí a trabajar de manera colaborativa y a lograr objetivos comunes junto a personas de distintas áreas.

La Mina Subterránea fue mi segunda casa, un espacio de aprendizaje constante, de gran compañerismo y de orgullo por pertenecer a un equipo multidisciplinario comprometido con su labor. Extrañaré a mis colegas, los desafíos diarios y la confianza que siempre distinguió a los trabajadores de la subterránea. El compañerismo, la responsabilidad, el compromiso y el apoyo mutuo marcaron la diferencia en un entorno tan exigente como la minería.

Me gustaría que se recuerde mi capacidad para trabajar con las personas, resolver conflictos, aplicar mis habilidades técnicas y mantener un fuerte compromiso con la seguridad. Creo que mi legado está en haber sido parte de un equipo que protegió vidas gracias a su trabajo.

Al igual que otras mujeres que estuvieron antes, me gustaría que se nos recuerde como quienes abrimos camino en un espacio que por años estuvo cerrado para nosotras. A las nuevas generaciones, y especialmente a las mujeres que recién se incorporan, quiero decirles que cada día somos más, que la equidad nos permite realizar cualquier tarea sin dejar de ser quienes somos. Les diría que se valoren y nunca cambien su esencia para ser aceptadas.

En estos años viví hitos y experiencias que marcaron mi historia profesional. Recuerdo cuando trabajamos en los Cuerpos de Alta Ley con el método de sublevel stoping, un desafío que logramos superar con innovación y trabajo en equipo. También la automatización que desarrollamos en geología para identificar y priorizar puntos de extracción con riesgo de bombeos agua-barro, lo que mejoró la seguridad de personas y equipos.

Otro hito fue la modernización de los equipos, diseñados no solo para mejores resultados, sino también para brindar mayor comodidad a los operadores. Los elementos de protección personal también evolucionaron: más livianos, ergonómicos y seguros, lo que permitió trabajar con mayor eficiencia.

La pandemia fue otra prueba. Durante dos años seguimos subiendo a la mina, adaptándonos a protocolos estrictos, separadores en camionetas, mascarillas todo el día y acrílicos en casinos. A pesar de la dificultad, nunca dejamos de cumplir con nuestra labor.

No todo fue trabajo. Un recuerdo muy especial fue compartir un partido del Mundial de Fútbol en

el Nivel 17, donde nos reunimos trabajadores de distintas empresas. Fue un momento alegre que rompió la rutina y nos unió aún más como equipo.

La seguridad siempre estuvo por sobre cualquier objetivo. Ese valor lo interioricé no solo en mi trabajo, sino también en mi vida cotidiana. Recuerdo con especial gratitud a don Sergio Lagos (QEPD), uno de mis primeros jefes de turno, quien siempre se preocupó por nosotros en terreno.

En la subterránea también formé amistades profundas que trascendieron lo laboral y con quienes aún mantengo contacto. La mística y el carisma de la mina quedan grabados en quienes tuvimos la oportunidad de ser parte de ella.

Mi familia aprendió conmigo lo que significa trabajar en minería: madrugones, jornadas extensas, inviernos sin ver la luz del sol. Ellos también se pusieron la camiseta de la subterránea.

Gracias a este trabajo conocí a mi esposo y juntos formamos una familia que ha sabido adaptarse a las exigencias de una faena de alta demanda. El apoyo de nuestras familias, que viven en otras ciudades, y de nuestros amigos cercanos ha sido fundamental para compatibilizar la vida laboral con la personal.

Cuando ingresé, sabía que la mina cerraría, pero con los años esa idea se fue difuminando. Al llegar el momento sentí tristeza, pero también orgullo por haber sido parte de una historia que merece ser recordada. Espero que, al hablar de la subterránea, no solo se mencionen la buena ley de cobre o los resultados, sino también a las personas que la hicieron posible con compromiso, entrega y trabajo en equipo.

“Sentí orgullo por haber sido parte de una historia que merece ser recordada”.



SILVIO PÉREZ AGUILERA

Supervisor de primera línea

El supervisor que convirtió 26 años de cambios y desafíos en una historia de compañerismo

Llevo 26 años en la División. Llegué en diciembre de 1997, primero por seis meses como temporal, y en junio de 1998 me contrataron en forma indefinida.

Mis primeros nueve años los pasé en el área de Mantenimiento de la Mina Subterránea, pues soy técnico en mecánica diésel de la Universidad Técnica Federico Santa María. En esos años la División ofrecía la posibilidad de estudiar y perfeccionarse mediante un programa de autodesarrollo. Con algunos colegas nos inscribimos en la carrera de Ingeniería de Ejecución Mecánica, que cursamos durante cinco años, y gracias a eso pude titularme como ingeniero mecánico.

Más adelante postulé a un concurso de supervisor de ayudante —como se llamaba en ese entonces— en el Centro de Operaciones, la Sala COM. En 2007 asumí ese cambio, que fue una experiencia completamente distinta, porque venía del mundo del mantenimiento, muy diferente a la operación. Al inicio fue un gran desafío, pero aprendí de los colegas con más experiencia y juntos sacamos adelante este centro que, en ese momento, representaba una gran innovación dentro de Codelco. Con el tiempo fuimos consolidando las nuevas tecnologías y hoy contamos con un Centro de Operaciones fortalecido, que incluso se ha replicado en otras divisiones y en la minería chilena. Ha sido una experiencia muy enriquecedora, porque cada jornada trae algo nuevo: aunque la operación esté planificada, la mina siempre sorprende con situaciones que exigen pensar, adaptarse y actuar. Esa dinámica hace que el trabajo nunca sea rutinario y siempre mantenga un ritmo emocionante.

Recuerdo que, antes de que yo llegara a la Sala COM, hubo un hito importante: se logró mover un martillo ubicado en el interior de la mina desde Japón, demostrando el potencial de la innovación tecnológica y marcando un orgullo para quienes participaron. Desde entonces, el desarrollo de nuevas herramientas permitió sacar a las personas de los frentes de trabajo y comenzar a operar a distancia, un adelanto enorme para la minería.

Cuando llegué a Andina era bastante joven, y lo que más me marcó fue el espíritu de la gente. Dentro de la mina encontré personas cariñosas y preocupadas por los demás, en especial por quienes recién comenzábamos. Siempre había alguien atento a cuidarnos y a que no nos pasara nada. Esa cultura de acogida, afortunadamente, todavía se mantiene: cada vez que alguien llega a un área nueva, el equipo lo recibe, lo apoya y lo ayuda a integrarse. Ese cuidado por las personas es, sin duda, uno de los grandes legados de la subterránea.

En mis años en mantención también forjé grandes amistades. Recuerdo con especial cariño a Raúl Celis, quien ya falleció, así como a Sergio Leiva y Claudio Torres. Con todos ellos compartí largas jornadas, aprendí mucho y construimos lazos que van más allá del trabajo. El cambio de las jornadas laborales, aplicadas luego en toda la minería, modificó también la manera de relacionarnos. Hoy, el descanso se dedica más a la familia y se comparte menos fuera del trabajo. Con la jornada de ocho horas era distinto, había más cercanía y tiempo para disfrutar con los colegas.

Soy sureño: nací en Tomé y me crié en Concepción. En Andina conocí a mi esposa, Carol, de San Felipe, con quien formamos una familia de tres hijos. Ella sabe lo que significa este oficio porque su madre trabajó muchos años en el hospital de Saladillo, con turnos

exigentes. Por eso entiende lo demandante que es para la familia. Yo pasé muchas navidades, años nuevos y Fiestas Patrias trabajando, pero siempre conté con su apoyo y el de mis hijos.

También guardo recuerdos de la vida en Saladillo. Cuando llegué en 1997 aún se mantenía vivo el espíritu del campamento: funcionaban el banco, la cancha de fútbol, la piscina, el gimnasio, el hospital, la escuela y otros espacios que lo convertían en una verdadera comunidad. Con el paso del tiempo, la migración hacia Los Andes significó la desaparición de esa vida en común, lo que marcó un antes y un después para muchas familias.

Si pienso en lo que más voy a extrañar de la subterránea, sin duda será el compañerismo. Antes trabajé en la empresa privada y nunca vi un nivel de cercanía y cariño como el que existe aquí. Esa forma de relacionarse, de preocuparse por los demás, es un legado invaluable que deja la mina.

Claro que este trabajo nunca fue fácil. En las primeras décadas, los trabajadores enfrentaban condiciones muy duras, tanto por las características de la montaña como por el clima. Aunque siempre existieron estrictos procedimientos de seguridad, lamentablemente hubo colegas que perdieron la vida. Nadie ha olvidado esas historias, que nos recuerdan la importancia de entrar a la mina con total concentración, porque un descuido podía costar muy caro.

Hoy miro con tranquilidad hacia el futuro, porque sé que la División tiene un yacimiento con reservas suficientes para seguir funcionando por muchos años. Los cambios son parte de la historia de Andina: nuevas tecnologías, nuevas formas de operar, nuevos desafíos. Hay, por supuesto, un dejo de tristeza porque la subterránea es parte de nuestra identidad y de nuestras vidas, pero también orgullo de haber sido parte de su historia y de la gente que la construyó con tanto cariño y compañerismo.

“En cada cambio y desafío confirmé que lo más valioso siempre fue la hermandad entre colegas”.



TAMARA CHANQUEY OLIVARES

Operador mina

La pionera que abrió camino bajo tierra y convirtió la subterránea en hogar

Trabajaba de cajera en un supermercado para pagar mis estudios de prevención de riesgos cuando conocí la minería. Ingresé a División El Teniente para realizar mi práctica profesional y fue ahí donde descubrí la mina y sus procesos. Me gustó tanto que estuve un año de aprendiz en esa División, operando equipos en el rajo. Esa primera experiencia despertó en mí las ganas de seguir vinculada a Codelco.

Fue así que, al ver un anuncio en el que buscaban operadoras, postulé a Andina. Me llamaron para los exámenes ocupacionales y, en la entrevista, me dijeron que sería la primera mujer en ocupar ese rol. Tenía 23 años cuando ingresé (2014), con la maleta llena de sueños y la ilusión de abrir camino.

Después de los cursos quedé en el Grupo 3, junto a colegas con quienes ya había generado lazos durante la capacitación. Desde el inicio me trataron con respeto, aunque me cuidaban bastante. Comencé en el área de Infraestructura, donde limpiábamos cámaras de picado y hacíamos mantención a los muros de los piques. Era un trabajo duro, pero lo asumí con determinación. Más tarde nos hicimos cargo de los Cuerpos de Alta Ley, que se operaban con pala, camión y martillo móvil, el "Supermamo", que me tocó operar a mí. Luego realicé cursos para manejar minicargador en las limpiezas de cámaras.

A los pocos meses llegaron dos mujeres más, Natalia Figueroa y Macarena Lazcano, aunque quedaron en otros grupos. Siempre fuimos solo tres mujeres operadoras en la subterránea. Durante un encierro pedí a mi jefe la posibilidad de capacitarme en palas LHD, y accedió. Así estuve cerca de ocho años operando palas, además de capacitarme para hacer reducción secundaria con explosivos, obteniendo la licencia correspondiente. La capacitación en palas tuvo etapas teóricas, práctica en simulador y luego en terreno con monitores. Al principio fue difícil: los equipos eran grandes, ruidosos y exigían coordinar perfectamente manos y pies. Cualquier error podía provocar un choque con la caja del cerro. Gracias a buenos monitores —Jorge Tobar, don Juan Monardez y Juan "Banana"— logré la destreza necesaria, aunque me tomó tres años dominar la operación.

En mis siete años en la Mina Subterránea construí amistades y vínculos muy significativos. Recuerdo con cariño a mi jefe Luis Ponce, que ya no está en la División, y a mis amigos Jorge Tobar, Sebastián Tapia y Germán Torres. Hoy seguimos en contacto, aunque con menos frecuencia, porque desde que vivo en Rancagua por mi maternidad no nos vemos seguido. Con Sebastián y Germán seguimos siendo colegas en la Mina Rajo, donde estoy desde 2021. Ante el cierre de la subterránea, nuestro jefe nos aconsejó postular juntos al rajo. No queríamos dejar la mina, pero entendimos que era un proceso inevitable.

Mi tiempo en el Nivel 16 fue como tener una segunda familia. Pasábamos muchas horas juntos, incluyendo navidades, años nuevos y hasta la pandemia. El trabajo en cuadrillas generaba una cercanía única y esos lazos me marcaron profundamente. Me trataron con mucho cariño, siempre me sentí acogida, incluso regalona. También hubo momentos duros, como la pérdida de colegas que aún me duelen: don Cristian Luna (QEPD) y Juan Cruz, "El Jotita" (QEPD). Despedirlos fue difícil y nos recordó lo frágil que puede ser la vida en minería.

La seguridad siempre fue una prioridad para mí. En minería, un accidente puede costar demasiado caro. Siempre entendí que la última barrera es uno mismo: hay procedimientos e instructivos, pero cada trabajador decide si puede o no hacer un trabajo cuando no se siente seguro. En la subterránea solían asignarnos labores junto a un maestro con experiencia, lo que fortalecía esa cultura de cuidado.

La pandemia también dejó huellas personales. Mi papá estuvo muy enfermo, intubado, y en ese periodo tanto mis colegas como mis jefaturas se portaron muy bien conmigo, otorgándome los permisos necesarios para viajar a Rancagua. Siempre estuvieron pendientes de mí y de mi familia.

En 2023 me casé con Rodrigo Contreras, mantenedor mecánico en Kaufmann, quien entiende que la mina es parte de mi vida. Un año después nació nuestro hijo Gabriel. La maternidad ha sido un gran desafío, porque amo mi trabajo, pero también quiero estar con mi bebé. Es una etapa nueva, llena de aprendizajes y emociones.

Trabajar en Andina ha sido una tremenda oportunidad. A nivel personal me cambió la vida, sobre todo por la estabilidad económica que me ha permitido avanzar, realizar proyectos y, algo muy importante para mí, cubrir las necesidades de salud de mi papá. Me gustaría que me recuerden como una buena trabajadora, dispuesta a todo, respetuosa y comprometida con mis colegas.

"Fui una de las primeras mujeres en la subterránea y aprendí que, con esfuerzo y compañerismo, también se puede hacer de la mina una familia".



VALENTÍN ÁLVAREZ ARANCIBIA

Operador especialista

El hombre que encontró en la mina su hogar y en su hijo la continuidad de su historia

Trabajé en Compañía Minera El Bronce de Petorca por once años y medio, y en 1997 llegué a Andina como trabajador temporal, para ser contratado en forma indefinida al año siguiente. Desde entonces, han sido casi 27 años en Mina Subterránea, la que siempre recordaré como mi segundo hogar y mi segunda familia.

La mayor parte de este tiempo me desempeñé como operador de equipos pesados LHD y CAEX, con los que me fui adaptando a nuevas tecnologías con gran facilidad y, con orgullo, puedo decir que nunca tuve un accidente. Tomo la seguridad en el trabajo con responsabilidad y autocuidado, lo que me ha llevado a mantener una trayectoria impecable.

En estos años he visto cómo la tecnología fue transformando nuestro trabajo: el cambio a los equipos automáticos y más grandes como los LHD y los camiones CAEX MT 6020 Supra, el sistema Dispatch, el carguío autónomo, los avisos de emergencia con apagones de luces, y la instalación de semáforos en Haulage y vaciaderos. También el paso a las jornadas de 12 horas, que permitió una mayor producción y efectividad.

Más allá de la operación, lo que más valoro es el compañerismo. Extrañaré a mis grandes compañeros, la solidaridad que siempre nos unió y el apoyo mutuo en cada situación: la cuota para el necesitado, el enfermo o el vecino afectado. En grupo, siempre ayudando al que más lo requiere.

Durante estos años forjamos amistades que traspasaron a nuestras familias y a nuestros hijos, a quienes hemos visto crecer. Algunos incluso ya son compañeros de trabajo y otros se convirtieron en grandes profesionales. Me llena de orgullo cuando me dicen “tío Tino” o “tío Valentín”; soy parte de sus vidas.

También quedarán en la memoria los partidos de fútbol, el Campeonato de la Amistad, los sobrenombres ingeniosos y los encierros en invierno, de los cuales el más largo duró 18 días. Los apodos, la chispa y la fraternidad dieron forma a nuestra historia en la subterránea.

Compromiso, lealtad, honestidad, transparencia, fijar metas y cumplirlas son valores que definen a los trabajadores de la mina. Mi legado es haber enseñado a varios compañeros a operar equipos CAEX y LHD como maestro experimentado, tal como ellos mismos me reconocían.

Un hecho que me marcó profundamente fue el accidente fatal de mi compañero de grupo Sergio Machuca (QEPD), con quien había estado media hora antes conversando y planeando una salida de pesca. Fue un gran amigo y compañero, y su partida dejó una huella imborrable.

Mi familia también ha sido parte de este camino. Mis hijos conocen mi trabajo y reconocen el sacrificio. “Cambio vida por plata” es el lema del minero, pero con esfuerzo he podido construir para ellos un futuro. Me llena de orgullo dejar a mi hijo Valentín Álvarez Martínez en esta División, trabajando en el rajo y ya próximo a cumplir diez años en la operación de equipos, igual que su padre.

Hoy me toca despedirme con mucha pena y nostalgia. Fui diagnosticado con enfermedad profesional hace nueve meses y, después de 26 años, tal vez también deba dejar la División. Siento orgullo por haber sido parte de esta gran familia minera y por todo lo que hemos construido juntos.

“La mina me dio un hogar una familia y recuerdos que me acompañarán por siempre”.



VALENTÍN MORALES ZÚÑIGA

Superintendente Operaciones Mina Subterránea

El superintendente que lideró el cese de la Mina Subterránea y hoy se prepara para volver a su familia

Llegué a Andina a trabajar al rajo por una empresa contratista, durante un año. Cuando se acabó el contrato me fui a El Teniente, justo cuando se estaba desarrollando la ingeniería básica del Tercer Panel de la Mina Subterránea. Postulé para volver a Andina, estudié mucho y me fue bien.

Al llegar me encontré con un minero muy distinto al de ahora, con baja escolaridad, pero con una sabiduría enorme. Los trabajadores me decían: "nosotros lo formamos a usted como jefe. Usted da las directrices, usted es el profesional, tiene los conocimientos técnicos, pero si el equipo se logra afiatar con usted, va a obtener resultados y lo vamos a sacar para arriba. Pero mírenos, mírenos profundamente".

En ese tiempo, los mineros de la subterránea eran verdaderos maestros. Sin embargo, muchas veces no dejaban aprender al ayudante, porque sentían que el más joven venía a quitarles la pega. Operaban los equipos de hundimiento con un paño encima para que el ayudante no viera lo que hacían. Si el maestro valoraba al ayudante, recién entonces lo incorporaba al equipo. Cuando llegaban equipos nuevos, los viejos decían: "este equipo es mío y nadie se sube a mi camión o a mi pala". Incluso las herramientas eran consideradas como propias y no se podían dejar en cualquier parte porque se perdían.

El trabajo operativo en el Primer y Segundo Panel era duro, de mucha fuerza humana. Se usaba la "masa", un martillo grande que el trabajador levantaba en el aire para golpear la roca y reducirla al tamaño adecuado para llegar a la planta. Tenían técnicas como buscar la veta precisa de la roca donde golpear.

Con la posibilidad del Tercer Panel se proyectó un sector llamado parrilla modificada. En esa época llegaron los martillos picadores, que vinieron a cambiar el trabajo manual. Un nivel más abajo se incorporaron los camiones de 30 toneladas, pero no había operadores con experiencia, así que hubo que capacitar a la gente. El carguío se realizaba con una botonera enchufada con un cable eléctrico, ubicada en la plataforma del buzón. El camión se posicionaba bajo el buzón, el botonero cargaba y los derrames eran pan de cada día, exponiendo al trabajador a accidentes. En el corto plazo se automatizó el proceso para sacar al trabajador de esa operación.

Esa fue la escuela para el Tercer Panel, con camiones más grandes, de continuidad y con mayor tecnología. Muchas de las soluciones fueron inventadas por los mismos viejos: por ejemplo, adaptaron una botonera igual a la de un puente grúa para evitar exponer al trabajador.

La contabilidad también era manual en los '80. Había una caseta con un trabajador que, en una tabla con perforaciones, ponía una clavija cada vez que vaciaba una pala. Hoy un sistema automático marca la operación y evita la exposición.

Recuerdo cuando me entregaron la radio de comunicación; fue un hito, porque en el Tercer Panel se desarrolló todo un sistema de comunicaciones. Llegaron además los cambios tecnológicos: carguío de camiones en forma automática, internet dentro de la mina, cámaras, sistemas infrarrojos y avisos de emergencia.

En lo humano, siempre hubo solidaridad. Cuando un colega se enfermaba, se reunía plata para ayudarlo. En el Campeonato de la Amistad, la mitad de los viejos podía terminar peleando, pero en el tercer tiempo todo se resolvía con cerveza y abrazos.

Andina ha sido el desarrollo fundamental de mi familia. Ellos se sienten orgullosos de mi crecimiento en la División. La vida del minero requiere del apoyo de la familia, porque es como un médico de turno: uno pasa fiestas en la mina, puede nacer un hijo y estar encerrado por un evento climático, o fallecer un familiar y no alcanzar a llegar al funeral. Todo eso la familia lo debe comprender.

Mi señora creció conmigo en este proceso y mis hijos lo entendieron. En mi caso, la Navidad se celebraba el 22 o 23 de diciembre, no el 25, porque el papá tenía turno. Estoy profundamente agradecido del apoyo y comprensión de mi señora y mis hijos, a quienes quiero y que son la razón de todos mis esfuerzos.

Estoy tremendamente orgulloso y agradecido de haber trabajado en esta División, de haber sido parte de ella y de relacionarla con mi familia. Efectivamente, Andina está en mi ADN. La Mina Subterránea se compuso de personas, instalaciones y galerías. Hoy sus operaciones ya cesaron y la infraestructura queda como testimonio del paso de todos nuestros trabajadores y amigos.

Nuestros trabajadores dejaron un sello imborrable: siempre se reconoció en ellos la capacidad de aportar en cualquier área. La cultura de la subterránea y lo especial de su gente deben mantenerse vivos, proyectando ese legado de excelencia en las nuevas áreas donde estén presentes.

Creo que no volverá a haber una Mina Subterránea igual a esta. El futuro traerá una minería distinta, más tecnológica, con muchos beneficios, pero siempre con la conciencia de que detrás de cualquier tecnología está el trabajador, la persona cuyo compromiso permite alcanzar los resultados.

Hoy, con más de 60 años, miro con orgullo lo que hemos construido. Liderar el cese de la Mina Subterránea ha sido un proceso humano profundo, lleno de aprendizajes y emociones compartidas. Me quedo con la certeza de que esta historia la escribimos juntos, con compromiso y compañerismo. Ahora me siento preparado para cerrar este ciclo y dedicar mi tiempo a lo más valioso: mi señora, mis hijos y mi familia, que han sido mi verdadero soporte en este camino.

“Leo Baeza nos enseñó mucho. Él decía: “que no nos coma el tonelaje”, recordándonos que el trabajo no debía alejarnos de la familia. El tonelaje se cumple, pero lo importante es hacerlo en equipo. Y por eso surge esa frase que tanto nos identifica: “¿Por qué? ¡Porque la mina es la mina!”



VÍCTOR LAZO CONTRERAS

Supervisor de primera línea Sala COM

El minero que en la Subterránea se sintió parte de la selección chilena

Ingresé en agosto de 1996, justo cuando comenzó el Tercer Panel de la Mina Subterránea, en el Nivel 17. Llegué como ayudante mecánico, trabajando junto a Ricardo Mondaca, mecánico, y David Flores, soldador. Así se inició mi historia laboral en la Gerencia de Minas.

Entrar a División Andina era como llegar a la selección chilena. Postulamos cuarenta personas y quedamos solo diez. Era un desafío grande, pero han sido años valiosos, que me han entregado sabiduría, conocimiento, amistad y respeto hacia las personas.

Los primeros trabajos eran muy duros. Había que usar masa, sacar y poner pasadores y orugas. La exigencia física era enorme, y con el tiempo muchos compañeros quedaron con dolores en los hombros.

Entre los principales hitos que viví destaco dos: la incorporación de mujeres y la llegada de la tecnología. Cuando entré, ellas no podían trabajar en la mina; existía una ley que lo prohibía, derogada recién en 1996. Se decía incluso que era de mala suerte que ingresaran. Fue histórico cuando llegó la primera mujer, un hecho que cambió mucho a los mineros. El trato y el respeto desde entonces fueron diferentes. Tamara Chanquey fue pionera en producción, y me saco el sombrero por ella. Recuerdo que me llamó la atención lo pequeña que era y pensé que se le haría difícil en un mundo de hombres. Sin embargo, se adaptó con rapidez y llegó a operar los equipos mejor que algunos colegas. Hoy trabaja en el rajo, y me alegro mucho por ella.

También fui testigo de grandes cambios tecnológicos. Al principio todo era manual y demandaba fuerza. Con los años comenzaron a llegar camiones con sistema electrónico y el trabajo se transformó. Un proyecto que prometía cambiar nuestra historia fue la Minería Continua. Aunque no prosperó, fue una iniciativa innovadora y muy inspiradora. Otro hito que marcó la División es el Nodo de Traspaso, una obra de dimensiones gigantescas, reconocida incluso a nivel nacional.

El ambiente de la Mina Subterránea siempre se distinguió por su compañerismo. Entre nosotros hay empatía, cercanía y un fuerte trabajo en equipo. Eso se reflejó en los buenos resultados del último año, cuando cumplimos todas las metas de producción y seguridad.

En la mina también nacieron grandes amistades. Llegamos a pasar hasta 18 días seguidos encerrados, trabajando ocho horas diarias, y de esas jornadas salían anécdotas y apodos que aún recuerdo con cariño: “Champú de peumo” o “Pijama de león”.

En 2007 pasé del área de mantención a producción. Allí destaco a Esteban Burgos, un excelente maestro, exigente, pero de gran calidad humana. Y de mis compañeros guardo especial aprecio por José Olivera, con quien siempre enfrentamos las labores más duras.

Sé que voy a extrañar mucho de la Mina Subterránea: el compañerismo, las tallas, el trabajo en equipo y esos buenos momentos en que todos dábamos lo mejor. Hoy tengo 57 años, no sé qué vendrá en adelante, pero siento que mi tarea está casi cumplida. Mis hijos ya están terminando la universidad, uno en quinto año y otro en cuarto, y eso me llena de orgullo y tranquilidad.

“En la Mina Subterránea aprendí que el compañerismo y el respeto hacen la diferencia”.



VÍCTOR SALAS PARRAGUEZ

Supervisor de Gestión

El mantenedor que pasó de la superficie a forjar su vida bajo tierra

Llegué a División Andina en diciembre de 2004, para integrarme al área de Mantención de la Mina Subterránea como eléctrico-electrónico en el Nivel 17. Venía de trabajar en superficie -en El Abra, Radomiro Tomic y Chuquicamata- y el cambio fue profundo, pues la vida bajo tierra era un mundo completamente distinto.

La subterránea me recibió con jornadas exigentes y un entorno desafiante. Recuerdo el peso que cargábamos cada día: la lámpara minera de medio kilo, el autorrescatador de más de dos kilos, el casco, los zapatos, el respirador y el morral lleno de herramientas. Todo ello acompañaba nuestras 12 horas de turno en pasajes húmedos y oscuros. Ese esfuerzo físico diario era inmenso, y muchas veces terminaba la jornada completamente cansado.

Pero lo que marcó la diferencia fue el equipo humano. Los compañeros con quienes compartí me ayudaron a adaptarme y a transformar esa dureza en aprendizaje. Gracias a ellos descubrí que trabajar en la subterránea no solo era mantener la operación, sino también forjar carácter, valorar el esfuerzo colectivo y crecer como persona y profesional.

Hoy reconozco profundamente a cada trabajador que ha sido parte de la Mina Subterránea. Porque sé, en carne propia, lo que significa cargar ese peso -no solo en el cuerpo, sino también en el alma- y transformarlo en orgullo y en legado.

“Cada día cargábamos con kilos de equipo, pero lo más pesado siempre se hacía más liviano gracias a los compañeros”.



VÍCTOR VALENZUELA CARVAJAL

Ex superintendente Mina Subterránea

El superintendente que todos reconocieron como el dueño de la Mina

En 1966 el país tenía un déficit de técnicos e ingenieros en minas, lo que aseguraba trabajo donde uno quisiera. No vengo de familia minera, mi padre era ferroviario, y aunque mis padres querían que fuera profesor, un profesor me encaminó a la Escuela de Minas de La Serena. Allí estudié junto a mi compadre Wilson Vargas, con quien llegamos a trabajar a Lota en 1967. Con apenas 20 años me tocó dirigir a cien trabajadores, sin saber aún de carbón pero sí de fortificaciones. Tras un paso por El Teniente, regresé a Lota hasta que en 1974, antes del cierre de las minas de carbón, surgió la oportunidad de venir a Andina. Wilson ya estaba acá y me contactó para postular a una de las vacantes. Llegué con suerte, y al poco tiempo me asignaron casa en Saladillo. Desde ese día me propuse "ponérselas todas a Andina".

Mi primer trabajo fue en Desarrollo Mina, dedicado a la construcción de galerías, túneles, chimeneas, embudos y cavernas. En ese tiempo los piques se hacían de forma manual, y con el Tercer Panel comenzó la mecanización, porque la dureza de la roca lo exigía. Llegamos muchos lotinos a Saladillo, y el ambiente era extraordinario. El superintendente Guillermo Basualto organizaba fiestas cada año. Había de todo: cancha de fútbol, piscina, cine, iglesia, colegio, hospital y supermercado. Todo era limpio y ordenado, y servicios como la luz, el agua y el teléfono eran gratuitos. Recuerdo espectáculos, fiestas de la primavera y hasta visitas de la selección chilena de fútbol.

La innovación también marcó nuestra historia. A comienzos de los años '80 me enviaron a Canadá, junto a Rafael Saldaña, para conocer un sistema de radios de comunicación. Volvimos con la primera tecnología de este tipo, convirtiendo a Andina en pionera en Chile.

Fui jefe de Desarrollo, y cuando estuve un tiempo en Producción lo sentí como un reposo: construir túneles y hacer piques era un desafío mucho mayor. En ese tiempo experimenté lo más valioso de la mina: el espíritu solidario de sus trabajadores. Ese compañerismo, aunque con el tiempo se fue perdiendo con el turno cuatro por cuatro, siempre será parte de la identidad de la subterránea.

Siempre creí que el liderazgo se gana. Primero hay que demostrar conocimiento, para que los trabajadores sepan que van en buen camino; después, escuchar, preguntar por sus vidas y sus familias. A mí me decían "El Aguilucho" porque veía de lejos lo que estaba mal. Nunca cerré la puerta de mi oficina, porque no había secretos.

En 1986 impulsamos las visitas familiares a la mina, una experiencia que unió más a los trabajadores con sus esposas e hijos. También abrimos espacios distintos en las charlas de seguridad, para hablar de la importancia de que los hijos estudiaran. Con orgullo puedo decir que varios de esos jóvenes hoy son profesionales, y sus padres se sienten realizados.

Siempre valoré a los contratistas. Veía que, en los casinos, esperaban a que los demás terminaran para recibir lo que sobraba: un té y un sándwich. Codelco pagaba la comida, pero las empresas no siempre cumplían. Luchamos para que se respetara ese derecho y, cuando logramos ahorros en producción, pedí recursos para ofrecerles una comida digna. Nunca olvidaré cuando 450 trabajadores contratistas me dieron un reconocimiento espontáneo: todos coreando mi nombre. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

Andina también pasó por momentos difíciles. A fines de los '80, con el cobre a 60 centavos de dólar, se habló de cerrar la mina porque los costos superaban el valor del metal. Lloramos de impotencia, pero supimos ser creativos, reduciendo gastos a lo indispensable. Lo

único que comprábamos era petróleo y explosivos. Nos bajaron el sueldo 15 por ciento a los supervisores, aunque después se normalizó y lo devolvieron.

El Tercer Panel se desarrolló porque era mejor invertir esa plata en la expansión que hacer el ejercicio de cierre. Nosotros ya habíamos empezado el Nivel 17 sin saber que era el Tercer Panel, porque cuando no teníamos trabajo en los otros niveles, yo le decía al jefe ¿y por qué no hacemos desarrollo abajo? No voy a decir que hicimos todos los desarrollos para la operación, porque al final el Tercer Panel lo hicieron los contratistas, pero abrimos camino.

Se necesitó mucha gente para la expansión. Así llegó una segunda oleada de lotinos porque había cerrado definitivamente Enacar, a principios de los '90. Cuando llegaban supervisores nuevos a la mina, los mandaban a entrenamiento conmigo durante seis meses. Yo les enseñaba y les decía lo que no había que hacer.

En ese periodo se nombraron nuevos superintendentes en la mina. Éramos cuatro jefes de área: Edison Pizarro, Esteban Molina, Juan Carrasco y yo. A todos los designaron superintendentes, menos a mí, porque no era ingeniero civil. Muchos reclamaron y yo lloraba en silencio en mi casa. Me dolió, más aún viniendo de un amigo y sabiendo que era el más antiguo, el único que conocía toda la mina. Tomé todas las vacaciones que tenía acumuladas y, estando en eso, me llamó el nuevo gerente para pedirme que al día siguiente estuviera temprano en la mina. "Así que tú eres el famoso Víctor Valenzuela. He consultado con toda la gente de Ingeniería y todos hablan puras cosas buenas de ti", me dijo. Así llegué a superintendente, el primero sin ser ingeniero civil. Como estaba a cargo del funcionamiento de la mina, decían que yo era el dueño de la mina.

Hoy, con la perspectiva de los años, miro con orgullo lo vivido. Andina me entregó la oportunidad de crecer, de aprender y de servir. Me quedo con el compañerismo, con la confianza de los trabajadores y con la certeza de que el liderazgo se gana en terreno, con humildad y con respeto.

"Conocía cada rincón de la mina; por eso me llamaban su dueño, aunque yo sabía que el verdadero respeto se gana con liderazgo".



WILLIAMS AHUMADA HERRERA

Operador especialista

El operador que hizo de la formación su mayor fortaleza

Yo no vengo de familia minera, sino agrícola. Mi papá tenía parcelas con siembras, cosechas y animales, y por eso mis primeros pasos laborales estuvieron ligados al campo. Sin embargo, estudié electromecánica en un liceo técnico profesional de Los Andes, porque siempre me fascinó la electricidad y arreglar artefactos. Hice la práctica en una hidroeléctrica y, gracias a un primo que era supervisor, empecé a recorrer mineras hacia el norte. Así trabajé en Iquique, en Disputada de Las Condes, en Pelambres y en la Dayton.

Fui papá a los 20 años y a los 23 ya tenía tres hijos. Cuando nacieron mis mellizos Paula y William sentí la necesidad de estar en la casa, de verlos crecer. Como en ese tiempo trabajaba en el norte, busqué empleo en la zona y así llegué a la empresa Vidaurre, que tenía contrato en la Mina Subterránea. Fue en el año 2000 cuando comencé mi historia en Andina.

De algún modo, no era un lugar del todo ajeno para mí. Mi abuelo, hombre de campo en Río Blanco, había apoyado a los primeros "gringos" que llegaron a iniciar la explotación, subiendo herramientas y materiales en sus machos. Mi abuela incluso guardaba fotos de esos tiempos.

En Vidaurre conocí a mucha gente de la División porque trabajábamos a la par en la parte mecánica, apoyando al área de Infraestructura. En ese tiempo teníamos dos capataces, hoy ya retirados: don Ángel Tapia y don Jorge Rojas, a quienes todos conocían como "El Cabeza de bolita" y "El Tiburón". Un día me llamaron a las oficinas de la empresa para avisarme que Codelco estaba pidiendo recomendar a tres trabajadores de Vidaurre para ingresar a la planta.

Yo arrendaba una casa con mi señora y, para cubrir los gastos, hacía doble turno cada vez que me pedían. Tenía buena disposición, buen trato y eso lo valoraban mis jefes, lo que me permitió ser recomendado.

En 2005 se abrió el proceso. Éramos más de 700 postulantes. Me entrevistó don José, luego tuve el examen psicológico, el médico y finalmente la cita con el superintendente, don Víctor Valenzuela. Solo 14 fuimos seleccionados para el área de Producción. Fue un cambio radical pasar del trabajo técnico en Vidaurre a manejar explosivos. Al poco tiempo me destinaron al área de hundimiento, donde permanecí bastante tiempo con buenos colegas.

Gracias a mi ingreso a la División pude tener mi casa. Para mí, Codelco lo es todo. Esta empresa me permitió dar una buena calidad de vida a mi familia, sin olvidar nunca de dónde vengo ni perder la humildad.

Lo que nos caracteriza como trabajadores de la subterránea es el contacto cercano con los compañeros. La convivencia diaria da espacio para la talla, el leseo y la buena comunicación. Antes eran comunes las "pagadas de piso" o las despedidas cuando alguien se cambiaba de grupo o de área, pero esas instancias se fueron perdiendo. Lo mismo ocurrió con las celebraciones del Día del Minero, el 10 de agosto, porque los trabajadores más nuevos ya no se inscriben.

La seguridad es hoy un aspecto esencial. Si no se trabaja con seguridad, nada funciona. El cambio ha sido evidente: uso correcto de elementos de protección, cumplimiento de procedimientos y equipos más modernos. El mejor ejemplo es el martillo telecomandado, que aunque ya lleva años, marcó una diferencia al sacar al trabajador de la exposición directa al polvo.

También cambió el perfil del trabajador. Antes había que esperar un proceso: pasar por hundimiento y después por producción. Ahora los jóvenes van directo a cursos, se suben a los equipos y cuentan con la asistencia de un instructor.

Han pasado miles de personas por la mina. Algunos incluso perdieron la vida buscando el sustento de su familia. La subterránea es un hito a nivel nacional y mundial, por lo que ha producido y por lo que ha significado para Chile. Aunque la comunidad no siempre lo dimensione, el aporte de Codelco, y en particular de Andina, es enorme.

Son 25 años en la subterránea. Tengo colegas con más trayectoria y otros con menos, pero yo al menos llevo la mina en el corazón. Extrañaré a mis compañeros, incluso a quienes siguen como contratistas hasta hoy. En Codelco formé grandes amistades, como con Juan Álvarez Alarcón y Mario Guerra Novoa, con quienes compartimos también en familia.

No puedo dejar de mencionar a don Valentín Morales, un supervisor "choro" y humano, siempre preocupado por sus trabajadores. El año anterior a la pandemia lo pasé muy mal con una hija, y él se daba el tiempo de llamarme cada semana para saber cómo estaba. Incluso cuando viajaba desde La Serena pasaba a mi casa a conversar un rato. Eso se valora.

Hace tiempo me vengo preparando, sin saber que la subterránea llegaría a su cese. En 2014 estudié y me titulé de técnico en prevención de riesgos. Luego hice un curso de competencias laborales; en 2016 inicié estudios de ingeniería; en 2023 me certifiqué como experto en SERNAGEOMIN y el año pasado terminé un diplomado en gestión ambiental en la Universidad de Chile. Hoy estoy a un paso de iniciar otro en ergonomía, aunque dependerá de mis turnos tras el cese.

Si bien mi cargo actual es de operador, gracias a mis estudios puedo desenvolverme en distintas áreas. La División siempre nos apoyó para seguir formándonos, algo que transmito a los más jóvenes: si uno se interesa, se puede crecer. Yo me adelanté a los tiempos, fui visionario, y hoy sé que con los conocimientos que tengo estoy preparado para seguir aportando en cualquier desafío.

"Fui visionario y entendí que capacitarse abre puertas, incluso más allá de la subterránea".



WILSON MANZANO SEGURA

Presidente SUT

El dirigente sindical que ha hecho de la solidaridad su mayor legado

Cuando joven, siendo estudiante, me gustaba mucho la agricultura. Postulé a un internado agrícola en Longotoma, con 400 postulantes y solo 45 cupos. Quedé en la lista de espera, en el número 56. Fue así como terminé en el Liceo Técnico Profesional de Minería de Cabildo, mi ciudad natal.

Nunca pensé entrar a la minería, pero obtuve el segundo lugar del curso. En esos años Andina ofrecía prácticas a nuestro liceo, y al finalizar la mía me tocó hacer el servicio militar. Llevaba ocho meses cuando me llamaron de Andina. Gracias a un teniente y a la asistente social, logré salir antes y firmar mi primer contrato en febrero de 1997.

En mis primeras faenas, los viejitos me probaban pasándome la masa en los piques. Yo, de campo y bruto, respondía con esfuerzo. Pero lo que más recuerdo de ellos no fue la dureza, sino el mensaje: "Codelco es del Estado. Mientras más piedras tiramos, más recursos tiene Chile para hacer colegios y hospitales". Esa enseñanza marcó mi manera de ver el trabajo minero. Me tocó vivir en los tiempos y ver en terreno un nuevo y enorme desafío de nuestra empresa, cuando se inicia la expansión de División Andina, con el proyecto del desarrollo del Tercer Panel de la Mina Subterránea, lo que permitía la extensión de la vida útil del yacimiento.

Mi participación como trabajador en la Mina Subterránea me permitió conocer de cerca las condiciones exigentes de este trabajo, dado que las personas se desempeñan en áreas de humedad, temperaturas extremas, exposición al polvo y eventualidades propias de los procesos, además de encierros y extensas jornadas. Esta experiencia me permitió valorar la calidad de su roca y sus recursos y, sobre todo, destaco la calidad humana de sus trabajadores. Gente solidaria, que se ponía la camiseta para cumplir la producción y apoyaba a su compañero en todo momento.

En mi trayectoria laboral en la Mina Subterránea, tuve el honor de poder participar y ser integrante de la brigada de rescate del Grupo 4, donde llegué a ser capitán. Participé en el rescate de los 33 mineros.

También fui bombero en Saladillo. Me marcaron tragedias ocurridas y vividas, como el choque del bus que trasladaba niños y niñas estudiantes a Los Andes, los lamentables y trágicos accidentes graves y fatales de nuestros compañeros de trabajo, y las emergencias derivadas de avalanchas. Todas ellas son experiencias duras y difíciles, que uno nunca olvida y que refuerzan la importancia y el valor de la seguridad y del cuidado mutuo.

No todo fue trabajo, pues como personas impulsamos actividades que nos permitieran compartir en nuestros tiempos de descanso. Así fue que, a lo largo de los años, propiciamos actividades sociales, deportivas y de unidad entre las personas. Con orgullo puedo decir que formamos el club deportivo del Grupo 4, la Alianza Minera, que comenzó con 140 socios y hoy tiene más de 100 activos.

La vida en comunidad, dentro y fuera de la mina, siempre ha sido parte de nuestra identidad. De la misma manera, la solidaridad ha estado presente en todo momento, con acciones permanentes para apoyar a quienes lo necesitan, tanto en la faena como en la comunidad, bajo la convicción de que la ayuda debe ser siempre genuina y sostenida.

A pesar de que mi rol de dirigente ocupa gran parte de mi tiempo, nunca me he desvinculado de la actividad laboral ni de las realidades que conlleva. Cada noche, al escuchar los buses que trasladan a los trabajadores a faena, pienso en mis compañeros y deseo que cada uno vuelva sano y salvo a casa.

Desde 2012, quise incursionar en el ámbito sindical y postulé para ser parte del Sindicato Unificado de Trabajadores (SUT), logrando el apoyo de los socios y socias. Eso me permitió ser dirigente sindical y tener la representación de los trabajadores y trabajadoras de la organización.

Aquí me encontré con personas solidarias que desde mi llegada al sindicato me apoyaron, me orientaron, me enseñaron y me entregaron herramientas para poder desempeñarme de buena forma en esta nueva función. Con el paso de los años, llegué a ser presidente del sindicato, cargo que hasta hoy tengo.

Creo que el motor de nuestra labor es mantener el respeto, la disciplina, la transparencia, aceptar las diferentes opiniones, aprender de la experiencia, no olvidar nuestras raíces y, en las distintas actividades de representación sindical, siempre buscar un equilibrio justo en los procesos de negociación, valorando lo que se ha obtenido en el tiempo y defendiendo lo ganado por quienes nos antecedieron.

Hoy División Andina está viviendo enormes transformaciones; sin embargo, mantenemos la esperanza de que algún día resurja y se aprueben las inversiones para llevar adelante un proyecto nuevo que permita desarrollar la Mina Subterránea en sus cuerpos más profundos. Mientras tanto, seguiremos defendiendo los beneficios históricos, cuidando a nuestros viejitos y resolviendo los problemas que afectan a nuestros socios y socias.

Porque, al final, la minería no se mide solo en toneladas producidas. También se mide en el aporte que hacemos al país, en la dignidad y bienestar que alcanzan muchas familias, en la solidaridad entre compañeros y en la huella que dejamos en la comunidad. Ese es el verdadero legado que quiero que permanezca vivo en el tiempo.

"Lo más valioso de mi camino ha sido aportar a la dignidad de las familias y a la unión entre compañeros."



YASNA CORTÉS AGUILAR

Técnico especialista

La trabajadora que abrió paso a las mujeres y despidió el Tercer Panel de la Mina Subterránea

Llegué a la Mina Subterránea en 2009, luego de trasladarme desde División Salvador. Soy nacida y criada en la Región de Atacama y, ante el anuncio de cierre de Salvador —un supuesto cierre, porque ahora están con Rajo Inca—, se produjo una migración completa de trabajadores y familias a las distintas divisiones de Codelco. Algo muy parecido a lo que hoy sucede en la Mina Subterránea de Andina, con el cese de la operación.

Mi vínculo con la minería viene de familia. Mi papá también trabajó en Codelco, en los campamentos. Vivíamos en Llantas, un pequeño pueblo bajando inmediatamente de la cuesta de El Salvador, donde se hacían las mantenciones a las llantas de los trenes que transportaban los cátodos de Potrerillos. Mi papá estaba a cargo del pañol del taller. Estuve ahí hasta los ocho años, hasta que Llantas desapareció como campamento. Luego nos fuimos a Barquito, donde él continuó en la misma función.

Siempre me he desarrollado en Geología. Soy programadora y analista de sistemas de profesión. A los 16 años me fui a Santiago a estudiar y, durante mi práctica en Salvador, llegué a Geología casi por casualidad. Mi jefe me ofreció quedarme, porque le gustó mi forma de trabajar. Empecé en la empresa contratista Geoperaciones y ahí me fui encantando con la disciplina.

En Andina ingresé como técnico especialista, con responsabilidades en mapeo operacional, control de muestreo de leyes de brazos de producción y elaboración de planos con caracterización geológica de la mina. Al inicio, en Saladillo, revisaba carpetas de sondaje, aunque en Salvador hacía modelamientos. Me puse a levantar la mano y mostrar lo que sabía, lo que no fue fácil. Mis colegas tenían contratos a plazo fijo y sentí que me miraban como una amenaza. Además, por ser mujer costó mucho que me entregaran trabajos o me incluyeran en el grupo. Más de una vez me escondí en el baño con ganas de devolverme a Salvador.

Con el tiempo, sin embargo, Andina se transformó en un aprendizaje enorme, tanto en lo profesional como en lo humano. He sido dos veces reconocida como mejor trabajadora. Siempre agradezco a Salvador porque ahí me formé y es mi tierra, que llevo en el corazón, pero en Andina encontré oportunidades que me hicieron crecer.

Nunca había estado en una mina, porque en Salvador siempre trabajé en oficina. Llegar a la subterránea fue un mundo nuevo. Aprendí de la mano de un geólogo que necesitaba apoyo y, con los años, de muchos más colegas que me enseñaron con generosidad.

Ser mujer en la subterránea significó varios desafíos. Para la ropa pedía la talla más chica y, aun así, debía mandarla a ajustar. La verdad es que siempre me recibieron con mucho respeto y amabilidad, aunque en las oficinas la decoración era bien particular: los famosos posters de la “Bomba 4” del diario La Cuarta.

Eran otros tiempos. Con el paso del tiempo logré abrirme camino y terminé siendo la última trabajadora de Codelco que llegó a esta etapa del cese de la mina.

Un gran hito fue la incorporación de las primeras operadoras, cerca de 2015. Eran tres mujeres, muy hábiles, entre ellas Tamara Chanquey, hoy en el rajo. Me fascinaba ver cómo manejaban la pala con tanta destreza. Aunque hoy ya no quedan operadoras ni mantenedoras en la subterránea, ese ingreso fue un avance significativo. También trabajé junto a geólogas como Carla Tapia, Elba Vega y Silvana Herrera, y

en un momento tuvimos a Daniela Orellana como superintendenta. Llegamos a ser tres mujeres en Geología y un hombre, lo que marcó un precedente en la inclusión femenina.

Yo no tuve hijos, pero me gusta que Codelco haya trabajado en la conciliación de la maternidad con el trabajo. Se valora el trabajo de la mujer, pero no es por género, sino que todos somos iguales ante un mismo trabajo.

Uno de los mayores logros de la Mina Subterránea ha sido la seguridad. En Geología trabajamos bajo el estándar de control de fatalidad asociado al bombeo. Antes podíamos estar expuestos a un operador sin darnos cuenta del peligro; después se implementaron cenefas para confinar sectores y reforzar la coordinación. Hoy existe un contacto permanente con los operadores.

También hemos experimentado avances tecnológicos. Antes la toma de datos en terreno se hacía con implementos muy pesados y cansadores. Ahora usamos aparatos más pequeños y cómodos que agilizan el trabajo: caracterizamos información de los puntos de extracción en el Nivel 16, revisamos condiciones como granulometría o humedad, tomamos muestras, generamos cuttings y entregamos material para ser mapeado en oficina.

Más allá de lo técnico, mi vida personal también se entrelaza con este camino. Mis padres están muy enfermos, pero sé que se sienten orgullosos de lo que he logrado. Mi mamá tiene Alzheimer y ya se olvida dónde trabajo, pero siempre le envío fotos y me responde con una frase que guardo en el corazón: “hija, cuídese siempre”.

Siempre recordaré con nostalgia todo de la subterránea: el trato cercano, la camaradería y esa calidad humana única. Los trabajadores son apañadores, proactivos, siempre dispuestos a ayudar y a sacar la producción adelante. La herencia que deja esta mina es la de un equipo que trabaja unido y con alegría. Valoro especialmente al superintendente de la subterránea, don Valentín Morales, por su calidad humana, su cercanía y su proactividad.

Debo confesar que cuando me enteré del cese sentí un nudo en el estómago por la incertidumbre. Sin embargo, pertenezco a la Gerencia de Recursos Mineros y Desarrollo y me proyecto al menos diez años más, con ganas de seguir avanzando y aportando a esta División que tanto significa en mi vida.

“Fui parte de las primeras mujeres en llegar a la mina y de las últimas en despedir su historia”.

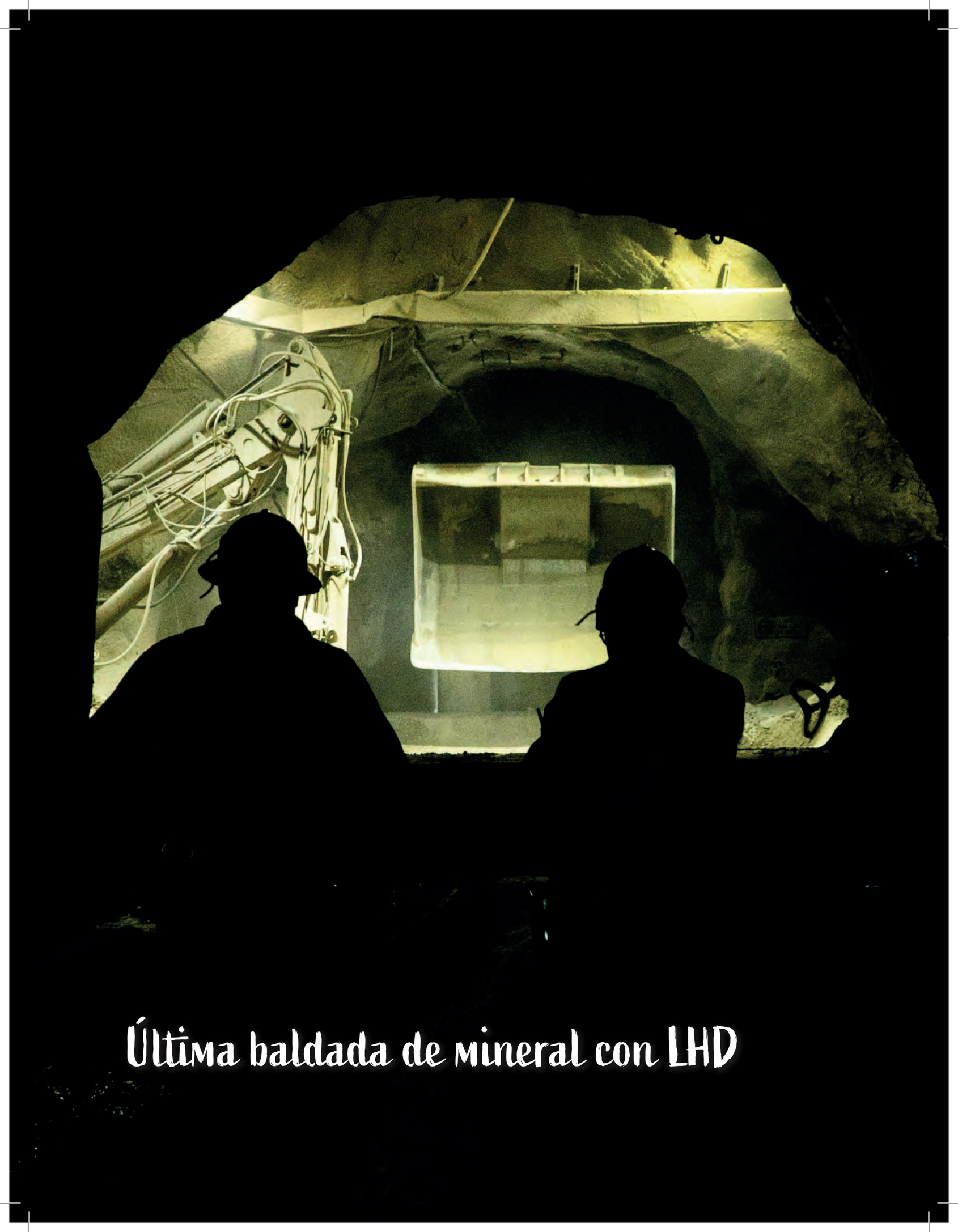












Última baldada de mineral con LHD



Última descarga de camión a pique



Puesta candado Tercer Panel


USO OBLIGADO
MASCARA
RESPIRATORIA


CODELCO
Andina
MONIA CESE OPE
CODELCO
Pedro Millones
CODELCO




USO OBLIGADO
MASCARA RESPIRATORIA
CODELCO
Andina



Fuentes y bibliografía

Fuentes y publicaciones de época

Entrevistas grupales e individuales a trabajadores y trabajadoras de Mina Subterránea de División Andina de Codelco Chile, año 2025.

Relatos editados para este libro.

Bibliografía

Alvial, Gabriel. "Los trabajos científicos del centro de radiación cósmica de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas". Santiago, 1959.

Atwater, Montgomery. "TheAvalanche Hunters". Philadelphia, USA. s.a.

Baros Mansilla, María Celia "Río Blanco y Andina. Visión de chilenos", Codelco Chile - División Andina, Los Andes 2010.

Camus, Francisco. "Geología de los sistemas porfídicos en los Andes de Chile", Santiago, 2003; y "Los recursos geológicos de Chile y la exploración minera" en "Desafíos de la minería en Chile" Instituto de Ingenieros de Chile. Santiago, 2005.

CCh. "El cobre en imágenes". Santiago, 1989.

Corporación Cultural de Las Condes. "Las Condes, un lugar en la historia". Santiago, 1985.

Cortez, Abel. "Ensayos sobre Los Andes. Reflexiones sobre una ciudad de provincia". Los Andes 2012.

Dolmen Editores. "Raúl Saéz, hombre del siglo XX". Tomo 1, Santiago, 2004. Entrevista al ingeniero Raúl Saéz en "El Mercurio" de Santiago, 1965.

Echeverría, Evelio. "Chile andinista: su historia". Santiago, 2004.

Fernandois, Joaquín. "Historia Política del Cobre. 1945 - 2008" Santiago, 2009.

French - Davis, Ricardo y Tirón, Ernesto. "El cobre en el desarrollo nacional". Santiago, 1974.

León, René. "Breve historia del Cristo de los Andes". Los Andes, 2004.

León, René. "Nieve y Avalanchas. Una blanca historia de riesgos en montaña". Los Andes, 2003.

ENAMI "Chile Minero". Santiago, 2010.

ENERSIS. "Luces de Modernidad". Santiago, 1995.

Millán, Augusto. “Historia de la minería metálica”. Santiago, 2003.

Millar, René. “Pasión de servicio.

Julio Philippi I.” Santiago, 2005.

Museo Histórico Nacional. “Historia del mineral de Las Condes”. Santiago, 1990.

Novoa, Eduardo. “La batalla por el cobre”. Santiago, 1972; y “La Nacionalización del cobre” Santiago, 1972.

Pávez, E. y Tala, Ch. “Río Blanco, herencia de glaciares”. Los Andes, 1999.

Puga, Mariano. “El cobre chileno”. Santiago, 1965.

Purcell, Henry. “Portillo, el espíritu de los Andes”. Santiago, 2007.

Quezada, Abraham. “Diccionario de conceptos históricos y geográficos”. Santiago, 2004.

Razeto, Jorge y otros. “Estudios de la vida en las montañas de Aconcagua”. San Felipe, 2007.

Rojic, Danilo. “Compañía Minera Andina” s.a.

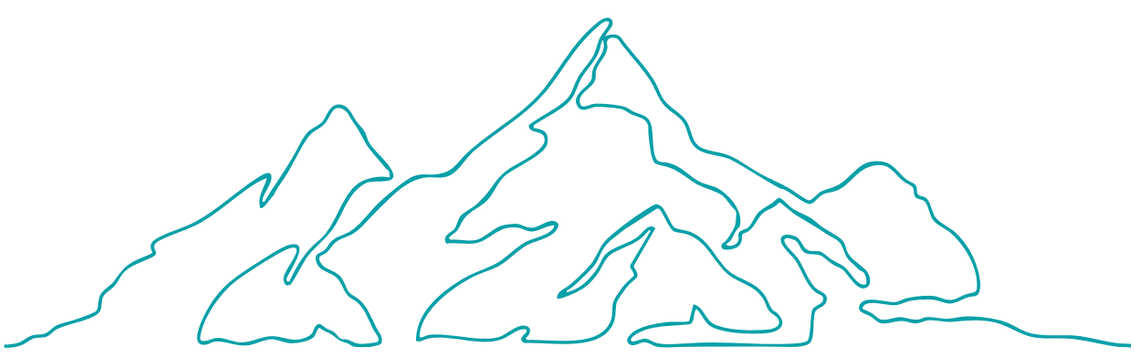
Ruiz F., Carlos y Peebles, Federico. “Geología, distribución y génesis de los yacimientos metalíferos chilenos”. Santiago, 1988.

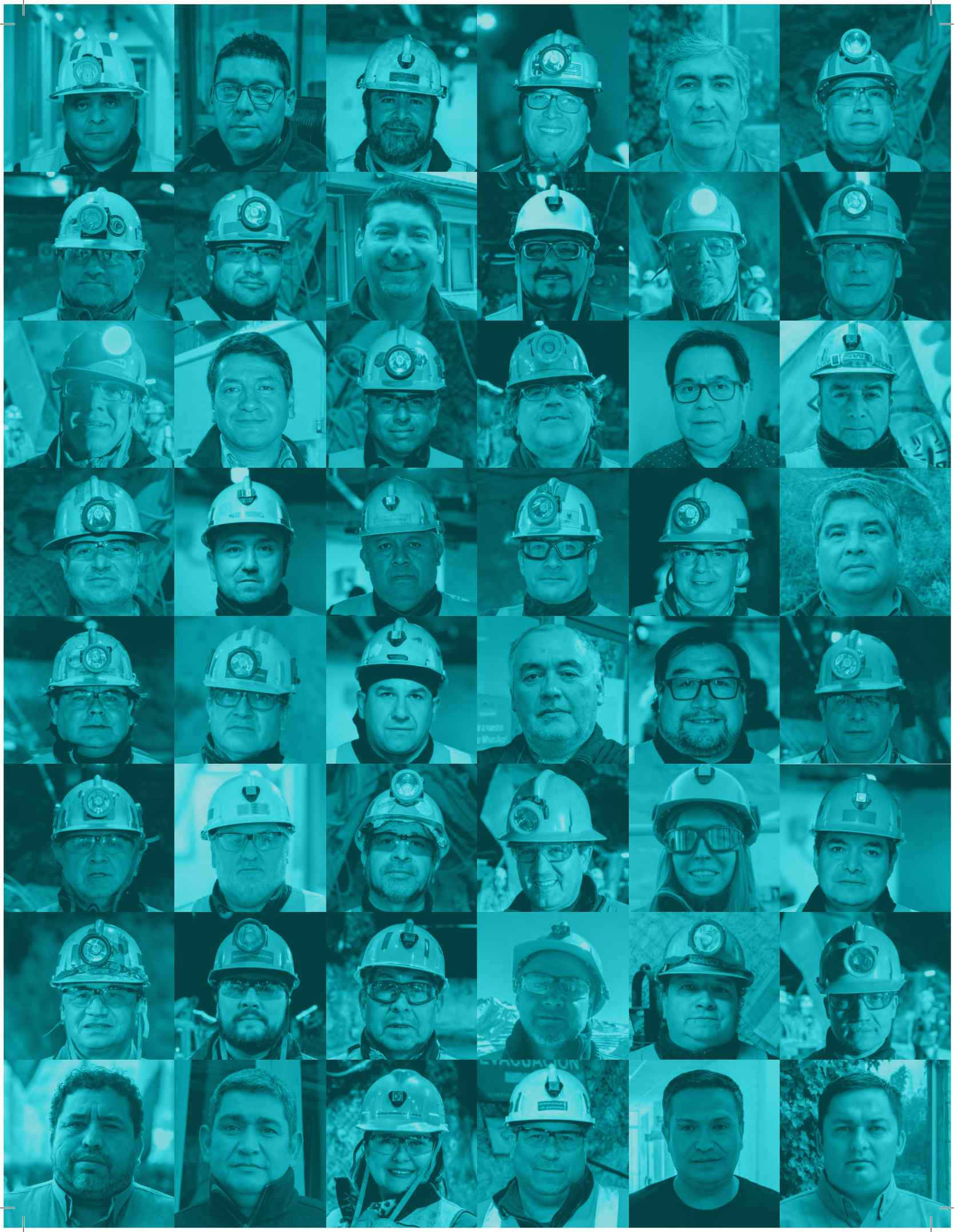
Tapia, Carlos “Los Andes, históricas relaciones”. Los Andes, 1997.

Telefónica Chile. “Un cable al cielo. 125 años de historia 1880 - 2005”. Vol. II Santiago, 2006.

Tomic, Radomiro. “Testimonios”. Santiago, 1998.

Vera, Mario. “La política económica del cobre en Chile”. Santiago, 1961.







CODELCO
Andina

MINA
SUBTERRÁNEA
Un legado de excelencia

